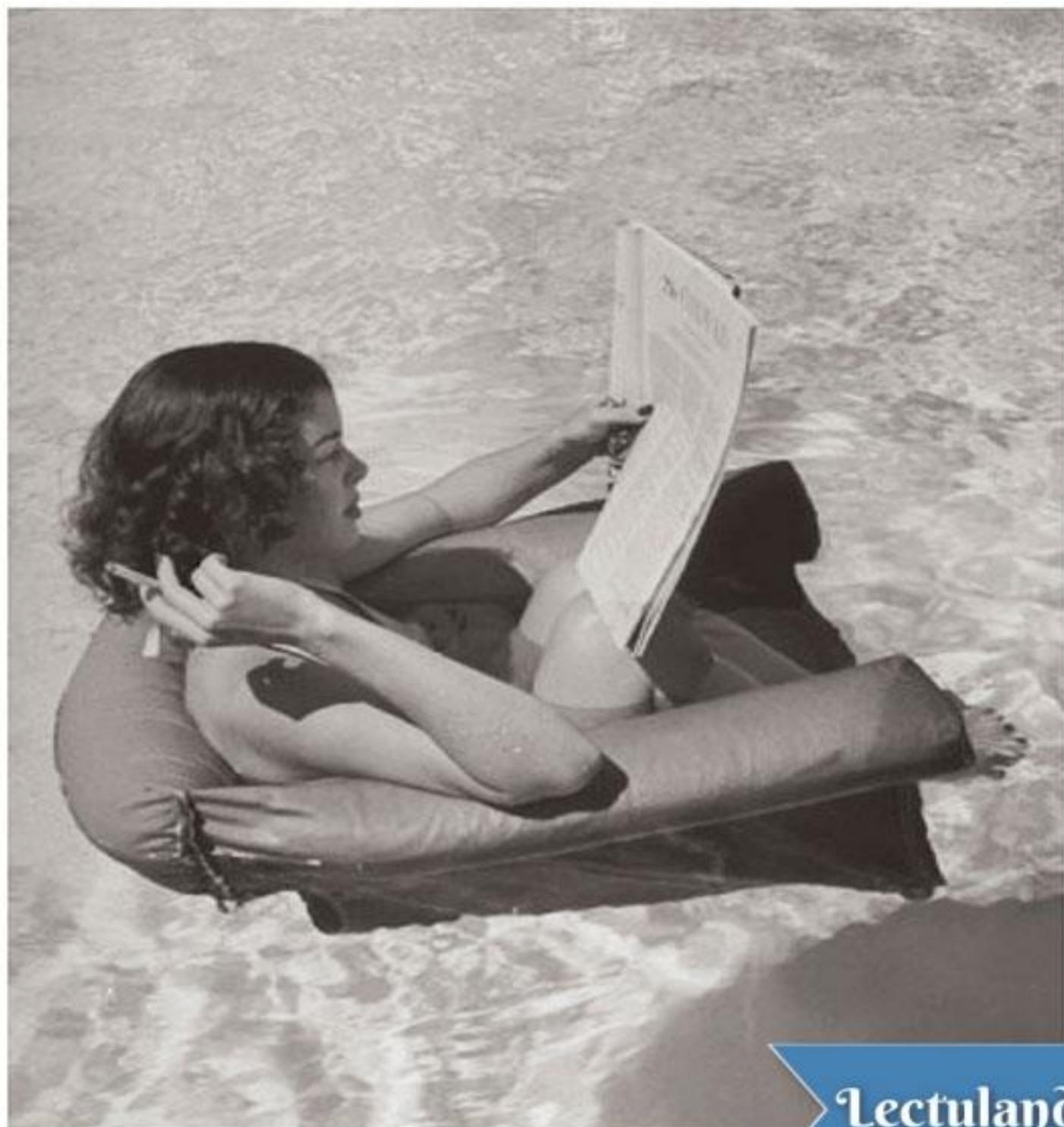


John Cheever

El escándalo de los Wapshot



Lectulandia

En un pasado no muy lejano, las vidas de los miembros de la familia Wapshot estaban estrechamente ligadas al pueblecito pesquero de St. Botolphs. Pero ahora todo cambia cada vez con mayor rapidez y el caprichoso destino zarandea a los hermanos Moses y Coverly, inmersos en la vida moderna de la gran ciudad, e incluso empuja a la excéntrica Honora a abandonar el que siempre había sido su hogar para dirigirse a un destino insospechado.

Lectulandia

John Cheever

El escándalo de los Wapshot

Los Wapshot - 2

ePub r1.0

Titivillus 06.08.18

Título original: *The Wapshot Scandal*

John Cheever, 1964

Traducción: Maribel de Juan

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para W. M.

Todos los personajes de esta obra son ficticios, como lo es gran parte de la ciencia.

PRIMERA PARTE

1

Comenzó a nevar en Saint Botolphs a las cuatro y cuarto del día de Nochebuena. El viejo señor Jowett, el jefe de estación, salió al andén con su faro en la mano y lo sostuvo en alto. Los copos de nieve brillaban como limaduras de hierro en el rayo de luz, aunque en realidad allí no había nada. La nevada le alegró, le reanimó y le sacó —con toda el alma, al parecer— de su caparazón de preocupaciones y trastornos digestivos. El tren de la tarde llevaba ya una hora de retraso, y la nieve (cuya blancura parece formar parte de nuestros sueños, puesto que la llevamos con nosotros a todas partes) caía con tan generosa velocidad, con tal rapidez, que parecía que el pueblo se hubiese separado de su contexto en el planeta y estuviese impulsando sus tejados y sus torres hacia lo alto. Los restos de una cometa colgaban de los cables del teléfono, como un recordatorio de la versatilidad del año.

—Oh, ¿quién metió el guardapolvo en la sopa de pescado de la señora Murphy? —cantó el señor Jowett en voz alta, aun sabiendo que era inadecuado para la época del año, el día y la dignidad de un empleado de estación, el guardián de los verdaderos y antiguos límites de la ciudad, de su Puerta de Hércules.

Bordeando la estación, veía las luces de la Casa del Viaducto, donde en ese mismo momento un solitario viajante de comercio se inclinaba para besar la foto de una muchacha bonita en un catálogo de ventas por correo. El beso le dejó un ligero sabor a tinta. Más allá de la Casa del Viaducto estaban las luces rectilíneas del parque del pueblo, pero el pueblo en sí era circular y no se ajustaba en absoluto a la carretera principal que serpenteaba hacia el mar hasta Travertine, ni a las vías del ferrocarril, ni tan siquiera a la curva del río, sino a las necesidades peatonales de sus habitantes, situándolos a corta distancia del parque. Tenía, en realidad, la forma de una población antigua y, vista desde el aire en un día más claro, podría haber estado en Etruria. El señor Jowett podía ver a través de las ventanas, al otro lado de la Casa del Viaducto y por encima de la casa del proveedor de equipos para barco, el interior del piso de los Hastings, donde el señor Hastings estaba adornando el árbol de Navidad. Este estaba de pie en una escalera de mano y su mujer y sus hijos le iban pasando los adornos y diciéndole dónde debía colgarlos. De repente se inclinó y le dio un beso a su mujer. Era el compendio de los sentimientos que la fiesta y la tormenta despertaban en él, pensó el señor Jowett, y esto le hizo feliz. Le parecía sentir la felicidad en las tiendas y en las casas, por todas partes. Tray, el viejo perro, trotó alegremente calle arriba, camino de su casa, y el señor Jowett pensó con afecto en todos los perros de Saint Botolphs. Había perros inteligentes, perros tontos, perros ladrones y sanguinarios, y cuando saqueaban el tendedero, volcaban los cubos de la basura, mordían al cartero, perturbaban el sueño de los justos, parecían diplomáticos y emisarios. Parecían, a su manera burlona, mantener unido el lugar.

Las últimas personas que venían de hacer compras volvían a casa con un par de mitones para el basurero, un broche para la abuela y un osito de peluche relleno de

serrín para la pequeña Abigail. Como el perro viejo, Tray, todo el mundo regresaba a casa, y todo el mundo tenía una casa a la que volver. Era un lugar entre un millón, pensó el señor Jowett. Aunque tenía un pase, nunca le había apetecido mucho viajar. El pueblo, él lo sabía, tenía, como cualquier otro, a sus brutos y a sus arpías, a sus ladrones y a sus perversos, pero, como cualquier otro, procuraba ocultar estos hechos bajo una capa de decoro que no era hipocresía, sino una manera o una forma de esperanza. A esa hora la mayoría de los habitantes estaban poniendo sus árboles de Navidad. El significado druídico de traer a casa un árbol verde en el solsticio ciertamente nunca había pasado por la cabeza de ninguno de los nativos, pero trataban los árboles elegidos (en la época acerca de la cual escribo) con más respeto instintivo del que demuestran hoy en día. Cuando los árboles habían cumplido su cometido, no los metían en el cubo de la basura ni los tiraban en la cuneta junto a las vías del tren con algunas hebras de cabello de ángel prendidas en las ramas. Los hombres y los muchachos los quemaban ceremoniosamente en el patio trasero, admirando las llamaradas y el olor del humo balsámico. La gente no decía, como harían ahora, que el árbol de los Tremaine era escuálido, que el de los Wapshot tenía un trozo pelado en el centro, que el de los Hastings era achaparrado y que los Guilfoyles debían de haber sufrido reveses económicos, ya que solo habían pagado cincuenta centavos por su árbol. Las luces espectaculares, la competencia y el desprecio por los símbolos llegarían, pero lo harían más tarde. Las luces, en la época a la que me refiero, eran escasas y rudimentarias y los adornos eran conmemorativos, como los cubiertos de plata, y se manejaban con respeto, como si uno estuviese contando los huesos de su familia. Naturalmente, estaban estropeados, los pájaros sin colas, las campanillas sin badajos y a veces los ángeles sin alas. La que realizaba esta ceremonia de la decoración del árbol era una población vestida de un modo tradicional. Todos los hombres llevaban pantalón y todas las mujeres falda, excepto la señor Wilston, que era una viuda, y Alby Hooper, que era un carpintero ambulante. Ambos llevaban dos días bebiendo bourbon y estaban completamente desnudos.

En el lago helado —el lago de Parson en el norte de la ciudad— dos chicos se esforzaban por dejar despejado un espacio suficiente de hielo para jugar un partido de hockey a la mañana siguiente. Patinaban de acá para allá, empujando ante sí unas palas. Era una tarea imposible. Ambos lo comprendían claramente, y sin embargo continuaban yendo y viniendo, acercándose y alejándose del estruendo de las cataratas de la presa con una inexplicable ansia. Cuando la capa de nieve se volvió demasiado espesa para poder patinar, apoyaron las palas contra un pino y se sentaron a su cobijo para desatarse los patines.

—¿Sabes, Terry? Te echo de menos cuando te vas fuera, al colegio.

—Allí me ponen tantos deberes que yo no tengo posibilidad de echar de menos a nadie.

—¿Quieres fumar?

—No, gracias.

El primer chico sacó del bolsillo una petaca llena de raíz de sasafrás molida con un afilalápices limpio, echó un poco en un cuadrado de papel higiénico basto, amarillo, y lio un cigarrillo flojo que se encendió como una antorcha, iluminando su cara delgada, que tenía una momentánea expresión de afabilidad, y soltando chispas sobre sus pantalones. Cuando aspiró, notó el sabor de todos los componentes del cigarrillo, el áspero aroma del papel higiénico al quemarse y la dulzura del sasafrás. Se estremeció cuando el humo tocó sus pulmones, pero el cigarrillo le proporcionó una sensación de sabiduría y poder. Una vez que se quitaron los patines y la brasa del cigarrillo se apagó, echaron a andar hacia el pueblo. La primera casa por la que pasaron fue la de los Ryder, conocida en Saint Botolphs porque, desde siempre, las persianas de la ventana de la sala estaban bajadas y la puerta de esta cerrada con llave. ¿Qué ocultaban los Ryder en su sala? No había una sola persona en el pueblo que no se lo hubiera preguntado. ¿Tenían allí un cadáver, una máquina del movimiento continuo, una colección de muebles del siglo XVIII, un altar pagano, un laboratorio para infernales experimentos con perros y gatos? Algunas personas habían hecho amistad con los Ryder en la esperanza de entrar en su sala, pero nadie lo había conseguido nunca. Los Ryder, una familia extraña pero no antipática, estaban adornando su árbol en el comedor, que era donde hacían la vida. Junto a la casa de los Ryder estaba la de los Tremaine y, al pasar delante de ella, los chicos vieron un destello de algo amarillo —cobre o latón— que daba una pista de la riqueza de colorido en aquella casa. Cuando viajó por Persia en su juventud, el doctor Tremaine le curó al sha unos diviesos y este le recompensó con alfombras. Los Tremaine tenían alfombras persas sobre las mesas, encima del piano, en las paredes y en el suelo, y sus luminosos tintes se veían a través de las ventanas. De repente, para uno de los chicos —el fumador— la inclemencia de la tormenta y los cálidos colores de la casa de los Tremaine convergieron. Fue como un descubrimiento, y tan excitante que echó a correr. Su amigo se apresuró a su lado hasta la esquina, donde oyeron las campanadas de la iglesia de Cristo.

El párroco estaba a punto de bendecir a los que habían venido a cantar villancicos, que estaban de pie en su cuarto de estar. Sus ropas despedían un rancio y estimulante olor a la tormenta. El cuarto estaba ordenado, limpio y caldeado, y había estado —antes de que ellos entraran con sus ropas nevadas— fragante. Sabían que el señor Applegate había limpiado el cuarto personalmente, porque era soltero y no tenía ama de llaves. No le agradaba que entrasen mujeres en su refugio. Era alto, con una sorprendente, y en cierto modo elegante, curvatura de la espina dorsal, producida por un abultado abdomen que portaba de una forma majestuosa y satisfecha, como si contuviese dinero y valores. De vez en cuando se daba palmaditas en la panza: su orgullo, su amiga, su solaz, su margen de error. Con las gafas puestas daba la impresión de un clérigo gordo y benigno, pero cuando se las quitaba para limpiárselas, su mirada era penetrante y ojerosa, y su aliento olía a ginebra.

Su vida era solitaria y, cuanto más envejecía, más agobiado se sentía por las

dudas respecto al Espíritu Santo y la Virgen María, y era cierto que bebía. Cuando llegó a la parroquia, las solteronas le bordaban las estolas y le iluminaban los libros de oración, pero cuando se hizo evidente que él no apreciaba sus atenciones, apremiaron a la sacristía y al obispo para que lo despidieran por borracho. No eran sus borracheras lo que las enfurecía. Su insistencia en permanecer célibe, su soltería, las ofendía como mujeres y anhelaban verle deshonorado, secularizado, flagelado y hostigado a lo largo de Wilton Trace, pasando ante la antigua fábrica de píldoras, hasta más allá de los límites del pueblo. Además, el señor Applegate había comenzado recientemente a sufrir una alucinación. Le parecía que cuando les repartía el pan y el vino oía el contenido de las oraciones y peticiones de sus feligreses. Sus labios no se movían, por eso sabía que era una alucinación, una especie de locura, pero a medida que iba de una figura arrodillada a otra le parecía oírles preguntar:

—Señor Dios, ¿debo vender las gallinas ponedoras?

—¿Debo acortarme el vestido verde?

—¿Debo talar los manzanos?

—¿Debo comprarme una nevera nueva?

—¿Debo mandar a Emmett a Harvard?

—Bebe esto en memoria de la sangre de Cristo que fue derramada por ti, y da las gracias —dijo, con la esperanza de purgar su mente de esta mortificante ilusión, pero le parecía que seguía oyéndoles preguntar:

—¿Debo servir salchichas fritas de desayuno?

—¿Debo tomar una píldora para el hígado?

—¿Debo comprar un Buick?

—¿Debo regalarle a Helen la pulsera de oro, o esperar hasta que sea mayor?

—¿Debo pintar las escaleras?

Era la sensación de que toda experiencia humana exaltada era una impostura, y que las cadenas del ser eran cadenas de humildes preocupaciones. Si hubiera confesado que tenía el vicio de la bebida y serias dudas sobre la santidad, habría acabado pegando sellos en alguna oficina diocesana y se sentía demasiado viejo para eso.

—Dios Todopoderoso —dijo en voz alta—, bendice a estos Tus siervos en la tarea de celebrar el nacimiento de Tu único Hijo, por el Cual y con el Cual en unidad del Espíritu Santo recibe todos los honores y la gloria, oh Padre Todopoderoso, por los siglos de los siglos. Amén.

La bendición olía claramente a enebro. Cantaron un amén y una estrofa de «Christus Natus Hodie».

Absortos y desarmados en el acto de cantar, sus rostros le parecieron desacostumbradamente abiertos, como otras tantas ventanas, y al señor Applegate le complació mirarlos, tan variados le parecieron en ese momento. La primera era Harriet Brown, que había trabajado en el circo cantando música romántica para las estatuas vivientes. Estaba casada con un manirroto, y era ella quien mantenía a la

familia hoy en día, haciendo pasteles y tartas. Su vida había sido dura, y su cara pálida estaba duramente marcada. Al lado de Harriet estaba Gloria Pendleton, cuyo padre era dueño del taller de bicicletas. Eran la única familia de color del pueblo. El collar de diez centavos que llevaba Gloria parecía de incalculable valor, y ella dignificaba todo lo que tocaba. La suya no era una belleza primitiva o bárbara, sino extraordinaria y racial, que parecía acentuar la gordura y palidez de Lucille Skinner, que estaba a su derecha. Lucille había estudiado música en Nueva York durante cinco años. Se calculaba que su educación había costado cerca de diez mil dólares. Le habían prometido que podría hacer carrera en la ópera, y ¿a quién no se le subiría a la cabeza la idea de cantar en San Carlo y La Scala, y esos estruendosos aplausos que parecen constituir la esencia de la mejor y más calurosa sonrisa del mundo? ¡Zafiros y chinchillas! Pero el terreno está copado, como todo el mundo sabe, y dominado por gente sin escrúpulos, y ella regresó a casa para ganarse la vida honradamente dando clases de piano en la sala de su madre. Su amor por la música —esto era aplicable a la mayoría de ellos, pensó el señor Applegate— había sido una pasión absorbente y decepcionante. Junto a Lucille estaba la señora Coulter, la esposa del fontanero. Era vienesa y había sido modista antes de su matrimonio. Era una mujer frágil, de piel morena, con sombras como de tizne bajo los ojos. A su lado estaba el viejo señor Sturgis, que llevaba un cuello de celuloide y una bufanda de brocado, y había cantado en público siempre que había podido desde que fue admitido en el orfeón de su universidad cincuenta años antes.

Detrás del señor Sturgis estaban Miles Howland y Mary Perkins, los cuales iban a casarse en la primavera pero eran amantes desde el verano anterior, aunque nadie lo sabía. Él le había quitado la ropa por primera vez en el pinar que había detrás del lago de Parson, durante una tormenta, y desde entonces casi no habían pensado más que en cómo, dónde y cuándo podrían hacerlo la próxima vez; moviéndose, al mismo tiempo, en un mundo iluminado por las caras inteligentes y confiadas de sus padres, a los cuales querían. Se llevaron un almuerzo campestre a la isla de Bascom y no se vistieron en todo el santo día. Maravilloso, fue maravilloso. ¿Era pecado? ¿Se abrasarían en el infierno, sufrirían tormentos? ¿Caería él fulminado por un rayo durante un partido de béisbol? Más tarde, esa Nochebuena, ayudaría en el altar durante la Sagrada Comunión, vestido de monaguillo, escudriñando la iglesia oscura, mientras aparentaba rezar, en busca de la cara de ella. A la luz de todos los votos que había tomado, aquello era atroz, pero ¿cómo podía serlo, puesto que si su carne no hubiera informado a su espíritu él nunca habría conocido esta sensación de fuerza y ligereza en sus huesos, esta plenitud de corazón, esta absoluta creencia en la gozosa nueva de la Navidad, la estrella y los Reyes? Si la acompañaba a casa bajo la nieve, al salir de la iglesia, puede que sus amables padres le invitaran a pasar la noche y quizá ella vendría a su cuarto. En su mente oyó el crujido de las escaleras, vio la planta de su pie y pensó, en su inocencia, qué maravillosa era su naturaleza, que le permitía alabar a su Salvador y ver la forma del pie de su amada al mismo tiempo. Al lado de

Mary estaba Charlie Anderson, que tenía el don de una voz de tenor excepcionalmente dulce, y junto a él estaban los gemelos Basset.

Con las ropas oscuras y heterogéneas que se habían puesto para salir bajo la nevada, los cantores de villancicos tenían un aspecto inusualmente triste, pero en el momento en que se pusieron a cantar se transformaron. La negra parecía un ángel, y la rolliza Lucille alzó la cabeza airoso y pareció desprenderse de su juventud malgastada en las lluviosas calles próximas al Carnegie Hall. Esta instantánea transformación del grupo era emocionante, y el señor Applegate sintió que su fe se renovaba, que ante él se abría una infinidad de posibilidades no realizadas, una tremenda abundancia de paz, un renacimiento sin bandoleros, un éxtasis de luz y color, ¡un reino! ¿O era la ginebra? Los cantores parecieron absueltos y purificados mientras duró la música, pero cuando la nota final se apagó, volvieron a ser ellos mismos con igual prontitud. El señor Applegate les dio las gracias y ellos se dirigieron a la puerta. Él se llevó a un lado al viejo señor Sturgis y le dijo con tacto:

—Ya sé que goza usted de buena salud, pero ¿no cree que esta nevada es un poco demasiado intensa para que usted salga? Han dicho por la radio que no hemos tenido una nevada semejante en cien años.

—Oh, no, gracias —contestó el señor Sturgis, que era sordo—. Tomé un tazón de leche con galletas antes de salir.

Los cantores de villancicos salieron de la rectoría y se encaminaron hacia el parque.

La música se oía en la tienda de comestibles, que Barry Freeman estaba ya cerrando. Barry se había graduado en la academia Andover, y durante las vacaciones de Navidad de su último curso había ido al baile de la Estrella Oriental con un esmoquin nuevo. Hubo una carcajada general no bien apareció. Sacó a una chica y luego a otra, y cuando todas se negaron a bailar con él, intentó meterse en la pista, pero le echaron, riéndose de él. Se quedó apoyado en la pared durante casi media hora antes de ponerse el abrigo y marcharse a casa bajo la nieve. Su aparición vestido de esmoquin no había sido olvidada. «Mi hija mayor —podía decir una mujer— nació dos años después de que Barry Freeman fuera vestido de mono al baile de la Estrella Oriental.» Fue un punto crucial en la vida de Barry. Puede que esa fuera la explicación de que nunca se casara y de que esta Nochebuena se encaminara a una casa vacía.

La música se oía en los almacenes Bryant («Precios de saldo»), donde la vieja Lucy Markham estaba hablando por teléfono.

—¿Tiene usted Príncipe Alberto en lata, señorita Markham? —le preguntó la voz de una niña.

—Sí, guapa —contestó esta.

—Deja de molestar a la señorita Markham —dijo Althea Sweeney, la telefonista—. No se debe utilizar el teléfono para molestar a la gente en Nochebuena.

—Va contra la ley —dijo la niña— intervenir en conversaciones telefónicas

privadas. Simplemente le estoy preguntando a la señorita Markham si tiene Príncipe Alberto en lata.

—Sí, guapa —dijo la señorita Markham.

—Pues suéltelo —dijo la niña, con la voz quebrada por la risa.

Althea prestó atención a una conversación más interesante, una llamada de ochenta y cinco centavos a New Jersey, desde la tienda de Prescott.

—Soy Dolores, mamá —decía una voz desconocida—. Estoy en un sitio que se llama Saint Botolphs... No, no estoy borracha, mamá. Solo quería desearte feliz Navidad, mamá... Solo quería desearte feliz Navidad. Y también al tío Pete y a la tía Mildred. Feliz Navidad a todos... —estaba llorando.

«... por San Esteban —cantaba el grupo de los villancicos— cuando todo estaba nevado...»

Pero la voz de Dolores, con su profecía de gasolineras y moteles, autopistas y supermercados abiertos toda la noche, tenía más que ver con el mundo del porvenir que las canciones del parque.

Los cantores tomaron Boat Street para ir a casa de los Williams. Sabían que allí no les ofrecerían nada; no porque el señor Williams fuese tacaño, sino porque pensaba que invitarles podría poner en entredicho la probidad del banco del cual era presidente. Hombre conservador, tenía en su despacho una fotografía de Woodrow Wilson enmarcada en un viejo asiento de retrete de caoba. Su hija, que estudiaba en el internado de Miss Winsor, y su hijo, que estudiaba en Saint Mark, estaban de pie en la puerta con su padre y su madre y les gritaron:

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

Junto a la casa de los Williams estaba la de los Brattle, donde les invitaron a entrar para tomar una taza de cacao. Jack Brattle se había casado con la hija de los Davenport de Travertine. No fue un matrimonio feliz y, cuando Jack oyó en algún sitio que el perejil era un afrodisíaco, plantó ocho o diez hileras de perejil en su jardín. En cuanto el perejil maduró, los conejos empezaron a comérselo, y una noche en que Jack salió al jardín con una escopeta, le abrió un boquete irreparable en el estómago a un pescador portugués llamado Manuel Fada, que era el amante de su mujer desde hacía años. Fue sometido a juicio en el tribunal del condado, acusado de homicidio y absuelto, pero su mujer se fugó con un vendedor de objetos de jardín, y ahora Jack vivía con su madre.

Al lado de los Brattle vivían los Dummer, en cuya casa los cantores de villancicos tomaron licor de diente de león y galletas dulces. El señor Dummer era un hombre frágil que a veces hacía labores de aguja y que era padre de ocho hijos. Sus enormes vástagos se alineaban detrás de él en el cuarto de estar, como una demostración excesiva de su vigor. La señora Dummer parecía estar embarazada de nuevo, aunque no resultaba fácil asegurarlo. En el vestíbulo había una fotografía suya de cuando era una chica joven y bonita, posando al lado de un ciervo en hierro forjado. El señor Dummer le había puesto una etiqueta: DOS GACELAS. Los cantores se la señalaron

unos a otros al salir de la casa.

Al lado de los Dummer vivían los Bretagne, que diez años antes habían estado en Europa, donde habían comprado un nacimiento que todos admiraban. Su hija única, Hazel, estaba allí con su marido y sus hijos. Durante la ceremonia de la boda de Hazel, cuando el señor Applegate preguntó quién entregaba a la muchacha, la señora Bretagne se levantó de su banco y dijo: «Yo. Es mía, no de él. Yo la cuidé cuando estaba enferma. Yo le hice la ropa. Yo la ayudé con los deberes del colegio. Él nunca hizo nada. Es mía, y soy yo quien la entrego». Este comportamiento poco convencional no parecía haber afectado la felicidad matrimonial de Hazel. Su marido parecía próspero y sus niños eran guapos y bien educados.

Al final de la calle estaba la casa de la anciana Honora Wapshot, donde sabían que les darían ron con mantequilla, y bajo la tormenta de nieve la vieja casa, con todos los fuegos ardiendo y todas las chimeneas humeando, parecía una hermosa obra del hombre, el tipo de casa que un pintor de tarjetas navideñas o un marinero desesperadamente solo habría dibujado, ladrillo por ladrillo, habitación por habitación, en Nochebuena. Maggie, la doncella, les abrió y pasó el ron. Honora estaba de pie al fondo de la sala, una señora anciana con un vestido negro generosamente espolvoreado con harina o polvos de talco. El señor Sturgis hizo los honores.

—Recítenos el poema, Honora —dijo.

Ella retrocedió hasta el piano, se estiró el vestido y comenzó:

*Anunciada por todas las trompetas del cielo,
llega la nieve y, pasando sobre los campos,
nunca parece posarse; el aire blanqueado
oculta los montes y los bosques, el río y el cielo,
y vela la granja al fondo del jardín...*

Llegó hasta el final sin equivocarse, y luego cantaron «Regocijo para el mundo». Era el villancico favorito de la señora Coulter y la hizo llorar. Los acontecimientos de Belén no le parecían una revelación, sino una afirmación de lo que ella siempre había sabido, en sus huesos, que era la sorprendente abundancia de la vida. Era por esta casa, esta compañía, esta noche tormentosa por lo que Él había vivido o muerto. ¡Y qué maravilla, pensó, que el mundo hubiese sido bendecido con un salvador! ¡Qué maravilla que ella tuviera tanta capacidad de gozo! Cuando acabó el villancico, se secó las lágrimas y le dijo a Gloria Pendleton:

—¿A que es maravilloso?

Maggie volvió a llenarles los vasos. Todos protestaron, todos se bebieron su copa, y al salir otra vez a las calles nevadas sintieron, como el señor Jowett, que había felicidad en todas partes, que estaban rodeados de ella.

Pero había por lo menos una figura solitaria en el escenario, solitaria y furtiva.

Era el anciano señor Spofford, que avanzaba con la especial agilidad del ladrón por la senda que conducía al río. Llevaba un misterioso saco. Vivía en las afueras del pueblo y se ganaba la vida arreglando relojes. Su familia había tenido una posición desahogada, y él había viajado y había ido a la universidad. ¿Qué podía llevar al río en Nochebuena bajo una tormenta de las que hacen época? Debía de ser un secreto, algo que quería destruir, pero ¿qué documentos podía poseer un viejo solitario? ¿Y por qué elegiría precisamente esta noche para esconder su secreto en el río?

El saco que llevaba era una funda de almohada, y en ella había nueve gatitos vivos. Constituían una abultada carga, maullaban con fuerza pidiendo leche, y su errónea vitalidad le apenaba. Había intentado dárselos al carnicero, al pescador, al basurero y al farmacéutico, pero quién quiere un gatito callejero en Nochebuena, y él solo no podía ocuparse de nueve gatos. No era culpa suya que su vieja gata hubiera concebido, no era culpa de nadie, pero cuanto más se acercaba al río, más pesada se volvía su carga de culpa. Era la destrucción de su vitalidad, de su vida, lo que le dolía. Se supone que los animales no pueden comprender la muerte y, sin embargo, la forma en que se debatían dentro de la funda de almohada era vigorosa y aprensiva; y él tenía frío.

Era un viejo, y odiaba la nieve. Avanzando hacia el río, le pareció ver en la nevada la mortalidad del planeta. La primavera no volvería nunca. El valle del río West jamás volvería a ser un cuenco de hierba y violetas. Las lilas nunca más florecerían. Viendo cómo se arremolinaba la nieve sobre los campos, conoció en sus huesos la muerte de las civilizaciones: París enterrado en la nieve, el Gran Canal y el Támesis helados, Londres abandonado y, en las cuevas de la montaña de Innsbruck, unos pocos supervivientes encogidos junto a una hoguera de patas de sillas y mesas. Este invierno ruso, cruel, doloroso, pensó; esta muerte de la esperanza. La alegría, el valor, todos los buenos sentimientos se habían extinguido dentro de él a causa del frío. Trató de proyectar esta hora en el futuro, de inventarse un suave deshielo, un clemente viento del suroeste, agua azul corriendo en el río, tulipanes y jacintos en flor, las gordas estrellas de una noche de primavera colgadas en el árbol del cielo; pero, en cambio, sentía en los huesos y en los dolorosos latidos de su corazón el frío de los glaciares, la edad de hielo.

El río estaba helado, pero había algo de agua junto a las riberas donde la corriente cambiaba. Lo más fácil sería meter una piedra en la funda de almohada, pero esto podría herir a los gatitos a los que se proponía matar. Hizo un nudo en la boca del saco y, cuando se aproximó al agua, los maullidos se hicieron más fuertes y quejumbrosos. Las riberas estaban cubiertas de hielo. El río era profundo. La nieve era cegadora. Cuando metió el saco en el agua, flotó, y al intentar sumergirlo, perdió el equilibrio y se cayó al agua.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me ahogo!

Pero nadie le oyó, y pasaron varias semanas antes de que le echaran de menos.

Entonces se oyó el silbido del tren; el tren de la tarde que con su rastrillo delantero se había abierto paso entre las masas de nieve, trayendo a casa a los que llegaban tarde, trayéndolos a esas viejas casas de Boat Street, donde nada había cambiado y nada era extraño y nadie se preocupaba y nadie sufría, donde dentro de una o dos horas se cribarían las almas de los hombres, los buenos recibirían toboganes y trineos, patines y botas de nieve, caballitos y monedas de oro, y los malos solo recibirían un pedazo de carbón.

2

La familia Wapshot se instaló en Saint Botolphs en el siglo xvii. Yo los conocía bien; me dediqué a examinar sus asuntos, de hecho, pasé los mejores años de mi vida, la culminación de la misma, entregado a su crónica. Eran bastante cordiales. Cuando te los encontrabas por la calle en Saint Botolphs se comportaban como si este encuentro casual fuese algo que habían anticipado, pero si les contabas cualquier cosa —que el río West se había desbordado o que Pinkham's Folly había ardido por completo— te daban a entender, con una sonrisa fugaz, que habías cometido una equivocación. A los Wapshot no había que contarles nada. Su resistencia a recibir información parecía ser un rasgo de familia. Tenían buena opinión de sí mismos; se consideraban tan sanos que les parecía imposible no haberse enterado de la inundación o el incendio, aunque hubieran estado en Europa. Yo fui al colegio con los chicos, participé en regatas con Moses en el club náutico de Travertine y jugué a fútbol americano con ambos. Se animaban el uno al otro como si gritando el apellido familiar en un terreno de juego les confiriera una especie de inmortalidad. Pasé muchos ratos agradables en su casa de River Street y, sin embargo, lo que recuerdo es que siempre estaba en su poder el hacerme sentir solo, el dejar dolorosamente claro que yo era un extraño.

Moses, en la época en que más le traté, poseía la clase de buena presencia que facilita que un muchacho tenga un gran éxito en el instituto y la decepción de no ir mucho más allá. Tenía el cabello rubio oscuro y la tez cetrina. Todo el mundo quería a Moses, incluyendo a los perros del pueblo, y él se comportaba con la más pura e impulsiva humildad. No todo el mundo quería a Coverly. Tenía el cuello largo y la desagradable costumbre de hacer crujir sus nudillos. Sarah Wapshot, su madre, era una mujer rubia y esbelta que llevaba quevedos, pronunciaba mal la palabra «interesante» y afirmaba haber leído *Middlemarch* dieciséis veces. Solía dejarse los libros en el jardín y su colección de George Eliot estaba manchada y estropeada por la lluvia. El padre, Leander, era uno de esos yanquis de Massachusetts que siempre conservan un aspecto de uno, aunque hacia el final tenía el aspecto de uno que hubiera visto a la Gorgona. Tenía el color encendido, unos hermosos ojos azules y el pelo blanco y abundante. Pasó los últimos años de su vida llevando una lancha entre Travertine y el parque de atracciones de Nangasakit. Leander se ahogó mientras estaba nadando. La señora Wapshot murió dos años después y subió al cielo, donde debió de estar ocupadísima, ya que perteneció a esa primera generación de mujeres americanas que disfrutó de la igualdad sexual. Se había agotado haciendo buenas obras. Había fundado el Club de Mujeres y el Club de Sucesos de Actualidad, y fue directora de la Liga para la Defensa de los Animales y del Hogar Lambert para Madres Solteras. A consecuencia de todas estas actividades, la casa de River Street siempre estaba llena de polvo, las flores de los jarrones muertas desde hacía tiempo y los relojes parados. Sarah Wapshot era una de esas mujeres cuya comprensión de las

cuestiones vitales las obligaba a considerar que las sencillas tareas de una casa eran en cierto modo perversas. Coverly se casó con una chica que se llamaba Betsey MacCaffery y procedía de las tierras baldías de Georgia; trabajaba en la barra de una cafetería de la calle 42. En la época acerca de la que escribo él trabajaba en la base de misiles de Talifer. Moses había dejado su puesto de auxiliar en un banco para trabajar en Leopold y Compañía, una sospechosa firma de corretaje. Se casó con Melissa Scaddon. Tanto Moses como Coverly tenían hijos varones.

Obsérvalos una tarde de verano repartidos por el césped que se extiende entre su casa y la orilla del río West, en la agradable hora que antecede a la cena. La señora Wapshot le está dando a Lulú, la cocinera, una lección de pintura paisajística. Han instalado el caballete un poco a la derecha del grupo. La señora Wapshot sostiene un marco de papel delante de la vista del río y está diciendo: «*Cherchez la motif, Lulu. Cherchez la motif*». Leander está bebiendo bourbon y admirando la luz. Para un hombre que es, en todas sus costumbres, claramente provinciano, la vida de Leander ha tenido más latitud de lo que cabría suponer. Una vez viajó al oeste, hasta Cleveland, con una compañía de teatro que representaba obras de Skakespeare y, unos años más tarde, ascendió treinta y ocho metros en un globo aerostático en la feria del condado. Está orgulloso de sí mismo y de sus hijos; el orgullo forma parte de la mirada tranquila e inquisitiva con que contempla las riberas del río, pienso que todos los ríos del mundo son antiguos pero que los de su país parecen los más antiguos.

Coverly está fumigando a las mariposas nocturnas de los manzanos. Moses pliega una vela. A través de las ventanas abiertas de la casa oyen la sonata de Waldstein interpretada por el primo Devereaux, que está practicando para el concierto de su debut en el otoño. Devereaux tiene una cara morena y abrumada y aún no ha cumplido los doce años. «Luz y sombra, luz y sombra», dice la anciana prima Honora, refiriéndose a la música. Lo mismo diría si se tratara de Chopin, Stravinski o Thelonious Monk. Es una formidable anciana de setenta y tantos años, vestida enteramente de blanco. (Se pondrá de negro el día del Trabajo.) Su dinero ha salvado repetidas veces a la familia de la deshonra o algo peor y, aunque su propia casa está al otro extremo del pueblo, contempla este paisaje con mirada de propietaria. El loro, en su jaula colgada junto a la puerta de la cocina, exclama: «Julio César, estoy completamente *asqueado*». Es lo único que sabe decir.

Qué ordenado, limpio y sensato parece el mundo; sobre todo, qué luminoso, como si este fuese el comienzo del mundo, de una cadena de mañanas. Es tarde en el día, tarde en la historia de esta parte del mundo, pero lo tardío del momento en nada eclipsa su ardor. Entonces sale una nube de humo de la cocina —se han quemado los panecillos— pero no importa. Cenar en un comedor lúgubre, juegan un poco al whist, se dan las buenas noches con un beso y se van a dormir y a soñar.

El problema empezó una tarde, cuando Coverly Wapshot se apeó del tren lento, el único en dirección sur que todavía paraba en el pueblo de Saint Botolphs. Era a finales de invierno, justo antes de anoecer. La nieve había desaparecido pero la hierba estaba quemada y el lugar no parecía haberse repuesto de las tormentas de febrero. Coverly le dio la mano al señor Jowett y le preguntó por su familia. Le hizo un gesto de saludo al barman de la Casa del Viaducto y luego a Barry Freeman, de la tienda de comestibles, y le dijo hola a Miles Howland, que salía del banco. El cielo del atardecer estaba luminoso y turbulento pero no arrojaba nada de sus luces y fuegos teatrales sobre la oscuridad del parque. Este impresionante espectáculo se quedaba en el aire. Entre los edificios vio el río West con su, para él, enorme carga de gratos recuerdos y de su brillo sacó la improbable impresión de que la larga historia del río había sido una fuerza purificadora que había vuelto sus aguas aptas para beber. Al llegar a Boat Street, torció a la derecha. La señora Williams estaba sentada en su sala, leyendo el periódico. La única luz en la casa de los Brattle era la de la cocina. El hogar de los Dummer estaba a oscuras. La señora Bretaigne, que estaba despidiendo a una visita, le dio la bienvenida. Entonces él se metió por el camino del jardín de la prima Honora.

Maggie abrió la puerta y él le dio un beso.

—No hay nada más que cecina —dijo Maggie—. Tendrás que matar un pollo.

Cruzó el largo pasillo, pasando por delante de las siete vistas de Roma, y entró en la biblioteca, donde encontró a su anciana prima con un libro abierto en el regazo. Aquí estaba el hogar, dulce hogar, los metales bruñidos, el fuego de madera de manzano.

—Querido Coverly —dijo Honora en un impulso de afecto, y le besó en los labios.

—Honora —respondió Coverly abrazándola.

Luego se separaron y se examinaron astutamente para ver qué cambios se habían producido.

El cabello blanco de Honora seguía siendo abundante y su cara leonina, pero su nueva dentadura postiza no le ajustaba bien y le hacía parecer un caníbal. Esta sugerencia de salvajismo le recordó a Coverly el hecho de que su prima nunca había sido fotografiada. En todos los álbumes familiares aparecía de espaldas a la cámara, de la cual huía, o con el rostro oculto por las manos, un bolso, un sombrero o un periódico. Un extraño que mirase los álbumes pensaría que se la buscaba por asesinato. Honora pensó que Coverly parecía desnutrido y se lo dijo.

—Estás flaco.

—Sí.

—Le diré a Maggie que te traiga un oporto.

—Preferiría un whisky.

—Tú no bebes whisky —repuso ella.

—Antes no —dijo Coverly—, pero ahora sí.

—¿Nunca acabarán las sorpresas? —preguntó Honora.

—Si vas a matar un pollo —dijo Maggie desde la puerta—, más vale que lo hagas ahora porque, si no, cenarás a medianoche.

—Lo mataré ahora —contestó Coverly.

—Tendrás que hablarle más alto —dijo Honora—. No oye.

Coverly siguió a Maggie a la cocina.

—Está más loca que nunca —le dijo Maggie—. Ahora asegura que no puede dormir. Asegura que no ha dormido desde hace años. Pues una tarde entro en la sala a llevarle el té y allí está. Dormida como un tronco. Roncando. Así que le digo: «Despierte, señorita Wapshot. Aquí tiene el té». Y me dice: «¿Qué quieres decir con eso de que me despierte? No estaba dormida. Solo estaba sumida en una profunda meditación». Y ahora está pensando en comprar un automóvil. Jesús, sería como soltar a un león hambriento por la calle. Atropellaría a niños inocentes si es que no se mataba ella primero.

La relación entre las dos ancianas se basaba en una especie de franca maledicencia que parecía contener tan poco de cierto que podría pasar por cómica. Maggie oía perfectamente, pero desde hacía años Honora le decía a todo el mundo que estaba sorda. Honora era excéntrica, pero Maggie le contaba a todo el mundo en el pueblo que estaba loca. Las enfermedades físicas y mentales que se inventaban la una de la otra tenían una calidad prístina que hacía casi imposible creer que hubiese ningún encarnizamiento en la contienda.

Coverly encontró un hacha pequeña en la despensa y salió al jardín bajando unos escalones de madera. A lo lejos se oían unas voces de niños, en las que se percibía claramente la pronunciación nasal típica de esa parte del mundo. Se oyó un cacareo procedente del gallinero que estaba detrás del seto. Se sintió inusualmente feliz en ese lugar escasamente poblado; notó que sus descontentos se diluían. Sabía que era la hora en que los jugadores de pinacle atravesaban tranquilamente el parque camino del cuartel de bomberos y en que los anhelos de la adolescencia, exacerbados por la pequeñez del pueblo, se aproximaban a su clímax. Recordaba haberse sentado en los escalones de la puerta trasera de su casa en River Street, atormentado por un anhelo de amor, de amistad y de renombre que le había hecho aullar.

Cruzó el seto y entró en el gallinero. Las gallinas ponedoras ya se habían retirado pero cuatro o cinco gallitos picoteaban en el patio. Los persiguió hasta hacerlos entrar en el gallinero y después de una refriega poco digna, agarró a uno por las patas. El ave graznó suplicando piedad y Coverly le habló para tranquilizarla, eso esperaba, mientras ponía su cuello sobre el bloque y le cortaba la cabeza. Sostuvo el cuerpo convulso lejos de sí para que la sangre cayera al suelo. Maggie le trajo un cubo de agua hirviendo y un número atrasado del *Enterprise* de Saint Botolphs y él desplumó y destripó al ave, perdiendo las ganas de comer pollo durante ese proceso. Llevó el

cadáver a la cocina y se reunió con la prima Honora en la biblioteca, donde Maggie había servido whisky y agua.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó Coverly.

—Supongo que sí —dijo Honora. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Quieres hablar de la casa de River Street?

—Sí.

—Pues nadie quiere alquilarla ni comprarla y me daría una pena enorme verla demoler.

—¿Qué le pasa?

—Los Whitehall la alquilaron en octubre. Se mudaron y casi inmediatamente la dejaron. Luego la cogieron los Haverstraw. Duraron una semana. La señora Haverstraw le dijo a todo el mundo en las tiendas que la casa estaba embrujada. Pero ¿quién iba a embrujarla? —preguntó, levantando la cara—. Nuestra familia siempre ha sido feliz. Ninguno de nosotros hemos hecho caso de los fantasmas. Pero, de todas formas, el asunto se comenta en todo el pueblo.

—¿Qué dijo la señora Haverstraw?

—Ella extendió el rumor de que es el fantasma de tu padre.

—Leander —dijo Coverly.

—Pero ¿para qué iba a venir Leander a molestar a la gente? —preguntó Honora—. Él no es que no creyera en fantasmas, sencillamente no le interesaban. Le oí decir muchas veces que pensaba que los fantasmas frecuentaban malas compañías. Y ya sabes lo bueno que era. Solía acompañar a las moscas y las mariposas a la puerta como si fueran visitas. ¿Para qué iba a volver, de no ser para tomarse un cuenco de leche con galletas saladas? También tenía sus defectos, naturalmente.

—¿Estabas tú con nosotros el día en que encendió un cigarrillo en la iglesia? —preguntó Coverly.

—Eso debes de habértelo inventado —dijo Honora, defendiendo el pasado.

—No —contestó Coverly—. Era Nochebuena y fuimos a la Sagrada Comunión. Recuerdo que él parecía muy devoto. Se ponía de pie, se arrodillaba, se persignaba y respondía a gritos. Luego, antes de la bendición, sacó un pitillo del bolsillo y lo encendió. Entonces me di cuenta de que estaba terriblemente borracho. Le dije: «No se puede fumar en la iglesia, papá», pero estábamos en uno de los primeros bancos y mucha gente le había visto. Lo que deseé en ese momento fue ser hijo del señor Pluzinski el granjero. No sé por qué, salvo que toda la familia era muy seria. Me parecía que si fuera hijo del señor Pluzinski, sería feliz.

—Deberías avergonzarte —dijo Honora. Luego suspiró, cambió de tono y añadió, incómoda—: Había otra cosa.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que solía repartir monedas el Cuatro de Julio?

—Oh, sí.

Entonces Coverly vio la fachada de su casa en muchos colores. Una gran bandera

colgaba desde el segundo piso, con las franjas carmesí descoloridas hasta adquirir el tono de la sangre vieja. Su padre estaba de pie en el porche, después del desfile y antes del partido, repartiendo monedas nuevas a una fila de niños que llegaba hasta la calle. Todos los árboles estaban cubiertos de hojas y en su fantasía la luz era verdosa.

—Pues, como recordarás, guardaba las monedas en una caja de puros que había pintado de negro. Cuando revisé la casa encontré la caja. Aún había algunas monedas dentro. Muchas de ellas no eran auténticas. Creo que las hacía él mismo.

—¿Quieres decir que...?

—Shhh —dijo Honora.

—La cena está lista —anunció Maggie.

Honora parecía cansada después de cenar, así que él le dio las buenas noches con un beso y se marchó andando a su casa en la otra punta del pueblo. El lugar había estado vacío desde el otoño. Había una llave en el alféizar y al abrir la puerta notó un fuerte olor a cerrado. Este era el lugar donde él había sido concebido, donde nació y despertó a la excelencia de la vida, y sintió una intensa tristeza al descubrir que el escenario de tantos recuerdos deslumbrantes olía a podrido; pero esto, él lo sabía, no era más que la bobería instintiva que nos lleva a amar la permanencia, cuando no existe. Encendió las luces del vestíbulo y de la sala y trajo unos troncos del cobertizo. Se concentró en preparar y encender la chimenea, pero una vez que el fuego estuvo ardiendo comenzó a sentir, rodeado de tantas habitaciones deshabitadas, una irracional carga de celos, como si su presencia allí fuese una intromisión.

La casa era suya y de su hermano, por contrato, por herencia y por recuerdos. Sus goteras y demás achaques eran responsabilidad suya. Era él quien había roto el jarrón que estaba sobre la chimenea y quien había hecho una quemadura en el sofá. No creía en fantasmas, sombras, espíritus o cualquier otra manifestación de inquietud por parte de los muertos. Tenía veintiocho años, estaba felizmente casado y era padre de un niño. Pesaba setenta kilos, gozaba de perfecta salud y había tomado pollo para cenar. Estos eran los hechos. Cogió un ejemplar de *Tristram Shandy* de la librería y se puso a leer. Oyó un fuerte ruido en la cocina y se sobresaltó de tal modo que empezaron a sudarle las manos. Alzó la cabeza el tiempo suficiente para incluir este ruido en el terreno de los hechos comprobables. Podía ser una contraventana, un trozo de leña, un animal o uno de esos vagabundos legendarios que formaban parte de la demonología local y que se suponía que habitaban las granjas vacías, dejando un rastro de hogueras, latas de picadura vacías, una vaca ordeñada y una solterona asustada. Pero él era joven y fuerte y aunque se encontrara a un vagabundo en el vestíbulo podría defenderse. ¿Por qué se sentía tan inmensamente incómodo? Fue al teléfono con la intención de preguntarle la hora a la telefonista, pero no había línea.

Continuó leyendo. Hubo un ruido en el comedor. Dijo algo en voz alta y enérgica para expresar su impaciencia y aprensión, pero el efecto que esto tuvo fue el de convencerle abrumadoramente de que le habían oído. Alguien estaba escuchando. Había un remedio para toda esta tontería. Se fue derecho al cuarto vacío y encendió la

luz. Allí no había nada, pero el latir de su corazón era acelerado y doloroso y el sudor le corría por las palmas de las manos. Entonces la puerta del comedor se cerró sola lentamente. Esto era natural, ya que la vieja casa se combaba, por lo que la mitad de las puertas se cerraban solas mientras que la otra mitad no lo hacía en absoluto. Pasó por las puertas de vaivén a la despensa y a la cocina. Aquí tampoco vio nada, pero de nuevo tuvo la sensación de que había alguien en la habitación cuando encendió la luz. Había dos hechos: las habitaciones vacías y el estado de alarma de su piel. Decidido a poner fin a esto, salió de la cocina al vestíbulo y subió las escaleras.

Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas y, en la oscuridad, pareció sucumbir a la densidad de las vidas que se habían vivido allí a lo largo de casi dos siglos. El peso del pasado era palpable, los gritos y los gemidos de la concepción, el nacimiento y la muerte, las canciones de la reunión familiar de 1893, el polvo levantado por el desfile del Cuatro de julio, el sobresalto de los amantes al encontrarse por casualidad en el pasillo, el crepitar de las llamas en el incendio que destruyó el ala oeste en 1900, la cortesía en los bautizos, la alegría de un joven esposo al traer a la novia a casa después de la boda, las inclemencias de un cruel invierno: todo eso se volvía palpable en el aire oscuro. Pero ¿por qué en esa oscuridad el ambiente era claramente de problemas y fracasos? Ebenezer había hecho una fortuna. Lorenzo había introducido en las leyes del estado una legislación de protección de menores. Alice había convertido al cristianismo a cientos de polinesios. ¿Por qué ninguno de estos fantasmas y espíritus parecía satisfecho de su obra? ¿Sería porque habían sido mortales, porque para cada uno de ellos el dolor de morir había sido amargo?

Regresó a la chimenea de la sala. Aquí estaba el mundo físico, iluminado por el fuego, terco y entrañable y, sin embargo, su respuesta física no era a la sala, sino a la oscuridad de las habitaciones que le rodeaban. ¿Por qué, sentado tan cerca del fuego, sentía un frío que le bajaba por el hombro izquierdo y un momento después le erizaba la piel del pecho, como si le hubieran puesto una mano allí? Si había fantasmas, opinaba como su padre que frecuentaban las malas compañías. Se asociaban con los pobres de espíritu y los débiles. Sabía que a veces dejamos tras nosotros, en una habitación, un aliento de amor o de rencor. Creía que lo que pagamos por nuestros amores en dinero, enfermedades venéreas, escándalo o éxtasis, lo dejamos atrás en los hoteles, cuartos de invitados, prados y campos donde descargamos esta parte de nosotros, sea como un aroma de bondad o un olor de maldad, para influir a quienes vienen detrás de nosotros. Por lo tanto era posible que ese rastro apasionado y excéntrico hubiese dejado tras de sí un ambiente que hiciera que su presencia pareciese una intromisión. Era hora de acostarse, así que cogió unas mantas de un armario y se hizo la cama en el cuarto de los invitados, el más próximo a las escaleras.

Se despertó a las tres de la madrugada. Había suficiente resplandor de la luna o del propio cielo nocturno para iluminar la habitación. Lo que le había despertado, lo

supo inmediatamente, no era un sueño, ni una fantasía ni un recelo; era algo que se movía, algo que él podía ver, algo extraño y antinatural. El terror se inició en los nervios ópticos y reverberó por toda su persona, pero era en sus ojos donde el terror había comenzado. Podía seguir el rastro de la perturbación por su sistema nervioso hasta las pupilas. El ojo contaba con la realidad y lo que había visto, o creía haber visto, era el fantasma de su padre. El caos que desencadenó esta alucinación fue horrendo; se puso a temblar de frío psíquico y físico, a temblar de terror, y sentándose en la cama, gritó:

—Oh, padre, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Su voz le sirvió de consuelo. El fantasma parecía haber salido de la habitación. Le pareció oír que los peldaños de la escalera cedían. ¿Había vuelto a buscar un cuenco de leche con galletas, a leer algo de Shakespeare? ¿Había vuelto porque sentía, como todos los otros, que el dolor de la muerte era cruel? ¿Había vuelto para revivir ese momento en que había renunciado a los supremos privilegios de la juventud, cuando despertó sintiéndose menos vital que de costumbre y comprendió que el médico no tenía ninguna cura para el otoño, ninguna medicina contra el viento del norte? El olor de sus años mozos permanecería aún en su nariz —el fuerte olor del trébol, la fragancia de los senos de las mujeres, tan parecido al viento de tierra, que huele a hierba y árboles— pero era hora de que dejase el campo a alguien más joven. Artrítico y encanecido, no deseaba menos que cualquier joven perseguir a las ninfas. Por colinas y valles. Ahora las ves, ahora no las ves. El mundo, un paraíso, ¡un paraíso! Padre, padre, ¿por qué has vuelto?

En el cuarto de al lado se oyó el ruido de un objeto al caer. Saber que era una ardilla, que es lo que era, no le habría servido a Coverly para recobrar el juicio. Estaba totalmente fuera de sí. Agarró sus ropas, bajó las escaleras despavorido y dejó la puerta principal abierta. Se detuvo en la acera el tiempo justo para ponerse los calzoncillos. Luego corrió hasta la esquina. Allí se vistió con los pantalones y la camisa, pero corrió todo el camino hasta casa de Honora descalzo. Garabateó una nota de despedida, la dejó en la mesa del vestíbulo y cogió el tren de la leche en dirección norte poco después del amanecer. Pasó ante la casa de los Markham, luego Wilton Trace, más tarde la casa de los Lowell, que habían cambiado el letrero de SED BUENOS CON LOS ANIMALES, pintado en su granero, por el de DIOS RESPONDE A LAS ORACIONES, y luego la casa donde antes vivía y reparaba relojes el viejo señor Spofford.

En el viaje de vuelta a Talifer, donde vivía con Betsey, Coverly tuvo que llegar a la conclusión de que o estaba loco o había visto el fantasma de su padre. Optó por lo segundo, naturalmente, y sin embargo no podía decírselo a su mujer; no podía explicarle a su hermano Moses por qué estaba vacía la casa de River Street. El espectro de su padre parecía ir sentado junto a él en el avión que le llevó al oeste. Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto? Se preguntó qué pensaría su padre de Talifer.

La base para investigación y desarrollo de misiles tenía una población de veinte mil personas, divididas, como cualquier sociedad, sean cuales sean sus aspiraciones, en primera, segunda y tercera clase. La numerosa aristocracia se componía de físicos e ingenieros. Los comerciantes constituían la clase media, y había un vasto proletariado de mecánicos, tripulación de tierra y obreros de las torres de los misiles. A la mayoría de los aristócratas les habían dado refugios subterráneos y, aunque esto nunca se había hecho público, se sabía que en caso de que hubiera un cataclismo dejarían que el proletariado se escaldase. Este hecho producía ciertos rencores. Las partes vitales del lugar eran las veintinueve torres de los misiles al borde del desierto, el reactor atómico en forma de mezquita, los laboratorios y hangares subterráneos y el centro de ordenadores y administración de tres kilómetros cuadrados. Los fines de la base eran enteramente extraterrestres, y si bien el sentido común descartaría cualquier ironía sentimental y obvia respecto a la vastedad de la investigación científica emprendida en Talifer y a la capacidad para la tristeza irracional, la soledad y el éxtasis que se daba entre los científicos era una forma de vida que presentaba algunos contrastes intelectuales muy fuertes.

La seguridad era siempre un problema. Nunca se mencionaba a Talifer en los periódicos. No existía públicamente. Esta preocupación por la seguridad parecía inhibir la vida en todos los planos. Un sábado por la tarde, Betsey estaba viendo la televisión. Coverly se había llevado a Binxy al centro comercial. Por la ventana vio que el señor Hanson, que vivía al otro lado de la calle, estaba desmontando las contraventanas y colocando los toldos. Tenía una escalera de mano, que plantó con cuidado sobre un parterre, luego se subió y desenganchó las contraventanas y se las llevó al garaje. Su mujer y sus hijos debían de haber salido. No había ningún otro signo de vida en la casa. Después de quitar las contraventanas de la planta baja, empezó con los dormitorios del piso de arriba. La escalera no llegaba hasta esa altura, por lo que tenía que trabajar sacando medio cuerpo por la ventana, desenganchando la hoja y metiéndola sesgada. Los enganches de una de las ventanas parecían estar torcidos o herrumbrosos; no se soltaban. Él se puso a caballo en el alféizar y dio un tirón de la hoja. Se cayó y aterrizó con un golpe sordo en la terracita que había cubierto de cemento pocas semanas antes. Betsey se quedó mirando el tiempo suficiente para ver que su cuerpo estaba inerte. Luego volvió a mirar la televisión. Veinte minutos después oyó una sirena, vio llegar una ambulancia y se llevaron la

figura aún inerte en una camilla. Esa noche se enteró de que había muerto instantáneamente. Unos niños habían dado la alarma. Pero ¿por qué no lo había hecho ella? ¿Cómo podía explicar su extraña conducta? La general preocupación por la seguridad parecía estar en el fondo de su negligencia. No quería hacer nada que llamase la atención sobre ella, que implicara hacer declaraciones y contestar preguntas. Probablemente su preocupación por la seguridad la había llevado a pasar por alto la muerte de un vecino.

A Coverly le habría resultado difícil explicarle a Leander que, aunque había estudiado para ser perforista y subprogramador, le habían pasado a relaciones públicas cuando le trasladaron a la base de Talifer. Esto fue un error, cometido por uno de los ordenadores del departamento de personal, pero no había apelación. Vivían en un barrio heterogéneo. Betsey quería tener un refugio y Coverly había solicitado el traslado a otro barrio, pero la oficina inmobiliaria gubernamental estaba inundada de solicitudes similares y además Coverly no estaba mal allí. Habían plantado ginkgos a lo largo de las aceras por donde los niños patinaban, y los pájaros cantores habían anidado en ellos. Sentado en el patio trasero antes de cenar podía contemplar el deslucido y conmovedor crepúsculo de la montaña —ese resplandor acre y potente— más allá de las lejanas torres de los misiles. Tenían un jardincito y una parrilla para asar carne. La casa que había a su derecha era propiedad de un hombre llamado Armstrong, que trabajaba en el departamento de relaciones mundiales. Armstrong había desarrollado una prosa monosilábica, seca y viril para escribir las crónicas que firmaban los astronautas. La casa que había a su izquierda era propiedad de un hombre que trabajaba en una de las torres y se llamaba Murphy, el cual se emborrachaba y pegaba a su mujer todos los sábados por la noche. Una mañana, cuando Coverly estaba trabajando, el panel de señales indicó que había una llamada para él. Salió de la zona de seguridad para acudir al teléfono. Era Betsey.

—Me ha robado el cubo de la basura —dijo.

—No te entiendo, cielo —repuso Coverly.

—La señora Murphy —dijo Betsey—. El basurero ha venido esta mañana, como todos los martes, y cuando ha recogido la basura, ella se ha llevado mi estupendo cubo nuevo de metal galvanizado a su patio trasero, dejándome a mí ese cubo de plástico, viejo y rajado que trajeron desde Cabo Cañaveral.

—Bueno, no puedo hacer nada ahora —le dijo Coverly—. Estaré en casa a las cinco y media.

Betsey aún estaba furiosa cuando él llegó.

—Ve allí ahora mismo y recupéralo —le dijo—. Lo llenarán de basura y dirán que es suyo. Deberías haber pintado nuestro nombre en el cubo. Ve allí ahora mismo y quítaselo. Ahí le tienes a él, cortando el césped.

Coverly salió de la casa y cruzó la línea de demarcación de su parcela. Pete Murphy acababa de poner en marcha su cortacésped. Las lejanas montañas parecían azules. La hora del día, la uniformidad de las casas, el ruido del motor de un cilindro

y los dos hombres en mangas de camisa blanca conferían a la escena una insólita irrealidad, como si Coverly no estuviera a punto de acusar de robo a su vecino, o a la mujer de su vecino, sino a punto de comentar que los índices de comercialización mostraban, en su tendencia al alza, la indiscutible eficacia de la publicidad directa por correo. En resumen, su realidad y sus pasiones parecían puestas en duda. Las lejanas montañas habían sido formadas por el fuego y el agua, pero las casas del valle tenían un aspecto tan inconsistente que, al anochecer, daba la impresión de que olían a cartones de camisa. Coverly hizo crujir sus nudillos, nervioso, y llamó la atención de Pete con un movimiento brusco de la cabeza. Este pasó justo delante de él empujando el cortacésped y ahogando las palabras de Coverly con el ruido del motor. Coverly esperó. Pete hizo un segundo recorrido, luego apagó el motor y se paró frente a Coverly.

—Mi mujer me ha dicho que ustedes le han robado el cubo de la basura —dijo Coverly.

—¿Y qué?

—¿Tienen ustedes la costumbre de apropiarse de lo ajeno? —Coverly estaba más perplejo que enfadado.

—Escucha, pollito —dijo Murphy—. Donde yo crecí si no mangabas lo que podías, comías mierda.

—Pero da la casualidad de que este no es el sitio donde usted creció —dijo Coverly. Era una mala táctica. Parecía que estaba anotando a pie de página la disputa. Luego, seguro de que la razón estaba de su parte, habló con voz firme y severa, estropeada por cierta altivez anticuada o provinciana—. ¿Sería tan amable de devolvernos nuestro cubo de la basura?

—Escucha —dijo Murphy—. Has entrado ilegalmente en mi propiedad. Estás en mi terreno. Si no sales de aquí ahora mismo, vas a volver a tu casa mutilado de por vida. Te voy a sacar los ojos, te voy a romper las narices y te voy a arrancar las orejas.

Coverly le asestó un gancho con el puño derecho y Murphy, un hombre grande y al parecer cobarde, cayó al suelo. Coverly se quedó parado, un poco desconcertado. Entonces Murphy se le acercó gateando y le clavó los dientes en la espinilla. Coverly dio un grito. Betsey y la señora Murphy salieron corriendo de sus respectivas cocinas. Justo en ese momento un misil despegó de su rampa y, en el crepúsculo, derramó una luz tan fuerte como la de un día de verano sobre el valle y la base, arrojando las sombras de los combatientes, de sus casas y de sus árboles sobre la hierba, mientras las ondas aéreas desfiguraban el estremecedor estruendo de modo que sonó como el humilde clic de las juntas de una vía.

El misil ascendió, la luz se fue desvaneciendo y las dos mujeres se llevaron a sus maridos a casa.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Visto desde lejos, el centro de ordenadores y administración donde trabajaba

Coverly parecía un gran edificio de una sola planta, pero esta solo sostenía las terminales de los ascensores y las oficinas de seguridad. Las demás oficinas y las máquinas estaban bajo tierra. El único piso visible era de cristal coloreado de un tono como de agua aceitosa. El cristal oscurecido no disminuía la luz del día, pero la alteraba. Más allá de estas paredes de cristal ahumado se veían unos pastizales llanos y los edificios de una granja abandonada. Había una casa, un establo, un grupo de árboles y una cerca, y aquellas construcciones abandonadas, con las torres de los misiles detrás, tenían cierto encanto nostálgico. Eran signos del pasado y, fuese o no verdad, parecían muestras de una forma de vida rica y natural. La granja abandonada evocaba un torrente de imágenes vulgares y bucólicas —hogueras, cubos de leche fresca y muchachas bonitas columpiándose en los manzanos— que, no obstante, eran persuasivas. Luego uno apartaba la mirada de ella y la volvía hacia los cristales de color aceitoso y penetraba en otro mundo, enterrado seis pisos por debajo de los pastos. Era un nuevo mundo en todos los sentidos. Su condición de nuevo se notaba especialmente en un ambiente de entusiasmo y utilidad que hoy en día la mayor parte de nosotros hemos perdido. Observar que a veces los ascensores no funcionaban, que una de las paredes de cristal estaba rajada y que las guapas recepcionistas de la oficina de seguridad tenían un atractivo primitivo e inmemorial sería como cargarse con las observaciones de un viejo, a quien el tiempo ha empujado más allá de las fronteras de cualquier utilidad. Las numerosas personas que iban y venían del centro de ordenadores tenían un aire de satisfacción y propósito que no se encuentra en el metro de Nueva York o de París, donde parece que nos miramos unos a otros con el horror y el desaliento de una civilización de caricaturistas. Una noche, al salir de su despacho ya tarde, Coverly había oído al doctor Cameron, el director de la base, dar por terminada una disputa con uno de sus ayudantes. El doctor gritaba:

—Nunca pondrás un condenado hombre en la maldita luna, y si llegas a hacerlo, no te servirá de nada.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Betsey había esperado que les destinaran a Cabo Cañaveral y Talifer la decepcionó. Llevaban dos meses allí y nadie había venido a visitarles. Ella no había hecho amistades. Por las tardes oía risas y charlas, pero a ella y a Coverly nunca les incluían en estas reuniones. Desde su ventana Betsey veía a la señora Armstrong trabajando en el jardín e interpretaba este interés por las flores como signo de un carácter amable. Un día, cuando Binxey estaba durmiendo la siesta, Betsey fue a la casa de al lado y llamó al timbre. La señora Armstrong le abrió la puerta.

—Soy Betsey Wapshot —dijo—. Soy su vecina de al lado. Mi marido, Coverly, hizo cursos de subprogramador, pero ahora le han puesto en relaciones públicas. Te he visto en el jardín y se me ha ocurrido hacerte una visita.

La mujer la invitó amablemente a pasar. No parecía antipática, pero sí poco animada.

—Quería preguntarte sobre mis vecinos —dijo Betsey—. Ya llevamos dos meses

aquí pero hemos estado demasiado atareados para hacer amigos, parece ser. No conocemos a nadie, así que he pensado que me gustaría dar una fiestecita y ver quién es quién. Quería saber a quién invitar.

—Verás, querida, yo en tu lugar esperaría un poco —repuso la señora Armstrong—. Por alguna razón esta parece ser una comunidad muy conservadora. Creo que sería mejor que conocieras a tus vecinos antes de invitarlos.

—Bueno, yo soy de un pueblo pequeño —dijo Betsey—, donde todos éramos vecinos, y muchas veces me digo que si no puedo confiar en la amabilidad de los desconocidos, entonces ¿en qué puedo hacerlo?

—Comprendo lo que quieres decir —contestó la señora Armstrong.

—He vivido en muchos sitios distintos —continuó Betsey—. Con la alta sociedad, con la baja sociedad. La familia de mi marido llegó aquí en el *Arbella*, el barco que vino después del *Mayflower*, que trajo gente de mejor clase. Yo pienso que todo el mundo es igual, por debajo de la piel. Lo que quiero es que me des una lista de veinticinco o treinta de las personas más interesantes de la vecindad.

—Pero, querida, creo que no podría hacerlo.

—¿Por qué no?

—No hay tiempo.

—Bueno, no tardaríamos mucho, ¿no crees? —dijo Betsey—. Tengo papel y lápiz aquí mismo. Ahora dime quién vive en la casa de la esquina.

—Los Seldon.

—¿Son interesantes?

—Sí, son bastante interesantes, pero no demasiado cordiales.

—¿Cómo se llama él?

—Herbert.

—¿Quién vive al lado de ellos?

—Los Trampson.

—¿Son interesantes?

—Sí, son muy interesantes. Él y Reginald Tappan descubrieron la constante de Tappan. Él ha sido propuesto para el Premio Nobel, pero tampoco es muy cordial.

—¿Y al otro lado de ellos?

—Los Harneck —dijo la señora Armstrong—. Pero debo advertirte, querida, de que cometerás un error si les invitas sin que os hayan presentado antes.

—Creo que en eso te equivocas —dijo Betsey—. Espera y verás. ¿Quién vive al otro lado de ellos?

Al final salió de allí con una lista de veinticinco nombres. La señora Armstrong le explicó que ella no podría asistir a la fiesta porque se iba a Denver. Ocupada con los planes para la fiesta, Betsey estaba feliz y en paz con el mundo. Le explicó sus planes al propietario de una tienda de bebidas en el centro comercial. Él le dijo lo que necesitaría y le dio el número de teléfono de una pareja —una doncella y un barman— que le prepararían las bebidas y la comida. En la papelería compró una caja de

invitaciones y se pasó toda una tarde, alegremente, escribiéndolas. El día de la fiesta la pareja llegó a las tres de la tarde. Betsey se vistió y arregló a su niño. Coverly volvió a las cinco, que era cuando esperaban a los primeros invitados, y el escenario ya estaba preparado.

A las cinco y media no había venido nadie y Coverly se abrió una cerveza y el barman le sirvió un whisky con ginger ale a Betsey. Los coches pasaban por la calle en ambas direcciones pero ninguno se detenía ante la casa de los Wapshot. Ella oía los sonidos de un partido de tenis que estaban jugando en una pista de la manzana siguiente: risas y charlas. El barman comentó amablemente que ese barrio era muy raro. Él había trabajado en Denver y estaba deseando volver a un sitio donde la gente fuera más cortés y previsible. Partió por la mitad las limas, exprimió limones, colocó una hilera de copas de cóctel sobre la mesa y las llenó de hielo. A las seis la doncella sacó de su bolso una novela barata y se sentó a leer. Poco después de las seis se oyó el timbre de la puerta trasera y Betsey se precipitó a abrir. Era el repartidor de la tintorería. Coverly oyó que Betsey le decía que entrase a tomar una copa.

—Me encantaría, señora Wapshot —respondió el hombre—, pero tengo que irme a casa para hacerme la cena. Ahora vivo solo, me parece que ya se lo dije. Mi mujer se fugó con uno de los carniceros del supermercado. El abogado me dijo que metiera a los niños en un orfanato. Me dijo que de ese modo obtendría la custodia más pronto, así que ahora estoy completamente solo. Estoy tan solo que hablo con las moscas. Hay un montón donde yo vivo, pero no las mato, sino que hablo con ellas. Son como mis amigas. Les digo: «Hola, moscas. Estamos solos, vosotras y yo. Tenéis buen aspecto, moscas». Supongo que usted podría pensar que estoy loco porque hablo con las moscas, pero así es. No tengo nadie más con quien hablar.

Coverly oyó cerrar la puerta. Betsey abrió el grifo del fregadero. Cuando volvió estaba pálida.

—Bueno, vamos a celebrar la fiesta —dijo Coverly—. Vamos a celebrarla tú y yo.

Le trajo otra copa y le ofreció una bandeja de sándwiches, pero ella estaba tan rígida a causa del dolor que apenas podía mover la cabeza, y al beber el whisky se le derramó un poco por la barbilla.

—Las cosas que se leen en estos libros de bolsillo —comentó la doncella—. No sé. Yo he estado casada tres veces, pero aquí, en este libro, hacen algo que no sé lo que es. Quiero decir que no sé lo que están haciendo...

Miró un momento al niño y siguió leyendo. Coverly preguntó a la pareja si querían beber algo, pero ambos rehusaron cortésmente y dijeron que no bebían cuando estaban de servicio. Su presencia parecía amplificar un sentimiento de turbación que se iba transformando rápidamente en vergüenza; sus ojos parecían ser los ojos del mundo, a pesar de su corrección, y finalmente Coverly les dijo que se fueran. Ellos se sintieron enormemente aliviados. Tuvieron el buen gusto de no decir que lo sentían, de no decir nada más que adiós.

—Lo dejaremos todo puesto para los que lleguen tarde —dijo Betsey valientemente cuando ellos salían por la puerta.

Fue su último acto de valentía. El dolor que sentía en el pecho amenazaba con desbordarla. Su espíritu parecía a punto de quebrarse bajo el peso de la crueldad organizada del mundo. Ella le había ofrecido a la comunidad su inocencia, su visión de unos desconocidos cordiales, y había sido cruelmente desdeñada. No les había pedido dinero, ni ningún tipo de ayuda, tampoco amistad; solo les pedía que vinieran a su casa, se bebieran su whisky y llenaran las habitaciones vacías con el ruido de las conversaciones durante un rato, y ninguno de ellos había tenido la amabilidad de venir. Era un mundo que le parecía tan hostil, incomprensible y amenazador como las hileras de las torres de los misiles en el horizonte, y cuando Coverly la rodeó con un brazo y le dijo:

—Lo siento, cielo.

Ella le apartó de un empujón y contestó ásperamente:

—Déjame en paz, déjame en paz.

Finalmente, para consolarla, Coverly llevó a Betsey a un café del centro comercial. Pagaron sus tíquets y se sentaron en unas sillas de lona mientras tomaban un café. Había una joven con el pelo rubio por detrás de las orejas tocando un arpa pequeña y cantando:

*Oh, mamá, mamaíta, mamá,
¿por qué está el cielo tan oscuro?
¿Por qué huele el aire a insecticida?
¿Por qué no hay nadie en el parque?*

No pasa nada, hijita mía,
esto no es el fin del mundo,
la lavadora está centrifugando,
y yo estoy esperando a unos amigos.

Pero, mamá, mamaíta, dime:
¿por qué suena tu contador Geiger?
¿Por qué se tiran al río
todas esas personas?

No pasa nada, bonita,
no pasa nada en absoluto,
mi contador Geiger registra
un aumento de la radiactividad.

Pero, mamá, mamaíta, dime,
antes de que me vaya a la cama.
¿Por qué se me caen mis rizos rubios?
¿Y por qué está el cielo tan rojo?
¿Por qué está el cielo tan rojo?

Había algo en el carácter de Coverly —algo provinciano, sin duda— que hacía que este tipo de lamentación le resultara intolerable, así que agarró a Betsey de la mano y salió del café, gruñendo como un hombre mucho más viejo. No fue una noche muy agradable.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Moses y Melissa Wapshot vivían en Proxmire Manor, un lugar que era conocido a lo largo de la línea de cercanías como el sitio donde había sido arrestada la señora. El incidente había tenido lugar cinco o seis años antes, pero poseía la persistencia de una leyenda, y al parecer la señora había sido por un breve período de tiempo el genio del bonito lugar. Los hechos eran simples. Con la excepción de un robo sin resolver, los ocho hombres del cuerpo de policía de Proxmire Manor nunca habían tenido nada que hacer. Su única utilidad era dirigir el tráfico cuando había bodas o grandes fiestas. Día y noche escuchaban en la radio de la policía los crímenes y las alarmas que se producían en otras comunidades —robos de coches, disturbios, borracheras y asesinatos— pero el registro de Proxmire Manor estaba en blanco. Esta ociosidad pesaba mucho en su autoestima mientras, armados con pistolas y cartucheras, se pasaban los días poniendo multas de aparcamiento indebido a los coches que dejaban en la estación de ferrocarril. Era como un juego de niños, multar a los viajeros de cercanías por las más triviales infracciones de unas normas que la propia policía se inventaba, y lo jugaban con entusiasmo.

La señora —la esposa de Lemuel Jameson— tenía un problema parecido. Sus hijos estaban en el colegio, una sirvienta le hacía las tareas domésticas, y mientras jugaba a las cartas o almorzaba con sus amigas, un aburrimiento corrosivo la ponía de mal humor con frecuencia. Una tarde, al volver a casa después de un infructuoso viaje a Nueva York para hacer compras, se encontró con que le habían puesto una multa por aparcar ligeramente encima de una raya blanca. Hizo trizas el papel. Más tarde, un policía encontró los pedazos en el suelo y se los llevó a la comisaría, donde los pegaron.

Naturalmente, este desafío abierto a su autoridad enardeció a los policías. La señora Jameson recibió una citación. Llamó a su amigo el juez Flint —que era miembro del club— y le pidió que arreglara el asunto. Él le dijo que lo haría, pero esa misma tarde tuvo un ataque agudo de apendicitis y se lo llevaron al hospital. Cuando llamaron a la señora Jameson en el tribunal y ella no compareció, la policía dio la alerta. Se ordenó su detención, la primera orden de arresto que tenían en años. Por la mañana, dos policías, fuertemente armados, con uniformes limpios, y acompañados de una mujer policía, se presentaron en casa de la señora Jameson con la orden de arresto. Una doncella les abrió la puerta y les dijo que la señora estaba durmiendo. Al menos con un amago de fuerza, entraron en el hermoso salón y le dijeron a la doncella que despertara a la señora. Cuando esta supo que la policía estaba abajo, se indignó y se negó a moverse. La doncella bajó, y al cabo de un minuto o dos la señora Jameson oyó los pesados pasos de la policía. Se quedó horrorizada. ¿Se atreverían a entrar en su dormitorio? El oficial le habló desde el vestíbulo.

—Levántese de la cama, señora, y acompáñenos, o de lo contrario, la sacaremos nosotros.

La señora Jameson se puso a chillar. La mujer policía, echando mano a su cartuchera, entró en el dormitorio. La señora Jameson continuó chillando. La mujer le dijo que se levantara y se vistiera si no quería que se la llevaran a la comisaría en camión. Cuando la señora Jameson se dirigió al cuarto de baño, la mujer policía la siguió y ella empezó a chillar otra vez. Estaba histérica. Les gritó a los policías cuando se los encontró en el pasillo del piso de arriba, pero se dejó conducir al coche en el que la llevaron a la comisaría. Allí comenzó a gritar de nuevo. Finalmente pagó una multa de un dólar, y la mandaron a casa en un taxi.

La señora Jameson estaba decidida a conseguir que echaran a los policías y, nada más entrar en su casa, comenzó a organizar su campaña. Repasando los nombres de sus vecinos en busca de alguien que fuera elocuente y solidario, pensó en Peter Dolmetch, un guionista de televisión freelance, que alquilaba la casa de los guardeses de los Fulsom. No le caía bien a nadie, pero la señora Jameson le invitaba a veces a sus fiestas, así que él estaba en deuda con ella. Le llamó y le contó su historia.

—No puedo creerlo, querida —dijo Peter.

Ella dijo que, por su natural elocuencia, quería pedirle que la defendiera.

—Estoy en contra del fascismo —declaró él—, dondequiera que alce su fea cabeza.

Entonces ella llamó al alcalde y exigió una vista oral. Fue fijada para las ocho y media de esa tarde. El señor Jameson estaba en viaje de negocios. Ella llamó a unos cuantos amigos, y a mediodía todo el mundo en Proxmire Manor sabía que la había humillado una mujer policía, que la siguió al cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera mientras ella se vestía, y que la habían llevado a la comisaría a punta de pistola. Quince o veinte vecinos acudieron para presenciar la vista. El alcalde y sus concejales eran siete, y también estaban allí la mujer policía y los dos hombres que arrestaron a la señora Jameson. Cuando se inició la vista, Peter se levantó y preguntó:

—¿Ha llegado el fascismo a Proxmire Manor? ¿Se pasea el fantasma de Hitler por nuestras arboladas calles? ¿Es que debemos temer, en la intimidad de nuestros hogares, oír las pisadas de las botas de las Tropas de Asalto sobre nuestras aceras y sus puños aporreando nuestras puertas?

Y siguió dale que dale. Debía de haberse pasado el día entero escribiendo su discurso. Iba todo dirigido a Hitler, con solo unas cuantas menciones de pasada a la señora Jameson. El público empezó a toser, a bostezar y a excusarse. Cuando la protesta fue rechazada y concluyó la vista, no quedaba en la sala nadie más que los protagonistas, y el caso de la señora Jameson se perdió, pero no se olvidó. El cobrador del tren, al pasar por esas verdes colinas, decía. «Ahí arrestaron a una señora ayer»; luego: «Ahí arrestaron a una señora el mes pasado»; y ahora: «Ese es el sitio donde arrestaron a una señora». Así era Proxmire Manor.

El pueblo se alzaba sobre tres colinas muy verdes al norte de la ciudad, era elegante y cómodo, y parecía haber eliminado, por medio de hábiles presiones sociales, el lado espinoso de la naturaleza humana. Esta revelación se le impuso a

Melissa una tarde en que una vecina, Laura Hilliston, la visitó para tomar un jerez con ella.

—Lo que quería decirte —empezó Laura— es que Gertrude Lockhart es una puta.

Melissa oyó las palabras desde el otro extremo de la habitación, donde estaba sirviendo el jerez, y se preguntó si había oído bien, por lo brutal que parecía el comentario. ¿Qué clase de nuevas eran estas para ir llevándolas de casa en casa? Nunca estaba segura —¿cómo iba a estarlo, siendo todo tan experimental?— de la naturaleza y la intención exactas de la sociedad en que vivía, pero, ¿cabía realmente en ella este tipo de cosas?

Laura Hilliston se echó a reír. Su risa era sana y sus dientes blancos. Estaba sentada en el sofá, una mujer maciza con los pies bien plantados sobre la alfombra. Tenía el cabello castaño, y también eran castaños sus grandes y dulces ojos. La cara era carnosa, pero fresca. Llevaba muchos años casada y tenía tres hijos ya adultos, pero recientemente había abandonado el país del amor, con paso rápido y sin mirar atrás, como si hubiese pasado demasiado tiempo en sus humeantes junglas. Había terminado con todo eso, le dijo a su pobre marido. Se había perfumado para esta visita y llevaba un grueso collar de oro falso que arrojaba un reflejo metálico sobre sus facciones. Sus zapatos eran de tacón alto y su vestido, ajustado, pero estos adornos pretendían establecer su posición social, no atraer las miradas de los hombres.

—Pensé que debías saberlo —dijo Laura—. No es simple cotilleo. Ha tenido relaciones íntimas prácticamente con todo el mundo. Por ejemplo, el lechero y el viejo ese que lee el contador del gas. Ese simpático muchacho de cara lozana que trae la ropa de la lavandería perdió su puesto por culpa de ella. La camioneta se pasaba las horas aparcada delante de su casa. Luego empezó a comprar los comestibles en la tienda de Narobi, y uno de los chicos de reparto tuvo muchos problemas. Su marido parece agradable y dicen que la aguanta por los hijos. Él adora a los hijos. Pero lo que realmente quería decirte es que vamos a echarla. Tienen una hipoteca de veintiocho mil dólares con una cláusula de reparaciones, y Charlie Peterson, el del banco, les ha dicho que tienen que poner un tejado nuevo en la casa. Por supuesto, no pueden permitirse ese lujo, así que Bumps Trigger les va a dar lo que ellos pagaron por la casa, y tendrán que marcharse a otro sitio. Pensé que te gustaría saberlo.

—Gracias —dijo Melissa—. ¿Quieres más jerez?

—Oh, no, gracias. Tengo que irme. Vamos a casa de los Wishing. ¿Vosotros no?

—Sí, sí vamos —dijo Melissa.

Laura se puso una chaqueta de visón y salió de la casa con esa elegancia, esa circunspección, ese suave e inconfundible aplomo de la señora que se ha despedido del amor.

Entonces llamaron al timbre de la puerta de atrás. La cocinera había salido con el niño, así que Melissa fue a abrir y dejó entrar a uno de los chicos de la tienda de Narobi. Se preguntó si sería el que la señora Lockhart había intentado seducir. Era un

joven esbelto con el pelo castaño y unos ojos azules que desprendían una luz constante, como sucede con los ojos de los jóvenes, tan diferentes de los ojos de los viejos, esos faroles apagados que no dan ninguna luz. Le hubiera gustado preguntarle por la señora Lockhart, pero, claro está, eso no era posible. Le dio una propina de un cuarto de dólar y él se lo agradeció cortésmente. Luego subió a bañarse y a vestirse para el baile de los Wishing.

El baile de los Wishing era un acontecimiento anual. Como explicaba la señora Wishing insistentemente, lo daban todos los años antes de poner las alfombras. Había una orquesta de tres músicos, una buena cena, con salmón glaseado, *boeuf en daube*, un clarete oscuro y perfumado y un bar para las bebidas. A las diez y cuarto Melissa estaba ya aburrída y le hubiese pedido a Moses que la llevara a casa, pero él se hallaba en otra habitación. Encantadora y animada, Melissa se aburría raras veces. Observando a la gente que bailaba, pensó en la pobre señora Lockhart, a quien iban a expulsar de esta sociedad. Por otra parte, sabía lo fácil y erróneo que era suponer que las excepciones —los borrachos y los lujuriosos— penetran, por sus excesos, en el caparazón de la sociedad inmortal. ¿Sabía más la señora Lockhart acerca de la humanidad que ella, Melissa? ¿Quién tendría el poder de la penetración? ¿El sacerdote que veía cómo temblaban las manos de los fieles cuando las tendían para coger el cáliz? ¿El médico que los había visto despojados de sus ropas? ¿O el psiquiatra que los había visto despojados de su obstinado orgullo, y que ahora estaba bailando con una mujer gorda que llevaba un vestido rojo? ¿Y de qué valía la penetración? ¿Qué importaba que la mujer borracha e infeliz que estaba en el rincón soñara con frecuencia que una veintena de poetas líricos desnudos la perseguían por un bosquecillo? Melissa se aburría y pensó que también los otros invitados al baile se aburrían. La soledad era una cosa, y ella sabía cuán dulces puede hacer que parezcan las luces y la compañía, pero el aburrimiento era otra distinta, ¿y por qué, en este mundo tan próspero y equitativo, parecían todos tan aburridos y decepcionados?

Melissa se dirigió al cuarto de baño. La casa de los Wishing era grande y se perdió. Entró por equivocación en un dormitorio a oscuras. En el momento en que lo hizo, otra mujer, que debía de estar esperando, la abrazó, gimiendo con ardor. Entonces comprendió su error y dijo:

—Lo siento muchísimo.

Y se marchó. Melissa solo vio que tenía el cabello oscuro y que llevaba una falda de vuelo. Se quedó en la habitación oscura durante un momento, intentando, sin el menor éxito, encajar este encuentro en el sonido distante de la música de baile. Solo podía significar que dos de sus vecinas, dos amas de casa, se habían enamorado y habían concertado una cita durante el baile de los Wishing. Pero ¿quiénes serían? No le parecía posible que fueran ninguna de sus vecinas. Tenían que ser de fuera; mujeres del perverso mundo que se hallaba más allá de Proxmire Manor. Salió al vestíbulo iluminado y encontró el camino hacia donde se dirigía en primer lugar, y no pudo hacer otra cosa que olvidar el encuentro. No había tenido lugar.

Le pidió a Bumps Trigger que le trajera una copa y él volvió con un vaso de bourbon oscuro. Ella sintió una profunda nostalgia, un anhelo de alguna isla o península emocional que ni siquiera había vislumbrado en sus sueños. Le parecía conocer algo de su carácter —no era un paraíso— pero sus sublimes posibilidades de riqueza y libertad emocional la conmovían. Era la espléndida sensación de que podía conseguir algo mucho mejor que esto; que la realidad no era el baile de los Wishing, que el mundo no estaba dividido en rígidos parlamentos de bien y mal, sino regido por la autoridad absoluta de la variedad de su deseo.

Entonces empezó a bailar, y lo hizo hasta las tres, cuando la orquesta dejó de tocar. Sus sentimientos habían pasado del aburrimiento a una rabiosa avidez de placeres. Deseaba que la fiesta no terminase nunca, y se quedó hasta el amanecer, cuando cedió a las atenciones de Moses. Era un marido muy atento. Se mostraba atento en los embarcaderos, en canoas que hacían agua, en las playas y las riberas musgosas, en las habitaciones de los moteles y los hoteles y en los cuartos de invitados, en los sofás y en las camas. En la casa resonaban todas las noches sus alegres gritos de abandono, pero dentro de esta espuma de amor había rígidos cánones de decencia y ciertas formas de comercio sexual le parecían escandalosas y de mal gusto. A la luz del día (excepto sábados, domingos y días de fiesta) sus normas de decencia eran inflexibles. Le partiría la nariz a cualquier hombre que contara un chiste verde en presencia de mujeres y una vez le dio una bofetada a su hijito por decir «maldito». Era el tipo de paterfamilias que inspira compasión por el libertino. Todas las noches le hacía el amor a Melissa, todas las noches se metía confiado en su cama, mientras que el pobre libertino no goza de semejante seguridad. Este —vagabundo del amor— tiene que escribir cartas, gastarse el suelo en flores y joyas, escoltar a las mujeres a restaurantes y teatros, escuchar interminables recuerdos: «Mi hermana se portó fatal conmigo» y «La noche en que murió el gato». Debe aplicar su inteligencia y su destreza manual a las casi laberínticas complicaciones de la ropa femenina. Debe prever problemas geográficos, caprichos del gusto, maridos celosos, cocineras suspicaces, todo para unas pocas horas, a veces pocos minutos, de ternura robada. Se le niegan los placeres de la amistad, para la policía es un tipo sospechoso, y a veces le resulta difícil encontrar empleo, mientras que el mundo le sonríe dulcemente a ese bruto peludo que es su vecino casado. Esta área volcánica que Moses compartía con Melissa era inmensa, pero era la única. No estaban de acuerdo en casi ninguna otra cosa. Bebían distintas marcas de whisky, leían diferentes libros y periódicos. Fuera del oscuro círculo del amor casi parecían extraños y, al ver a Melissa al otro extremo de una larga mesa en la que cenaban con otras personas, se había preguntado alguna vez quién sería aquella rubia tan guapa. Que esta turbulencia y estas atenciones no eran enteramente espontáneas se le reveló a Melissa una mañana cuando abrió un cajón de la mesa del vestíbulo y encontró una serie de memorandos, que cubrían un mes o seis semanas, titulados: «Recuento de bebidas». Las anotaciones decían: «12 mediodía, 3 martinis. 15.20, 1 cóctel. 17.36 a

18.40 en el tren 3 bourbons. 4 bourbons antes de cenar. Medio litro de mosela. 2 whiskies después». Las anotaciones no variaban mucho de un día a otro. Volvió a guardarlas en el cajón. Era una cosa más que había que olvidar.

Por muy increíble que parezca, Honora Wapshot nunca había pagado impuestos. El juez Beasley, que teóricamente estaba encargado de sus asuntos, supuso que ella estaba al corriente de las leyes fiscales y nunca le preguntó nada sobre ese tema. Su descuido, su negligencia criminal, podría atribuirse a su edad. Puede que se considerase demasiado vieja para iniciar una nueva actividad como la de pagar impuestos, o puede que pensara que se moriría antes de que la pillaran. De vez en cuando la idea de su negligencia cruzaba por su mente y sufría una fugaz punzada de culpa, pero, en su opinión, uno de los privilegios de la edad era un alto grado de irresponsabilidad. El caso es que nunca había pagado un impuesto, por lo que un hombre llamado Norman Johnson bajó una tarde del mismo tren que había traído a Coverly a Saint Botolphs la noche en que vio al fantasma de su padre.

El señor Jowett adivinó por su indumentaria que era un viajante y le recomendó la Casa del Viaducto. Mabel Moulton, que llevaba el hotel desde que su padre sufrió un derrame cerebral, le condujo a una habitación en la parte de atrás del primer piso.

—No vale mucho —explicó—, pero es la única que tenemos.

Le dejó solo para que ampliara su observación. Desde la única ventana se veía el río y, al otro lado, la fábrica de plata de mesa. En un rincón del cuarto había una jarra y una palangana para lavarse. Vio un orinal debajo de la cama. Estos remedios primitivos le desagradaban. ¡Mira que usar un orinal en una época en que los hombres exploraban el espacio! Pero ¿utilizaban orinales los astronautas? ¿Qué usaban? Dejó el tema para olfatear el aire, pero la Casa del Viaducto era un hotel muy viejo y solo podías perdonarle sus olores. Colgó en el armario el traje que llevaba puesto y el que llevaba en la maleta. La colección de perchas metálicas dieron la media cuando las tocó. Esta musiquilla fantasmal le sobresaltó y luego la quietud del lugar se le vino encima. Se oían pasos en la habitación del piso superior. ¿De hombre? ¿De mujer? Los tacones sonaban fuerte, pero los pasos eran pesados y supuso que se trataba de un hombre. Pero ¿qué estaba haciendo? El desconocido anduvo primero de la ventana al armario. Luego fue del armario a la cama. Después de la cama al lavabo y del lavabo otra vez a la ventana. Su paso era rápido y apremiante, pero sus idas y venidas carecían de sentido. ¿Estaba haciendo el equipaje? ¿Vistiéndose? ¿Afeitándose? ¿O simplemente, como Johnson sabía por experiencia, moviéndose sin objeto por un lugar vacío, preguntándose qué había olvidado?

Johnson, en camisa y calzoncillos, se sentó en el borde de la cama. (Sus calzoncillos tenían un estampado de jugadas de póquer y dados.) Abrió una botella de jerez y se bebió un vaso. En la heterogénea y recurrente riada de rostros que nos rodea hay algunos que parecen las monedas de un reino determinado, que parecen ser iguales en rasgos y en valor. Uno habría visto a Johnson antes y volvería a verle. Tenía una de esas caras largas a las cuales no se les puede aplicar la palabra

«madurez» en ningún sentido. El tiempo había supuesto una serie de pérdidas inesperadas y duros golpes, pero a media luz o con luces indirectas esas cicatrices emocionales eran invisibles y la cara parecía honrada, sencilla e inescrutable. Algunos de nosotros damos tres veces la vuelta al mundo, nos divorciamos, volvemos a casarnos, nos divorciamos de nuevo, nos separamos de nuestros hijos, ganamos y despilfarramos una fortuna, y al regresar a nuestros orígenes nos encontramos las mismas caras en las mismas ventanas, le compramos los cigarrillos y los periódicos al mismo viejo, damos los buenos días al mismo ascensorista y las buenas noches al mismo recepcionista, a todos los que, como Johnson, parece que la desgracia los ha clavado en la vida como clavos en el suelo.

Era un viajante acostumbrado a las penas de la soledad, a la violencia de la sexualidad, a las imágenes semiconscientes de autopistas y carreteras como proyecciones de un espíritu confuso; a ese limbo venéreo y triste que debió de haber inundado el mundo antes de la invención de Venus, ignorado por el bien y el mal, regido por el dolor. Su padre había muerto cuando él era niño y fueron su madre y su tía, una maestra y una modista, quienes le criaron. Había sido un niño bueno, aplicado y trabajador, y mientras los demás chicos corrían por la calle detrás de un balón, él vendía tirantes, suscripciones a revistas, bolsas de agua caliente, tarjetas de Navidad y periódicos. Guardaba las monedas de cinco y de diez centavos en tarros vacíos de zumo de ciruelas y las depositaba en su cartilla de ahorros una vez a la semana. Se costeó los estudios universitarios durante dos años y luego le llamaron a filas en infantería. Podía haber conseguido un destino de prórroga en los muelles de carga de mineral en Superior y haber ganado una fortuna durante la guerra, pero eso no lo supo hasta que fue demasiado tarde.

Desembarcó en Normandía el cuarto día de la invasión. Su fornido sargento primero se pegó un tiro en el pie en cuanto desembarcaron y su sanguinario comandante se vino abajo después de tres horas de combate. Los hombres modestos y honestos como él fueron los verdaderamente valientes. Cayó herido al tercer día de combate y le trasladaron en avión a un hospital en Inglaterra. Cuando regresó a su compañía le destinaron al cuartel general y permaneció allí hasta que le licenciaron. Eso supuso cuatro años de su vida, cuatro años eliminados de la carrera profesional de un hombre joven. Al volver a Superior su tía había muerto y su madre se estaba muriendo. Después de enterrarla, le quedaron tres mil dólares de facturas de médicos, una factura de mil cuatrocientos del entierro y una hipoteca de siete mil de una casa que nadie quería comprar. Tenía veintisiete años. Se sirvió otro vaso de jerez.

—Nunca he tenido un tren eléctrico —dijo en voz alta—. Nunca he tenido un perro.

Consiguió un trabajo en la Administración de Veteranos en Duluth y aprendió otra lección. La mayoría de los hombres nacen, viven y mueren endeudados. La laboriosidad y la diligencia no pueden competir con la carga de las deudas. Lo que necesitaba era una inspiración, un golpe de suerte, y una noche, en una pequeña

colina en las afueras de Superior, tuvo una inspiración. En la distancia veía las luces de Duluth. A sus pies veía los tejados planos de una industria conservera. El viento vespertino venía de Duluth y le traía el ladrido de los perros. Su pensamiento tomó el siguiente derrotero: Dos mil personas vivían en ese monte. Todos tenían un perro. Todos los perros comían por lo menos una lata de alimento al día. La gente quería a sus perros y estaba dispuesta a pagar un buen dinero para darles de comer, pero ¿quién sabía lo que ponían en una lata de alimento para perros? ¿Qué les gustaba a los perros? Sobras de comida, basura y boñigas de caballo. Los chuchos vagabundos siempre tenían buen pelaje y buena salud. Lo único que necesitaba era un punto de venta. ¡Comida para perros Nueva Inglaterra! La mayoría de la gente asociaba Inglaterra con el rosbif. Poniendo una etiqueta así en las latas, los dueños de los perros pagarían hasta veinticinco centavos. El ruido de la fábrica de conservas encajaba con sus pensamientos y se fue contento a la cama.

Hizo experimentos con los perros del vecindario y estableció una fórmula consistente en un noventa por ciento de las basuras de la fábrica de alimentos para el desayuno, diez por ciento de boñigas de caballo recogidas en los establos y suficiente agua para que la mezcla quedase jugosa. Hizo dibujar e imprimir una etiqueta con un escudo heráldico y las palabras «COMIDA PARA PERROS NUEVA INGLATERRA» en una caligrafía muy florida. La conservera aceptó hacerle un lote de mil y él alquiló un camión y llevó una carga a la conservera en cubos de la basura. Cuando las latas estuvieron etiquetadas, metidas en cajones y almacenadas en su garaje, le pareció que poseía algo valioso y estupendo. Se compró un traje nuevo y comenzó a visitar los supermercados de Duluth con una lata de muestra de Nueva Inglaterra.

La historia era la misma en todas partes. Los tenderos compraban a los mayoristas y cuando habló con los mayoristas, estos le explicaron que no podían vender su producto. La comida para perros que vendían se la imponían los empaquetadores de carne de Chicago a un precio global junto con sus otros productos y ellos no podían competir con Chicago. Intentó vender en persona su producto en la colina pero no se puede vender comida para perros de puerta en puerta y aprendió una amarga lección. El autónomo no tiene nada que hacer. Duluth estaba lleno de perros hambrientos y él tenía mil latas de comida almacenadas en su garaje pero como autónomo le era imposible unir a unos y otras provechosamente. Mientras recordaba esto, se tomó otro jerez.

Ya había oscurecido. La luz había desaparecido de la ventana y se vistió para bajar a cenar. Era el único cliente en el comedor, y Mabel Moulton le trajo un cuenco de sopa grasienta en la cual nadaba una cerilla quemada. La cerilla quemada, como el orinal, hicieron que su odio por Saint Botolphs fuese implacable.

—Oh, lo siento muchísimo —dijo Mabel cuando él le enseñó la cerilla—. Lo siento muchísimo. Es que mi padre tuvo un derrame cerebral el mes pasado y andamos de cabeza. Las cosas no marchan como nosotros quisiéramos. El piloto de la cocina de gas no funciona y la cocinera tiene que encender el gas con cerillas y

supongo que ha sido así como ha llegado una a su sopa. Bueno, me llevaré el plato y le traeré el asado y me aseguraré de que no caigan cerillas en él. Observe que le retiro el plato con la mano *izquierda*. El invierno pasado me torcí la muñeca izquierda y no me ha quedado bien pero procuro hacer cosas con esa mano para ver si así la recupero. El médico me dice que si la uso, se pondrá mejor. Claro, me resulta más fácil usar siempre la derecha, pero de vez en cuando...

La mujer se dio cuenta de la actitud poco amistosa de Johnson y se alejó. Había servido a mil hombres solitarios y a la mayoría les gustaba oírle hablar de sus dolores, molestias y torceduras mientras ella admiraba las fotos de sus esposas, sus hijos, sus casas y sus perros. Era un puente de comunicación ligero pero era mejor que nada y servía para pasar el rato.

Johnson se tomó el asado y la tarta y se metió en el bar. Estaba crudamente iluminado por anuncios luminosos de cerveza y olía como una excavación. Los únicos clientes eran dos granjeros. Él se dirigió al extremo de la barra más alejado de ellos y se bebió otro vaso de jerez. Luego jugó una partida de bolos en miniatura en la máquina y salió a la calle por la puerta lateral. El pueblo estaba a oscuras; vuelto hacia dentro, totalmente ignorante de las necesidades de los viajeros, los vagabundos, el gran mundo que fluye. Todas las tiendas estaban cerradas. Echó una ojeada a la iglesia unitaria al otro lado del parque. Era un edificio blanco con columnas, un campanario y una aguja que se difuminaba a la luz de las estrellas. Le parecía increíble que sus compatriotas, ese pueblo imaginativo, los primeros en explotar los escaparates, las luces brillantes y la música continua, hubieran sido tan retrógrados como para construir una clase de templo que pertenecía al viejo mundo. Bordeó el parque y subió por Boat Street hasta la casa de Honora. Había algunas luces encendidas en la vieja casa, pero no vio a nadie. Regresó al bar y vio un combate de boxeo en la televisión.

El favorito era un boxeador del club, no muy joven, llamado Mercer. El aspirante era un hombre llamado Santiago que podía haber sido italiano o puertorriqueño. Era carnoso, musculoso y estúpido. Mercer dominó la pelea durante los dos primeros asaltos. Era rubio, esbelto, con el rostro arrugado por las preocupaciones domésticas corrientes, pensó Johnson. Se habría despedido de su mujer en la cocina dándole un beso y boxeaba para pagar los plazos de la lavadora. Ágil, inteligente y duro, parecía invencible hasta que al principio del tercer asalto Santiago le partió la ceja derecha. La sangre le corría por la cara y el pecho y resbaló en la lona ensangrentada. En el quinto, Santiago le abrió otra vez el corte y Mercer, cegado de nuevo, se tambaleó por el cuadrilátero. En el sexto suspendieron el combate. El ánimo de Mercer estaría por los suelos, su mujer y sus hijos se disgustarían y los de la tienda se llevarían la lavadora. Johnson subió a su cuarto, se puso un pijama estampado con escenas de caballos saltando obstáculos y leyó una novela barata.

Su novela trataba de una joven que tenía millones de dólares y casas en Roma, París, Nueva York y Honolulu. En el primer capítulo lo hacía con su marido en una

cabaña de esquí. En el segundo lo hacía con un mayordomo en la despensa. En el tercer capítulo, su marido y el mayordomo lo hacían en la piscina. Luego la protagonista lo hacía con una doncella. Su marido las descubría y participaba en la diversión. Después la cocinera lo hacía con el cartero y la hija de la cocinera, que tenía doce años, lo hacía con el mozo de las caballerizas. Y así durante seiscientas páginas. La historia acabaría, estaba seguro, en alguna institución religiosa. La protagonista, después de haber practicado todas las indecencias conocidas, terminaría en una orden de clausura, con la cabeza rapada y un anillo de plomo. Lo último que se vería de su depravado esposo serían los pies calzados con unas toscas sandalias de monje mientras caminaba bajo una tormenta de nieve para llevar un vial de antibióticos a una prostituta enferma que vivía en las montañas. Parecía un pobre alimento para un hombre solitario y en el duro colchón sobre el que estaba tumbado sintió una acumulación de soledad procedente de los miles de hombres que como él se habían acostado allí, ansiando no estar solos. Apagó la luz, se durmió y soñó con cisnes, una maleta perdida, una montaña nevada. Vio a su madre quitando los adornos del árbol de Navidad con manos temblorosas. Por la mañana se despertó sintiéndose natural, de excelente humor y hasta cariñoso, pero el desconocido con la cara oculta siempre está esperando junto al lago, siempre hay una víbora en el jardín, una nube oscura hacia el oeste. Los huevos que Mabel le trajo para desayunar nadaban en grasa. Tan pronto salió de la Casa del Viaducto, un perro empezó a ladrarle. El animal le siguió por el parque, intentando morderle los tobillos. Corrió por Boat Street y unos niños que iban al colegio se rieron a carcajadas de su pánico. Cuando llegó a casa de Honora no le quedaba nada de su buen humor.

Maggie le abrió la puerta y le condujo a la biblioteca, donde Honora estaba sentada junto a la ventana, examinando un gran surtido de fuegos artificiales apilados en una cesta. Al oír pasos de hombre, se quitó las gafas. Esperaba parecer más joven. No veía bien sin gafas y cuando Johnson entró en la biblioteca, la visión borrosa de su cara le hizo creer que se trataba de un joven con grandes apetitos y entusiasmos y un corazón abierto. Experimentó un impulso de amistad o compasión hacia su difuminada imagen.

—Buenos días —dijo—. Por favor, siéntese. Estaba mirando mis fuegos artificiales. Los compré el año pasado, ¿sabe?, pensando dar una fiestecita, pero en julio todo estaba muy seco, no llovió durante seis semanas, y el jefe de bomberos me pidió que no los lanzase. Los metí en el armario de los abrigos y me olvidé de ellos por completo hasta esta mañana. Me encantan los fuegos artificiales. Me encanta leer las etiquetas de los paquetes e imaginarme cómo serán. Me encanta el olor de la pólvora.

—Me gustaría saber algo acerca de su tío Lorenzo —pidió Johnson.

—Oh, sí —dijo Honora—. ¿Se trata de la placa conmemorativa?

—No —respondió Johnson, y abrió su cartera.

—Bueno, el año pasado vino un hombre —explicó Honora—, y me insistió en

que hiciésemos una placa conmemorativa para Lorenzo. Al principio pensé que representaba a alguna comisión pero luego descubrí que no era más que un vendedor. ¿No será usted un vendedor?

—No —contestó Johnson—. Soy del gobierno.

—Pues Lorenzo sirvió en la asamblea legislativa, ¿sabe? —dijo Honora—. Introdujo las leyes sobre el trabajo infantil. Verá, mis padres eran misioneros. Nadie lo diría al verme, ¿verdad?, pero yo nací en la Polinesia. Mis padres me mandaron a un colegio aquí, pero murieron antes de que yo pudiera regresar. Lorenzo me crio. Nunca fue un hombre demasiado cariñoso. —Parecía profundamente pensativa—. Pero se podría decir que fue mi padre y mi madre —dijo con un suspiro de evidente descontento.

—¿Esta era su casa?

—Oh, sí.

—¿Su tío le dejó a usted sus bienes?

—Sí, no tenía otra familia.

—Tengo aquí cierta correspondencia del Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton. Estiman que el valor de la herencia de su tío en la época de su muerte sería de un millón de dólares aproximadamente. Afirman que le han abonado a usted una renta anual que oscila entre los setenta mil y los cien mil dólares.

—No sé —dijo Honora—. Dono la mayor parte de mi dinero.

—¿Tiene usted alguna prueba de eso?

—No llevo las cuentas.

—¿Ha pagado el impuesto sobre la renta alguna vez, señorita Wapshot?

—Oh, no —contestó Honora—. Lorenzo me hizo prometer que nunca le daría su dinero al gobierno.

—Va usted a tener graves problemas, señorita Wapshot. —Johnson se sintió alto y fuerte, experimentó la suprema importancia de quienes son portadores de malas noticias—. Esto la llevará a un tribunal.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Honora.

Estaba atrapada y lo sabía; atrapada como cualquier ladrón torpe amenazando con una pistola de agua al cajero del banco. Aunque su conocimiento de las leyes fiscales no era mucho más que un sueño, sabía que eran las propias de su país y de su tiempo. Lo que hizo en ese momento fue acercarse a la chimenea y prender fuego a la pila de virutas, papel y leña que el jardinero había dispuesto sobre los hierros. La razón de que hiciera esto es que el fuego suponía para ella un soberbio analgésico. Cuando estaba descontenta consigo misma, preocupada, confusa o aburrida, encender el fuego parecía incinerar sus descontentos y transformar sus agobios en humo. Se aproximaba a la luz y al calor del fuego como un aborigen. Las virutas y el papel estallaron en llamas, llenando la biblioteca de un calor seco y gaseoso. Honora echó leña de manzano al fuego; tenía la sensación de que cuando el fuego calentara lo bastante habría quemado sus temores de acabar en una granja-asilo miserable o en la cárcel.

Estalló un leño y una brasa cayó en el cesto de los fuegos artificiales. La primera en prenderse fue una vela romana.

—¡Dios mío! —dijo Honora.

Medio cegata, sin sus gafas, agarró un jarrón de flores para apagar la vela romana, pero falló la puntería y le arrojó a Johnson en plena cara como medio litro del agua amarga de las flores y una docena de jacintos. Mientras tanto la vela romana había empezado a eyacular sus chispas de colores y estas prendieron algo llamado El Vesubio Dorado. Un cohete salió disparado hacia el piano y luego estallaron todos.

Las dos historias sobre Honora Wapshot que con más frecuencia se contaban en la familia se referían a su despertador y a su caligrafía. Más que relatarlas, las representaban; cada uno de los miembros de la familia interpretaba un papel, cantaba un aria, por así decirlo, y todos participaban en la Grand Finale como en una primitiva anticipación de las convenciones de la ópera italiana del siglo XIX. El incidente del despertador pertenecía a una época remota, cuando vivía Lorenzo. Él estaba decidido a parecer muy pío y le gustaba llegar al oficio matutino en la iglesia de Cristo exactamente a las once menos cuarto. Honora, que quizá fuese auténticamente religiosa pero detesta las apariencias, nunca encontraba los guantes o el sombrero y siempre se retrasaba. Un domingo por la mañana, Lorenzo, furioso, cogió a su sobrina de la mano y se la llevó a la tienda para comprarle un despertador. A continuación, fueron a la iglesia. El señor Briam, el antecesor del señor Applegate, había comenzado un interminable sermón acerca de las cadenas de san Pablo cuando el despertador empezó a sonar. Como la mayoría de los feligreses estaban dormidos, se despertaron sobresaltados y confusos. Honora sacudió el paquete del reloj y luego empezó a desenvolverlo, pero cuando llegó a la caja, el reloj había dejado de sonar. Entonces el señor Briam retomó las cadenas de san Pablo y el despertador se puso a sonar de nuevo. Esta vez Honora hizo como si el reloj no fuera suyo. Sudando abundantemente, permaneció sentada al lado de aquel aparato impío, mientras el señor Briam seguía hablando del significado de las cadenas, hasta que al mecanismo se le acabó la cuerda. Fue un domingo histórico. Las historias acerca de su caligrafía se centraban en una mañana en que había escrito al carbonero protestando de sus precios y luego al señor Potter para darle su sentido pésame por la repentina pérdida de su santa esposa. Se equivocó al meter las cartas en los sobres, pero como el señor Potter no consiguió leer nada de la carta salvo la firma, quedó conmovido por el detalle y como el señor Sumner, el carbonero, fue incapaz de leer la carta de pésame, se la devolvió a Honora. Ella había aprendido caligrafía mediante el método Spencer, pero este estilo dejaba sin expresar algún rasgo terrible o grosero de su carácter y el conflicto entre sus pasiones y las herramientas a su disposición hacía ilegible su letra.

Más o menos por entonces, Coverly recibió una carta de su anciana prima.

Alguien más perseverante hubiese analizado la carta palabra por palabra y diagnosticado el contenido, pero Coverly no poseía ni las dotes ni la paciencia necesarias para eso. Pudo descifrar unos cuantos hechos. Un acebo que crecía detrás de su casa estaba atacado por la roya y ella quería que Coverly fuese a Saint Botolphs para ocuparse de que lo fumigaran. A continuación venía un párrafo indescifrable sobre el Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton de Boston. Honora había puesto dinero en usufructo para Coverly y su hermano y él supuso que se refería a eso. Las rentas le permitían a Coverly vivir mucho más cómodamente de lo que hubiera

podido hacerlo con su sueldo del gobierno y confió en que no hubiese algún problema con ese dinero. Luego había una frase clara donde afirmaba que el doctor Lemuel Cameron, director de la base de Talifer, había obtenido una vez una beca creada por Lorenzo Wapshot. Concluía con sus acostumbradas observaciones sobre las lluvias, los vientos y las mareas.

Coverly adivinó que la mención al acebo quería decir algo muy diferente pero no tenía el estado de ánimo necesario para descubrir qué se ocultaba en la mente de la anciana. Si había problemas con el Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton —y su cheque trimestral debería haberle llegado ya— él no podía hacer mucho al respecto. El comentario acerca del doctor Cameron podía ser verdad o no, ya que Honora exageraba a menudo la generosidad de Lorenzo y, como cualquier anciana, tenía dificultades para recordar nombres. La carta llegó en un mal momento y se la reenvió a su hermano.

Betsey no se había repuesto del fracaso de su fiesta. Odiaba Talifer y culpaba abiertamente a Coverly por hacerla vivir allí. Se vengaba durmiendo sola y no hablando con su marido. Protestaba en voz alta, como para sí, del ruido, del barrio, de la cocina, del tiempo y de las noticias de los periódicos. Insultaba al puré de patatas, maldecía al asado, condenaba a los cacharros al infierno y les decía obscenidades a las tartas de manzana congeladas, pero no le dirigía la palabra a Coverly. Todas las superficies de la vida —la mesa, los platos y el cuerpo de su marido— parecían haberse convertido en las punzantes aristas de una piedra que yacía en su camino. Nada le parecía bien. El sofá le hacía daño en la espalda. No podía dormir en su cama. Las luces eran demasiado tenues para leer, los cuchillos no cortaban ni la mantequilla, los programas de televisión la aburrían aunque los veía fielmente. El mayor sufrimiento de Coverly era la ruptura de sus relaciones sexuales. Constituían la esencia, la fuente constante de vitalidad en su matrimonio, y sin eso la compañía de Betsey se le hacía penosa.

Coverly intentó arrojar un círculo de luz en torno a la figura de ella y vio, o creyó ver, que quizá estaba cruelmente sobrecargada por un pasado del cual él nada sabía. Todos hemos pagado un rescate a nuestros orígenes, pensó, y puede que en su caso la suma haya sido exorbitante. Eso podría explicar ese lado oscuro de su carácter que a él le parecía más misterioso que la cara oscura de la luna. ¿Existían instrumentos de amor y paciencia que pudieran explorar esa oscuridad, descubrir los manantiales de su desdicha y, trazando un mapa de todo ello, llevarlo al terreno de la razón? ¿O estaba en la naturaleza de esa clase de mujer permanecer para siempre con la mitad de sí en una oscuridad desconocida para ella misma? Sentada ante el televisor, no se parecía en absoluto a una diosa lunar, pero, de todo lo que había en el mundo, su espíritu junto con sus caras irreconciliables, era para él lo más parecido a la luna.

Un sábado por la mañana, cuando se estaba afeitando, oyó la voz de Betsey —estridente, iracunda— y bajó las escaleras en pijama para ver qué pasaba. Ella estaba regañando a una asistente nueva.

—No sé dónde vamos a parar —decía Betsey—. Realmente no lo sé. Supongo que espera usted que le pague un buen dinero simplemente por quedarse sentada, sentarse a fumar mis cigarrillos y ver mi televisión. —Betsey se volvió hacia Coverly—. Apenas habla inglés —dijo—, y ni siquiera saber manejar la aspiradora. Ni eso sabe hacer. Y tú. Mírate. Son las nueve y todavía estás en pijama y me imagino que piensas pasarte el día sin hacer nada. Me asquea y me harta. Bueno, llévatela arriba y enséñale a utilizar la aspiradora. Marchaos los dos. Subid y haced algo útil para variar.

La asistenta tenía el cabello oscuro y la piel olivácea. Sus ojos estaban llorosos. Coverly cogió la aspiradora y subió las escaleras, admirando el amplio trasero de la desconocida. Se produjo entre ellos la instantánea relación que se establece entre los niños desgraciados. Coverly enchufó el cable y conectó el motor pero, cuando sonrió a la desconocida, las cosas tomaron un giro diferente.

—Ahora la ponemos aquí —le oyó decir Betsey—. Así. Eso es. Tenemos que meterla por los rincones, hasta el fondo. Despacio, despacio, despacio. Adelante, atrás. Adelante, atrás. No demasiado rápido...

En el piso de abajo, Betsey pensó airadamente que Coverly había encontrado al fin algo útil que hacer los sábados por la mañana y que por lo menos una habitación estaría limpia. Se metió en el cuarto de baño, donde tuvo una visión, no tanto de la emancipación de su sexo como de la esclavización del macho.

El habitual progreso —una presidenta y un Senado femenino— no aparecía en la fantasía de Betsey. De hecho, en su visión los hombres continuaban realizando la mayor parte del trabajo en el mundo, si bien ampliado para incluir las tareas domésticas y las compras. Sonrió al imaginar a un hombre inclinado sobre la tabla de la plancha, un hombre limpiando el polvo de la mesa, un hombre untando el asado. En su visión todos los monumentos públicos en homenaje a grandes hombres serían derribados y arrojados a los vertederos. Generales a caballo, sacerdotes con sotana, estadistas de frac, aviadores, exploradores, inventores, poetas y filósofos serían reemplazados por atractivas representaciones de mujeres. Estas tendrían independencia sexual completa y harían el amor con desconocidos con la misma despreocupación con que compraban un libro de bolsillo, y al volver a casa por la tarde, les describirían con descaro a sus deprimidos maridos (que estarían preparando un asado a la parrilla) los momentos más destacados de sus aventuras eróticas. No fue tan lejos como para imaginar una legislación que limitara los derechos de los hombres; pero les veía tan cabizbajos, insulsos y deprimidos que habrían perdido la posibilidad de que los tomaran en serio.

Ahora la canción de amor de Coverly Wapshot se había convertido en algo grotesco y vano, y en la época acerca de la que escribo él había adquirido la desafortunada costumbre de hablar como los papelitos chinos de la fortuna. «El tiempo todo lo cura», decía. «El pobre va antes que el ladrón». Además de su costumbre de hacer crujir los nudillos adquirió otra aún más irritante: la de carraspear

nerviosamente. A intervalos regulares emitía con la laringe un ruido irresoluto, quejumbroso, exculpatorio y reflexivo.

—Grrgrum —se decía mientras fregaba los platos—. Arjem, arriem, grramf.

Como si estos ruidos expresaran de forma sutil su descontento. Era la clase de hombre que en los congresos a los que, a veces, asistía tiraba siempre a la papelera la tarjeta con su nombre (¡Hola! ¡Soy Coverly Wapshot!) junto con el clavel blanco que solían darles a los delegados. Parecía creer que vivía en una ciudad pequeña donde todos se conocían. Nada más lejos de la realidad, por supuesto. Betsey era una de esas mujeres que, como las heroínas de las leyendas antiguas, era capaz de transformarse de una bruja en una belleza y de nuevo en una bruja a tal velocidad que dejaba a Coverly sobresaltado.

Coverly, como un déspota, era dado a reorganizar a capricho los hechos de su historia. Decidía alegre y esperanzadamente que lo ocurrido no había tenido lugar, aunque nunca fue tan lejos como para afirmar que lo que no había ocurrido si había pasado. Que lo sucedido no había sucedido era un estribillo en su canción de amor tan frecuente como esas estrofas líricas que celebran la felicidad erótica. Ahora Betsey era una mujer quejumbrosa o, como decía Coverly, Betsey no era una mujer quejumbrosa. Se había sentido desgraciada en Remsen y había deseado que les destinaran a Cabo Cañaveral, donde se veía a sí misma sentada en una playa blanca contando las olas y poniéndole ojos tiernos al socorrista. Si a Betsey le hubieran hecho un retrato la habrían pintado contra un fondo de paisajes del norte de Georgia, donde pasó su misteriosa infancia. Habría jabalíes, un árbol moribundo, una casa de madera que necesitaba una mano de pintura y, hasta donde alcanzaba la vista, hectáreas de polvo rojo que al menor aguacero se volvería lodo y sería arrastrado por el agua. En esa parte del estado la capa superficial de tierra no era suficiente para llenar una lata. Coverly había visto este paisaje fugazmente desde la ventanilla del tren y del pasado de ella solo sabía que tenía una hermana que se llamaba Caroline.

—Me llevé una gran decepción con Caroline —le había dicho Betsey—. Era mi única hermana, la única, y yo solo quería tener una verdadera hermandad con ella, pero me llevé una desilusión. Cuando yo trabajaba en el almacén de todo a cinco-y-diez centavos, le daba todo mi sueldo para que se hiciera el ajuar, pero cuando se casó, se fue de Bambridge y no me escribió ni una vez, ni me informó de su paradero de ninguna forma o manera.

Luego Caroline empezó a escribirle y se produjo un cambio en los sentimientos de Betsey hacia su hermana. Coverly se alegró de ello, ya que, con la excepción del televisor, la soledad de Betsey en Talifer era absoluta y no parecía que Coverly pudiese volver más sociable a la gente del lugar. Finalmente, invitaron a Caroline, que estaba divorciada, a visitarles.

Lo que no había sucedido, o lo que quizá podía haber tenido lugar y a él le había pasado desapercibido de acuerdo con la forma de pensar de Coverly, empezó con la visita de Caroline. Llegó un jueves. Todas las ventanas estaban iluminadas cuando

Coverly volvió a casa después del trabajo y al entrar oyó sus voces procedentes del cuarto de estar. Betsey parecía feliz por primera vez en varios meses y le recibió con un beso. Caroline levantó la cabeza y le sonrió; el color y la expresión de sus ojos quedaban ocultos por unas grandes gafas que reflejaban la habitación. No era una mujer gruesa, pero se sentaba como si lo fuera, con las piernas muy separadas y los brazos colgando desgarbadamente entre ellas. Llevaba un conjunto de viaje: zapatillas azules que le apretaban los pies y una falda estrecha del mismo color que estaba arrugada como una piel. Su sonrisa era dulce y lenta y se puso de pie y le dio a Coverly un beso húmedo.

—Vaya, es igualito a Harvey —dijo—. Harvey era un chico de Bambridge y eres igualito a él. Era un chico que estaba muy bien. Su familia tenía una casa muy bonita en Spartacus Street.

—No vivían en Spartacus Street —corrigió Betsey—. Vivían en Thompson Avenue.

—Vivieron en Spartacus Street hasta que a su padre le dieron la representación de Buick —dijo Caroline—. Luego se mudaron a Thompson Avenue.

—Yo creía que siempre habían vivido en Thompson Avenue —repuso Betsey.

—El que vivía en Thompson Avenue era ese otro chico —dijo Caroline—. El que tenía el pelo rizado y los dientes torcidos.

Había una botella de bourbon en la mesita del café y los tres se tomaron un vaso. Cuando Betsey se fue a la cocina para calentar la cena, Caroline se quedó con Coverly. En ese momento fue cuando él decidió que lo que había sucedido no había tenido lugar. Caroline le habló en un susurro.

—Estaba muerta por conocer al hombre con el que se había casado Betsey. En Bambridge nadie creía que ella se casaría. Es tan *rara*.

Hubo un momento, antes de decidir que ella no había dicho lo que había dicho, en que Coverly tuvo que enfrentarse con el veneno que contenía el comentario. Solo pudo llegar a la conclusión de que en Georgia «rara» quería decir encantadora, original y buena.

—No te entiendo —dijo.

—Bueno, es rara, sencillamente —murmuró Caroline—. En Bambridge todo el mundo sabía que Betsey lo era. Yo creo que no era culpa suya. Creo que fue por lo mal que la trató nuestro padrastro. Le pegaba con la correa, se quitaba el cinturón y le daba con él sin la menor provocación. Yo creo que le quitó el sentido común a fuerza de correazos.

—No sabía nada de eso —dijo Coverly, o no lo dijo.

—Bueno, Betsey nunca le ha contado nada a nadie —susurró Caroline—. Esa era una de sus rarezas.

—La cena está servida —dijo Betsey con su tono más cariñoso y confiado. Retrospectivamente, esto sí parecía cierto.

La conversación sobre Bambridge continuó durante toda la cena y, conducida por

Caroline, parecía extrañamente morbosa.

—Bessie Pluckette tiene otro niño mongólico —exclamó Caroline, no con alegría pero sí con claro entusiasmo—. Desgraciadamente está sanísimo, así que la pobre Bessie tendrá que pasarse el resto de su vida cuidándole. Pobrecilla. Por supuesto podría meterlo en un asilo, pero no tiene valor para dejar a su hijito en un sitio donde lo maten de hambre, y eso es lo que hacen en el asilo, matarlos de hambre. Alma Pierson también tuvo un niño mongólico pero, afortunadamente, ese se murió. Betsey, ¿te acuerdas de Brasie, la chica que tenía un brazo encogido? —Se volvió a Coverly y le explicó—: Tenía el brazo derecho corto, no más largo que hasta el codo, y al final tenía una mano diminuta. Pues aprendió a tocar el piano. ¿No es fantástico? Con la manita solo podía tocar los acordes, claro, pero el resto de la música lo tocaba con la otra mano. La izquierda la tenía normal. Recibió clases de piano y todo, bueno, hasta que su padre se cayó por el hueco del ascensor en la fábrica de algodón y se rompió las dos piernas.

¿Esto era morbosidad, se preguntó Coverly, o era la realidad de la vida en Georgia?

Caroline pasó tres días con ellos y fue (si se olvidaba su comentario de antes de la cena) una huésped tolerante, exceptuando que su conocimiento de las experiencias humanas trágicas era inagotable y que dejaba marcas de lápiz de labios por todas partes. Tenía una boca ancha y se la pintaba mucho, así que había manchas de lápiz de labios púrpura en las tazas, en los vasos, en las toallas y las servilletas; los ceniceros estaban llenos de colillas manchadas y en el retrete siempre había un pañuelo de papel manchado de rojo. A Coverly le parecía que esto no era descuido, sino mucho más que eso; una forma atávica de dejar su huella en una casa en la que iba a pasar tan poco tiempo. Las manchas rojas parecían definirla como una mujer solitaria. Cuando Coverly salió para la base, el día en que se marchaba Caroline, ella estaba durmiendo y cuando regresó a casa, ya se había ido. Había dejado una señal de lápiz de labios púrpura en la frente del niño; parecía haber en todas partes donde miraba, como si ella hubiese señalado su partida de este modo. Betsey estaba viendo la televisión y comiendo caramelos de una caja que le había regalado Caroline. No levantó la vista cuando él entró y se limpió con la mano la mejilla en el punto donde él la besó.

—Déjame en paz —dijo—, déjame en paz...

Después de la marcha de Caroline, los descontentos de Betsey parecieron aumentar. Hubo una noche en especial que, de acuerdo con la costumbre de Coverly de eliminar los hechos, no sucedió. Tuvo que quedarse en la base hasta tarde y no volvió a casa hasta las siete y media. Betsey estaba sentada en la cocina, llorando.

—¿Qué te pasa, cielo? —le preguntó, o no le preguntó.

—Me he preparado una taza de té —sollozó Betsey— y una tostada y, justo cuando iba a sentarme a disfrutarlas, ha sonado el teléfono y era una mujer que vendía suscripciones a revistas y se ha puesto a hablar y para cuando ha terminado,

mi té y mi tostada estaban fríos.

—Está bien, cielo —dijo Coverly—. Puedes volver a calentarlos.

—No está bien —contestó Betsey—. No está bien en absoluto. Nada está bien. Odio Talifer. Lo odio. Te odio a ti. Odio la tapa del retrete mojada. La única razón por la que vivo aquí es porque no tengo otro sitio en el mundo donde ir. Soy demasiado perezosa para conseguir un trabajo y demasiado fea para encontrar otro hombre.

—¿Quieres hacer un viaje, cielo? ¿Te gustaría un cambio?

—He viajado por todo el país y en todas partes es igual.

—Oh, vamos, cielo, vamos —dijo hablándole con gran cariño y cansancio—. Me siento como si estuviera andando por una calle llamándote, pidiéndote que regreses, y tú nunca vuelves la cabeza. Sé cómo es esa calle, la he visto muchas veces. Es de noche. Hay un sitio en la esquina donde venden cigarrillos, periódicos y objetos de papelería. Te veo andando por la calle y yo voy detrás de ti, llamándote, gritándote que regreses, que regreses, pero tú nunca vuelves la cabeza.

Betsey siguió sollozando, y Coverly, pensando que sus palabras la habían conmovido, le rodeó los hombros con el brazo, pero ella se soltó con un movimiento convulsivo y chilló.

—Déjame.

El chillido, como el penetrante y desagradable chirrido de unos frenos, parecía fuera de lugar.

—Pero, cielo...

—Me pegaste —chilló ella—. Te quitaste el cinturón y me pegaste, me pegaste, me pegaste.

—Yo no te he pegado nunca, cielo. Jamás le he pegado a nadie, excepto al señor Murphy cuando nos robó el cubo de la basura.

—Me pegaste, me pegaste, me pegaste —chilló ella.

—¿Cuándo fue eso, cielo, cuándo lo hice?

—El martes, el miércoles, el jueves, el viernes, no recuerdo todas las veces.

Salió corriendo y se encerró en su cuarto. Él se quedó aturdido (o lo hubiera hecho si algo de esto hubiese ocurrido) y tardó un minuto o dos en darse cuenta (o hubiera tardado) de que Binxey estaba llorando, aterrado. Cogió al niño como un objeto de razón, de amor, de calor animal. Lo estrechó entre sus brazos y se lo llevó a la cocina. No era el momento, al parecer, para la reflexión o la decisión. Preparó unas hamburguesas y después de cenar le contó al niño un estúpido cuento de viajes espaciales, como hacía todas las noches. Estas historias no eran peores que las de conejos parlantes que le contaban a él cuando era pequeño, pero los conejos parlantes tenían el encanto de la inocencia. Apagó la luz, le dio un beso al niño y se detuvo en el cuarto de Betsey para preguntarle si quería algo de cena.

—Déjame en paz —contestó ella.

Coverly se tomó una cerveza, leyó un número atrasado de *Life*, se acercó a la ventana y miró las luces de la calle.

Aquí estaban (o habrían estado si él hubiese admitido los hechos) la tristeza y el dolor de un dilema sin igual. El ladrón y el asesino tienen su hermandad y sus profetas, pero él no tenía nada. Psiquiatría, psiquiatría, la palabra le vino a la mente del mismo modo que ponemos un pie delante del otro, pero si acudía a un médico pondría en peligro su acreditación de seguridad y su puesto de trabajo. Cualquier contacto con el desequilibrio mental impedía que un hombre trabajara en Talifer. La única forma de poder aferrarse a su convicción de que los demoledores impactos de la vida caían en una secuencia útil era afirmar que estos golpes especiales no habían caído; y así, haciendo esta afirmación, se preparó la cama en el sofá y se durmió.

Este curioso proceso de afirmar que lo sucedido no había tenido lugar y que lo que estaba sucediendo no estaba ocurriendo continuó por la mañana cuando Coverly fue a coger una de sus camisas y descubrió que Betsey había arrancado los botones de todas. Esto era inadmisibile. Se sujetó la camisa con una corbata, se la metió por dentro de los pantalones y se fue al trabajo, pero a media mañana fue al lavabo de hombres y le escribió a Betsey una nota:

Querida Betsey, me marchó. Estoy desesperado y no me gusta la desesperación, especialmente la que es callada. No tengo dirección, pero supongo que eso no importa mucho, puesto que en todos los años que llevamos juntos nunca me has enviado una postal y me imagino que no vas a empezar ahora a escribirme montones de cartas. He pensado en llevarme a Binxey, pero por supuesto esto sería contrario a la ley. Le quiero más de lo que he querido a nadie en el mundo. Por favor, sé buena con él. Quizá desees saber por qué me marchó y por qué estoy desesperado, aunque en realidad no te imagino haciéndote preguntas acerca de mi desaparición. No conozco a nadie de tu familia, excepto a Caroline, y a veces quisiera conocerlos mejor, porque a veces pienso que me confundes con alguien que te hizo daño hace mucho tiempo. Sé que tengo un carácter difícil, mi familia siempre decía que Coverly era muy raro, y quizá yo tenga mucha más culpa de lo que nunca sabré. No me gusta albergar rencores, no me gusta estar amargado o resentido y, sin embargo, a menudo lo estoy. En las mañanas de nuestra vida, cuando suena el despertador lo primero que deseo hacer es abrazarte, pero sé que si lo hago te apartarás bruscamente de mí y así es como empieza el día y generalmente como acaba. No me molestaré en decir nada más. Como dije al principio, no me gusta la desesperación, especialmente la que es callada, así que me marchó.

Coverly echó la carta al correo, compró unas camisas, consiguió un permiso anual y esa noche se fue a Denver, donde se alojó en un hotel de cuarta categoría. Había colillas en el suelo del cuarto de baño y un espejo deformante a los pies de la cama por razones sospechosas. Se tomó unas copas y se fue al cine. Cuando volvió al hotel a eso de medianoche, el ascensorista le preguntó si quería una chica, un chico, fotos sucias o historietas cochinas. Dijo que no, gracias, y se acostó. Por la mañana fue a un museo, luego a ver otra película y estaba tomando una copa en un bar al anochecer cuando sintió que su espíritu hacía una genuflexión, se inclinaba, se doblaba y se arrodillaba ante la imagen de los gastados mocasines indios, adornados con cuentas, que Betsey solía llevar por casa. Se tomó otra copa y fue a ver otra película. Cuando volvió al hotel, el ascensorista le preguntó si quería una chica, un chico, un masaje porno, fotos cochinas o historietas obscenas. Él quería a Betsey.

Los secretos de un matrimonio se guardan muy escrupulosamente. Coverly podría hablar de forma abierta de sus infidelidades; su pasión por la fidelidad es lo que

ocultaría. No importaba que ella le hubiera acusado de manera injusta y le hubiera arrancado los botones de las camisas. No importaría que le hiciera agujeros en los calzoncillos con un pitillo y que le sirviera arseniato de plomo. Si ella le cerraba la puerta, él entraría por la ventana. Si ella echaba la llave de un dormitorio, él rompería la cerradura. Si le recibía con una bronca, un chaparrón de amargas lágrimas, un hacha o un cuchillo de trinchar, a él no le importaría. Ella era su piedra de molino, su bola y su cadena, su ángel, su destino, y tenía entre sus manos la materia prima de los más ilustres sueños de Coverly. Entonces la llamó por teléfono y le dijo que volvía a casa.

—Está bien —dijo Betsey—. Está bien.

En el viaje de regreso tuvo algunas dificultades para hacer las conexiones y no llegó a casa hasta las diez de la noche siguiente. Betsey estaba en la cama, limándose las uñas.

—Hola, cielo —saludó él, y se sentó en la cama con un quejido.

—Bueno, está bien —dijo Betsey, pero tiró la lima sobre la mesilla, preservando un poco de su soberanía.

Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta, y Coverly oyó los diversos sonidos del agua al correr, variados y alegres como las fuentes de Tivoli. Pero ella no volvía. ¿Qué pasaba? ¿Se habría hecho daño? ¿Había saltado por la ventana? Abrió violentamente la puerta y se la encontró sentada en el borde de la bañera, desnuda, leyendo un número atrasado de *Newsweek*.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Nada —contestó Betsey—. Estaba leyendo.

—Pero ese es un número atrasado —dijo Coverly—. Es de hace casi un año.

—Pues es muy interesante —repuso ella—. Yo lo encuentro muy interesante.

—Pero si a ti no te interesan los sucesos de actualidad —dijo él—. Quiero decir que ni siquiera sabes el nombre del vicepresidente, ¿no es cierto?

—Eso no es asunto tuyo —respondió ella.

—Pero ¿sabes el nombre del vicepresidente?

—Eso a ti no te importa —dijo ella.

—Oh, cielo —gimió Coverly inundado de amor, y la levantó en sus brazos.

Entonces el verdor de Venus, la más espesa de las vegetaciones, llenó los cuartos. Rumores de agua que corre. Vuelos de canarios silvestres. Leve, muy levemente, ayudándose el uno al otro a cada vuelta, comenzaron su ascensión sin esfuerzo por la pared rocosa, por el cañón, luego la escalada oblicua, subiendo y subiendo hasta el último risco, desde donde se veía todo el ancho mundo y Coverly era el hombre más feliz que habitaba allí. Pero, según él, nada de esto había sucedido. ¿Cómo podía tener lugar?

Las oficinas del juez Beasley estaban en el primer piso del Bloque Cartwright. Enid Moulton, la hermana de Mabel, hizo pasar a Honora al despacho del fondo, donde el juez estaba examinando, o fingiendo examinar, unos papeles. Honora sospechó que había estado durmiendo y le miró con expresión sombría. El tiempo, al cual ella había visto convertir a tantas cosas y personas en sus opuestos, le había dado al juez el aspecto de un halcón. Honora no se refería a que tuviera un aire predatorio, sino a que la delgadez de su rostro hacía que su nariz, que siempre fue afilada, se curvara como un pico y que su ralo cabello gris se pareciera a las plumas en la época de la muda. Encorvaba los hombros como un pájaro que se dispone a dormir. Tenía la voz rota, pero siempre había sido así. La nariz se le había pelado en algunos puntos, revelando una segunda piel color violeta. Había sido un tenorio —ella lo recordaba— y a los ochenta años aún parecía orgulloso de sus proezas. En la pared, sobre su escritorio, había un gran cuadro barnizado que representaba a unos ciervos de gran cornamenta saliendo de un bosque tenebroso para beber en un lago. El marco todavía estaba festoneado con espumillón navideño. Honora lanzó una ojeada al cuadro.

—Veo que ya estás preparado para la Navidad —comentó con mala intención.

—Humm —dijo él, sin entenderla.

Honora le contó su problema, tratando de calcular la magnitud del mismo por los grados de consternación que reflejaba su delgado rostro. La memoria y la razón del juez no parecían deterioradas, pero sí ralentizadas. Cuando ella terminó, él hizo un templo con las manos.

—El tribunal del condado no se reunirá hasta dentro de cinco semanas —dijo—, así que no te citarán hasta entonces. ¿Han intervenido tus cuentas corrientes?

—Creo que no —contestó Honora.

—Entonces, mi consejo, Honora, es que vayas directamente al banco, retires una suma importante y te marches del país. Los procedimientos de extradición son complicados y prolongados y las autoridades fiscales no son totalmente implacables. Te pedirán que regreses, por supuesto, pero no creo que a una dama tan venerable como tú la sometan a nada desagradable.

—Soy demasiado vieja para viajar —dijo Honora.

—Eres demasiado vieja para ir a la granja-asilo —replicó él.

Su mirada era tan inexpresiva como la de un ave y, al parecer, tenía que girar la cabeza de un lado a otro, como un pato, para poder verla. Ella no dijo nada más, ni gracias ni adiós, y salió del despacho. Se detuvo en la ferretería y compró una cuerda de tender la ropa. Cuando llegó a su casa subió directamente al ático.

Honora admiraba todo lo que fuese fresco: la lluvia, la fría luz de las mañanas, todos los vientos, todos los sonidos del agua al correr, en los cuales le parecía oír la cadena de la existencia, la alta mar, pero, en especial, la lluvia. Dado que amaba todo esto, al entrar en el desván cerrado llevando en la mano una cuerda con la que

pensaba ahorcarse, se sintió ajena a sí misma. El aire estaba tan cargado que mareaba; oloroso a especias como un horno. Las moscas y las avispas al otro lado de la ventana eran los únicos sonidos de vida. Había baúles de Calcuta, sombrereras, un timón con incrustaciones de nácar; junto a la ventana, una vela mayor rasgada y un par de remos. Ató la cuerda que traía a una viga en la que se veían impresas las palabras: GRAN CIRCO DE ANIMALES PEREZ WAPSHOT. De la viga colgaban unas cortinas rojas que formaban el escenario en el cual habían actuado en los días borrascosos, con la lluvia suavizando ese pequeñísimo mundo. Rodney Townsend la despertaba con un beso cuando ella interpretaba a la Bella Durmiente. Era el papel que más le gustaba. Se acercó a la ventana para ver el atardecer, preguntándose por qué la última luz del día le exigía símiles y resoluciones. ¿Por qué, todos los días de su vida, había comparado los colores del crepúsculo con las manzanas, con las páginas marchitas de los libros viejos, con una tienda de campaña iluminada, con zafiros y cenizas? ¿Por qué había contemplado siempre la luz del atardecer como si esta pudiera enseñarle honradez y valor?

El día era gris, lo había sido desde por la mañana. Sería gris en el mar, gris en el muelle del ferry donde esperaban los pasajeros, gris en las ciudades, gris en el istmo, gris en la prisión y en la granja-asilo. Era una luz dura y fea, que se extendía como una arpillera de tapicería bajo el damasco del año. Sensible a todas las luces, la oscuridad le daba una sensación de vaguedad y tristeza. Las recompensas de la virtud, lo sabía, son pueriles, inodoras y mezquinas, pero a pesar de todo son recompensas, y ella no conseguía encontrar suficiente virtud en su conducta para reflexionar sobre ella. Se había propuesto llevarle un caldo de pollo a la señora Potter cuando estaba moribunda. Se había propuesto asistir a su funeral cuando murió. Se había propuesto esparcir las cenizas de la chimenea por el césped. Se había propuesto devolverle a la señora Bretainne su ejemplar de *La amargura del general Yen*. Había contado cada tachuela, clavo, banco, luz y tubo de órgano en la iglesia de Cristo mientras el señor Applegate, año tras año, desvelaba la palabra de Dios. ¡Patrona, Benefactora, Virgen y Santa!

Se había enorgullecido de sus tobillos, de su pelo, de sus manos, de su poder sobre los hombres y las mujeres, aunque sabía lo suficiente del amor para saber que este impulso es irreprochable. Orgullosamente, había dado sus juguetes a los pobres en Navidad. Orgullosamente, había sonreído ante esta imagen de su magnanimidad. Orgullosamente, se había imaginado un coro de murmullos de admiración. La Gloriosa Honora. La Generosa Honora. La Sin Par Honora Wapshot. Uno traía energía a la vida, no había nada equiparable a su velocidad, a su discernimiento, pero ¿acaso podía el espíritu de una anciana volar en el viento que trae la lluvia? No le quedaba vitalidad. Su utilidad se había agotado. Hizo un lazo corredizo y arrastró un baúl hasta ponerlo debajo de la viga. Le serviría de trampilla para su horca. La tapa del baúl estaba abierta y vio que los papeles que había dentro estaban revueltos. Eran papeles de la familia, cosas personales. ¿Quién los habría tocado? Maggie. Metía la

mano en todo: en el escritorio de Honora, en sus bolsillos. Reconponía las cartas rotas que encontraba en la chimenea. ¿Para qué? ¿Era como la magia que una casa vacía ejerce sobre una niña? El rey y la reina han muerto. Ella rebusca en la caja de los gemelos de papá, se pone los collares de mamá, revuelve el humilde contenido de los cajones. Honora se puso las gafas y miró los desordenados papeles. «El presidente y el consejo de administración del Instituto Hutchens para Invidentes solicita...» Debajo había una carta con la tinta borrosa: «Querida Honora: me voy a Boston pa comprar ropa de berano y otono pero volbere el jueves. Me parece que está bastante claro que a Lorenzo le gustaría aver comprado mis tierras cuando estuvo ayi. Yo estoy deseando vender. Se que no ay esperanza de sacarle un prezio justo, a juzgar por el pasado. La falta de onradez es su norma, pero si tú hablas con él a lo mejor eso ace que la venta...». Más abajo leyó: «Aquel que me lea cuando yo sea cenizas será el hijo de mis deseos».

Estaba escrito con la letra de Leander, y eran unas páginas de ese execrable diario o autobiografía que había ocupado los últimos meses de su vida.

La prima Honora Wapshot es una tacaña (había escrito Leander). Organizadora de todas las obras de caridad del pueblo. Reparte pollos esqueléticos y huevos de pollita a los pobres. Reza ruidosamente en la iglesia por los que se afanan y sufren estrecheces, pero no le presta cien pavos a su único, único primo para inversión segura con rentas garantizadas en fábrica de tachuelas impulsada por agua. No hay trabajo en Saint Botolphs. Ni gota. Pueblo moribundo o muerto. A los diecinueve el autor se vio obligado por la tacañería de Honora a aceptar un puesto de recepcionista de noche en la Mansión Hoyse de Travertine, quince kilómetros río abajo.

Hotel a la altura de las maravillas del mundo. Comparable con una licencia literaria a los monumentos de Karnak, la Acrópolis en Grecia y el Panteón en Roma. Grande, estructura de madera, empapada de salitre, una ratonera en caso de incendio, con galerías de dos pisos, salones palaciegos, ochenta dormitorios, ocho baños. Lavabos y orinales aún muy corrientes. Debido a ese penetrante olor en los vestíbulos. Salones y algunas suites iluminados con luz de gas pero muchos cuartos todavía dependían de las lámparas de queroseno para iluminación. Palmeras en el vestíbulo. Música en todas las comidas, excepto desayuno. Plan americano. Doce dólares diarios como mínimo. El autor trabajaba en recepción desde seis de la tarde hasta que se disparaba el último pistoletazo, generalmente hacia medianoche. El sueldo eran diecisiete dólares incluyendo manutención. Llevaba chaqué y flor en el ojal. Tubos acústicos pero no teléfono. Sistema de timbres limitado conectado a baterías. Hermosa vista de la playa desde la galería. Pistas de tenis y campo de croquet junto al hotel. Algunos caballos de montar traídos del establo. Algo de vela. Principal distracción por las noches asistir a conferencias. Maravillas de Roma. Maravillas de Venecia. Maravillas de Atenas. También temas filosóficos y religiosos.

Entre los huéspedes una actriz de Shakespeare. Lottie Beauchamp. Pronunciado Bicham. Interpretaba papeles secundarios en la Compañía Farquarson Grant Stratford y Avon. Viajaba con su propia ropa de cama, cubiertos de plata, mermeladas y jaleas. Mademoiselle Beauchamp, como entonces la llamaba el autor, apareció una noche en recepción con una triste historia. Había perdido su collar de perlas en la playa. Recordaba dónde lo había dejado pero le daba miedo aventurarse sola en la playa en la oscuridad. El autor acompañó a la huésped importante en la búsqueda. Hermosa noche. Luna, estrellas, etcétera. Suave oleaje. Encontramos el collar sobre una roca en una cala recogida. Admiramos paisaje, templado aire nocturno, luna ascendiendo por el oeste. Mademoiselle Beauchamp respiraba agitadamente. Siguió una hora muy agradable. El autor se adormiló. Al despertar se encontró a la famosa actriz dando saltos a la luz de la luna sujetándose los senos para evitar que saltaran. ¿Lunática? ¿Qué haces? No querrás que tenga un bebé, ¿verdad?, dice ella. Continuó brincando. Nunca vi tal conducta ni antes ni después. Parece que dio resultado.

Lottie Beauchamp medía metro sesenta y seis y pesaba cincuenta y nueve kilos. Edad desconocida. Tez, Polvos Apio de Paine. Cabello castaño claro. Hoy la llamarían rubia. Espléndidas formas pero excesiva abundancia en parte superior para el gusto moderno. Voz de oro. Podía poner los pelos de punta y llenar de lágrimas los ojos. Acento inglés perceptible pero que no sonaba extranjero ni desagradable en ningún otro sentido. Gustos refinados. Viajaba con su propia ropa de cama, como ya dije. Flores de invernadero en la habitación. Sin embargo, hablaba de orígenes modestos. Hija de un obrero textil de Leeds. Madre alcohólica. Pasó hambre, frío, pobreza, abandono, etcétera en la infancia. Una rosa de estercolero. Poseía grandes dosis de temperamento artístico. Muy volátil. Se quejaba mucho a la dirección por falta de agua caliente y los bultos en el colchón, pero siempre era amable con los sirvientes. A veces se lamentaba de su vida de actriz. Toda farsa y engaño. Necesitaba ternura. El autor encantado de complacerla. No hacíamos mal a nadie o eso parecía.

A fines de septiembre la actividad en el hotel estaba estancada como melaza fría. Algunos vientos del norte. También buen tiempo. Mucho sol. Aire cálido. Brisa acariciaba el mástil. No echaría a una mariposa posada en la vela mayor. Paseaba por la playa con la actriz antes de empezar mi turno. Deliciosa compañía. Nos entreteníamos en varias calas, rincones, también a bordo del velero. Propiedad del hotel. Quince pies de eslora. Aparejo Marconi. Ancho de manga. Navegaba como una mantequera. Pequeño camarote sin comodidades. Así pasaban los días.

Al final de temporada la mayor parte de la clientela compuesta por solteras. Algunas damas encantadoras; otras, limones. El grupo del porche delantero dominado por la doctora Helen Archibald. Famosa especialista en dietética. También higienista. Dirigía clases diarias de calistenia solo para mujeres. Nunca tuve el privilegio de asistir pero sospecho consistía en flexiones de rodillas realizadas con las melodías de una vieja gramola. Gramola grande llamada Regina. La música la producían unos discos de metal planos de sesenta centímetros de diámetro. Amplia selección. Ópera,

marchas, canciones de amor.

El grupo del porche aburrido de contar las olas. Sospecharon el romance. La famosa dietética reveló un repentino interés en las conchas marinas. Las conchas de la playa de Travertine nada interesantes. Estrellas de mar, etcétera. El producto habitual de las aguas frías del norte. Algunas piedras de colores que brillaban como joyas cuando estaban húmedas. Incoloras al secarse. El propósito de las excursiones playeras de la famosa doctora era espiar. Nos seguía a Lottie y a mí como un guardián de la moral, fingiendo buscar conchas. Implacable consigo misma. Recorría la playa durante horas. Arena en los zapatos. Varios vestidos estropeados. Su vigilancia fue recompensada. El autor, al levantarse de una postura yacente en una cala recoleta, vio a la famosa doctora regresando apresuradamente al hotel en posesión de hechos perjudiciales. Perdido todo interés por las conchas. No pude seguirla por estar como mi madre me echó al mundo. Lottie muy tranquila. Planeó estrategia. Ella volvería al hotel sola. Valerosa. Sin miedo a enfrentarse al grupo del porche. El autor daría un rodeo campo a través y llegaría al hotel desde la dirección opuesta. Así lo hicimos. Crucé un pinarcillo hasta el pueblo de Travertine y luego cogí el camino de tierra hacia la costa. Me cambié de ropa y ocupé mi puesto en recepción a las seis en punto con una flor fresca en el ojal. El trío de cuerda afinaba sus instrumentos en el gran comedor. Un hombre encendía las arañas de gas. (No era época de ahorrar gas. En septiembre anochece rápidamente.) Se armó un jaleo infernal.

El grupo del porche encabezado por la doctora Helen Archibald, autodesignada gran mariscal y principal metomentodo, se acercó al director y le dio un ultimátum. No podía oír las condiciones desde recepción pero deduje que se trataba de Lottie. Luego el grupo entró en el comedor con gran pompa, se sentaron y se pusieron los impertinentes y otros anteojos, fingiendo examinar los menús. (Se imprimían menús para cada comida.) Entraron otros huéspedes y se sentaron. La música del trío de cuerda no sirvió para aliviar la tensión. Están sirviendo la sopa cuando Lottie baja las escaleras con un vestido color salmón o coral. ¡Guapísima! El propietario del hotel la lleva a un lado y le insiste sotto voce en que cene en su suite por cuenta de la casa. No se deja convencer. Lottie entra majestuosa en la cueva de los leones. Considerable ruido de cucharas al caer en los platos. También de anteojos. Luego silencio. El gran mariscal enemigo asesta el primer y único golpe.

—No comeré en los mismos platos que esa puta —dice.

Entonces interviene el recepcionista con su chaqué.

—Pídale disculpas a la señorita Beauchamp, doctora Archibald.

—Está usted despedido —dice el director.

—¿Desde cuándo? —replico yo.

—Desde anteayer —dice él, y las fuerzas de Venus se retiran confusas.

Lottie se dirigió a Travertine y allí cogió un mercancías cargado de arándanos para ir a Boston. Yo me fui andando a Saint Botolphs con mi maleta de mimbre y, al encontrar la casa de la prima Honora a oscuras, pasé la noche en Casa del Viaducto.

Mi única preocupación era la indignación por haber sido despedido. Nunca fui despedido ni antes ni después durante cincuenta y cinco años de trabajo.

Fui a Boston en el tren del mediodía. Me reuní con Lottie en el hotel Brown según lo acordado. Hotelucho de mala muerte. Lottie preparándose para gira de dos semanas con Farquarson y Freedom. Insistió al autor para que trabajara con la compañía como figurante, tramoyista y hombre para todo. El teatro más libre y fácil que ahora. La gran atracción de la época era Count Johannes. El público venía armado con frutas y hortalizas pasadas. Empezaban a volar proyectiles antes de acabar el primer acto. Los actores servían de blancos móviles durante el resto de la representación. A veces sacaban cestos y redes para recoger las verduras. Ninguna intención crítica respecto a los grandes del teatro. Julia Marlowe como Parthenia en *Ingomar*. ¡Fabulosa! E. H. Sothern en *Romeo y Julieta*. El rey Lear de Basset D'Arcy. El Ateneo Howard se inauguró entonces. También el Museo Boston, el viejo teatro Boston y el teatro de Hollis Street.

Acepté el puesto con Farquarson y Freedom. Interpreté a Marcelo en el estreno de *Hamlet* con Farquarson como Hamlet y Lottie de Ofelia. Hice numerosos papeles de soldado, marinero, guardián y vigía durante esas dos semanas. Comenzamos la gira nacional en el Teatro del Congreso en Providence.

La gira incluía Worcester, Springfield, Albany, Rochester, Buffalo, Syracuse, Jamestown, Ashtabula, Cleveland, Columbus y Zanesville. Sospeché infidelidad de Lottie en Jamestown. Encontré a un desconocido desnudo en su armario en Ashtabula. La pillé con las manos en la masa en Cleveland. Vendí gemelos de oro y regresé a Boston el 18 de marzo. Sin resentimientos. Ríe y el mundo reirá contigo. Llorarás solo.

Cuando Moses recibió la carta de Honora se alarmó mucho más que su hermano. Había hipotecado su fideicomiso confiando en la edad de Honora, y escribió directamente a Boston. El Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton no le contestó, y cuando telefoneó, le dijeron que el encargado de los fideicomisos estaba esquiando en Perú. El domingo por la noche Moses se fue en avión a Detroit, emprendiendo una búsqueda desatinada por el país para intentar reunir cincuenta mil dólares basándose, fundamentalmente, en su encanto. Esa cantidad apenas cubriría sus deudas.

El lunes por la noche, sola en casa con la cocinera y el niño, Melissa tuvo un sueño sentimental. El paisaje era romántico. Era de noche y, como no había el menor indicio en ninguna parte de nada mecánico —huellas de coches o ruido de aviones—, le pareció que era un anochecer de otro siglo. El sol ya se había puesto, pero un suave resplandor iluminaba el cielo. Había un serpenteante arroyo con alisos y, en la otra orilla, las ruinas de un castillo. Ella extendía un mantel blanco sobre la hierba y colocaba encima unas botellas de vino de cuello largo y una barra de pan recién hecho, cuyo aroma y tibieza eran parte del sueño. Río arriba, un hombre estaba bañándose desnudo en un remanso. Él se dirigió a ella en francés y formaba parte del encanto del sueño que todo sucediera en otro país, en otro tiempo. Vio que el hombre se subía a la orilla y se secaba con un paño mientras ella continuaba sacando cosas para la cena.

El ladrido de un perro la despertó de ese sueño. Eran las tres de la madrugada. Oyó el viento. Estaba cambiando de dirección y empezando a soplar desde el noroeste. Melissa estaba a punto de volver a dormirse cuando oyó que la puerta principal se abría. Notó que le sudaban las axilas y que su joven corazón tensaba los músculos, aunque ella sabía que no era más que el viento el que había abierto la puerta. No hacía mucho, un ladrón había entrado en una casa de la urbanización. En el jardín, detrás del arbusto de lilas, encontraron un montón de colillas, pues debía de haber esperado allí pacientemente durante horas hasta que se apagaran todas las luces de la casa. Había cortado con un instrumento el cristal de una ventana, cogido el dinero y las joyas que contenía la caja de caudales, y salido por la puerta principal. Cuando denunciaron el robo, la policía describió con detalle sus movimientos: Había esperado en el jardín. Entrado por la ventana trasera. Cruzado la cocina y la despensa y entrado en el comedor. Pero ¿quién era? ¿Era alto o bajo, robusto o esbelto? ¿Su corazón latía aterrado en las habitaciones oscuras, o había experimentado esa suprema sensación de triunfo del ladrón sobre una sociedad pretenciosa y crédula? Había dejado huellas de su presencia —colillas, pisadas, cristales rotos, una caja saqueada—, pero nunca le habían encontrado, y por tanto seguía sin tener cuerpo ni rostro.

Era el viento, se dijo; ningún ladrón dejaría la puerta abierta de par en par. Ahora

notaba que el aire frío se extendía por la casa, ascendiendo por las escaleras y moviendo las cortinas del vestíbulo. Se levantó de la cama y se puso una bata. Encendió la luz del vestíbulo y comenzó a bajar las escaleras, preguntándose qué temía de las habitaciones oscuras de abajo. Temía la oscuridad, como un ser primitivo o un niño, pero ¿por qué? ¿Qué había en la oscuridad que la amenazara? Le daba miedo la oscuridad como le daba miedo lo desconocido, ¿y qué era lo desconocido sino la fuerza del mal, y por qué había de temerla? Fue encendiendo las luces una tras otra. Las habitaciones estaban vacías y el viento recorría libremente el lugar, desperdigando el correo sobre la mesa del recibidor y metiendo la nariz por debajo del borde de la alfombra. El viento era frío y ella se estremeció mientras cerraba la puerta de la calle y echaba la llave, pero ya no sentía miedo y era dueña de sí misma. A la mañana siguiente tenía un constipado.

El médico vino varias veces esa semana y, en vista de que no mejoraba, le dijo que tenía que ir al hospital. A media mañana subió a su cuarto para preparar su maletín. En los últimos años solo había estado una vez en el hospital, cuando tuvo al niño, y entonces había realizado sus preparativos sin pensar en nada debido a los dolores de parto. Esta vez no llevaba ninguna vida dentro de ella, sino una infección. Y, a solas en su dormitorio, eligiendo un camisón y un cepillo de pelo, se sintió como si la hubieran seleccionado para hacer una misteriosa travesía. No era una mujer sentimental y no le daba pena alejarse de la agradable habitación que compartía con su marido. Se sentía cansada pero no enferma, aunque notaba un dolor cortante en el pecho. Un extraño que la observara pensaría que estaba loca. ¿Por qué tiró los claveles en la papelera y enjuagó el jarrón? ¿Por qué contó sus medias, cerró con llave el joyero y escondió la llave, le echó un vistazo a su saldo bancario, sacó el polvo de la repisa de la chimenea y se quedó parada en medio de la habitación, como si estuviera escuchando una música lejana? El absurdo impulso de limpiar la repisa fue irresistible, pero no tenía la menor idea de por qué lo hizo, y ya era hora de irse.

El hospital era nuevo, y se habían realizado concienzudos esfuerzos para que fuera un lugar alegre, pero la belleza de Melissa —su elegancia, podríamos decir— quedaba perjudicada por el inconfundible ambiente de estricta reglamentación y allí parecía terriblemente fuera de lugar. Le trajeron una silla de ruedas pero se negó a usarla. Sabía que habría tenido un aspecto abatido y ridículo con el abrigo arrugado en torno a sus caderas y el bolso en el regazo. Una enfermera la acompañó al piso de arriba y la condujo a una habitación agradable, donde le dijo que se desnudara y se metiera en la cama. Mientras lo hacía, alguien le trajo el almuerzo en una bandeja. No tenía importancia, pero le resultó desconcertante que le dieran una chuleta y un poco de fruta de lata mientras estaba semidesnuda y cuando aún no era mediodía. Se comió el almuerzo obedientemente y a las dos vino el médico y le dijo que contara con estar en el hospital entre diez días y dos semanas. Él llamaría a Moses. Ella se quedó dormida y se despertó a las cinco con fiebre.

Las imágenes de su fiebre eran similares a las del amor. Sus fantasías eran

espaciosas, y le parecía que le prometían la revelación de alguna verdad que se hallaba en el centro de las estructuras laberínticas y palaciegas por las que vagaba. La fiebre, al subir, le aliviaba el dolor del pecho y la volvía indiferente a las fuertes palpitaciones de su corazón. Los sueños febriles parecían una saludable ocupación de su imaginación para distraerla del combate que tenía lugar en su pecho. Estaba al pie de una ancha escalera con paredes rojas. Había mucha gente subiendo las escaleras. Tenían actitud de peregrinos. La subida era larga y trabajosa, y cuando ella llegó arriba se encontró en un limonar y se tumbó en la hierba a descansar. Cuando despertó de este sueño, tenía el camisón y las sábanas empapados de sudor. Llamó a una enfermera para que se los cambiara.

Se sintió mucho mejor con la ropa limpia, y le pareció que la fiebre había sido una crisis y que, habiéndola pasado, había triunfado sobre su enfermedad. A las nueve, la enfermera le dio una medicina y las buenas noches. Algún tiempo después notó la lasitud indicadora de que volvía la fiebre. Llamó al timbre, pero no acudió nadie, y ella no pudo resistir la confusión de su mente a medida que la temperatura subía. El complicado latir de su corazón le sonaba como un tambor. Mentalmente lo confundió con un tambor y vio un círculo de bailarines bárbaros. La danza fue larga y ascendió hacia una culminación, y en el momento de esta, cuando ella pensaba que le iba a estallar el corazón, se despertó, temblando de frío y bañada en sudor. Al fin vino una enfermera y le cambió de nuevo el camisón y la ropa de cama. Le alivió estar seca y calentita. Los dos ataques de fiebre la habían debilitado pero le habían dejado una sensación de alegría infantil. Se sentía desvelada, se levantó y, apoyándose en los muebles, se acercó a la ventana para mirar la noche.

Mientras estaba mirando, las nubes cubrieron la luna. Debía de ser tarde porque la mayoría de las luces estaban apagadas. Entonces se iluminó una ventana en la pared a su izquierda y vio que una enfermera hacía entrar a una mujer joven y su marido en una habitación idéntica a esa en la que ella estaba sentada en la oscuridad. La joven estaba embarazada pero no tenía dolores de parto. Se desnudó en el cuarto de baño y se metió en la cama mientras su marido deshacía el maletín. La ventana, como todas las demás, tenía persiana, pero nadie se había molestado en bajarla. Cuando terminó de deshacer el maletín, el hombre le desabrochó el camisón a su mujer, se arrodilló junto a la cama y apoyó la cabeza sobre sus senos. Permaneció así varios minutos, sin moverse. Luego se levantó —probablemente había oído acercarse a la enfermera— y tapó a su esposa. La enfermera entró y bajó la persiana.

Melissa oyó la llamada de un pájaro nocturno y se preguntó cuál sería, qué aspecto tendría, qué buscaba, cuál sería su presa. Hubo una profunda octava de trueno, magnífica y hogareña, como si alguien en el cielo hubiese corrido una pesada cómoda. Luego hubo algunos relámpagos, distantes y descoloridos, y un momento después un chubasco vistió la tierra. El sonido de la lluvia le produjo el efecto a Melissa, con su punzante dolor en el pecho, de las repetidas atenciones de un amante. Caía sobre los tejados planos del hospital, sobre el césped y las hojas del bosque. El

dolor de su pecho parecía extenderse y agudizarse proporcionalmente a su obstinado amor por la noche, y por primera vez en su vida sintió una resistencia a dejar todo esto; un temor tan insensato y poderoso como su miedo a la oscuridad cuando bajó a cerrar la puerta; un horror a la muerte.

Ese fue el año en que las ardillas se convirtieron en una plaga y todo el mundo andaba preocupado por el cáncer y la homosexualidad. Las ardillas volcaban los cubos de la basura, mordían a los repartidores y se metían en las casas. El cáncer era algo frecuente, pero a los hombres y mujeres que lo padecían se les decía que ese dolor era una complicación intrascendente mientras, a sus espaldas, sus hermanos y hermanas, sus maridos y sus esposas murmuraban: «Lo único que podemos esperar es que muera pronto». Esta hipocresía absoluta y cruel tenía que volverse en contra de sus practicantes y al final nadie podía saber, ni contar con que se lo dijeran, si ese dolor que sentía en el estómago era la llamada de la muerte o unos gases sin importancia. La mayoría de las enfermedades poseen su mitología, su población, su escenario y sus chistes negros. La peste negra tenía mascaradas, canciones y bailes callejeros. La tuberculosis, en su momento culminante, era como una civilización donde un grupo de hombres y mujeres condenados, brillantes y distinguidos se enamoraban, bailaban valsos y se inventaban privilegios para su enfermedad; pero aquí las garras de la muerte habían sido desinfectadas por una conspiración social y privada de toda su realidad. «Vamos, dentro de nada, estará usted levantado y paseando», le dice la enfermera al moribundo. «Querrá usted bailar en la boda de su hija, ¿verdad? ¿No quiere usted ver a su hija casada? Pues, entonces, no puede usted esperar ponerse mejor si no se anima, ¿verdad?» Le limpia el brazo con alcohol y prepara la jeringuilla. «Su mujer me ha dicho que es usted un gran montañero, pero si quiere mejorar y volver a subir montañas, tiene que animarse. Le apetece volver a escalar una montaña, ¿no es cierto?» El contenido de la jeringuilla fluye por sus venas. «Yo nunca he subido a una montaña —dice la enfermera—, pero supongo que debe de ser muy emocionante cuando se llega a la cumbre. Creo que la escalada no me gustaría mucho pero la vista desde la cima debe de ser preciosa. Me han dicho que en los Alpes crecen rosas entre la nieve y si desea usted volver a ver todas esas cosas, tendrá que cuidarse más.» Ahora el hombre está amodorrado y ella levanta la voz. «¡Estará usted levantado y paseando dentro de poco!», exclama, sale de la habitación cerrando la puerta muy suavemente y le dice a la familia, que está reunida en el pasillo: «Le he puesto otra vez el somnífero y lo único que podemos hacer es confiar y rezar para que no se despierte más». Melissa fue una de esas desdichadas personas que sufrió por culpa de esa actitud.

Moses regresó de su imposible empresa no bien se enteró de la enfermedad de Melissa, habiendo conseguido que le prestaran suficiente dinero para dar al menos la impresión de solvencia. El hecho de que Melissa estuviera convaleciente cuando él regresó podría parecer una explicación de que no le contara sus apuros económicos, pero no era así. No habría sido capaz de hacerlo en ninguna circunstancia; del mismo modo que Coverly no podía contar que había visto al fantasma de su padre. Si Moses

hubiese vivido en Parthenia se habría sentido libre de poner un cartel de SE VENDE en la ventana de su cuarto de estar y otro en el parabrisas de su descapotable, pero hacer esto en Proxmire Manor habría sido subversivo. Sus preocupaciones no se manifestaban por la vía de la irritabilidad, sino en una actitud jovial y jocosa. Así que Melissa tenía que hacer frente a esta forzada jovialidad además de a la absurda convicción de que tenía cáncer. No lograba convencerse de que estaba curada ni podía confiar en lo que el médico le decía. Telefoneó al hospital y pidió hablar con su enfermera. Le preguntó si podían verse para tomar una copa.

—¿Por qué no? —contestó la enfermera—. Claro. ¿Por qué no?

Terminaba su guardia a las cuatro y Melissa quedó en recogerla en el semáforo cerca del hospital a las cuatro y cuarto.

Fueron a un bar cercano, un sitio de carretera. La enfermera pidió un martini doble.

—Estoy cansada —dijo—. Estoy agotada. Mi hermana, que está casada, me llamó ayer y me preguntó si podía quedarme con su niña mientras ella y su marido iban a un cóctel. Le dije que sí, que me quedaría con la niña si era solo una o dos horas. Así que fui a su casa a las seis y ¿sabe a qué hora volvieron? ¡A medianoche! La niña no pegó ojo. Se pasó todo el rato berreando. Una buena hermana, eso es lo que soy yo.

—Quería preguntarle acerca de mis radiografías —dijo Melissa—. Usted las vio.

—¿Qué es lo que teme? —preguntó la enfermera—. ¿Un cáncer?

—Sí.

—Eso es lo que temen todos.

—¿No tengo cáncer?

—No, que yo sepa. —Levantó la cabeza y miró las hojas arrastradas por el viento pasar ante la ventana—. Hojas —dijo—, hojas y más hojas. Mírelas. Tengo un pequeño apartamento con un patio trasero y soy yo la que recoge las hojas. Me paso todo mi tiempo libre recogiendo hojas con el rastrillo. En cuanto he retirado un montón, cae otro. Y en cuanto te libras de las hojas empieza a nevar.

—¿Quiere otra copa? —preguntó Melissa.

—No, gracias. ¿Sabe? Me preguntaba por qué quería verme, pero no pensé en lo del cáncer. ¿Sabe lo que pensé que quería?

—¿Qué?

—Heroína.

—No la entiendo.

—Pensé que a lo mejor quería que le sacara heroína. Le sorprendería la cantidad de gente que cree que yo puedo conseguirles drogas. Personas de mucha categoría. Algunas de ellas. Oh, podría dar nombres. ¿Nos vamos?

Una tarde, Melissa estaba ante su ventana contemplando el anillo de luz dorada que coronaba las colinas del este en esa época del año y a esa hora del día. Daba sobre el césped de los Babcock, el rancho de los Filmore, los muros de piedra de la iglesia, la chimenea de los Thompson; suave, y tan amarilla y clara como la miel

refinada, y un anillo porque, mientras miraba, vio al pie de las colinas una clara demarcación entre la luz amarilla y la naciente oscuridad y observó cómo la banda de luz se retiraba del césped de los Babcock, el rancho de los Filmore, los muros de piedra de la iglesia y la chimenea de los Thompson, y se desvanecía en el aire. La calle estaba vacía, o casi. En Proxmire Manor todo el mundo tenía dos coches y nadie iba a pie, con excepción del anciano señor Cosden, que pertenecía a la generación que tomaba reconstituyentes. Aquí venía, con sus ojos azules clavados en la última luz amarilla que daba en la torre de la iglesia, como exclamando para sí: «¡Qué maravilla, qué maravilla!». Luego pasó de largo, y una figura mucho más extraña atrajo la atención de Melissa: un hombre alto con unos brazos extraordinariamente largos. Un vagabundo, decidió; probablemente vivía en los suburbios de Parthenia. En la mano derecha llevaba un paraguas y unos chanclos. Estaba muy encorvado y para ver por dónde iba tenía que extender el cuello hacia delante y hacia arriba como una serpiente. No se había encorvado por inclinarse sobre una piedra de amolar o un banco de trabajo o bajo el peso de una carga de ladrillos o cualquier otra tarea honrada. Era el encorvamiento de la debilidad mental, la abnegación y el desconcierto. Nunca había tenido ocasión de erguir su espalda por autoestima. Inclinado por timidez de niño, inclinado por la soledad de joven, inclinado ahora bajo el peso de una invisible carga de desprecio social, caminaba con sus largos brazos casi llegándole a las rodillas. Su ancha boca delgada mostraba una semisonrisa boba, sin sentido y triste, pero era la mejor expresión que había podido encontrar. A medida que el hombre se aproximaba a su casa, los latidos del corazón de Melissa parecían sincronizados a los pasos de él, el dolor penetrante volvió a su pecho, y ella experimentó el retorno de su miedo a la oscuridad, al mal y a la muerte. Con el paraguas y los chanclos en la mano, aunque no había ni una nube en el cielo, el hombre se perdió de vista con su andar patoso.

Unos días después, Melissa volvía de Parthenia en el coche. La calle estaba irregularmente iluminada por las pocas tiendas que había en las afueras del pueblo, tiendas que olían a pan rancio y naranjas amargas, donde aquellos vecinos demasiado perezosos, demasiado cansados o demasiado enfermos para ir a los palaciegos centros comerciales compraban sus filtros para la cafetera, cerveza o hamburguesas. La oscuridad de la calle estaba salpicada al azar por manchas de luz y vio al hombre alto cruzar una de ellas, arrojando una larga y retorcida sombra ante él sobre el pavimento. Llevaba una pesada bolsa de comestibles en cada brazo. No iba más encorvado que antes —la curvatura de su espina dorsal parecía ser permanente—, pero las bolsas debían de pesarle, y le dio pena. Melissa siguió adelante, evocando, a la defensiva, el mundo de diferencias que se interponía entre ellos y las probabilidades de que él interpretase mal su amabilidad si ella se ofrecía a llevarle. Pero cuando terminó su defensa, le pareció tan superficial, ociosa y egoísta que giró en su mismo carril y volvió hacia Parthenia. Su mejor instinto la impulsaba a ayudarlo —a hacer las paces entre la figura del hombre y su propio miedo irracional a

la muerte— y ¿por qué iba a negárselo? Él ya habría pasado las tiendas iluminadas, supuso, y condujo despacio por la calle oscura, buscando su figura encorvada. Cuando le vio, dio la vuelta y paró el coche.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó—. ¿Quiere que le lleve a algún sitio? Parece usted muy cargado.

Él se volvió y miró a la hermosa desconocida sin abandonar su media sonrisa y ella se preguntó si no sería sordomudo además de débil mental. Entonces en su sonrisa apareció un aire de desconfianza. No había duda de lo que sentía. Ella pertenecía al mundo que le había estafado, le había tirado bolas de nieve y le había robado la tartera. Su madre le había advertido de que no debía fiarse de los desconocidos y esta era una bella desconocida, quizá lo más peligroso de todo.

—¡No! —dijo—. ¡No, no!

Ella se alejó, preguntándose qué había en el fondo de su propio impulso; preguntándose, finalmente, por qué tenía que analizar un simple intento de ser amable.

El jueves la sirvienta salió, y Melissa se ocupó de su hijo. El bebé durmió la siesta y ella le despertó a las cuatro, dejando caer las mantas al sacarle de la cuna. Estaban solos. La casa estaba en silencio. Le llevó a la cocina, le puso en su silla alta y abrió una lata de higos. Adormilado, dócil y pálido, la seguía con la vista y sonreía cuando sus ojos se encontraban. El niño tenía la blusa manchada y húmeda y ella llevaba una bata. Se sentó a su lado a la mesa, con la cara a pocos centímetros de la suya, y se tomaron los higos con una cuchara directamente de la lata. Él se estremecía de vez en cuando, aparentemente de placer. La casa tranquila, la cocina silenciosa, el chiquillo pálido y dócil con la camisa manchada, sus propios brazos redondos sobre la mesa, el cómodo descuido de comer de una lata, todo contribuía a darle una sensación de intimidad tan intensa y a la vez tan plácida que le pareció que ella y el niño eran la misma carne y la misma sangre, dependientes del mismo corazón, entremezclados y a gusto. Qué consuelo es la propia piel, pensó... Pero era la hora de cambiar al crío, de vestirse, hora de asumir alegremente el otro aspecto de su vida. Al cruzar el cuarto de estar con el niño en brazos vio por la ventana la figura encorvada con su paraguas y sus chanclos.

El viento soplaba y él se movía con indiferencia entre una lluvia diagonal de hojas amarillas, estirando el cuello como una serpiente, la espalda doblada bajo su imposible carga. Ella apretó la cara del chiquillo contra su pecho, tonta, instintivamente, como para proteger sus ojos de un mal comunicable. Se apartó de la ventana y, poco después, oyó unos golpes fuertes en la puerta trasera. ¿Cómo habría descubierto dónde vivía, y qué querría? Puede que hubiera reconocido su coche; puede que hubiese preguntado quién era, el pueblo era tan pequeño... No había venido a agradecerle su gesto de amabilidad. De eso estaba segura. Había venido — en su estupidez— a acusarla de algo. ¿Sería peligroso? ¿Quedaba algún peligro en Proxmire Manor? Dejó al niño y se dirigió a la puerta, haciendo acopio de su

autoestima. Cuando abrió, allí estaba el guapo chico de los recados de la tienda de Narobi. Hizo que todo pareciera cómico, al entrar sonriente y con una especie de luminosidad que la liberó de aquella absurda cadena de ansiedades.

—¿Eres nuevo? —le preguntó.

—Sí.

—No sé cómo te llamas.

—Emile. Es un nombre raro. Mi padre era francés.

—¿Nació en Francia?

—Oh, no, en Quebec. Era francocanadiense.

—¿A qué se dedica?

—Cuando la gente me preguntaba eso, yo solía contestar: «¡A tocar el arpa!» Murió cuando yo era pequeño. Mi madre trabaja en la floristería de Green Street, en Barnum's. Puede que la conozca.

—Creo que no. ¿Quieres una cerveza?

—Sí. ¿Por qué no? Es mi último servicio.

Le preguntó si quería algo de comer y le trajo unas galletas saladas y queso.

—Siempre tengo hambre —dijo él.

Ella trajo al niño a la cocina y los tres se sentaron a la mesa mientras él comía y bebía. Con la boca llena de queso, parecía un chaval. Su mirada transparente desarmaba. No podía cruzar sus ojos con los de él sin que se le alterase la sangre. ¿Acaso era esto lascivia? ¿Era peor que la señora Lockhart? ¿La sacarían, en sentido figurado, de Proxmire Manor atada a la trasera de un carro? No le importaba.

—Nadie me ha ofrecido nunca una cerveza —dijo él—. A veces me dan una Coca-Cola. Supongo que piensan que no tengo edad para beber. Pero yo tomo martinis, whisky, de todo.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve. Ahora me tengo que ir.

—Por favor, no te vayas —dijo ella.

Él se quedó de pie junto a la mesa, abarcándola con su amplia mirada, y ella se preguntó qué pasaría si lo tocaba. ¿Saldría él corriendo de la cocina? ¿Gritaría «¡Suélteme!»? Parecía maduro, listo para la cosecha; y, sin embargo, había alguna cosa más en sus ojos: reserva, cautela. Quizá tenía una visión de algo mejor, y si así era, ella le animaría con toda sinceridad. Ve y ama a la animadora, o a la vecina de al lado.

—Oh, me gustaría quedarme —dijo él—. Se está bien aquí. Pero es jueves y tengo que llevar a mi madre a hacer la compra. Muchas gracias.

Él iba a la casa tres o cuatro veces por semana. A media tarde Melissa solía estar sola y él se las arreglaba para llegar a esa hora. A veces parecía que ella le estaba esperando. Nadie se había mostrado tan atento con él. Ella parecía interesarse por todo lo relacionado con su vida: el hecho de que su padre había sido topógrafo, que él tenía un Buick de segunda mano, de que había sacado buenas notas en el colegio.

Generalmente le daba una cerveza y se sentaba con él en la cocina. Su compañía le resultaba estimulante. Le hacía sentir que podría irle bien en el futuro. Algo de su aplomo mundano, algo de su finura se le contagiaría y le sacaría de la tienda de comestibles. Una tarde, de repente, ella le dijo con bastante timidez:

—¿Sabes? Eres divino.

Él se preguntó si no le faltaría un tornillo. Había oído que a las mujeres a veces les ocurría eso. ¿Había estado perdiendo el tiempo? Él no quería tontear con una mujer a la que le faltara un tornillo. Él sabía que no era divino. Si lo fuera, ya se lo habría dicho alguien, y si fuese divino y estuviera convencido de ello, lo habría ocultado, no por modestia sino por instinto de conservación.

—A veces pienso que soy guapo —dijo con franqueza para intentar modificar su alabanza—. Ahora tengo que volver a la tienda.

Unos días después Melissa fue de compras a Nueva York. Estaba en el andén con su vecina, Gertrude Bender, esperando el tren de media mañana. Cuando el tren apareció tras la curva, el jefe de estación sacó en una carretilla uno de esos cajones de madera amarilla que se utilizan para transportar féretros. Este simple hecho de la vida fue un golpe para el buen humor de Melissa.

—Debe de ser Gertrude Lockhart —murmuró su amiga—. La envían a Indiana.

—No sabía que había muerto —dijo Melissa.

—Se ahorcó en el garaje —le contó su amiga, aún en un murmullo, y subieron al tren.

Así que no era verdad que nunca sucediera nada en Proxmire Manor; la verdad era que los sucesos tomaban unos giros tan excéntricos en la comunidad que resultaban difíciles de comprender. No era la fuerza de la discreción lo que impidió que Melissa conociese la historia de Gertrude Lockhart; era que la historia resultaba más fácil de olvidar que de entender. Considerando su extendida reputación de mujer licenciosa, había sido una mujer especialmente encantadora; de huesos finos, rápida, un poco nerviosa. Tenía la piel muy blanca. Esto no constituía un rasgo de belleza, una palidez sugerente. Simplemente tenía un cutis muy blanco. Su cabello era rubio ceniza pero había perdido brillo. Sus ojos eran brillantes, oscuros, pequeños y juntos. Sus orejas eran demasiado grandes, lo cual le daba un aspecto básicamente poco serio. En el cuarto o quinto internado en el que había estado la llamaban Gertie la Indecente. Estaba casada —y bastante felizmente— con Pete Lockhart, y tenían tres hijos pequeños. Su desgracia no comenzó por unos anhelos inmortales, sino por un invierno excepcionalmente crudo en el que la conducción principal de su casa a la fosa séptica se heló. Los desagües de los retretes rebosaban por las bañeras y los fregaderos. Nada drenaba. Su marido se fue a la oficina. Los niños cogieron el autobús del colegio. A las ocho y media se encontró sola en una casa que, en cierto sentido, había dejado de funcionar. La vivienda no era lujosa pero parecía civilizada, parecía prometer algo mejor que tener que evacuar en un cubo. A las nueve se tomó un trago de whisky y empezó a llamar a los fontaneros de Parthenia. Había siete y todos estaban ocupados. Gertrude no paraba de repetir que su caso era urgente. Una empresa ofreció, como un favor, avisar a un fontanero retirado, y poco después se presentó un hombre viejo en un coche viejo. Contempló con pena la porquería que había en las bañeras y en las pilas y le dijo que él era fontanero, no un cavador de zanjas, y que tendría que encontrar a alguien que le abriera una para que él pudiera arreglar la tubería. Gertrude se tomó otra copa, se pintó los labios y se fue en coche a Parthenia.

Primero se dirigió a la oficina de empleo, donde había unos dieciocho o veinte hombres sentados buscando trabajo, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a abrir una zanja y ella se dio cuenta de que uno de los hechos de su vida, de su tiempo, era

que los niveles de autoestima habían avanzado hasta el punto de que nadie era capaz de hacer un hoyo. Se fue a la tienda de bebidas para comprar whisky y le contó al empleado su problema. Él le dijo que creía que podría conseguirle ayuda. Hizo una llamada telefónica.

—Tengo alguien para usted —le dijo—. No es tan malo como parece. Le da usted dos dólares la hora y todo el whisky que quiera. Su suegro le echó de casa hace dos semanas y está parado, pero es buena persona.

Gertrude volvió a casa y se tomó otra copa. Un rato después llamaron a la puerta. Ella había esperado que fuera un viejo tembloroso pero lo que vio fue a un hombre de treinta y tantos años. Llevaba unos vaqueros ajustados y un jersey oscuro y estaba parado en los escalones con las manos metidas en los bolsillos de atrás, sacando el pecho de una forma curiosa, como en un gesto de orgullo, de amistad o de cortejo. Tenía la piel oscura, con arrugas en torno a la boca profundas como las costuras de una bota, y los ojos castaños. Su sonrisa era puro erotismo. Era su única forma de hacerlo, pero ella no podía saberlo. Le sonreiría amorosamente a su pala, amorosamente a su whisky, amorosamente al hoyo que acababa de cavar y, cuando llegara la hora de marcharse, le sonreiría amorosamente a la llave de encendido del coche. Le ofreció un whisky, pero él dijo que esperaría. Le enseñó dónde estaban las herramientas y él se puso a cavar.

Trabajó durante dos horas y destapó y desatrancó la conducción helada. Gertrude pudo limpiar las bañeras y las pilas. Cuando él le devolvió las herramientas, ella le dijo que entrara a tomarse un whisky. Para entonces ya estaba bastante borracha. Él se sirvió un vaso de agua lleno de whisky y se lo bebió casi de un tirón.

—Lo que realmente me hace falta es una ducha —dijo—. Estoy viviendo en una habitación amueblada. Hay que hacer turnos para bañarse.

Gertrude le dijo que podía ducharse, sabiendo perfectamente lo que iba a ocurrir. Él se bebió otro vaso entero de whisky y ella le llevó al piso de arriba y abrió la puerta del baño.

—Voy a quitarme esta ropa —dijo él, sacándose el jersey y bajándose los pantalones vaqueros.

Aún estaban en la cama cuando los niños volvieron del colegio. Ella abrió la puerta del dormitorio y les dijo desde arriba, cariñosamente:

—Mamá está descansando. Tenéis galletas encima de la nevera. No os olvidéis de tomar las vitaminas antes de salir a jugar.

Cuando los niños salieron, le dio diez dólares y un beso de despedida y lo sacó por la puerta de la cocina. No le vio nunca más.

El viejo fontanero arregló la cañería y el fin de semana Pete cubrió la zanja. El tiempo continuó siendo muy frío. Una mañana, una semana o diez días más tarde, la despertaron los jadeos y resoplidos de su marido.

—No hay tiempo, cariño —le dijo.

Se puso una bata, bajó y trató de abrir un paquete de beicon. El paquete prometía

conservar el aroma del beicon ahumado, pero ella no conseguía abrirlo. Se rompió una uña. El envoltorio transparente que aprisionaba el beicon parecía una especie de inmutable transparencia en su vida, una barrera invisible de frustración que se interponía entre ella y lo que se merecía. Pete se reunió con ella mientras estaba luchando con el beicon y reanudó su ataque. Casi había conseguido su propósito —la tenía acorralada contra la cocina de gas— cuando oyeron el estrépito de los pasos de los niños en el recibidor. Pete se marchó para coger el tren con sentimientos contradictorios y turbulentos. Ella les sirvió el desayuno a los niños y les miró comer con la extraordinaria densidad de una familia reunida en torno a la mesa de la cocina en una oscura mañana de invierno. Cuando los niños se fueron para tomar el autobús del colegio, ella encendió el termostato. Hubo una sorda explosión en el cuarto de la caldera. Por la puerta del sótano comenzó a salir humo. Gertrude se sirvió un whisky para calmar sus nervios y abrió la puerta. El cuarto estaba lleno de humo, pero no había fuego. Entonces llamó al técnico en calderas de gasóleo que solía hacerles las reparaciones.

—Oh, Charlie no está aquí —contestó su mujer alegremente—. Está en Utica con su equipo de bolos. Han llegado a semifinales. No volverá hasta dentro de diez días.

Llamó a todos los técnicos en calderas de gasóleo que venían en la guía telefónica pero ninguno estaba libre.

—Pero alguien tiene que venir a ayudarme —le dijo a una de las mujeres que contestó al teléfono—. Estamos a cero grados y no tengo ninguna calefacción. Se me va a helar todo.

—Pues lo siento, pero hasta el jueves no podré mandarle a nadie —respondió la desconocida—. ¿Por qué no se compra una estufa eléctrica? Puede mantener la casa caldeada con una de esas.

Se tomó otro poco de whisky, se pintó los labios y se fue a la ferretería de Parthenia, donde compró una estufa eléctrica grande. La enchufó en la cocina y le dio al interruptor. Se apagaron todas las luces de la casa, y ella se sirvió otro whisky y se echó a llorar.

Lloraba por sus incomodidades, pero lo hacía con más amargura porque eran efímeras, por el misterioso daño que un paquete transparente de beicon y una caldera de gasóleo podían producir en la parte más delicada de su espíritu; lloraba por un mundo que parecía carecer de leyes y profetas. Continuó llorando y bebiendo. Vinieron unos operarios y repararon las averías, pero cuando los niños volvieron del colegio ella estaba tumbada en el sofá, inconsciente. Se tomaron las vitaminas y salieron a jugar. A la semana siguiente, la lavadora se estropeó y le inundó la cocina. El primer técnico al que llamó se había ido de vacaciones a Miami. El segundo no podría venir hasta una semana después. El tercero estaba en un funeral. Secó el suelo de la cocina, pero pasaron dos semanas antes de que viniera un operario. Mientras tanto se le estropeó la cocina de gas y tuvo que cocinar sobre una placa eléctrica. No era capaz de aprender a mantener y reparar los electrodomésticos y sentía la trágica

inadaptación que había observado en los parados de Parthenia, que necesitaban trabajo y dinero pero eran incapaces de cavar un hoyo. Fue esta sensación de inadaptación lo que la empujó a la bebida y a la promiscuidad.

Una tarde que estaba muy borracha le echó los brazos al cuello al lechero. Él la empujó bruscamente.

—Oiga, señora, pero ¿qué clase de hombre se cree que soy? —dijo él.

Con una actitud chantajista, el hombre le llenó la nevera de huevos, leche, zumo de naranja, queso fresco, ensalada de verduras y ponche. Gertrude cogió una botella de whisky y se la llevó a su dormitorio. A las cuatro, la caldera se estropeó de nuevo. Ella empezó a hacer llamadas. Nadie podía venir hasta dentro de tres o cuatro días. Fuera hacía mucho frío y ella vio la noche invernal aproximándose a la casa con el horror de un aborígen. Notaba que el frío iba invadiendo las habitaciones. Cuando oscureció, se fue al garaje y se quitó la vida.

Se celebró una pequeña ceremonia en la funeraria de Parthenia. La sala donde estaba su monumental ataúd tenía una iluminación suave y un mobiliario como el de un pub y la música del órgano eléctrico sonaba prácticamente como la que podría oírse en el bar de un hotel de Cleveland, por ejemplo. Se descubrió que no tenía amigos en Proxmire Manor. La única compañía que su marido consiguió reunir fueron un puñado de casi desconocidos con quienes habían coincidido en algún crucero. Habían hecho un crucero de dos semanas por el Caribe todos los inviernos y al funeral asistieron los Robinson del *Homeric*, los Howard del *United States*, los Gravely del *Gripshold* y los Leonard del *Bergensford*. Un clérigo pronunció unas palabras incisivas. (Los electricistas, mecánicos y fontaneros culpables de su muerte no asistieron.) Mientras el clérigo hablaba, la señora Robinson (del *Homeric*) comenzó a llorar con una violencia y una angustia que nada tenían que ver con el lugar ni la ocasión. Gimió con fuerza, se balanceó en su silla, sollozó convulsivamente. La señora Howard y la señora Leonard y luego los hombres comenzaron a sollozar. No lloraban por la pérdida de Gertrude; apenas la conocían. Lloraban al darse cuenta de lo terriblemente decepcionante que había sido la vida de la difunta. Melissa no sabía nada de esto, naturalmente, cuando aquella mañana viajó en el mismo tren que transportaba los restos mortales de la señora Lockhart en la primera etapa de su viaje de regreso a Indiana.

Gertrude Bender, con la cual se sentó Melissa, tenía el cabello de plata dorada recogido en un moño con tal precisión y habilidad que Melissa se preguntó cómo lo habría logrado. Llevaba unas pieles plateadas a juego y seis brazaletes de oro que tintineaban. Era una mujer bonita y superficial que ejercía el indiscutible poder de una gran riqueza y tenía la voz chillona. Estaba hablando de su hija, Betty.

—Está preocupada por los deberes del colegio, pero yo le digo: «Betty, no te preocupes por los deberes. ¿Crees que he conseguido lo que ahora tengo gracias a lo que aprendí en el colegio? Ocupate de tener una buena figura y aprende a manejar los cubiertos. Eso es lo único que importa».

En el asiento enfrente de Melisa iba una anciana con la cabeza inclinada bajo el peso de un sombrero cubierto de rosas de tela. Una familia ocupaba los asientos de delante al otro lado del pasillo, una madre y tres niños. Eran pobres. Vestían ropa barata y gastada, y la mujer tenía el rostro ajado. Uno de los niños estaba enfermo e iba echado en el regazo de su madre, chupándose el pulgar. Tendría dos o tres años, pero era difícil adivinar su edad, por lo pálido y delgado que estaba. Tenía llagas en la frente y en las delgadas piernas. Los surcos a los lados de su boca eran tan profundos como los de un viejo. Tenía aspecto de enfermo y desgraciado, pero al mismo tiempo de obstinado e inflexible, como si en el puño guardara una promesa de algo sorprendente y festivo que no entregaría a pesar de su enfermedad y el ambiente extraño del tren. Se chupaba el pulgar ruidosamente y no se movería de su puesto en medio de la vida. Su madre se inclinaba sobre él en la misma postura en que debía de haberlo hecho cuando le amamantaba y le iba cantando una nana mientras pasaban por Parthenia, Gatesbridge, Tuxon Valley y Tokinsville.

—No entiendo a la gente —dijo Gertrude— que se abandona sin necesidad. Quiero decir que: ¿qué sentido tiene ir por la vida con el aspecto de un saco de ropa sucia? Por ejemplo, Molly Singleton. Va al club los sábados por la noche con esas gafas enormes y un vestido horroroso y luego se pregunta por qué no se lo pasa bien. No tiene sentido ir a las fiestas si vas a deprimir a todo el mundo. Yo ya no soy una niña, y lo sé, pero todavía tengo los admiradores que quiero y me gusta excitar a los chicos. Me gusta verlos animarse. Es asombroso lo que una puede hacer. Hasta uno de los chicos de la tienda de comestibles me ha escrito una carta de amor. No se lo pienso contar a Charlie, ni a nadie, porque el pobre chico podría perder su puesto, pero ¿qué sentido tiene vivir si no generas un poco de emoción de vez en cuando?

Melissa se puso celosa. Que el sentimiento que experimentaba fuese por completo ridículo no disminuía su fuerza. Al parecer, sin darse cuenta, se había convencido de que Emile la adoraba, y la posibilidad de que las adorase a todas, de que ella estuviese al final de su lista de atracciones, fue un golpe. Era totalmente absurdo, y totalmente cierto. Parecía haber reorganizado todos sus valores en torno a la imagen del muchacho, haber llegado de manera inconsciente a depender de su admiración. El hecho de que le importasen lo más mínimo sus coqueteos era dolorosamente humillante, pero no dejaba de hacerle daño.

Salió de Nueva York a primera hora de la tarde y al volver a casa llamó a Narobi. Pidió una barra de pan, sal de ajo, endivias, nada que necesitara. Él llegó quince o veinte minutos después.

—¿Emile? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Le has escrito alguna vez una carta a la señora Bender?

—¿La señora qué?

—La señora Bender.

—No he escrito ninguna carta desde las Navidades pasadas. Mi tío me mandó

diez dólares y le escribí para darle las gracias.

—Emile, seguro que sabes quién es la señora Bender.

—No. Probablemente compra los comestibles en otra tienda distinta.

—¿Me estás diciendo la verdad, Emile?

—Claro.

—Oh, estoy haciendo un ridículo espantoso —dijo ella, y se echó a llorar.

—No se ponga triste —la consoló él—. ¡Por favor! Me gusta usted mucho. Me parece usted fascinante, pero no quiero ponerla triste.

—Emile, me voy a Nantucket el sábado para cerrar la casa de allí. ¿Te gustaría venir conmigo?

—Jesús, señora Wapshot —dijo él—. No podría. Quiero decir, no sé.

Al salir, tropezó con una silla y la volcó.

Melissa no había visto nunca a la señora Cranmer. No podía imaginar qué aspecto tendría. Entonces cogió el coche y se fue a la floristería de Green Street. Había una campanilla que sonaba al abrir la puerta y dentro se percibía el olor de las flores. La señora Cranmer salió de la trastienda, sacándose un lápiz del pelo descolorido y sonriendo como una niña.

La madre de Emile era una de esas mujeres que se mantienen en un permanente estado de disponibilidad para una llamada, una invitación, un encuentro que nunca tendrá lugar porque el amante ha muerto. Te las encuentras contestando al teléfono en las paradas de los taxis de las ciudades pequeñas, con el pelo recién teñido, las uñas recién pintadas, los zapatos de tacón alto, listas para bailar con alguien que no puede venir. Venden camisones, flores, objetos de papelería y caramelos, y las más modestas dentro de su clase son taquilleras en un cine. Están siempre en situación de disponibilidad, todas han conocido el amor de un buen hombre y, en recuerdo de él, se tambalean sobre sus tacones altos por entre la nieve y el barro. La señora Cranmer iba maquillada, llevaba un vestido de seda y lazos en los zapatos. Era bajita y gordita, con la cintura firmemente marcada, como un cojín con un lazo atado en medio. Parecía un personaje que se hubiera escapado de una historieta, aunque no había nada de cómico en ella.

Melissa pidió unas rosas y la señora Cranmer le pasó el pedido a alguien en la trastienda y dijo:

—Estarán listas en un minuto.

Sonó la campanilla y entró otro cliente, un hombre de facciones toscas con un botón de plástico blanco en la oreja derecha conectado por medio de un cable eléctrico a su chaleco. Habló con un fuerte acento.

—Quiero algo para una persona que ha fallecido —dijo.

La señora Cranmer era diplomática y con una serie de delicadas indirectas trató de descubrir qué relación tenía con el cadáver. ¿Querría una corona de flores de unos cuarenta dólares, o algo un poco menos caro? Él suministraba la información fácilmente, pero solo en respuesta a preguntas directas. La muerta era su hermana.

Los hijos de ella estaban desperdigados.

—Sospecho que soy el pariente más próximo que le quedaba —dijo él confusamente, y Melissa, esperando sus rosas, tuvo una premonición de muerte.

Ella iba a morir; ella sería el tema de una discusión similar en una floristería, y sus ojos se cerrarían para siempre a un mundo que la distraía con su belleza. La imagen, trillada y punzante, que le vino a la mente era la de la vida como una diversión, un festival del cual se la llevaba la policía secreta de la extinción, justo cuando el baile y la música estaban en su mejor momento. No quiero irme, pensó. No quiero irme nunca. La señora Cranmer le entregó sus rosas, y ella volvió a casa.

El autocine Moonlite estaba dividido en tres magníficas partes. Había un campo de golf, una pista de patinaje y el vasto anfiteatro, en el cual miles de coches con las luces apagadas se alineaban en la disposición de un circo antiguo, bajo el árbol de la noche. Por encima del profundo trueno procedente de la pista de patinaje y del ruido de la pantalla, se oía —en el aire, y tan parecido al mar que un ciego podría engañarse— el ruido del tráfico de la gran Autopista del Norte, que corre en dirección sur desde Montreal hasta el Shenandoah, engullendo en sus hojas de trébol y sus desniveles brillantemente diseñados los verdes campos de juego, las rosaledas, los graneros, las granjas, los prados, los arroyos trucheros, los bosques, los hogares y las iglesias de un pasado dorado. La población de esta autopista se reunía para comer en una hilera de restaurantes idénticos, donde los murales, los urinarios, los menús y las máquinas expendedoras de medallas sagradas eran uniformes. Un aspecto conmovedor de la noche otoñal y de los riesgos de la carretera era que muchos de estos viajeros rogaran por la protección especial del bondadoso san Cristóbal y la bendición de la Santísima Virgen.

Una salida (la 307) se alejaba de la Autopista del Norte en dirección al Moonlite, y aquí se encontraba todo lo que un hombre pudiera necesitar: los medios para un viaje veloz, la comida, el ejercicio, la habilidad (campos de golf) y, en los coches oscuros del anfiteatro, un lugar para realizar los ritos de la primavera, o, en este caso, los del otoño. Era una noche otoñal, y el aire estaba lleno de polen y decadencia. Emile estaba en el asiento de atrás con Louise Mecker. Charlie Putney, su mejor amigo, estaba delante con Doris Pierce. Los cuatro estaban bebiendo whisky en vasos de papel y se encontraban en diversos grados de desnudez. En la pantalla una mujer exclamó: «Quiero vestirme de inocencia, ponérmela como un vestido nuevo y luminoso. ¡Quiero volver a sentirme limpia!». Luego dio un portazo.

Emile estaba orgulloso de su piel, pero la mención a la limpieza despertó sus dudas y celos. Se ruborizó. Estas fiestas eran típicas de su generación, y si no hubiese participado en ellas habría adquirido fama de puritano o de marica. Cuatro chicos de su clase en el instituto habían sido arrestados por vender pornografía y heroína. Le habían abordado, pero la idea de utilizar narcóticos y fotos obscenas le repugnaba. El hecho de que estuviera desnudo en la parte de atrás de un coche podría explicarse porque la música con la que bailaba y las películas que veía trataban cada vez menos del corazón y cada vez más de la sexualidad abierta, como si las rosaledas y los campos de juego enterrados bajo la autopista se estuvieran vengando. ¿En qué estaría pensando el guardabarreras de pie bajo el sol otoñal? ¿Por qué tiene el jefe de correos una expresión tan soñadora? ¿Por qué parece tan inquieto el juez que preside la sesión? ¿Por qué frunce el ceño y suspira el taxista? ¿En qué piensa el limpiabotas con la mirada perdida en la lluvia? ¿Qué ensombrece la mente y atormenta la carne del camionero en la autopista? ¿Cuáles son los pensamientos del viejo jardinero que

limpia el polvo de sus rosas, del mecánico tumbado bajo un Chevrolet, del abogado ocioso, del marinero que espera a que se levante la niebla, del borracho, del soldado? Los tiempos eran venéreos y Emile era un hijo de ellos.

Louise Mecker era una chica fácil, pero su conducta disoluta parecía ser solo un aspecto de su carácter alegre. Hacía lo que se esperaba de ella para complacer, y esto formaba parte de ello. Sin embargo, con su disponibilidad a veces parecía degradar y ridiculizar el centro del deseo, hacia el cual él conservaba aún un vago y tierno sentimiento. Cuando las lilas que había bajo la ventana de su dormitorio florecían en la primavera y él olía su fragancia tumbado en la cama, cierto sentimiento, tan fuerte como la ambición pero sin nombre, le estremecía. Oh, quiero... quiero que me vaya muy bien, pensó, sentado en el Moonlite, desnudo. Pero ¿qué deseaba hacer? ¿Ser piloto de un jet? ¿Descubrir una catarata en África? ¿Dirigir un supermercado? Fuera lo que fuese, deseaba algo que correspondiera a su impresión de que la vida era imponente; algo que confirmase la sensación que tenía, cuando miraba desde el escaparate de la tienda de Nairobi a los hombres y mujeres que pasaban por la acera y la corriente de nubes que cruzaba el cielo, de que la procesión que veía era majestuosa.

Pensó en Melissa, la cual había penetrado en sus consideraciones al invitarle a una cerveza. Durante los últimos seis u ocho meses le había desconcertado el súbito interés que los hombres y mujeres demostraban por su compañía. Parecían querer algo de él y parecían quererlo ardientemente, y aunque no era un inocente ni un tonto, tenía verdaderas dudas respecto a qué era lo que querían. Sus propios deseos eran violentos. Mientras se estaba afeitando por la mañana, un ataque de necesidad sexual le hizo doblarse de dolor y gemir.

—¿Te has cortado, hijo? —le preguntó su madre.

Ahora pensó en Melissa. Pensó en ella —curiosamente— como en una figura trágica, frágil, solitaria e incomprensible. Su marido, quienquiera que fuese, debía de ser obtuso, estúpido y torpe. ¿Acaso no lo eran todos los hombres de esa edad? Ella era una hermosa prisionera en una torre.

A mitad de la película se vistieron y, con el tubo de escape abierto y la radio altísima transmitiendo «Take It Easy, Greasy», salieron del Moonlite a toda velocidad y cogieron la autopista, poniendo en peligro sus vidas y las de aquellos que iban en cada coche que pasaba (hombres, mujeres y niños pequeños), pero el bondadoso san Cristóbal o las mercedes de la Santísima Virgen les protegieron, y dejaron a Emile en su casa sano y salvo. Subió las escaleras, le dio un beso a su madre —que estaba estudiando un artículo del *Reader's Digest* acerca del páncreas— y se acostó. Echado en la cama, decidió, inocentemente, que estaba cansado de chicas atractivas, películas y vasos de papel, y que iría a Nantucket.

Melissa había comprado los billetes de avión y se había ocupado de todos los preparativos, y le había pedido a Emile que no le hablara en el avión. Él llevaba zapatos y calzoncillos nuevos, y caminaba con un ligero rebote para notar el grosor de las suelas nuevas y el agradable juego de los músculos que subía por sus piernas hasta sus hombros. Nunca había viajado en avión, y le decepcionó descubrir que ese no era tan brillante como los que salían en los anuncios de las revistas y que el fuselaje estaba abollado y manchado de humo. Cogió un asiento de ventanilla y observó la actividad en la pista, sintiendo que en cuanto el avión despegase él comenzaría una nueva vida de movimiento, comodidad y libertad. ¿No había soñado siempre con ir de acá para allá y hacer amistades en diferentes lugares y ser aceptado fácilmente como un hombre de fuerza e inteligencia y no como un chico de los recados sin futuro ni destino, y acaso había dudado alguna vez de que sus sueños se harían realidad? Melissa fue la última en subir a bordo; llevaba un abrigo de piel, y con esas pieles oscuras a él le pareció una visitante de otro continente donde todo fuera bello, ordenado y lujoso. Ella no miró en dirección a él. Un marinero borracho ocupó el asiento al lado de Emile y se durmió. Al ver los aviones que pasaban sobre Parthenia y Proxmire Manor, él había supuesto que las personas que viajaban en ellos pertenecían a un orden superior. Al poco rato estaban en el aire.

Era precioso. A una distancia de centenares de metros, todas las confusas y erróneas obras del hombre parecían ordenadas. Sonrió a la tierra y a su población. La sensación de estar suspendido en el aire que había esperado no era como él había anticipado, y le parecía que los motores del avión se esforzaban por resistir la gravedad y mantenerles en su sitio entre las finas nubes. El mar que sobrevolaban era oscuro e incoloro, y cuando perdieron de vista la tierra, él tuvo una correspondiente sensación de pérdida, como si en ese punto se hubiera cortado un vínculo que le unía a su pasado inmaduro. La isla, cuando la vio allá abajo en el mar, con un volante de espuma en el extremo noroeste, le pareció tan pequeña y tan plana que se preguntó por qué querría nadie ir allí. Cuando bajó del avión, ella le estaba esperando junto a la escalerilla y cruzaron el aeropuerto y cogieron un taxi.

—Primero iremos al pueblo a comprar unos comestibles y luego a Madamquid —le dijo ella al taxista.

—¿Para qué quiere usted ir a Madamquid? —preguntó este—. Ahora no hay nadie allí.

—Tengo una casita allí —dijo ella.

Atravesaron un paisaje pelado, pero para ella estaba tan estrechamente asociado con su juventud y la felicidad que no percibía su tristeza. En el pueblo pararon ante la tienda de comestibles donde siempre había comprado, y le pidió a Emile que esperase fuera. Cuando compró los comestibles, un chico con un delantal blanco, inclinado exactamente en la misma postura que tenía Emile cuando ella le vio por primera vez,

se los llevó hasta el taxi. Le dio una propina, y miró a un lado y a otro de la calle buscando a Emile. Estaba delante del bar con otros jóvenes de su edad.

Entonces el valor la abandonó. La sociedad de los aburridos y los decepcionados, de la cual había esperado escapar, le pareció almenada, implacable y espléndida; una creación útil para concertar escuelas, hospitales, puentes y tribunales en la cual ella no era digna de entrar. Había deseado aportar a su vida la frescura de un viaje y no había conseguido nada más que una mortificante sensación de pobreza moral.

—¿Quiere que vaya a llamar a su novio? —le preguntó el taxista.

—No es mi novio —dijo Melissa—. Ha venido para ayudarme a trasladar unos muebles.

Emile la vio, cruzó la calle, y se dirigieron a Madamquid. Se sentía tan desesperada que le cogió la mano; no esperaba su apoyo, pero él se volvió hacia Melissa con maravillosa generosidad, una sonrisa tan amplia y tan tierna que ella sintió que la sangre retornaba a su corazón. Se dirigían al punto donde no había nada que ver excepto unas dunas color crema con sus mechones de hierba y el oscuro mar otoñal. Esto le dejó perplejo. Una de las diferentes partes de su mundo la constituía el grupo de gente que veraneaba —que cerraba sus casas en junio y no volvía a comprar comestibles hasta septiembre—, y no habiendo disfrutado nunca de tales privilegios migratorios, se había imaginado que los lugares adonde iban tendrían arenas doradas y mares púrpura, y casas palaciegas con paredes rosas, patios y piscinas, como las que veía en las películas. Aquí no había nada semejante, y no podía creer que ni siquiera en los días largos y calurosos del verano este lugar tuviese un aspecto menos desértico. ¿Habría flotas de barcos de vela, tumbonas y sombrillas? Ahora no había ni rastro del mobiliario de verano. Ella le señaló la casa y él vio un edificio grande con techumbre de tejas sobre un risco. Se dio cuenta de que era enorme —era muy grande — pero si uno va a levantar una casa de verano, ¿por qué no construir algo bonito y compacto que fuera agradable a la vista? Pero puede que estuviera equivocado, puede que hubiese algo que aprender aquí; ella parecía tan complacida al ver la vieja casa que él estaba dispuesto a posponer su juicio. Melissa pagó al taxista y trató de abrir la puerta, pero la cerradura se había oxidado por el salitre y él tuvo que ayudarla. Finalmente consiguió abrir la puerta; ella entró y él cogió las bolsas y luego, naturalmente, los comestibles.

Ella sabía de sobra que el lugar era hogareño —estaba pensado para serlo—, pero el olor a limón de las paredes de tablas imbricadas le pareció la fragancia de las vidas que habían pasado allí durante los meses soleados. Las viejas partituras de violín de su hermana, los libros de texto de alemán de su hermano, la acuarela de un cardo que su tía había pintado le parecían la esencia de sus vidas. Y aunque se había peleado con su hermano y con su hermana y ya no se hablaban, ahora todos sus recuerdos eran amables y dulces.

—Siempre he sido feliz aquí —dijo—. Siempre he sido muy feliz aquí. Por eso he querido volver. Ahora hace frío, claro, pero podemos encender algunas chimeneas.

Entonces advirtió, en la pared a su izquierda, las marcas a lápiz donde cada Cuatro de Julio su tío les hacía ponerse contra la pared y señalaba su crecimiento. Temerosa de que él viera esta prueba incriminatoria de su edad, dijo:

—Metamos la comida en la nevera.

—Que palabra tan rara, nevera —dijo él—. No la había oído nunca. Es raro llamar así a un frigorífico. Pero vosotros habláis distinto, ya sabes, la gente como tú. Decís muchas cosas diferentes. Por ejemplo, tú dices divino, dices que montones de cosas son divinas, pero ¿sabes qué? Mi madre nunca usaría esa palabra, excepto para hablar de Dios.

Asustada por las marcas del recibidor, se preguntó si habría alguna otra cosa incriminatoria en la casa y se acordó de la galería de fotografías familiares en el vestíbulo de arriba. Había fotos suyas con el uniforme del colegio, en botes de vela, y muchas jugando con su hijo en la playa. Mientras él guardaba los comestibles, subió y escondió las fotos en un armario. Luego bajaron por los riscos hasta la playa.

La temperatura era sorprendentemente templada para esa época del año. El viento venía del sur; por la noche probablemente cambiaría a suroeste y traería lluvia. A todo lo largo de la playa, batían las olas procedentes de Portugal. Se oía el ruido de una detonación, el rugido del agua al recogerse y, luego, la brillante descarga se abría sobre la arena, se desvanecía y se hundía. Delante de ella, en la señal de la marca alta, vio una botella sellada con una nota dentro y corrió a cogerla. ¿Qué esperaba? ¿El secreto del tesoro Spada o una proposición de matrimonio de un marinero francés? Le pasó la botella a Emile y él la rompió contra una piedra. La nota estaba escrita a lápiz. «A quienquiera que en todo el ancho mundo lea esto, soy un universitario de dieciocho años, sentado en la playa de Madamquid el 8 de septiembre...» Su impresión del acto de arrojar al mar su nombre y dirección era rapsódica, pero la botella debía de haber regresado a donde él estaba poco después de que él se alejara. Emile le preguntó si podía bañarse y luego se agachó para desatarse los zapatos nuevos. Uno de los cordones se le anudó y él se puso colorado. Ella se arrodilló y deshizo el nudo. Él se desvistió apresuradamente para demostrar su juventud y su fuerza, pero le preguntó muy serio si le importaba que se quitara los calzoncillos. Se puso de espaldas a ella para hacerlo, y luego se metió en el mar. Estaba más frío de lo que esperaba. Sus hombros y sus nalgas se tensaron y su cabeza tembló. Desnudo y tiritando, tenía un aspecto patético, vanidoso y mediocre: un joven vulgar tratando de encontrar algo de placer y aventura en su vida. Se sumergió en una ola y luego volvió corriendo a donde ella estaba. Le castañeteaban los dientes. Ella le echó su abrigo sobre los hombros y regresaron a la casa.

Ella había acertado respecto al viento. Pasada la medianoche o más, vino del suroeste, trayendo lluvia a raudales, y como había hecho desde que era niña, se levantó de la cama y cruzó la habitación para cerrar la ventana. Él se despertó y oyó el sonido de sus pies desnudos en el suelo de madera. No podía verla en la oscuridad, pero cuando volvía hacia la cama sus pasos sonaron pesados y como de vieja.

Llovió por la mañana. Pasearon por la playa, y Melissa cocinó un pollo. Buscando una botella de vino, encontró una botella verde de cuello largo de mosela, como la que ella había puesto en su sueño de la merienda campestre y el castillo en ruinas. Emile se comió la mayor parte del pollo. A las cuatro de la tarde cogieron un taxi para ir al aeropuerto y volaron a Nueva York. En el tren que les llevaba a Proxmire Manor, él se sentó varias filas delante de ella y leyó el periódico.

Moses la recibió en la estación, contento de que estuviera de vuelta. El niño estaba despierto; Melissa se sentó en una silla en el dormitorio y le cantó: «Duerme, mi niño, duerme. Tu padre guarda las ovejas...». Cantó hasta que el bebé y Moses se quedaron dormidos.

Mientras tanto el ambiente en casa de los Wapshot, en Talifer, era muy melancólico. No recibían cheques de Boston ni tampoco explicaciones, y Betsey se quejaba. Un domingo por la tarde después de que Coverly hubiese preparado la comida y lavado los platos, Betsey volvió a su televisor. El niño había estado llorando desde antes de comer. Coverly le preguntó por qué lloraba, pero él se limitó a seguir sollozando. ¿Le gustaría dar un paseo? ¿Quería un chupachups? ¿Quería que le hiciera una casa con bloques de madera?

—Oh, déjale en paz —dijo Betsey y subió el volumen—. Puede ver la tele conmigo.

El chiquillo, sollozando aún, se acercó a su madre y Coverly se puso una chaqueta y salió. Cogió un autobús hasta el centro de cálculo y se fue a la granja caminando a través de los campos. Era a finales de la estación, a lo largo del sendero florecían ásteres púrpura y el aire estaba tan cargado de polen que le produjo una irritación no desagradable en la nariz; el mundo entero olía como una alfombra gastada y brillante. Los arces y las hayas habían cambiado de color y las luces móviles de esta tarde entre los árboles hacían que el sendero que tenía ante él pareciese una cadena de corredores y cámaras, consistorios y vaticanos amarillos y dorados, pero a pesar de ese espectáculo de luz aún le parecía oír la música de la televisión y ver el rictus de la boca de Betsey y escuchar el llanto de su hijo. Había fracasado. Había fracasado en todo. El pobre Coverly nunca llegará a nada. Se lo había oído decir a sus tías muy a menudo detrás de la puerta de la sala. Se casará con una mujer huesuda y engendrará un niño enfermizo. Nunca triunfará en nada. Nunca pagará sus deudas. Se agachó para apretarse el lazo de un zapato y en ese momento exacto una flecha de caza pasó silbando sobre su cabeza y se clavó en el tronco de un árbol a su derecha.

—¡Eh! —gritó Coverly—. ¡Eh! Casi me mata.

No hubo respuesta. El arquero estaba oculto por una pantalla de hojas amarillas y ¿por qué iba a confesar su error casi criminal?

—¿Dónde estás? —gritó Coverly—. ¿Dónde demonios estás?

Se metió corriendo por entre la maleza que había al lado del sendero y a lo lejos vio a un arquero, todo vestido de rojo, trepando un muro de piedra. Parecía exactamente el diablo.

—¡Tú, tú! —le llamó Coverly.

Pero la distancia era demasiado grande para que pudiese alcanzar al bruto. No hubo respuesta, ni eco. Sobresaltó a un par de cuervos que echaron a volar hacia las torres de los misiles. Que la flecha le habría matado si no se hubiera detenido para apretarse el lazo del zapato le estalló en la conciencia, aceleró los latidos de su corazón y le hinchó la lengua. Pero estaba vivo, había escapado a la muerte por casualidad como la habría evitado en otras mil ocasiones, y de repente el color, la

fragancia y la forma del día parecieron agitarse y rodearle con gran fuerza y claridad.

No vio nada sobrenatural ni oyó voces, llegó a la experiencia por un solo hecho —la flecha mortal—, y, sin embargo, le pareció la más volcánica, la más semejante a un punto crucial, que había tenido en su vida. Tuvo una sensación de sí mismo, de su ser único, un arrobamiento que nunca había notado antes. Las sílabas de su nombre, el color de su pelo y de sus ojos, la fuerza de sus muslos adquirieron una intensidad similar al éxtasis. Las voces de sus detractores detrás de la puerta de la sala —y se las había tomado en serio todos los años de su vida— ahora le parecían transparentemente codiciosas y dañinas, voces de personas cariñosas, pero que serían más felices si él no hacía ningún descubrimiento de sí mismo. Su lugar en la tarde otoñal y en el mundo parecía indiscutible, y con tal sensación de resistencia, ¿cómo podría herirle algo? La sensación no era la de ser invulnerable, sino voluntarioso, y de que si la flecha le hubiese dado habría caído con toda la luminosidad de ese día en los ojos. No era la víctima de una tragedia emocional y genética; tenía los supremos privilegios de un niño a quien hubiesen cambiado por otro y haría algo ilustre en su vida. Examinó la flecha y trató de arrancarla del árbol, pero se le rompió. Las plumas eran carmesí y pensó que si le daba la flecha rota a su hijo, este dejaría de llorar, y cuando el chiquillo vio las plumas carmesí dejó de hacerlo.

La resolución de Coverly de hacer algo ilustre se concretó en un plan de establecer el vocabulario de John Keats, un proyecto que a su vez dependía de un amigo llamado Griza. La mayoría de los empleados almorzaban en la cafetería subterránea, pero Coverly generalmente tomaba el ascensor y se comía un sándwich al sol. Esta elección era lo bastante insólita para servir de base a una amistad. Uno de los técnicos de la sala de ordenadores también comía un sándwich al sol, y esto, junto con el hecho de que ambos eran de Massachusetts, les convirtió en grandes amigos. En primavera se lanzaban una pelota de béisbol; en otoño se arrojaban un balón de fútbol americano con una clara sensación de cosas más sencillas que la hilera de torres de misiles en el horizonte. Griza era hijo de un emigrante polaco pero había crecido en Lowell y su mujer era nieta de un granjero yanqui. Era uno de los técnicos que se ocupaba del gran ordenador y se le podría haber reconocido como tal. No había ninguna reglamentación respecto a la indumentaria en el centro de cálculo, ni tampoco unas jerarquías establecidas, pero a lo largo de los meses había comenzado a surgir el esbozo de una sociedad y una lista de leyes suntuarias, que expresaban, al parecer, un amor oculto por las castas. Los físicos llevaban jerséis de cachemir. Los programadores llevaban chaquetas de tweed y camisas de color. El rango de Coverly llevaba traje entero y los técnicos parecían haber optado por un uniforme que incluía camisa blanca y corbata oscura. Los separaba del resto del centro el privilegio de manipular la consola y el privilegio, aún mayor, de tener conocimientos técnicos y responsabilidad limitada. Si un programa fallaba repetidas veces, podían estar seguros de que no era culpa suya, y esto les confería a todos la rapidez y ligereza que a veces se observa en los marineros de cubierta de un ferry. Griza nunca había

navegado, pero andaba como si estuviese sobre una cubierta oscilante y tenía el aire de dormir en una litera, hacer guardias y lavarse su ropa. Era un hombre esbelto que carecía de vientre, toda esa zona de su cuerpo parecía flexible y cóncava; usaba fijador en el pelo y se lo peinaba cuidadosamente cruzado en la nuca, un estilo que había estado de moda entre la juventud diez años antes. Por eso parecía tener un pie en el pasado inmediato. Coverly esperaba que, más tarde o más temprano, le confesara alguna excéntrica ambición. ¿Estaba construyendo una balsa en el sótano para bajar por el Mississippi? ¿Estaba perfeccionando una máquina para comprimir latas de cerveza vacías? ¿Un anticonceptivo simplificado? ¿Un disolvente químico para las hojas otoñales? Un proyecto semejante parecía necesario para fijar las líneas de su carácter, pero Coverly se equivocaba. Griza esperaba trabajar en la base hasta la edad de la jubilación, y luego pensaba invertir sus ahorros en un aparcamiento en Florida o California.

Desde su puesto junto al ordenador, Griza se enteraba de muchas cosas acerca de las interioridades de la base. No parecía tener vocación de cotilla, pero todos los días Coverly salía del almuerzo con alguna información. La recepcionista del centro de seguridad estaba embarazada. Cameron, el director de la base, no iba a durar ni seis semanas. Las altas esferas estaban fuertemente divididas en sus opiniones. Discutían sobre si se habían recibido o no señales de radio coherentes de Tau Ceti y Epsilon Eridani, disputaban sobre la existencia de otras civilizaciones en el sistema solar, ponían en tela de juicio la inteligencia de los delfines. Griza comunicaba sus noticias con indiferencia, pero siempre las había en abundancia. Coverly cultivaba la amistad de Griza con la esperanza de que este le ayudara. Quería que él procesara el vocabulario de Keats en el ordenador. Griza no parecía decidido, pero invitó a Coverly a cenar en su casa una noche.

Cuando terminaron de trabajar cogieron un autobús hasta el final de la línea y luego echaron a andar. Era una parte de la base que Coverly no conocía.

—Estamos en la sección de viviendas de emergencia —le explicó Griza.

Era un campamento de remolques, aunque la mayoría de ellos estaban fijos sobre bloques de cemento. Algunos eran enormes y tenían dos niveles. Había faroles, jardines, vallas e, inevitablemente, un par de ruedas de carreta pintadas, un talismán del pasado rural y mítico. Coverly se preguntó si las habrían encontrado en la granja que estaba cerca del centro de cálculo. Griza se paró ante la puerta de uno de los remolques más modestos, la abrió e hizo pasar a Coverly.

Había una habitación larga y agradable que parecía servir para diversos propósitos. La madre de Griza estaba de pie junto al fogón. Su mujer le estaba cambiando los pañales a la niña. La anciana señora Griza, que era gruesa y canosa, llevaba prendido en el vestido un adorno del árbol de Navidad. Faltaba mucho tiempo para final de año y este adorno tenía el atractivo de esas granjas por las que se pasa, al bajar de las pistas de esquí en el norte, donde las luces de colores de los árboles de Navidad continúan encendidas bien pasada la Epifanía y a veces no las quitan hasta

que la nieve se derrite. Ella tenía una cara ancha y bondadosa. La joven señora Griza llevaba una camisa de hombre rota y unos pantalones de tartán que se le habían quedado chicos. Su rostro era grande, su cabello largo y bonito estaba despeinado, sus ojos eran hermosos cuando estaban bien abiertos, cosa que apenas sucedió esa tarde. La forma de sus ojos y de su boca era hacia abajo, lo cual sugería mal humor y era este, tan rápidamente contradicho por la luminosidad y autoridad de su sonrisa, lo que volvía su rostro atractivo. Acariciando y vistiendo al bebé parecía casi imperiosa. Griza abrió dos latas de cerveza y Coverly y él se sentaron en el extremo de la habitación más alejado de la estufa.

—Ahora estamos un poco apretados aquí —dijo la anciana—. Oh, quisiera que hubiese usted visto la casa que teníamos en Lowell. Doce habitaciones. Oh, era una casa preciosa; pero teníamos ratas. Oh, qué ratas. Una vez bajé al sótano para coger leña para la estufa y una rata grande saltó sobre mí, ¡saltó sobre mí! Bueno, falló, gracias a Dios, y me pasó por encima del hombro, pero desde entonces les cogí miedo. Quiero decir, cuando vi lo atrevidas que eran. Teníamos un bonito centro de mesa en el comedor. Fruta, ya sabe, o flores de cera, pero al bajar una mañana me encontré el centro de mesa todo roído. Las ratas. Me dio mucha pena. Quiero decir que me dio la sensación de que no tenía nada que fuera mío. Y ratones. También teníamos ratones. Se metían en la despensa. Un año hice un gran pastel de gelatina y los ratones se comieron la tapa de cera y estropearon la gelatina. Pero los ratones no eran nada comparado con las termitas. Yo siempre había notado que el suelo del cuarto de estar no estaba firme y una mañana, cuando estaba pasando la aspiradora, un trozo enorme del suelo cedió y cayó al sótano. Termitas y hormigas carpinteras. Era una combinación de las dos. Las termitas se comían los apuntalamientos de la casa y las hormigas carpinteras el porche. Pero lo peor eran las chinches. Cuando mi primo Henry murió me dejó una cama muy grande. A mí no se me ocurrió sospechar de ella. Notaba cosas raras por la noche, ya sabe, pero en mi vida había visto una chinche y no podía imaginarme qué me pasaba. Pues una noche encendí la luz de repente y allí estaban. ¡Vaya si estaban! Para entonces se habían extendido por toda la casa. Había chinches por todos lados. Tuvimos que fumigarlo todo y, oh, Dios mío, el olor era espantoso. Y pulgas. También teníamos pulgas. Teníamos un perro viejo que se llamaba Spotty. Bueno, él tenía pulgas y de él pasaron a las alfombras y, como era una casa húmeda, las pulgas criaron en ellas y había una alfombra que cuando la pisabas levantabas una nube de pulgas, densa como el humo, pulgas por todo tu alrededor. Bueno, la cena ya está lista.

Cenaron carne congelada, patatas fritas congeladas y guisantes congelados. Con los ojos vendados, uno no habría podido identificar los guisantes, y a lo único a lo que sabían las patatas era a jabón. Era la monótona alimentación de los sitiados, la misma que se serviría en todas partes de la base esa noche, pero, ¿dónde estaban las murallas y los arietes? ¿Dónde el enemigo que justificara estas gachas insulsas? Coverly se sintió a gusto allí y hablaron de Nueva Inglaterra durante la cena.

Mientras las mujeres fregaban los platos, Coverly y Griza hablaron de introducir el vocabulario de Keats en el ordenador. La invitación de Griza a cenar parecía haber sido un gesto de confianza o de consentimiento, y aceptó introducir el vocabulario en la máquina si Coverly hacía los preparativos. Bebieron un vaso de whisky con ginger ale y luego Coverly se fue a casa.

A partir de la noche siguiente Coverly organizó su vida de acuerdo con un plan. Salía del centro de cálculo a las cinco, preparaba la cena, bañaba y acostaba a su hijo. Luego regresaba al centro con su ejemplar de Keats encuadernado en suave piel y se ponía a traducirlo, en una máquina de escribir eléctrica, a dígitos binarios. «Yo estaba de puntillas sobre un montículo —comenzó—, refrescaba el aire y estaba tan inmóvil...» Tardó tres semanas en pasarlo todo, incluyendo *King Stephen*. Eran más de la una y media una noche cuando tecleó: «Sentir para siempre su suave vaivén, / despierto para siempre por esta dulce inquietud, / aún, aún oír su tierno aliento, / y así vivir siempre, o si no, desfallecer y morir».

Griza dijo que si todo salía según lo previsto, procesaría la cinta el sábado por la tarde. Telefoneó a Coverly el viernes por la noche y le dijo que fuera a las cuatro. Coverly tenía la cinta guardada en su despacho y a esa hora la subió a la sala donde estaba la consola. Se sentía muy excitado. Al parecer, él y Griza estaban solos en el centro. En alguna parte sonaba un teléfono que nadie contestaba. Sus instrucciones, convertidas en dígitos binarios, pedían a la máquina que contase el número de palabras en la poesía, además del vocabulario, e hiciese una lista de las palabras utilizadas con mayor frecuencia por orden de su uso. Griza metió las instrucciones y la cinta en dos torres y luego tocó algunas teclas de la consola. Se encontraba en el medio donde se sentía más él mismo y se pavoneaba como un marinero de cubierta. Coverly sudaba por la excitación. Por hablar de algo le preguntó a Griza por su madre y su mujer pero este, ennoblecido por la presencia de la consola, no le contestó. La máquina de escribir empezó a teclear ruidosamente y Coverly se volvió. Cuando la máquina se detuvo, Griza arrancó el papel y se lo pasó a Coverly. El número de palabras en la poesía de Keats ascendía a quince mil trescientas cincuenta y siete. El vocabulario era de ocho mil quinientas tres y las palabras por el orden de su frecuencia eran: «El silencio armoniza la consciente caída del dolor / Los dorados reinos de la muerte lo abarcan todo / La amargura del amor excede a su gracia / Esa bestial cicatriz en el rostro angélico / Marca al cielo con hiel».

—Dios —dijo Coverly—. Rima. Es poesía.

Griza iba de un lado a otro apagando luces. No contestó.

—Pero es poesía, Griza —insistió Coverly—. ¿No es maravilloso? Quiero decir que hay poesía dentro de la poesía.

La indiferencia de Griza era implacable.

—Ya, ya —dijo—. Más vale que salgamos de aquí. No quiero que nos pillen.

—Pero te das cuenta, ¿no?, de que dentro de la poesía de Keats hay otra poesía.

Era posible imaginar que existiera cierta armonía numérica subyacente a la composición del universo, pero que esta abarcase a la poesía era una posibilidad asombrosa y entonces Coverly sintió que él era un ciudadano del mundo que emergía; una parte del mismo. La vida estaba llena de novedad: ¡había algo nuevo en todos lados!

—Supongo que tendré que contárselo a alguien —dijo Coverly—. Es un descubrimiento, ¿comprendes?

—Tómalo con calma —le pidió Griza—. Si se lo cuentas a alguien, sabrán que yo he utilizado la consola en horas libres y se me caerá el pelo.

Ya había apagado todas las luces y salieron al pasillo. Entonces se abrió una puerta al final del corredor y el doctor Lemuel Cameron, el director de la base, vino hacia ellos.

Cameron era un hombre bajo. Caminaba un poco encorvado. Su ferocidad y su

inteligencia eran legendarias, y Griza y Coverly estaban asustados. El cabello de Cameron era de un negro apagado y lo llevaba tan largo que le caía un rizo sobre la frente. Tenía la piel de un moreno cetrino con un saludable toque sonrosado en las mejillas. Sus ojos eran tristes, pero eran las cejas, los toldos, el peludo marco de esos ojos lo que daba a su apariencia un aire distinguido y formidable. Sus cejas tenían dos centímetros de grosor, estaban jaspeadas de gris y eran hirsutas como la piel de una bestia. Parecían vigas estructurales colocadas en una posición que soportara el peso de su conocimiento y su autoridad. Sabemos que las cejas espesas no soportan nada, ni siquiera aire, y que tampoco están arraigadas en el intelecto ni en el corazón, pero fueron sus cejas lo que intimidó a los dos hombres.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

La pregunta iba dirigida a Coverly.

—Wapshot —contestó él.

Si Cameron había sido beneficiario de la generosidad de Lorenzo, no dio muestras de ello.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó.

—Acabamos de contabilizar el vocabulario de John Keats —respondió Coverly con su expresión más sincera.

—Ah, sí —dijo Cameron—. A mí también me interesa la poesía, aunque poca gente lo sabe.

Luego, levantando la cabeza y dedicándoles una sonrisa que era presuntuosa o falsa, recitó con expresión ensayada:

¡Cuántos mundos en torno a sus soles
han tejido noche y día,
para incontables seres pensantes como el hombre
ahora sumidos en piedra o arcilla!
Su historia atrapada en la luz viene ahora
a nosotros, inhábiles para conocer
la comedia, la tragedia, el destello del amigo o enemigo.
En ese tenue y críptico mensaje
que proviene de tan lejos en el espacio y el tiempo.

Coverly no dijo nada y Cameron le miró atentamente.

—¿Le he visto a usted antes? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En la montaña.

—Venga a mi despacho el lunes —dijo—. ¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto —respondió Coverly.

—¿He comido? —preguntó.

—No lo sé, señor —respondió Coverly.
—No estoy seguro —dijo—. No estoy seguro.
Subió solo en el ascensor.

Coverly se presentó en el despacho de Cameron el lunes por la mañana. Recordaba claramente su primer encuentro con el viejo genio. Fue en las montañas, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al norte de Talifer, donde Coverly había ido a esquiar un fin de semana con unos amigos de la oficina. Llegaron allí por la tarde con el tiempo justo para un solo descenso antes de que anocheciera. Estaban esperando el telesilla cuando les pidieron que se apartaran. Era Cameron.

Iba con dos generales y un coronel, que eran mucho más jóvenes y fuertes que él. Hubo un perceptible revuelo a su llegada, ya que, después de todo, era un esquiador legendario. Su contribución a la teoría del calor termal había sido elaborada a partir de sus observaciones de la acción molecular en la base de sus esquíes. Llevaba ropa de esquiar elegante y una banda roja sobre sus famosas cejas. Esa tarde sus ojos brillaban y avanzaban hacia el telesilla con la precisión y la elegancia —pensó Coverly— de alguien que goza de una autoridad indiscutida. Subió a lo alto de la montaña seguido de su séquito y luego de Coverly y sus amigos. En la cima había una cabaña o refugio donde se detuvieron para fumar un cigarrillo. Allí no había fuego y hacía mucho frío. Cuando Coverly terminó de ajustarse los esquíes descubrió que él y Cameron estaban solos. Los demás ya habían descendido. La presencia del director de la base le puso nervioso. Sin hablar, sin hacer ruido, parecía proyectar en torno a sí algo tan palpable como un campo electromagnético. Era tarde, oscurecería pronto, pero todos los picos de las montañas, cubiertos de nieve, se destacaban en la oblicua luz del día como los abismos y los fosos de un antiguo fondo marino. Lo que conmovía a Coverly del paisaje era su vitalidad. Era un despliegue de las inestimables energías del planeta; aquí, a la última luz del día, se tenía una sensación de su inmensa historia. Coverly era lo bastante discreto para no hablarle de ello al doctor. Fue Cameron quien habló. Su voz era fuerte y juvenil.

—¿No es extraordinario —dijo— pensar que hace solo dos años se creía que la heterosfera estaba dividida en dos regiones?

—Sí —respondió Coverly.

—Primero, por supuesto, tenemos la homosfera —explicó el doctor. Hablaba con la forzada cortesía de algunos catedráticos—. Dentro de ella los componentes primarios del aire están uniformemente mezclados en las habituales proporciones por peso de 76 por ciento de nitrógeno, 23 por ciento de oxígeno y 1 por ciento de argón, aparte del vapor de agua.

Coverly se volvió a mirarle. Su rostro estaba contraído por el frío. Su aliento humeaba. Su hábito de dar explicaciones parecía impermeable a la majestad de las circunstancias. Coverly pensó que apenas veía la luz y las montañas.

—Dentro de la homosfera —continuó Cameron— tenemos la troposfera, la estratosfera y la mesosfera con, más allá de la mesopausa, oxígeno y ácido nítrico, ionizada por componentes Lyman Beta y, por encima de este oxígeno y algo de óxido

nítrico, ionizada por rayos ultravioleta cortos. La densidad electrónica por encima de la mesopausa es de cien mil por metro cúbico. Por encima de esto se eleva a doscientos mil y luego a un millón. Después la densidad de átomos se vuelve tan baja que la densidad de electrones disminuye...

—Creo que deberíamos bajar —dijo Coverly—. Está oscureciendo. ¿Quiere usted hacerlo primero?

Cameron rehusó y le deseó suerte a Coverly cuando este se lanzaba. Tomó la primera curva y la segunda pero la tercera estaba ya oscura y al cogerla se cayó. No se hizo daño y, al ponerse de pie, miró casualmente hacia arriba y vio al doctor Cameron descendiendo plácidamente en el telesilla.

Coverly se reunió con sus amigos más abajo de la estación del telesilla y se fueron a una posada, donde tomaron una copa en el bar. Pocos minutos después entraron Cameron y su séquito y ocuparon una mesa en un rincón. No era difícil oír lo que Cameron decía. Al parecer, no podía controlar la potencia de su voz. Estaba hablando del recorrido de la pista y lo hacía con todo detalle; las curvas cerradas, el largo trecho de tabla de lavar, los puntos helados, la nieve en polvo. Este hombre era responsable, en cierto sentido, de la seguridad de la nación, pero no era de fiar a la hora de decir la verdad sobre sus habilidades como esquiador. Era bien conocido por su insistencia respecto a las verdades demostrables y, sin embargo, en este asunto era un mentiroso consumado. Coverly estaba fascinado. ¿Había traído a la montaña un sentido de la verdad distinto y más fino? ¿Había juzgado desde el telesilla que la pista era demasiado empinada y rápida para sus fuerzas? ¿Había supuesto que si reconocía una juiciosa timidez podría perjudicar la respetabilidad de su equipo? ¿Su desprecio por la verdad común abarcaba a un sentido más amplio de la verdad? Coverly no sabía si Cameron le había visto desde el telesilla.

Esa mañana una secretaria condujo a Coverly al despacho de Cameron.

—Su interés por la poesía —dijo el viejo enseguida— es la razón principal de que le haya pedido que viniera, pues ¿qué puede ser más poético que esos cien mil millones de soles que componen la deslumbrante joyería de nuestra galaxia? Esa inmensidad de poder escapa por completo a nuestra comprensión. Parece cierto que recibimos luz de cien trillones de soles. Según un cálculo conservador, una estrella de cada mil tiene un planeta que puede albergar alguna forma de vida. Aun suponiendo que este cálculo resultase un millón de veces demasiado alto, habría cien mil millones de tales planetas en el universo conocido. ¿Le gustaría trabajar para mí? —le preguntó el doctor.

—Creo que usted no lo ha entendido, doctor Cameron —dijo Coverly—. Verá, yo solo tengo formación como subprogramador. Cuando me trasladaron desde Remsen la máquina cometió un error y acabé en relaciones públicas; pero creo que usted no comprende que...

—No me diga lo que comprendo y lo que no —gritó Cameron—. Si lo que está tratando de decirme es que su ignorancia es transparente y abismal, eso es algo que

ya sé. Es usted un zopenco. Lo sé. Por eso le quiero conmigo. No se encuentran muchos zopencos hoy en día. Al salir dígame a la señorita Knowland que se ocupe de que le transfieran a mi personal. Escríbame una conferencia de apertura de veinte minutos en la línea de lo que acabo de decir y prepárese para viajar conmigo a Atlantic City la semana que viene. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto —dijo Coverly.

—¿Oye a ese pájaro? —preguntó el doctor.

—Sí —contestó Coverly.

—¿Qué dice? —preguntó el doctor.

—No estoy seguro —contestó Coverly.

—Pronuncia mi nombre —dijo Cameron, un poco airado—. ¿No lo oye?
Pronuncia mi nombre. Cameron, Cameron, Cameron.

—Así es como suena —dijo Coverly.

—¿Conoce la constelación Pernacia?

—Sí —respondió Coverly.

—¿Se ha dado cuenta de que contiene mis iniciales?

—No se me había ocurrido —dijo Coverly—. Pero ahora lo veo. Sí.

—¿Cuánto tiempo puede aguantarse la respiración? —preguntó Cameron.

—No lo sé —dijo Coverly.

—Pues inténtelo.

Coverly hizo una inspiración profunda y Cameron miró su reloj. Contuvo el aliento durante un minuto y ocho segundos.

—No está mal —dijo Cameron—. Y ahora váyase.

Nacemos entre dos estados de conciencia; nos pasamos la vida entre la oscuridad y la luz, y escalar las montañas de otro país, expresar nuestros pensamientos en otro idioma o admirar el color de un cielo distinto nos sumerge más profundamente en el misterio de nuestra condición. Viajar ha perdido los atributos del privilegio y la moda. Ya no se trata de zarpar a medianoche en transatlánticos de tres cubiertas, travesías de doce días, baúles Vuitton y los deslumbrantes vestíbulos de los Grand Hotel. Los viajeros que toman el avión en Orly llevan bolsas de papel y niños dormidos, y podrían estar volviendo a casa después de un día de duro trabajo en la fábrica. Podemos cenar en París y, si Dios quiere, desayunar en casa, y en ello hay toda una nueva creación de autoconocimiento, nuevas imágenes para el amor y la muerte y para la intrascendencia y la importancia de nuestros asuntos. La mayoría de nosotros viaja para mejorar el conocimiento que tiene de sí mismo, pero nada de esto era cierto en relación con la prima Honora. Ella iba a Europa como fugitiva.

A lo largo de los años, había llegado a la convicción de que Saint Botolphs era la creación más hermosa en la faz de la tierra. Oh, no era magnífica, lo sabía bien; nada comparable a las postales de Karnak y de Atenas que su tío Lorenzo le enviaba cuando ella era niña. Pero a ella no le gustaba la magnificencia. ¿En qué otro lugar del mundo había tales matas de lilas, vientos tan suaves, cielos tan brillantes, pescado tan fresco? Había vivido allí toda su vida, y cada acto constituía una variación de algún otro acto, cada sensación que experimentaba estaba ligada a una sensación similar, remontándose en la sucesión de los años de su larga vida a cuando era una niña bonita e intratable, que se desataba los patines, mucho después de anochecer, al borde del lago de Parson, cuando todos los demás patinadores se habían marchado y los ladridos de los collies de Peter Howland sonaban claros y amenazadores porque el frío intenso daba al cielo oscuro la acústica de una concha. El fragante humo de su chimenea se mezclaba con el de todas las chimeneas de su vida. Algunos de los rosales que podaba habían sido plantados antes de que ella naciera. Su querido tío le había hablado de los vínculos que unían su mundo con la Europa del Renacimiento, pero ella nunca le había creído. ¿Quién que hubiera visto las cataratas de las montañas de New Hampshire se interesaría por los juegos de agua de los reyes? ¿Quién que hubiese olido el rico caldo del Atlántico Norte se interesaría por la sucia bahía de Nápoles? Ella no deseaba dejar su hogar y entrar en un elemento donde sus sensaciones estuvieran desarraigadas, donde las rosas y el olor del humo solo le recordaran las horribles distancias que la separaban de su propio jardín.

Fue sola a Nueva York en tren, durmió inquieta en una habitación de hotel, y una mañana subió a bordo de un barco con destino a Europa. En el camarote descubrió que el viejo juez le había enviado una orquídea. Ella detestaba las orquídeas y el despilfarro, y la llamativa flor era las dos cosas. Su primer impulso fue tirarla por el ojo de buey, pero no pudo abrirlo, y, pensándolo mejor, le pareció que quizá una flor

fuera una parte necesaria del atuendo de una viajera, un signo de partida, una prueba de que una dejaba amigos atrás. Se oían fuertes risas, y conversaciones, y el ruido de copas y botellas. Solo ella, al parecer, estaba sola.

Apartada del escrutinio del mundo, podía parecer un poco tonta; pasó algún tiempo tratando de encontrar un sitio donde esconder el cinturón de lona en el que llevaba su dinero y sus documentos. ¿Debajo del sofá? ¿Detrás del cuadro? ¿En el jarrón vacío? ¿En el botiquín? Una esquina de la moqueta estaba suelta y escondió allí el cinturón del dinero. Luego salió al pasillo. Iba vestida de negro y llevaba un sombrero en forma de tricornio, y tenía un poco el aspecto de George Washington si hubiese vivido hasta esa edad.

Las celebraciones en los atestados camarotes se habían trasladado al pasillo, donde había hombres y mujeres de pie bebiendo y charlando. No podía negar que habría sido más agradable si unos cuantos amigos hubiesen acudido a dar la bendición social a su partida. Sin la orquídea en el hombro, ¿cómo podrían estos desconocidos adivinar que ella era una mujer célebre, que todos la conocían y era famosa por sus buenas obras? ¿No era posible que, al verla pasar, la confundieran con una de esas viejas tercas que vagan por la faz de la tierra tratando de ocultar o paliar la amarga soledad que es la justa recompensa a su terquedad y egoísmo? Se sentía dolorosamente desarmada y casi sin pruebas de su identidad. Lo que quería ahora era encontrar una sala común donde sentarse y observar.

Localizó una sala, pero estaba llena de gente y todos los asientos se encontraban ocupados. La gente bebía y hablaba y lloraba, y en un rincón había un hombre despidiéndose de una niñita. Él tenía la cara bañada en lágrimas. Honora nunca había visto ni imaginado una confusión tan tremenda. Estaba sonando el aviso para que los visitantes bajaran a tierra, y aunque numerosas despedidas eran alegres, muchas otras no. La visión de un hombre alejándose de su hija —tenía que ser su hijita, de la que se separaba por un golpe de mala suerte— apenó terriblemente a Honora. De pronto el hombre se arrodilló y abrazó a la niña. Ocultó la cara en el delgado hombro de la chiquilla, pero se veía su espalda sacudida por los sollozos, mientras el sistema de altavoces repetía que había llegado la hora, el momento. Honora sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero lo único que se le ocurría para animar a la chiquilla era regalarle su orquídea, y los pasillos estaban ya demasiado abarrotados para que ella pudiera volver a su camarote. Pasó sobre el alto umbral de latón y salió a cubierta.

Las pasarelas estaban atestadas de visitantes que abandonaban el barco. El bullicio era tremendo. Abajo veía una franja del agua sucia del puerto, y en lo alto había gaviotas. Las personas se gritaban palabras sobre esta corta distancia, esta separación aún no consumada, y ya se habían levantado todas las pasarelas menos una, y la banda empezaba a tocar algo que parecía música de circo. Soltaron las gigantescas amarras y a continuación se oyó el asombroso pitido de la sirena, tan fuerte que debió de sobresaltar a los ángeles del cielo. Todo el mundo gritaba, todo el

mundo agitaba los brazos... todo el mundo menos ella. De todas las personas que estaban en cubierta, únicamente ella no tenía de quién despedirse, únicamente su marcha era solitaria y sin sentido. Por simple orgullo, sacó un pañuelo del bolso y empezó a ondearlo ante las caras que tan rápidamente iban perdiendo sus perfiles y su atractivo.

—Adiós, adiós, mi queridísimo amigo —le gritó a nadie—. Gracias... Gracias por todo... Adiós y gracias... Gracias y adiós...

A las siete se puso su mejor ropa y subió a cenar. Compartió mesa con el señor y la señora Sheffield, de Rochester, que viajaban al extranjero por segunda vez. Viajaban con guardarropa de orlón. Durante la cena le contaron a Honora cosas de su primer viaje a Europa. Primero fueron a París, donde tuvieron buen tiempo, es decir, tiempo bueno para que se secara la ropa. Por la noche se turnaban para lavar la ropa en la bañera y colgarla a secar. Bajando por el Loira tuvieron lluvias y no pudieron hacer la colada durante casi una semana, pero una vez que llegaron a la costa el tiempo se volvió seco y soleado, y lo lavaron todo. Volaron a Munich en un día soleado e hicieron la colada en el Regina Palast, pero en plena noche hubo una tormenta y toda su ropa, tendida en el balcón, se empapó. Tuvieron que meter la ropa mojada en la maleta para ir a Innsbruck, pero llegaron allí en una noche clara y estrellada y lo pusieron todo a secar. Venecia fue maravillosa para la colada. En Italia tuvieron pocos problemas y, durante la audiencia papal, la señora Sheffield se convenció de que las vestiduras del Papa eran de orlón. Recordaban Ginebra por el tiempo lluvioso, y Londres fue una desilusión. Tenían entradas para el teatro, pero nada se secaba y tuvieron que pasarse dos días metidos en la habitación. Edimburgo fue todavía peor, pero en Skye las nubes se levantaron y salió el sol, y en Prestwick cogieron un avión de vuelta a casa con todo limpio y seco. La suma de su experiencia fue advertir a Honora de que no contara con hacer muchos lavados en Baviera, Austria, Suiza y Gran Bretaña.

Hacia el final de este relato, Honora enrojeció y de repente se inclinó sobre la mesa y les dijo:

—¿Por qué no se quedan en casa y lavan la ropa? ¿Por qué recorren medio mundo, poniéndose en evidencia ante los camareros y camareras de Austria y Francia? En mi vida he tenido nada de orlón, o como se llame eso, pero espero encontrar lavanderías y tintorerías en Europa, igual que las hay en Estados Unidos, y estoy segura de que nunca viajaría por el gusto de tender ropa a secar.

Los Sheffield se quedaron indignados y azorados. La voz de Honora era alta, y los pasajeros de las mesas cercanas se habían vuelto a mirarla. Ella trató de salir de la situación llamando al camarero.

—La cuenta —pidió—. La cuenta. ¿Quiere usted traerme la cuenta, por favor?

—No hay cuenta, señora —repuso el camarero.

—Ah, sí —dijo ella—. Se me había olvidado.

Y salió cojeando del comedor.

Estaba demasiado enfadada con los Sheffield para sentir remordimientos, pero tenía que reconocer una vez más que su mal genio era uno de sus peores defectos. Paseó por las cubiertas para calmarse, admirando las luces amarillentas de los obenques y pensando que eran como un segundo conjunto de estrellas. Estaba parada en la cubierta de popa cuando se le acercó un hombre joven vestido con un traje de rayas finas. Mantuvieron una agradable conversación sobre las estrellas, y luego ella se fue a la cama y durmió profundamente.

Por la mañana, después de un abundante desayuno, Honora alquiló una tumbona de sotavento. Luego se instaló en ella con una novela (*Middlemarch*) y se dispuso a relajarse y disfrutar del saludable aire marino. Nueve días de tranquilidad repondrían sus fuerzas y puede que incluso le prolongaran la vida. Era la primera vez en su vida que planeaba un descanso. A veces, después del almuerzo, en un día caluroso, cerraba los ojos cinco minutos, pero nunca más de eso. En los hoteles de montaña adonde iba para un cambio de aires siempre había sido muy madrugadora, campeona en balancearse en una mecedora y una jugadora de bridge incansable. Hasta ahora siempre había tenido cosas que hacer, siempre había asuntos que absorbían su tiempo, pero ahora su viejo corazón estaba fatigado y ella debía descansar. Apretó la cabeza contra el cojín de la tumbona y se echó la manta sobre las piernas. Había visto miles de anuncios de viajes en los cuales unas personas de su edad tendidas en tumbonas contemplaban el mar. Siempre se había preguntado qué gratas fantasías pasarían por sus mentes. Ahora esperó a que esa envidiable tranquilidad se apoderase de ella. Cerró los ojos, pero lo hizo enérgicamente; tamborileó con los dedos en el brazo de madera y movió los pies. Se aconsejó esperar, esperar, esperar a que el reposo la dominara. Aguardó unos diez minutos antes de incorporarse impaciente e irritada. Nunca había aprendido a estarse quieta y, como con tantas otras cosas de la vida, al parecer ahora era demasiado tarde para aprenderlo.

Su sentido de la vida era de movimiento y conflicto, y, aunque moverse le produjera un dolor agudo en el corazón, no tenía más remedio que hacerlo. Estar echada en una tumbona tan temprano la hacía sentirse ociosa, inmoral e inútil y —lo más doloroso de todo— como un fantasma, ni viva ni muerta; como una espectadora totalmente involuntaria. Es posible que andar por las cubiertas la cansara, pero estar tumbada bajo una manta como un cadáver era cien veces peor. La vida era como una serie de brillantes reflejos en el agua, quizá sin relación con el movimiento de esta en sí pero absorbentes por el colorido y el brillo. ¿Acabaría matándose por su amor a las cosas? ¿Eran idénticas las fuerzas de la vida y de la muerte? ¿Sería la emoción de levantarse en un día hermoso la violencia que rompiese las arterias de su corazón? La necesidad de moverse, de hablar, de hacer amigos y enemigos, de implicarse, era irresistible, y procuró ponerse de pie, pero su torpeza, su peso, la edad de su cuerpo y la forma de la tumbona hacían imposible el intento. Estaba atrapada. Aferró los brazos de la silla y se esforzó por levantarse, pero volvía a caer irremediadamente. De nuevo luchó por ponerse de pie. De nuevo cayó sentada. Experimentó un dolor

agudo y súbito en el corazón y su cara enrojeció. Luego pensó que iba a morir dentro de unos minutos; moriría en su primer día en el mar, la envolverían en una bandera americana y la arrojarían por la borda, y su alma descendería al infierno.

Pero ¿por qué tendría que ir al infierno? Lo sabía muy bien. Porque había sido una ladrona de comida toda su vida. De niña esperaba y vigilaba hasta que la cocina se quedaba vacía y entonces abría las enormes puertas de la nevera, cogía un muslo de pollo frío y metía los dedos en la salsa solidificada. Si la dejaban sola en casa, se subía a una torre de sillas y taburetes para llegar al estante más alto de la despensa y comerse todos los terrones de azúcar que había en el azucarero de plata. Había robado caramelos de la alacena, donde los guardaban para los domingos. Cuando la cocinera estaba de espaldas, había arrancado un trozo de piel del pavo del día de Acción de Gracias antes de que hubiesen rezado. Había robado patatas asadas frías, rosquillas puestas a enfriar, huesos del asado, patas de langosta y trozos de tarta. La madurez no la había curado de su vicio, y cuando, siendo una mujer joven, invitó a la cofradía del altar a merendar, se comió la mitad de los sándwiches antes de que llegaran. Incluso ya de vieja, apoyada en un bastón, había bajado a la despensa en plena noche y se había atiborrado de queso y de manzanas. Ahora había llegado la hora de responder de su glotonería. Se volvió desesperadamente al hombre que estaba en la tumbona a su izquierda.

—Usted perdone —dijo—, pero ¿podría...?

El hombre parecía dormido. La tumbona a su derecha estaba vacía. Cerró los ojos y llamó a los ángeles. Un segundo después, en cuanto sus oraciones se elevaron al cielo, un joven oficial se acercó para darle los buenos días y extenderle una invitación del capitán para que se reuniera con él en el puente. El oficial la ayudó a levantarse de la tumbona.

En el puente apuntó al sol con un sextante de mano y evocó sus recuerdos.

—Cuando yo tenía nueve años, mi tío Lorenzo me regaló un balandro de tres metros y medio —dijo—, y durante los tres años siguientes no había un pescador en Travertine a quien yo no pudiera superar navegando.

El capitán la invitó a un cóctel por la tarde. A la hora de comer el camarero la sentó con un niño italiano de doce años que no hablaba inglés. Se las arreglaron con sonrisas y señas. Por la tarde jugó a las cartas hasta la hora de bajar a arreglarse para la fiesta del capitán. Fue a su camarote y sacó de su maleta unas herrumbrosas tenacillas para rizar el pelo que le habían servido fielmente durante treinta años o más. Las enchufó en el cuarto de baño. Se apagaron todas las luces del camarote y ella desenchufó de un tirón.

Un momento después se oyeron carreras en los pasillos y gente llamándose confusamente en italiano y en inglés. Ella escondió sus tenacillas en el fondo de la maleta y se bebió un vaso de oporto. Era una mujer honrada, pero en ese momento estaba demasiado aturdida para confesarle al capitán que había fundido un fusible.

Al parecer había hecho mucho más que eso. Al abrir la puerta de su camarote se

encontró el pasillo a oscuras. Un camarero pasó corriendo con una linterna. Ella cerró la puerta y miró por el ojo de buey. Poco a poco, el barco perdía velocidad. La alta cresta blanca de la proa disminuía.

En los pasillos y en la cubierta hubo más llamadas y carreras. Honora se sentó en el borde de su litera, muy abatida al haber detenido por torpeza la travesía de ese gran buque. ¿Qué harían ahora? ¿Subir a los botes y remar hasta una isla desierta, racionando las galletas y el agua? Todo era culpa suya. Los niños sufrirían. Ella les daría su ración de agua y compartiría con ellos sus galletas, pero no creía que tuviera el valor de confesar. Podrían meterla en el calabozo o tirarla por la borda.

El mar estaba en calma. El barco iba a la deriva y había empezado a balancearse un poco. Las voces de hombres, mujeres y niños resonaban en los pasillos.

—Son los generadores —oyó decir a alguien—. Se han parado los dos generadores.

Honora se echó a llorar. Luego se secó las lágrimas y se quedó junto al ojo de buey, mirando la puesta de sol. Oía la orquesta tocando en el salón de baile, y se preguntó si la gente estaría bailando en la oscuridad. Allá abajo, en la zona de la tripulación, alguien había lanzado un anzuelo. Debían de estar tratando de pescar bacalao. Pensó que a ella también le gustaría tener una caña, pero no se atrevía a pedir una, porque entonces podrían descubrir que ella había parado el barco.

Unos minutos antes de que anocheciera, volvieron todas las luces, hubo vítores en cubierta, y el buque siguió su curso. Honora observó cómo se formaba y se alzaba la blanca cresta de la proa mientras se dirigían de nuevo a Europa. No se atrevió a subir al comedor, y cenó galletas saladas y oporto. Más tarde se dio una vuelta por las cubiertas, y el joven del traje de rayas finas le preguntó si podía acompañarla. Ella estaba encantada de contar con su compañía y el apoyo de un brazo. Él dijo que viajaba para alejarse de todo, y ella se imaginó que era un hombre de negocios joven y de éxito que quería, como es natural, ver el mundo antes de formar una familia. Deseó, fugazmente, tener una hija con quien él pudiera casarse. Entonces ella le conseguiría un buen puesto en Saint Botolphs, y ellos vivirían en una de esas casas nuevas de la zona este del pueblo e irían a verla los domingos con los niños. Cuando se cansaba, andaba con dificultad, y él la ayudó a bajar a su camarote y le dio las buenas noches. Tenía excelentes modales.

Al día siguiente, lo buscó en el comedor, y se preguntó si el joven viajaría en otra clase, o si pertenecía al grupo que no bajaba a almorzar sino que se tomaba unos sándwiches en el bar. Él se le acercó en cubierta al anochecer, cuando ella estaba esperando la campanilla que avisaba para la cena.

—No le veo a usted en el comedor —comentó ella.

—Paso la mayor parte del tiempo en mi camarote —dijo él.

—No debería ser tan poco sociable —repuso ella—. Debería hacer amistades, un joven atractivo como usted...

—Creo que si supiese usted la verdad yo no le gustaría.

—Pues no sé a qué se refiere —dijo ella—. Si pertenece usted a la clase obrera o algo así, a mí me daría igual. El verano pasado fui a Jaffrey para tomarme un descanso, ¿sabe?, y conocí a una señora muy simpática y me hice amiga de ella, y me dijo lo mismo. «No creo que yo le gustara si supiera quién soy», me dijo. Entonces le pregunté quién era, y me dijo que era cocinera. Bueno, era una mujer muy agradable y yo continué jugando a las cartas con ella, y no me importó nada que fuera cocinera. No soy estirada. El señor Haworth, el basurero, es uno de mis mejores amigos, y muchas veces entra en casa a tomarse una taza de té.

—Soy un polizón —dijo el joven.

Ella inhaló una profunda bocanada de aire de mar. La noticia fue un golpe. Oh, ¿por qué la vida tenía que ser una serie de misterios? Ella se había imaginado que era un hombre próspero y con éxito, y no era más que un marginado fuera de la ley.

—¿Dónde duerme? —le preguntó—. ¿Dónde come?

—Duermo en la proa —contestó él—. No he comido desde hace dos días.

—Pero debe usted comer.

—Lo sé —dijo él, melancólico—. Lo sé. Verá, lo que pensé que podría hacer es confiar en alguien, un pasajero, y si esa persona era amable, podría pedir la cena en su camarote y compartirla conmigo.

Por un segundo ella desconfió. Parecía inoportuno. Había actuado con demasiada precipitación. Entonces las tripas del joven se revolvieron ruidosamente, y la idea del hambre que debía de estar pasando aniquiló sus sospechas.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Gus.

—Bueno, yo estoy en el camarote 12 de la cubierta B —le dijo—. Baje dentro de unos minutos y yo me ocuparé de que cene algo.

Cuando llegó a su camarote, llamó al camarero y le encargó una cena de seis platos. El joven llegó y se escondió en el cuarto de baño. Cuando la mesa estuvo puesta con los platos cubiertos, él salió de su escondite, y el corazón de Honora se alegró al verle comer.

Cuando él terminó de cenar, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno como si ella no fuera una anciana sino una amiga y compañera querida. Ella se preguntó si, bajo la benéfica influencia del aire marino, su aspecto había rejuvenecido. Aceptó un cigarrillo y apagó cuatro cerillas tratando de encenderlo. Cuando al fin lo encendió, el humo le cortó la garganta como una navaja mohosa. Le dio un ataque de tos, y derramó cenizas sobre su vestido. Él no pareció notar esa pérdida de dignidad —le estaba contando la historia de su vida—, y ella sostuvo el cigarrillo con elegancia entre los dedos hasta que se apagó. Decididamente, fumar la hacía sentirse más joven. Le contó que estaba casado. Tenía dos hijos pequeños —Heidi y Peter— pero su mujer se había fugado con un marinero y se había llevado a los niños a Canadá. Él no sabía dónde estaban. Trabajaba como archivero en una compañía de seguros y llevaba una vida tan solitaria y vacía que un día había subido al barco durante su hora libre

para el almuerzo y se había quedado a bordo cuando el buque zarpó. ¿Qué podía perder? Al menos vería algo de mundo, aunque le mandaran a casa en el calabozo.

—Echo de menos a los críos —dijo—. Eso es lo peor. ¿Sabe lo que hice las Navidades pasadas? Compré uno de esos árboles pequeñitos que hay en los almacenes de todo a cinco-y-diez centavos, lo decoré en la habitación donde vivo, compré regalos para los críos y el día de Navidad fingí que habían venido a verme. Por supuesto, era una comedia, pero abrí los regalos y todo, como si ellos estuvieran allí.

Después de la cena, Honora le enseñó a jugar al backgammon. Él aprendió el juego muy rápido, pensó, y era un joven sumamente inteligente. Le parecía una verdadera pena que desperdiciase su juventud y su inteligencia en la soledad, la tristeza y el aburrimiento. No era guapo; su rostro era demasiado cambiante y su sonrisa, un poco boba. Pero es que en realidad era solo un muchacho, pensó, y con experiencia y bondad su rostro cambiaría. Jugaron al backgammon hasta las once y, en honor a la verdad, ella no se había sentido tan feliz, o por lo menos tan a gusto, desde que comenzó su viaje. Cuando se despidieron, él permaneció un poco en la puerta y pareció, con su sonrisa tímida y bobalicona —¿o era astuta?— insinuar que ella debería dejarle dormir en la litera libre de su camarote. Estaría bueno, y le cerró la puerta en las narices.

No apareció al día siguiente, y ella se preguntó en qué parte de ese enorme buque estaría escondido, hambriento y solo. El caldo y los sándwiches que ofrecieron en la cubierta de paseo solo sirvieron para recordarle las crueles desigualdades de la vida, y no disfrutó del almuerzo. Pasó la mayor parte de la tarde en su camarote, por si él necesitaba su ayuda. Justo antes de que sonara la campanilla de la cena, oyó un golpecito en su puerta y entró él. Después de comer ella sacó el tablero de backgammon, pero él parecía inquieto y ella ganó todas las partidas. Honora comentó que le hacía falta un corte de pelo, y cuando él contestó que no tenía dinero, le dio cinco dólares. Se despidió a las diez, y ella le invitó a volver a la noche siguiente para cenar.

Él no vino. Cuando tocaron la campanilla de la cena a las siete, ella llamó a un camarero y le pidió la cena para que estuviese lista cuando él llegara, pero no vino. Entonces ella se convenció de que le habían cogido y arrojado al calabozo, y pensó en ir a ver al capitán, como defensora del joven, y explicarle cuán solitaria y vacía era su vida. Decidió, sin embargo, no hacer nada hasta la mañana siguiente, y se acostó. Por la mañana, cuando estaba contemplando el océano, vio al joven en cubierta, riendo y charlando con la señora Sheffield.

Se indignó. Se sintió celosa, aunque intentó racionalizar esta debilidad diciéndose que era un lógico temor a que si confiaba en la señora Sheffield, esta le traicionara. Él vio a Honora, sin ninguna duda —le hizo un gesto con la mano—, pero continuó hablando alegremente con la señora Sheffield. Honora estaba enfadada. Incluso le parecía sentir dolores, privada como estaba de esa sensación de alegría y comodidad

que había disfrutado mientras jugaba con él al backgammon en su camarote, privada de la sensación de ser útil en exclusiva, de ser indispensable. Se fue, dando la vuelta por la proa, al lado de sotavento para admirar las olas desde allí. Notó que, estando alterada, las grandes olas color de ágata, entreveradas de blanco, le parecían más poderosas. Oyó pasos en cubierta y se preguntó si sería él. ¿Habría venido al fin a disculparse por hablar con la señora Sheffield y a darle las gracias por su generosidad? De una cosa estaba segura: la señora Sheffield no metería a un polizón en su camarote y le daría de cenar. Los pasos pasaron de largo, y luego algunos otros, pero la intensidad de su espera no desapareció. ¿Acaso no vendría nunca? Entonces, alguien se detuvo a su espalda y dijo:

—Buenos días, querida.

—No me llame «querida» —dijo ella volviéndose.

—Pero es usted una persona querida para mí.

—No se ha cortado el pelo.

—Perdí el dinero en las carreras de caballos.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Un hombre muy simpático me invitó a sándwiches y a copas en el bar.

—¿Qué le estaba contando a la señora Sheffield?

—Yo nada. Ella me estaba contando lo de su vestuario de orlón, pero me ha invitado a tomar el aperitivo con ellos antes de comer.

—Muy bien, luego pueden invitarle a comer.

—Pero ellos no saben que soy un polizón, querida. La única que lo sabe es usted. No me fiaría de nadie más.

—Bueno, si quiere almorzar, puede que esté en mi camarote a las doce.

—Será mejor a la una y media o dos. No sé cuándo terminaré con los Sheffield —dijo él, y se alejó.

A las doce y media Honora bajó a su camarote para esperarle, porque, como muchos ancianos, viajaba con los relojes quince o veinte minutos adelantados, y llegaba con media hora de antelación a todas sus citas, por lo que tenía que sentarse con las manos vacías en salas de espera, vestíbulos y pasillos, sintiendo claramente que su tiempo se agotaba. Él entró un poco después y al principio se negó a meterse en el cuarto de baño.

—Si quiere que vaya al capitán y le diga que hay un polizón a bordo, lo haré —dijo ella—. Si es eso lo que quiere, lo haré. No tiene sentido dejar que la noticia se filtre desde las cocinas, y eso es lo que sucederá si le ve el camarero.

Al final él se escondió en el cuarto de baño y ella encargó la comida. Después de comer, él se tendió en el sofá y se quedó dormido. Ella se sentó en una butaca, observándole, dando golpecitos con el pie sobre la moqueta y tamborileando con los dedos en el brazo de la butaca. Él roncaba y murmuraba en sueños.

Entonces se dio cuenta de que no era joven. Tenía arrugas y la piel amarillenta; había canas en su cabello. Se dio cuenta de que su aire juvenil era un ardid, una

impostura calculada para atraer a alguna vieja tonta como ella; aunque, sin duda, ella no sería la única boba. Dormido, parecía envejecido, pecador y astuto, y ella pensó que su historia de los dos niños y las Navidades solitarias había sido una mentira. No había inocencia en él más allá de la ingenuidad que suponía contar con explotar a los solitarios. Parecía un fraude, un fraude pobretón, pero ella no era capaz de denunciarle; ni siquiera era capaz de despertarle. Él durmió hasta las cuatro; cuando se despertó, desinfló todo su escepticismo con una de sus más juveniles y conmovedoras sonrisas, dijo que se le hacía tarde y se fue. La siguiente vez que le vio eran las tres de la mañana y él estaba sacando el cinturón del dinero de debajo de la moqueta.

Había chocado con algo o hecho algún ruido que la despertó. Ella se quedó aterrada, no por él, sino por las posibilidades de maldad que había en el mundo; por el temor de que su sentido de la realidad, su cordura, no fueran más inviolables que las puertas y ventanas que la protegían. Estaba demasiado enfadada para tenerle miedo.

Honora le había dado al interruptor más próximo a la cama. Este encendía una sola bombilla en el techo, una luz débil y triste que hacía que esta escena de robo y traición en la hora más oscura y en la vastedad del océano pareciese una fantasía de náusea. Él se volvió hacia ella con su sonrisa más astuta y su expresión de hijo amante largo tiempo perdido.

—Siento haberla despertado, querida —dijo.

—Deje ese dinero en su sitio.

—Bueno, bueno, querida.

—Deje ese dinero ahora mismo.

—Bueno, bueno, querida, no se excite.

—Ese dinero es mío —dijo ella—, y usted va a dejarlo donde lo encontró.

Se echó una bata sobre los hombros y bajó los pies al suelo.

—Escuche, querida, quédese donde está. No quiero hacerle daño.

—Conque no, ¿eh? —dijo ella, y cogió una lámpara de bronce y le golpeó de lleno en el cráneo.

Al hombre se le pusieron los ojos en blanco y su sonrisa se desvaneció. Se tambaleó de un lado a otro y luego se derrumbó, golpeándose en la cabeza con el brazo de una butaca. Ella le arrebató el cinturón del dinero y luego le habló. Le sacudió por los hombros. Le tomó el pulso. No parecía tener pulso. «Está muerto», se dijo. No sabía su apellido y, como no creía nada de lo que él le había contado de sí mismo, no sabía nada del hombre al que había matado. Su nombre no estaría en la lista de pasajeros, él carecía de legitimidad. Incluso el papel que había desempeñado en la vida de ella era una impostura. Si arrojaba su cuerpo por el ojo de buey al mar, ¿quién iba a enterarse? Pero eso no estaba bien. Lo correcto era llamar al médico, fueran cuales fueran las consecuencias. Entró en el cuarto de baño y se vistió apresuradamente. Luego salió al corredor desierto. Los despachos del sobrecargo de

navío y del médico estaban cerrados y a oscuras. Subió un tramo de escaleras hasta la cubierta principal, pero el salón de baile, el bar y las alas estaban vacíos. Un anciano en pijama se le acercó saliendo de la oscuridad.

—Yo tampoco puedo dormir, hermana —dijo—. La ginebra enreda las preocupaciones. ¿Sabe usted cuántos años tengo? Tengo siete días menos que Herbert Hoover y ciento cinco días más que Winston Churchill. No me gusta la gente joven. Hacen demasiado ruido. Tengo tres nietos y puedo soportarlos diez minutos. Ni un segundo más. Mi hija se casó con un príncipe. El año pasado le di quince mil dólares. Este año necesita veinticinco mil. Lo que me pone frenético es la forma en que lo pide. «Me resulta muy penoso pedirte veinticinco mil. Muy penoso y humillante», me dice. Mis nietos no saben hablar inglés. Me llaman *nonno*... Quítele el peso de encima a sus pies, hermana. Siéntese y charlemos para pasar el rato.

—Estoy buscando al médico —dijo Honora.

—Tengo la desafortunada costumbre de citar a Shakespeare —siguió el anciano—, pero se lo ahorraré. También sé muchas poesías de Milton. Y la «Elegía» de Gray y «El estudiante gitano» de Arnold. ¡Cuán lejanos parecen esos arroyos y prados! Mi conciencia está intranquila. He matado a un hombre.

—¿Sí? —preguntó Honora.

—Sí. Yo tenía un negocio de combustible en Albany. Soy de allí. Tenía unos ingresos brutos de más de dos millones al año. Combustible y mantenimiento. Una noche me llamó un hombre y me dijo que su caldera estaba haciendo un ruido muy raro. Le dije que no se podía hacer nada hasta el día siguiente. Podía haberle mandado a alguien, o haber ido yo mismo, pero estaba bebiendo con unos amigos y ¿por qué tenía que salir en una noche fría? Media hora después, la casa ardió, causa indeterminada... Había un hombre, su mujer y tres niños pequeños. Cinco ataúdes en total. Pienso en ellos muchas veces.

Honora recordó entonces que había dejado la puerta de su camarote abierta y que cualquiera que pasara podría ver el cadáver.

—Siéntese, hermana —dijo el anciano, pero ella le hizo un gesto con la mano y bajó las escaleras cojeando.

La puerta de su camarote seguía abierta, pero el cadáver había desaparecido. ¿Qué habría sucedido? ¿Había venido alguien y se había llevado el cuerpo? ¿Estarían ahora buscándola por todo el barco? Escuchó, pero no oyó ruido de pasos, nada sino la titánica respiración del mar, y en alguna parte un portazo cuando el buque se balanceó un poco. Cerró su puerta con llave y se sirvió un poco de oporto. Si venían a buscarla, quería estar completamente vestida, y además, no podría dormir.

Permaneció en su camarote hasta mediodía, cuando sonó el teléfono y el sobrecargo del navío le pidió que se pasara por su despacho. Solo quería saber si ella deseaba que le enviaran el equipaje de Nápoles a Roma. Como se había preparado para una serie de preguntas y respuestas totalmente diferente, dio la impresión de estar muy distraída. Pero ¿qué había ocurrido? ¿Tenía ella un cómplice a bordo que

había tirado el cuerpo por el ojo de buey? Casi todo el mundo le sonreía, pero ¿qué sabían? ¿Habría el hombre salido de su camarote por su propio pie y estaría ahora curándose las heridas en alguna parte? La enormidad del navío y sus miles de puertas la desanimaron de intentar encontrarle. Le buscó en el bar y en el salón de baile, y miró en el armario de las escobas al final del pasillo. Al pasar ante la puerta abierta de un camarote, le pareció oírle reír, pero cuando ella se detuvo, la risa se interrumpió y alguien cerró la puerta. Examinó los botes salvavidas —un refugio tradicional de los polizones, como ella sabía— pero las lonas que cubrían los botes estaban bien sujetas. Se habría sentido menos desdichada si hubiera tenido alguna tarea habitual que hacer, por ejemplo, rastrillar y quemar hojas secas, y hasta pensó en pedirle al camarero que la dejara barrer el pasillo, pero se dio cuenta de que esto sería indecoroso.

No volvió a ver al polizón hasta el día en que llegaban a Nápoles. El cielo y el mar estaban grises. El aire era húmedo. Era uno de esos días intemporales, pensó, tan distintos de algunos espléndidos de primavera y otoño; uno de esos días tristes de los cuales, después de todo, se compone el año. Él avanzó por la cubierta a media tarde contoneándose con una mujer cogida de su brazo. La mujer no era joven y tenía mal cutis, pero iban mirándose a los ojos y riendo. Al pasar junto a Honora, le habló.

—Disculpe —le dijo.

Esta última mezquindad la enfureció. Bajó a su camarote. Ya lo había guardado todo —su libro y su labor—, y no tenía nada para distraerse. Lo que hizo entonces es difícil de explicar. No era una mujer despistada ni desconsiderada, pero había crecido a la luz de las velas y del gas y nunca había llegado a hacer las paces con los aparatos eléctricos u otro tipo de maquinaria doméstica. Le parecían misteriosos y a veces caprichosos, y como los manejaba precipitadamente y con absoluta ignorancia, a menudo se le rompían o le estallaban en la cara. Nunca se le ocurría que ella tuviese la culpa, más bien pensaba que un oscuro velo se interponía entre ella y el mundo de las máquinas. Esta indiferencia hacia los motores, junto con su impulsividad y su indignación con el polizón, pueden quizá explicar lo que hizo entonces. Se miró al espejo, se encontró mal arreglada, sacó sus viejas tenacillas del fondo de la maleta y las enchufó.

Entraron en la bahía de Nápoles sin una sola luz. Sin motores ni timón, flotaron llevados por la marea con la popa por delante. Dos remolcadores salieron del puerto para llevarlos hasta el muelle, y conectaron un generador portátil a la instalación del buque para que hubiese suficiente luz para desembarcar. Honora fue una de las primeras en bajar a tierra. El ruido de las voces napolitanas le sonó como un desierto, y al pisar el Viejo Mundo, sintió en los huesos la emoción de aquel viaje que sus antepasados habían hecho cientos de años antes, cuando habían llegado a otro continente para fundar una nación nueva.

SEGUNDA PARTE

El elenco de personajes en la Revolución Nuclear cambió tan rápidamente que el doctor Cameron ha quedado olvidado desde hace mucho tiempo, exceptuando por unos cuantos trastornos que provocó. En la pared de detrás de su mesa de despacho colgaba un crucifijo. La figura de Cristo era de plata o de plomo y era la clase de objeto que los turistas compran en las callejas de Roma y luego llevan al Vaticano para la bendición papal. Carecía de valor y de belleza y su única utilidad era manifestar que el doctor era un converso, un converso pecador, sin duda, ya que era sabido que no creía ni en la ecología divina ni en la científica, pero el sacerdote que le instruyó había resaltado la misericordia de Nuestro Señor y el viejo creía apasionadamente que había algo de bendito en la naturaleza de las cosas, aunque sus transgresiones eran repetidas y espectaculares. Creía, y lo decía públicamente, que el matrimonio no era una forma adecuada de selección genética. Había dirigido para las Fuerzas Aéreas unos experimentos de manipulación de estructuras cromosómicas para la producción de lo que llamamos valor. Tenía fe en los bancos de esperma y también, para un futuro inmediato, en un claro dominio de la química de la personalidad. Justificaba de forma imprecisa su creencia en la santidad, su ciencia y su temperamento inquieto considerándose un hombre de transición, que se aproximaba a un futuro en el cual quedaría obsoleto. Era un gourmet y sabía que era estúpido atiborrarse de caracoles, de filetes de ternera, de salsas y de vinos, pero clasificaba su interés por la buena comida como un signo de obsolescencia. Igualmente clasificaba como obsoletos sus propios impulsos sexuales, esa molesta inquietud en el centro de su cuerpo. Su mujer había muerto veinte años antes y él había tenido una serie de amantes y amas de llaves, pero cuanto más viejo y más poderoso se hacía, más discreción se le exigía y no podía disfrutar con tranquilidad de una relación con nadie en Estados Unidos.

Era uno de esos viejos intachables que descubren que la lascivia es el mejor medio de aferrarse a la vida. En el acto del amor su corazón producía un redoble como el tambor de la horca en la calle, pero la lujuria era la mejor manera de olvidar, el mejor modo de enfrentarse a la desgraciada realidad del tiempo. Con la edad sus deseos se habían vuelto más irresistibles, a medida que aumentaba su temor a la muerte y a la corrupción. Una vez, estando en la cama con Luciana, su amante, entró un moscardón por la ventana y se puso a zumbear en torno a los blancos hombros de la mujer. El moscardón le pareció a su mente de anciano un recordatorio de la corrupción y se levantó de la cama, desnudo como un arrendajo, y corrió y saltó por toda la habitación con un ejemplar enrollado de *Il Corriere della Sera* tratando, sin éxito, de matar al insecto, pero cuando regresó a la cama allí estaba el moscardón, zumbando aún alrededor de sus senos.

En los brazos de su amante sentía que el frío de la muerte se alejaba de sus huesos; en los brazos de su amante se sentía invencible. Ella vivía en Roma y él iba a

verla allí aproximadamente una vez al mes. Había un aspecto legítimo en estos viajes —el Vaticano quería un misil— y un aspecto más clandestino que su deporte erótico. Era en Roma donde se reunía con los jeques y marajás que querían un cohete propio. Las órdenes de una parte de su cuerpo a otra comenzaban con una sensación de cosquilleo que al cabo de un día o dos, dependiendo de cuánto la fomentara, se volvía irresistible. Entonces tomaba un avión a Italia y regresaba unos días después en un estado de ánimo sumamente relajado y magnánimo. Así, voló de Talifer a Nueva York una tarde y pasó la noche en el hotel Plaza. Su necesidad de Luciana aumentaba hora tras hora como el simple impulso del hambre y, tumbado en su cama del hotel, se concedió el privilegio de imaginarla: labios, senos, brazos y piernas. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Sufría, como él habría dicho, de una inflamación común.

Por la mañana había niebla y al salir del hotel aguzó el oído tratando de oír el ruido de los aviones para averiguar si el aeropuerto estaba cerrado, pero era imposible oír nada por encima del estruendo del tráfico. Tomó un taxi hasta Idlewild e hizo cola para recoger su billete. Habían cometido un error y tenía reserva en clase turista.

—Quisiera que me cambiaran el billete a primera clase —dijo.

—Lo siento, señor —contestó la chica—, pero no hay sitio en primera clase.

Continuó archivando papeles sin mirarle.

—He hecho treinta y tres vuelos en esta línea durante el último año —dijo él—, y creo que tengo derecho a un trato algo preferente.

—No damos trato preferente —respondió la chica—. Va contra la ley.

Evidentemente, nunca lo había visto en televisión y el volumen de sus cejas no la impresionaba.

—Escúcheme, jovencita. —Su voz cortaba, se levantaba, le creaba enemigos entre todos los que le oían—. Soy el doctor Lemuel Cameron. Viajo por asuntos del gobierno y si informase de su actitud a sus superiores...

—Lo siento mucho, señor —dijo ella—, pero todo va retrasado debido a la niebla. El único asiento disponible que tenemos en primera clase es para el vuelo del próximo jueves por la noche, si usted desea esperar.

La insensibilidad de la muchacha a su importancia, su indiferencia o manifiesto desagrado le pusieron nervioso y le recordaron a todas las demás personas que le habían mirado con escepticismo o incluso antagonismo, como si toda su brillante carrera hubiese sido un fatuo autoengaño. Era especialmente este tipo de chicas, las de uniforme con gorras extranjeras, el pelo teñido, las faldas estrechas, quienes parecían tan distantes de él como una generación de hojas. ¿Adónde iban cuando terminaba el vuelo o cerraban las oficinas? Parecían bajar un cierre entre él y ellas, parecían hechas de ingredientes diferentes a los de los hombres y mujeres de sus tiempos, parecían absolutamente indiferentes a su aspecto de sabiduría y autoridad.

—Debo explicarle —dijo, hablando suavemente— que tengo prioridad máxima y que puedo exigir un asiento si es necesario.

—Su vuelo está entrando por la puerta ocho —repuso ella—. Si quiere esperar hasta el jueves por la noche puedo darle un asiento en primera.

Cameron recorrió un largo pasillo hasta donde un grupo de hombres y mujeres de aspecto pobretón esperaba para subir a bordo. En su mayoría eran italianos, en su mayoría de clase obrera, camareros y criadas que iban a pasar un mes en casa para ver a la *mamma* y presumir de sus ropas de confección. A él le gustaba extender las piernas en primera clase, beber un vino de primera clase y admirar las cuevas del cielo desde una ventanilla de primera clase mientras viajaba velozmente hacia Roma, pero el vuelo turista era muy diferente de aquello a lo que él estaba acostumbrado y le recordaba los primeros tiempos de la aviación. Cuando encontró su asiento, llamó a la azafata, otra muchacha impermeable con una luminosa sonrisa, falda estrecha y pelo teñido de plata y oro.

—Me han prometido un asiento en primera clase si hay una cancelación —le dijo, en parte para informarla y en parte para dejarle claro al grupo de medio pelo que le rodeaba que él no era uno de ellos.

—Lo siento mucho, señor —dijo la azafata con una sonrisa deslumbrante por su falsedad—, pero no hay sitio en primera clase en este vuelo.

Luego condujo amablemente a los asientos al lado de Cameron a un niño italiano de aire enfermizo y a su madre, que llevaba un bebé en brazos. Él les sonrió fugazmente y les preguntó si iban a Roma.

—Sí —dijo la mujer con voz fatigada—, *ma non speaka the English*.

No bien se sentaron, ella sacó un frasco de medicina de una bolsa de papel marrón y se la ofreció a su hijo. El niño no quería la medicina. Se tapó la boca con las manos y se volvió hacia Cameron.

—*Si deve, si deve* —dijo la mujer.

—*No, mamma, no, mamma* —rogó el chico, pero ella le obligó a beber.

Un poco del líquido se derramó sobre su ropa y tenía un repugnante olor sulfuroso. La azafata cerró la cabina y el piloto anunció en italiano y luego en inglés que la visibilidad era cero y que no habían recibido permiso para despegar, pero se esperaba que la niebla, la *nebbia*, se levantara.

Las piernas de Cameron estaban agarrotadas y para alejarse de este desagradable entorno se puso a pensar en Luciana. Repasó todos sus puntos, sus rasgos, como si se los describiera a un conocido. Le explicó, que, aunque era toscana, no era robusta, ni siquiera en las nalgas, y que de no ser por sus andares, esos maravillosos andares romanos, podría pasar por parisina. Era fina, le señaló a su conocido. Tenía una finura que raras veces se encuentra en las bellezas italianas: las muñecas finas, las manos finas, los brazos esbeltos y redondos. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Esa corriente de sangre que salta de las ingles al cerebro había hecho su recorrido y él padecía de nuevo una dolorosa inflamación. Recordó, con bastante detalle, una representación de comedia erótica que había realizado en su última visita. Su inflamación incrementó y con ella aumentaba un freno de autodesprecio, un terco

amor a la decencia que se mantenía por delante de su carne rebelde. Que su cuerpo era un estúpido lo sabía bien; que exigiera una satisfacción instantánea en un avión público teniendo como compañeros más próximos a un niño enfermo y a su madre era una prueba de esa estupidez, pero su conciencia, aferrada a una imagen de decencia, parecía todavía más estúpida. Entonces el niño sentado a su izquierda se volvió y vomitó la medicina que su madre le había obligado a tomar. El vómito tenía un olor amargo, amargo como el agua de las flores.

Esta fea realidad de la vida sacó de golpe a Cameron de sus fantasías venéreas. El vómito del chico enfrió al instante sus pensamientos lujuriosos. Ayudó a la azafata a limpiar la porquería con toallas de papel y aceptó cortésmente las disculpas de la madre. Volvía a ser él mismo, juicioso, dueño de sí, civilizado. Entonces el piloto anunció en dos idiomas que iban a meter el avión en un hangar en espera de poder despegar. La visibilidad seguía siendo nula pero se esperaba un cambio en el viento y que aclarase dentro de una hora.

Llevaron el avión a un hangar, donde no había nada que ver. Algunos de los pasajeros pasearon por el pasillo para estirar las piernas. Nadie protestó, excepto riendo, y la mayoría hablaba en italiano. Cameron cerró los ojos y trató de descansar pero Luciana se coló en sus sueños. Él le insistió en que se fuera, en que le dejara en paz, pero ella se rio y empezó a desnudarse. Abrió los ojos para despejar su cabeza con una visión del mundo. El bebé estaba llorando. La azafata le trajo un biberón, y el capitán anunció que la niebla era general. Dentro unos minutos les transportarían en autobús a un hotel de Nueva York y allí esperarían. Se les serviría una comida por cortesía de la compañía aérea y el vuelo estaba previsto para las cuatro de la tarde.

El doctor gruñó. ¿Por qué no podían llevarles al hotel Internacional?, le preguntó a la azafata. Ella le explicó que se habían suspendido todos los vuelos y los hoteles del aeropuerto estaban llenos. Un autobús entró en el hangar y todos subieron a él con absoluta pasividad y regresaron a la ciudad, donde les recibieron en un hotel que era claramente de tercera categoría. Era casi mediodía y Cameron entró en el bar y pidió una bebida y el almuerzo.

—¿Es usted del vuelo siete? —preguntó la camarera.

Él contestó que sí.

—Pues lo siento mucho —dijo ella—, pero los pasajeros del vuelo siete tienen que almorzar en el comedor, donde les servirán el plato del día.

—Yo pagaré mi comida —repuso Cameron—. Y haga el favor de traerme una copa.

—Los pasajeros de clase turista no tienen derecho a bebidas alcohólicas —dijo la camarera.

—Pagaré mi copa y pagaré mi comida —afirmó Cameron.

—Eso no será necesario si entra usted en el comedor.

—¿Le parece a usted que tengo aspecto de no poder pagarme la comida? —preguntó Cameron.

—Solo trataba de explicarle —dijo la camarera— que sus comidas corren por cuenta de la compañía aérea.

—Entendido —dijo Cameron—. Ahora, por favor, tráigame lo que le he pedido.

Después de comer vio un telefilme en su habitación del hotel y a las cuatro pidió una botella de whisky. A las seis llamaron de la compañía para decir que el vuelo saldría a medianoche y que tenían que tomar el autobús delante del hotel a las ocho. Cenó algo en un restaurante a la vuelta de la esquina y se reunió con los otros pasajeros, a quienes había empezado a detestar. Subieron al avión a las once y media y despegaron a la hora prevista, pero el avión era viejo y ruidoso, y volaba tan bajo que vio claramente las luces de Nantucket cuando pasaron sobre la isla. Llevaba consigo la botella de whisky y estuvo bebiendo sorbitos hasta que se quedó dormido y tuvo un sueño insoportable acerca de Luciana. Cuando despertó era de madrugada y estaban aterrizando, pero no en Roma, sino en Shannon, donde tuvieron que hacer una escala imprevista para reparar los motores. Le telegrafió a Luciana desde Shannon, pero eran las cinco antes de que despegaran de nuevo y no llegaron a Roma hasta un poco después del amanecer del día siguiente.

El bar y el restaurante del aeropuerto estaban cerrados. Telefoneó a Luciana. Ella estaba durmiendo, naturalmente, y le molestó que la despertara. No había recibido su telegrama. No podía verle hasta la noche. Quedaron en Quinterella a las ocho. Él le suplicó que le permitiera verla antes, que le permitiera ir a su casa ahora.

—Por favor, cariño, por favor —gimió.

Ella le colgó. Él tomó un taxi y consiguió una habitación en el Eden. Era aún muy temprano y la gente que iba por la calle estaba vestida para ir a trabajar y andaba deprisa, con esa igualdad internacional de las personas que van corriendo al trabajo en una mañana calurosa en cualquier parte. Se dio una ducha y se tumbó en la cama a descansar, deseándola y maldiciéndola, pero su rabia no sirvió para paliar su necesidad y la crudeza de sus pensamientos le pareció una de las realidades del infierno. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente!

Tenía que matar el tiempo durante el día. Nunca había visto la Capilla Sixtina ni ninguno de los otros monumentos de la ciudad y pensó que podía hacerlo ahora. Quizá le despejara la cabeza. Se vistió y salió a la calle en busca de uno de esos famosos museos o iglesias de los que uno ha oído hablar tanto. Pronto llegó a una plaza donde había tres iglesias de aspecto antiguo. Las puertas de la primera y de la segunda estaban cerradas pero las de la tercera estaban abiertas y entró en un lugar oscuro que olía fuertemente a especias. Había cuatro mujeres en uno de los primeros bancos y un sacerdote con encajes sucios estaba celebrando misa. Cameron miró a su alrededor, ansioso de apreciar los tesoros artísticos, pero había una gotera en el techo de la capilla que estaba a su derecha y, aunque supuso que los frescos debían de ser valiosos y bellos, estaban cuarteados y manchados por el agua como la pared de una habitación amueblada. La siguiente capilla estaba decorada con unos hombres desnudos tocando trompetas y la tercera estaba tan oscura que no pudo ver nada.

Había un letrero en inglés diciendo que si metías diez liras en la ranura se encenderían las luces y así lo hizo, revelando un cuadro grande y sanguinario de un hombre pasando las agonías de la muerte al ser crucificado cabeza abajo. No le gustaba que le recordaran la susceptibilidad de su carne al dolor y rápidamente salió de la iglesia a la luz y el calor aplastantes de la plaza. Había un café con un toldo y se sentó allí a tomar un campari. Una mujer joven que cruzaba la calle le recordó a Luciana, pero, aunque fuese una fulana, era a Luciana y no a ella a quien deseaba. Luciana era una fulana, pero era su fulana, y en medio de la crudeza de sus impulsos había una conmovedora vena de romanticismo. Luciana, pensó, era el tipo de mujer capaz de hacer que el simple acto de ponerse las zapatillas pareciese como si hubiera dado un portazo a tiempo.

¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! ¿Por qué le acosaba la vida tan implacablemente? ¿Por qué la única realidad parecía ser obscena? Pensó en la teoría cuántica, en la constante de Mitterdorff, en el descubrimiento del helio en la tetrasfera, pero no tenían ninguna relación con su dolor. ¿Estamos todos despiadadamente inmersos en el tiempo, somos insensatos, ciegos, vanidosos, insensibles a las solicitudes del amor y la razón y se nos ha privado de nuestras dotes de reflexión y autoafirmación? ¿Le había llegado la hora, y el único recordatorio de su racionalidad, del hombre valeroso que había sido, era un olor a vómitos? Había visto a brillantes colegas perderse en una vanidad y una tontería impermeables, reivindicando descubrimientos que no habían hecho, sustituyendo a hombres útiles por aduladores, presentándose como candidatos al Congreso, pidiendo firmas y destapando imaginarias redes internacionales de enemigos. No tenía menos interés por la limpieza y la decencia del que había tenido en el pasado, pero parecía estar peor equipado para hacer honor a estos intereses. Sus pensamientos poseían la repugnante crudeza de la pornografía. Le parecía ver una imagen de sí mismo, separada y distante como una figura en una película, desamparado e irremisible, dedicado a autodestruirse en las callejas lluviosas de una ciudad desconocida. ¿Dónde estaban su bondad, su excelencia, su sentido común? Yo era un hombre bueno, pensó con pena. Cerró los ojos, angustiado, y en esa película que se proyectaba interminablemente en la delicada piel de sus párpados se vio tambaleándose por un empedrado mojado bajo unos faroles antiguos, cayendo, cayendo, cayendo de la utilidad a la imbecilidad, de la alegría a la crudeza. Luego le atormentó ese cretino y sórdido cilindro que tenemos en la cabeza o en la mente, donde se inscriben viejos himnos y canciones bailables, el basurero musical, ese territorio donde las canciones de campamento, las sintonías publicitarias y las marchas se acumulan y se enconan con su repetitiva idiotez y aparecen a voluntad, con sus versos pueriles y sus vulgares melodías en un estado de perfecta conservación. «*Got those racetrack blues*», cantaba esa cámara de su mente. Era una canción que escuchó hacía cuarenta años en un fonógrafo de cuerda pero no podía dejar de cantarla:

*Got those racetrack blues,
I'm feeling blue all the time.
Got those racetrack blues,
With all my dough on the line.*

Se fue del café y echó a andar hacia el Eden pero su mente seguía canturreando:

*But the track is muddy, and I don't mean maybe,
And I'll never get the money to buy shoes for baby.*

Subió por la Via Sixtina y la canción continuaba:

*I've got those racetrack blues,
I'm feeling blue all the time...*

En el vestíbulo del hotel le esperaba un joven; uno de esos muchachos con un elegante corte de pelo que merodean por el Pincio. Se presentó como el hermano de Luciana y le dijo que pagara a la modista el vestido que ella llevaría esa noche. Sacó un sobre del bolsillo y le entregó a Cameron una nota escrita por Luciana y una factura de cien mil liras. Cameron se la devolvió al desconocido y le dijo que pagaría la factura esa noche.

—Ela dise no venir si uté no pagar —dijo el joven.

—Dígale que me llame —contestó Cameron.

Subió en el ascensor y el teléfono estaba sonando cuando entró en la habitación. Era ella. Se la imaginó retorciendo el cordón del teléfono entre los dedos.

—Tú pagas cuenta —le dijo—, o no te veo. Tú das dinero a él.

Por un segundo pensó en cortar la comunicación, en cortar la relación, pero el ruido del tráfico romano en las calles romanas le recordó lo lejos que estaba de casa, que de hecho no tenía casa, ni amigos, y que un océano le separaba de su utilidad. Había llegado demasiado lejos. La conducta y el tiempo eran lineales y seriales: a uno le lanzaban a la vida con la perra del remordimiento mordiéndole la pantorrilla. Ningún poder de la razón, la justicia o la virtud podía hacerle recobrar el juicio.

Llamaron suavemente a la puerta y entró el agente de los ojos dulces enviado por Luciana. Cameron le hizo esperar pero los ruidos de la calle anunciaban su perdición. Después de una hora con ella recuperaría su habitual actitud magnánima y desprendida, pero para conseguirlo tenía que dejarse chantajear, humillar y tomar el pelo. Ella le había situado en una posición de impotencia.

—De acuerdo —dijo.

Fueron juntos bajo el calor al Banco di Santo Spirito, donde sacó trescientas mil liras y le dio al chico cien mil. Luego, y esa era la única manifestación de desdén o de autoafirmación que le quedaba, dejó al chico y salió del banco.

Pasó el día sintiéndose desdichado. Se dio una ducha a las siete y salió a tomar un campari en Via Veneto. Ella siempre llegaba tarde —nunca había conocido a una mujer que no lo hiciera— y probablemente darían las nueve antes de que apareciese en Quinterella. Era posible que, por una vez, se anduviese con cuidado; puede que hubiese comprendido que su paciencia no era inagotable y que tenía voluntad propia. Pero ¿no era así? Si ella le pidiera que se pusiese de rodillas y ladrase como un perro, ¿se atrevería a negarse? Permaneció en el café hasta las ocho y luego echó a andar cuesta abajo. Sus emociones le pesaban —lujuria y melancolía— y le deprimía que al pensar en Luciana su mente revelase tanta suciedad. Empezó a cruzar la Piazza del Popolo. En alguna parte sonó la campana de una iglesia. Las discordantes campanas de hierro romanas siempre le habían sorprendido, pues sostenían, junto con sus contemporáneas las fuentes, una batalla desigual con el ruido del tráfico. Luego, de las colinas llegó un trueno. La explosión le trajo un eco de la excitación de su juventud y del muchacho fuerte y bueno que había sido. Un segundo después el aire de Roma estaba lleno de una densa lluvia gris. Parecía caer con una vehemencia malévola.

Cameron quedó atrapado junto a la fuente en el centro de la plaza. Cuando el tráfico se detuvo, estaba tan empapado como si se hubiera tirado a la fuente; pero cruzó corriendo y se refugió en el porche de una iglesia. El porche estaba abarrotado de romanos y tuvo que empujar para encontrar un hueco entre ellos. No había ninguna delicadeza ni timidez en la forma en que la gente se daba empujones, pero él mantuvo la mayor dignidad que pudo. Cuando paró de llover, y lo hizo tan bruscamente como había comenzado, salió a la plaza y examinó sus ropas. Tenía la camisa pegada a la piel, la corbata estaba deformada, los pantalones habían perdido la raya y cuando se colocó la chaqueta notó que le habían robado la cartera.

Esto fue un golpe. Le dejó paralizado. Lo que sentía era demasiado violento para ser indignación. Era la enorme tristeza de haber perdido algo vital —doce centímetros de intestino, la vesícula biliar o unas cuantas muelas—, la melancolía y el trauma debilitante de la cirugía. Podía reemplazar su cartera, había mucho dinero en el lugar de donde había venido este, pero por un momento la pérdida le pareció hiriente e irreparable y se sintió culpable. Ni una distracción, ni una borrachera ni ningún otro fallo suyo había ayudado al ladrón y, sin embargo, sentía que había hecho el primo, era un viejo idiota que había llegado a una época de la vida en que empezaría a extraviar sus pertenencias, a perder sus billetes de avión y su dinero y a convertirse en una carga para el mundo. En algún sitio una campana dio la media y la cruda nota férrea le hizo acordarse de Luciana, de la crudeza y conveniencia del limitador acto del amor. El pensar en ella borró su sensación de pérdida, y se irguió a pesar de su ropa mojada. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Pisó un montón de excrementos de perro.

Tardó casi cinco minutos en limpiarse el zapato y, como había sucedido con el vómito del niño en el avión, esto tuvo un efecto tonificante en sus emociones;

despertó en él algunas dudas momentáneas. Era la suma de obstáculos —el vuelo retrasado, el niño enfermo, la tormenta— lo que finalmente podría curar su ardor. Pero el restaurante estaba a un paso y dentro de pocos minutos estaría con su cisne, su cisne que le conduciría a un paraíso todo adornado de verde y oro. Llegó a la puerta del restaurante, pero estaba cerrada. ¿Por qué estaban oscuras las ventanas? ¿Por qué parecía abandonado el lugar? Entonces vio sobre la puerta una fotografía de Enrico Quinterella enmarcada en una corona de boj y con un lazo. Esa misma tarde, en algún lugar de Roma, rodeado por su esposa y sus hijos, Enrico había recibido la extremaunción y abandonado esta vida.

La muerte había cerrado el restaurante; apagado las luces. *Il signore* Quinterella había muerto. Entonces experimentó una exultante liberación, un regreso a sí mismo; su mente pareció llenarse de la astringencia de las cosas decentes. Luciana era una puta, su cama una trampa y él era libre de vivir sensatamente, libre de juzgar lo que era bueno y lo que era malo. Tenía una sensación de pureza sin la fuerza de la represión, y su gratitud por las casualidades que le habían liberado era pía. Volvió caminando al Eden como un hombre nuevo, durmió profundamente y en las profundidades del sueño sintió que se le había otorgado una riqueza. Cogió un avión a Nueva York por la mañana y estaba de regreso en Talifer por la tarde, convencido de que existía algo bendito en la naturaleza de las cosas.

Coverly, sin tener ninguna pista respecto a cuál sería su función, hizo la maleta y salió hacia Atlantic City una tarde con Cameron y su equipo. La ambigüedad de su posición le resultaba embarazosa. Uno de los del equipo le dijo que Cameron iba a hablar ante un congreso de científicos sobre una fuerza detonante que tenía un millón de veces la potencia de un rayo terrestre y cuya producción era barata. Esto fue todo lo que Coverly pudo entender. Cameron se sentó separado de los demás y se puso a leer un libro de bolsillo titulado *Cimarrón: Rosa del Sur*, según pudo ver Coverly estirando el cuello. Era la primera vez que trataba con hombres de este nivel y, como es natural, sentía curiosidad, pero no podía comprender su punto de vista; en realidad no podía comprender su lenguaje. Hablaban acerca de reuniones termales, tolópteros, estrabómetros y pódulos. Era otro lenguaje y le parecía que debía de tener orígenes siniestros. Aquí no se podían rastrear las elisiones y cambios producidos por una cordillera, un gran río o la proximidad del mar. Coverly supuso que el más anodino de ellos podría hacer volar una montaña pero eran las personas que menos imaginaría uno que tuvieran el poder de provocar una catástrofe irreversible. Hablaban del rayo en su lenguaje sintético pero con voces de hombres: tensas por el nerviosismo de vez en cuando, entrecortadas por la tos o la risa, matizadas un poco por las diferencias regionales. Uno de ellos era un homosexual agresivo y Coverly se preguntó si este cinismo sexual tendría algo que ver con su actitud como científico. Otro llevaba un traje que le sentaba mal en los hombros. Otro —Brunner— llevaba una corbata con una herradura pintada. Otro más tenía la manía de tirarse de las cejas, y todos fumaban muchísimo. Eran hombres nacidos de mujer y sujetos a los salvajes caprichos de la carne. Podían destruir una ciudad de forma poco costosa, pero ¿habían avanzado algo en la solución del enfrentamiento entre el día y la noche, la cabeza y el sexo? ¿Los impulsos de la lujuria, la ira y el dolor eran menores en su caso? ¿Se salvaban de los dolores de muelas, las erecciones inoportunas y la fatiga?

Se alojaron en el Haddon Hall, donde a Coverly le dieron una habitación individual. Brunner, que era simpático, sugirió que a Coverly podría interesarle asistir a algunas de las conferencias abiertas, y así lo hizo. La primera la daba un chino y trataba sobre los problemas legales del espacio interestelar. El chino hablaba en francés y transmitían por transistores una traducción simultánea. El vocabulario legal le resultaba familiar, pero Coverly no entendía cuál era su aplicación al cosmos. No le era fácil aplicar frases como «soberanía nacional» a la luna. La siguiente conferencia trataba sobre experimentos para mandar a un hombre al espacio en un saco lleno de fluido. La dificultad consistía en que los hombres inmersos en el fluido sufrían una grave, y a veces incurable, pérdida de memoria. Coverly deseaba tomarse la situación con la mayor seriedad —con una total ausencia de humor— pero ¿cómo podía encajar la imagen de un hombre en un saco con el pueblo de Nueva Inglaterra donde había crecido y se había formado su carácter? En esta etapa de la Revolución Nuclear

parecía que el mundo que le rodeaba estaba cambiando con incomprensible rapidez, pero si estos cambios eran verdaderamente incomprensibles, ¿qué actitud podía tomar él? ¿Qué consejos podía dar a su hijo? ¿Acaso su sistema básico para juzgar lo verdadero y lo falso había quedado superado? Al salir de la sala de conferencias se encontró con Brunner y le preguntó si quería almorzar con él. Lo movía la curiosidad. Comparados con la altruista probidad científica de Brunner, los ritmos de su propia naturaleza le parecían caprichosos y sentimentales. La compostura de Brunner cuestionaba su propia disciplina y utilidad y se preguntó si disfrutar del poco científico panorama del paseo marítimo de tablas de Atlantic City era algo obsoleto. A su derecha estaban las olas cantarinas y a su izquierda un generoso muestrario de esa misteriosa cultura que surge a la orilla del mar y que, con su evidente interés por lo misterioso —videntes, quirománticos, echadores de cartas, tahúres y adivinadores—, parece un producto del estruendoso diálogo entre el océano y el continente. Al parecer los videntes prosperan en el aire salado. Se preguntó si Brunner veía la escena. ¿El olor a cerdo frito estimularía su memoria o lo que él llamaba su proyector? ¿El suspiro de las olas le sugeriría una romántica visión de las posibilidades de aventura? Coverly miró a su compañero, pero Brunner contemplaba la escena con una expresión tan impasible que no se lo preguntó. Supuso que Brunner veía lo que tenía delante —el paseo marítimo de tablas, algunas tiendas— y que si iba más allá del momento, cosa que parecía improbable, vería las tiendas demolidas y sustituidas por zonas de recreo, campos de juegos y bosquecillos. Pero ¿quién estaba equivocado? La posibilidad de que fuera él hizo que Coverly se sintiera incómodo. Brunner dijo que nunca había comido langosta, así que entraron en un viejo palacio de la langosta construido de madera que encontraron en el paseo.

Coverly pidió un bourbon. Brunner bebió una cerveza y dio un fuerte silbido al ver los precios. Tenía la cabeza muy grande y una barba muy cerrada pero no oscura. Debía de haberse afeitado esa mañana, quizá descuidadamente, pero al mediodía los límites de su barba castaña estaban ya claramente definidos. Era pálido y su palidez quedaba realzada por unas orejas grandes y rojas. El color rojo se detenía bruscamente en el punto donde las orejas se unían a la cara. Todo lo demás era pálido; no era una palidez levantina o mediterránea —probablemente se trataba de una característica heredada o el resultado de una dieta inadecuada— pero era, en honor a la verdad, una palidez viril, de piel gruesa e iluminada por esas orejas llameantes. Tenía sus encantos, todos los tenían, y la impresión de Coverly era que estos se basaban en una visión de barreras superables, un sentido de futuro, un medio para expresar su natural afán de progreso y cambio. Bebía su cerveza como si temiera que le incapacitara y esta era otra diferencia. Con una sola excepción, todos eran hombres comedidos. Coverly no lo era, pero ello era debido a su sentido de la abundancia de la vida.

—¿Vives en Talifer? —le preguntó Coverly.
Sabía que sí.

—Sí. Tengo una casita en el lado oeste. Vivo solo. Estuve casado, pero no salió bien.

—Lo siento —dijo Coverly.

—No hay nada que sentir. El matrimonio no. No éramos compatibles.

Atacó su ensalada.

—¿Vives solo? —preguntó Coverly.

—Sí —contestó con la boca llena.

—¿Qué haces por las tardes? —preguntó Coverly—. Quiero decir, ¿vas al cine?

Brunner se rio.

—No, no voy al cine. Algunos miembros del equipo tienen otros intereses, pero la verdad es que yo no.

—Pero si no tienes otros intereses, ¿qué haces por las tardes?

—Estudio. Duermo. A veces voy a un restaurante que hay en la carretera 27, donde te dan todo el pollo que seas capaz de comer por dos dólares cincuenta. Me gusta mucho el pollo y cuando me dejo llevar por mi apetito puedo comerme una cantidad muy satisfactoria.

—¿Vas con amigos?

—No —contestó con dignidad—. Voy solo.

—¿Tienes hijos? —inquirió Coverly.

—No. Esa es una de las razones por las que mi mujer y yo no pudimos llegar a un acuerdo. Ella quería tener hijos y yo no. Yo lo pasé mal cuando era pequeño y no quería someter a nadie a eso.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi madre murió cuando yo tenía dos años y me criaron mi padre y mi abuela. Él era un ingeniero autónomo, pero ningún trabajo le duraba mucho. Era un alcohólico terrible. Yo sentía más que la mayoría de la gente, ¿sabes?, creo que sentía más que la mayoría que tenía que largarme. Nadie me comprendía. Quiero decir que mi nombre no significaba nada, salvo el nombre de un viejo borracho. Yo tenía que hacer que mi nombre significara algo. Así que cuando surgió este asunto del rayo, me sentí mejor, empecé a sentirme mejor. Ahora mi nombre significa algo, al menos para algunas personas.

Entonces ahí estaba el rayo, una pura fuerza de energía, veteado cuando se ve entre las nubes, como todo el mundo es veteado —la hoja y la ola—, y ahí estaba un hombre solitario, acostumbrado a la ampolla y la indigestión, cuyos humildes motivos para inventar una fuerza detonante capaz de destruir el mundo eran los mismos que los de la actriz infantil, el inventor excéntrico o el político provinciano. «Yo solo quería que mi nombre significara algo.» Debía de haber sido obligado, más que la mayoría de los hombres, a incluir en el misterio de la muerte la incineración del planeta. Al ser despertado por un trueno debía de haberse preguntado más que la mayoría si aquello no era el fin, precipitado de algún modo por su deseo de poseer un nombre.

La camarera les trajo las langostas y Coverly puso fin a su interrogatorio.

Cuando regresó al hotel había una nota para él escrita por Cameron. Tenía que reunirse con él en la puerta de la sala de conferencias del tercer piso a las cinco y conducirlo al aeropuerto. Supuso por ello que le habían asignado al equipo de Cameron como chófer. Pasó la tarde en la piscina del hotel y a las cinco subió a la tercera planta. La puerta de la sala estaba cerrada y sellada con alambre y dos policías secretos de paisano esperaban en el pasillo. Cuando la reunión terminó les avisaron por teléfono y ellos rompieron los sellos y abrieron la puerta. La escena en el interior era chocante y confusa. Las ventanas y puertas de la sala habían sido tapadas con mantas, como medida de seguridad. Había físicos y científicos subidos a las sillas y las mesas para retirar las mantas. El aire estaba lleno de humo. Coverly tardó un momento en darse cuenta de que nadie hablaba. Saludó a Brunner, pero su compañero de almuerzo no le respondió. Tenía la cara verde y la boca crispada en un gesto de amargura y repugnancia. ¿Sería la tragedia y el horror de lo que Cameron les había contado la explicación de este silencio? ¿Eran estas las caras de hombres a quienes les habían comunicado los hechos del milenio? ¿Les habían dicho que el planeta era inhabitable?, se preguntó Coverly. Y si así era, ¿a qué podía uno agarrarse en este pasillo de hotel con sus recuerdos de prostitutas elegantes, parejas de luna de miel y ancianos que venían a pasar un fin de semana largo para disfrutar del aire marino? Coverly, confuso, apartó la vista de estas caras pálidas, evidentemente aterrorizadas, y miró a las rosas oscuras que florecían en la alfombra. Cameron, como los demás, pasó junto a Coverly sin hablarle y él le siguió obedientemente hasta el coche. Cameron no dijo nada durante el viaje al aeropuerto y ni siquiera se despidió de él. Subió a un pequeño Beechcraft —iba a Washington— y, después de que el avión hubiera despegado, Coverly se dio cuenta de que se había olvidado la cartera de mano.

Las responsabilidades que llevaba consigo este sencillo objeto eran aterradoras. Debía de contener la esencia de lo que Cameron había dicho esa tarde y, a juzgar por las caras de su audiencia, Coverly supuso que lo que había dicho estaba relacionado con el fin del mundo. Decidió regresar al hotel enseguida y entregarle la cartera a un miembro del equipo. Volvió a la ciudad conduciendo con la cartera en el regazo. Preguntó por Brunner en recepción y le dijeron que ya había dejado la habitación. Todos los demás se habían ido también. Mirando a su alrededor las caras sospechosas, o al menos heterogéneas, que había en el vestíbulo, se preguntó si alguno de ellos sería un agente extranjero. Actuar de un modo que no llamara la atención parecía ser lo mejor, así que entró en el comedor para cenar. Conservó la cartera en su regazo. Hacia el final de la cena oyó una serie de explosiones fuera del hotel y pensó que el fin había llegado, hasta que la camarera le explicó que había una exhibición de fuegos artificiales para entretener a un congreso de propietarios de tiendas de regalos.

Con la cartera bajo el brazo salió del hotel para ver los fuegos. Le parecía

apropiado que una reunión que había tratado de fuerzas detonantes acabara con el derroche de una exhibición tan encantadora y absolutamente inofensiva. Habían puesto sillas plegables para el público en el paseo de tablas. Una serie de morteros disparaban los fuegos artificiales desde la playa. Oyó el ruido de un proyectil y siguió su trayectoria por un ligero rastro de cenizas a medida que ascendía hasta más allá de la estrella vespertina. Hubo una explosión de luz blanca —el ruido tardó un momento en llegarles—, y luego una confusión de chorros dorados, arqueados como tallos, que acababan en silenciosas bolas de fuego de colores. Todo ello se reflejaba en los cristales de las ventanas de los hoteles, y los rostros de los propietarios de tiendas de regalos se alzaron para admirar el ingenioso espectáculo. Hubo aplausos, una conmovedora muestra de cortesía y entusiasmo, el tipo de aplauso que se oye cuando termina la música de baile. El humo negro se veía claramente a la media luz, cambiando de formas a medida que el viento lo arrastraba hacia el mar. Coverly se sentó para pasarlo bien, para oír las andanadas de los disparos de mortero, para seguir la trayectoria de las cenizas, el arco de estrellas, los colores que surgían, los suspiros de cientos de bocas y el decoro de los aplausos. El espectáculo terminó con una cortina de fuego, dulce burla de la guerra, un estrépito demoníaco y los miles de ventanas de los hoteles resplandecientes de fuego blanco. La última explosión sacudió el paseo de tablas de forma inofensiva, hubo una salva de aplausos de escuela de baile, y Coverly regresó al hotel. Al entrar en su habitación se preguntó si no habrían registrado. Todos los cajones estaban abiertos y había ropa tirada sobre las sillas; pero tuvo que recordar que este caos se debía al hecho de que él no era un viajero ordenado. Durmió con la cartera entre los brazos.

A la mañana siguiente, llevando la cartera contra su pecho como las chicas portan los libros de la escuela, voló desde Atlantic City a un aeropuerto internacional donde esperó un avión que se dirigiera al Oeste. Existía, por una parte, la estación de ferrocarril de Saint Botolphs, con su rica aura de llegadas y partidas, sus olores a carbón, cera del suelo y retretes, y su oscura sala de espera, donde una fuerza de amplificación parecía pesar sobre las vidas de los pasajeros que esperaban su tren; y por otra parte, este desván, o palacio, con sus paredes de cristal abiertas al cielo nublado, donde el espacio, la eficacia y el olor a cuero artificial parecían disminuir, en lugar de ampliar, el conocimiento que los pasajeros tenían unos de otros. El avión de Coverly tenía anunciada su salida a las dos, pero a las tres menos cuarto aún estaban esperando en la puerta. Algunos pasajeros protestaban, y dos o tres llevaban un periódico de la tarde que informaba del accidente de un jet en Colorado con una lista de setenta y tres muertos. ¿El avión que se había estrellado sería el que esperaban? Allí parados bajo la débil luz del sol, ¿acababan de recibir una merced singular? ¿Habían salvado la vida? Coverly fue al mostrador de información a preguntar qué pasaba con su vuelo. La pregunta era ciertamente legítima, pero el empleado tuvo una reacción de mal humor, como si la adquisición de un billete de avión fuera un contrato para caminar humildemente y en la oscuridad.

—Hay algo de retraso —dijo de mala gana—. Puede que haya algún problema de motores o que el vuelo procedente de Europa llegue con retraso. No subirán ustedes a bordo hasta las tres y media.

Coverly le dio las gracias y subió al bar. En un caballete dorado, a la derecha de la puerta, había una fotografía de una guapa cantante en traje de noche, una delegada de esos miles que nos sonrían desde el umbral de los bares y los comedores de hotel; pero su actuación no comenzaba hasta las nueve de la noche y probablemente ahora estaría durmiendo o llevando su ropa a la lavandería.

Dentro había hilo musical y el barman llevaba una librea militar. Coverly se sentó en un taburete y pidió una cerveza. El hombre que estaba a su lado se balanceaba, incómodo, en su taburete.

—¿Adónde va usted? —le preguntó a Coverly.

—A Denver.

—Yo también —exclamó el desconocido dándole una palmada en la espalda—. Hace tres días que estoy de camino a Denver.

—Así es —dijo el barman—. Ya ha perdido ocho vuelos. ¿No son ocho?

—Ocho —confirmó el desconocido—. Es porque quiero a mi mujer. Ella está en Denver, y la quiero tanto que no consigo subir al avión.

—Al negocio le viene bien —dijo el barman.

En las tinieblas al fondo del bar dos homosexuales con el pelo teñido de amarillo bebían ron. Una familia que estaba comiendo en una mesa mantenía una conversación a base de frases publicitarias. Parecía ser una broma familiar.

—¡Vaya! —exclamó la madre—. Prueba estos deliciosos bocaditos de blanca carne de pavo, reforzados con rivo flavina para darles más sabor.

—Me encantan las patatas fritas crujientes —afirmó el chico—. Tostadas en un horno de infrarrojos, doraditas y espolvoreadas con sal importada.

—Me gustan las habitaciones de reposo impecables —dijo la chica—, que funcionan bajo la supervisión de una enfermera titulada y están higiénicamente selladas para nuestra comodidad, conveniencia y tranquilidad mental.

—Winston sabe bien —chilló el pequeño desde su sillita—, como debe saber un cigarrillo. Winston tiene *sabor*.

El oscuro bar tenía la autoridad de una creación, pero era una realizada con independencia de la iconografía del universo. Con excepción de las etiquetas de las botellas, no había nada en el lugar que resultase familiar. La iluminación era lúgubre, las paredes eran de espejo oscuro. No había ni siquiera un pedazo truncado de madera de deriva o un trineo en forma de hoja que le recordara a Coverly el mundo exterior. Se había perdido esa belleza de la igualdad que hace que la estrella y la concha, el mar y las nubes parezcan provenir de la misma mano. Interrumpieron la música para anunciar que el vuelo de Coverly iba a salir, y él pagó su cerveza y agarró su cartera. Se detuvo en el lavabo de caballeros, donde alguien había escrito en la pared algo sumamente humano, y luego siguió los números iluminados a lo largo de un pasillo

hasta su puerta. Aún no había ningún avión a la vista, pero ninguno de los pasajeros había decidido cambiar sus planes a causa del retraso o de la noticia del accidente aéreo. Esperaban pasivamente como si el empleado antipático realmente les hubiera vendido humildad con los billetes. El abrigo de Coverly era demasiado grueso para ese clima, pero la mayoría de los pasajeros venían de lugares que eran más fríos o más cálidos que este. Desde un altavoz que estaba directamente sobre sus cabezas, la música continua se vertía suavemente en sus oídos.

—No pasará nada —le murmuraba una anciana que estaba al lado de Coverly a una compañera todavía más vieja—. No hay peligro. No es más peligroso que un tren. Transportan millones de pasajeros al año. No pasará nada.

Los dedos de la más vieja, nudosos como madera de deriva, se alzaron hasta sus mejillas, y en sus ojos se veía el miedo a la muerte. Esta última era lo que la escena significaba para ella: los apresurados mecánicos con sus monos blancos, las pistas numeradas, el ruido del 707 que aterrizaba. Un bebé se echó a llorar. Un hombre se pasó un peine por el pelo. Los objetos y los sonidos en torno a Coverly parecían agruparse para hacer una afirmación inmutable. Estos eran los hechos: esta música, el temor a la muerte de la anciana desconocida, la horizontalidad del aeropuerto y, allá a lo lejos, los tejados de unas casas.

El avión entró en la pista, subieron a bordo, y la azafata colocó a Coverly entre la anciana y un hombre cuyo aliento olía a whisky. La azafata llevaba zapatos de tacón alto, una gabardina y gafas oscuras. Coverly vio bajo la gabardina la falda de un vestido de seda roja. No bien cerró la puerta del aparato, se fue al lavabo y reapareció vestida con la falda gris y la blusa de seda blanca del uniforme. Sus ojos, cuando se quitó las gafas, estaban ojerosos y tenían una expresión de dolor.

—Joe Burner —se presentó el hombre sentado a la derecha de Coverly, y este le estrechó la mano y se presentó también—. Encantado de conocerte, Cove —dijo el desconocido—. Tengo aquí un regalito que me gustaría hacerte.

Sacó una caja pequeña del bolsillo y cuando Coverly la abrió, encontró un alfiler de corbata dorado.

—Viajo mucho —explicó el hombre—, y regalo estos alfileres de corbata por todas partes donde voy. Me los hacen especialmente para mí en Providence. Esa es la capital de la joyería en Estados Unidos. Regalo dos o tres mil alfileres al año. Es una buena forma de hacer amigos. Todo el mundo usa un alfiler de corbata.

—Muchas gracias —dijo Coverly.

—Yo hago calcetines para los astronautas —intervino la viejecita sentada a la izquierda de Coverly—. Oh, ya sé que es una tontería por mi parte, pero adoro a esos muchachos y no puedo soportar imaginármelos con los pies fríos. He enviado diez pares de calcetines de punto a Cabo Cañaveral en las últimas semanas. No me dan las gracias, esa es la verdad, pero nunca me los han devuelto, y me agrada imaginar que los usan.

—Me he cogido unos días de permiso para ver a un viejo amigo que se está

muriendo de cáncer —dijo Joe Burner—. En este momento tengo veintisiete amigos que se están muriendo de cáncer. Algunos lo saben, otros no. Pero a ninguno le queda más de un año de vida.

Entonces les envolvió una confusión de sonido audible e inaudible y la fuerza de la gravedad les empujó violentamente contra los asientos cuando el avión avanzó por la pista e inició el esfuerzo para elevarse. Un gran panel cayó del techo y se estrelló en el pasillo y los vasos y las botellas de la despensa entrechocaron ruidosamente. Cuando se elevaron por encima de las desperdigadas nubes, se desabrocharon los cinturones y reanudaron sus vidas, sus costumbres.

—Buenas tardes —dijo el altavoz—. Aquí el capitán MacPherson dándoles la bienvenida al vuelo 73, sin escalas a Denver. Tenemos informes de que hay un poco de turbulencia sobre las montañas, pero esperamos que se despeje antes de la hora prevista para el aterrizaje. Lamentamos el retraso, y queremos aprovechar la ocasión para darles las gracias por su paciencia al no hacer nada al respecto.

El altavoz hizo un ruido al ser desconectado. A Coverly le pareció que nadie más se quedaba perplejo. ¿Estaría equivocado al suponer que la competencia profesional implicaba un rudimentario conocimiento del idioma? Joe Burner había empezado a contarle la historia de su vida. Su estilo era casi como el de un bardo. Comenzó con el carácter de sus padres. Describió su lugar de nacimiento. Luego le habló de sus dos hermanos mayores, de su interés por el béisbol, de sus trabajos temporales, de los colegios a los que había ido, de las deliciosas tortitas de nata que hacía su madre y de los amigos que había ganado y perdido. Le informó de sus ingresos brutos anuales, de lo maravillosa que era su mujer y de la cantidad de dinero que le había costado decorar su casa de siete habitaciones y dos baños en Long Island.

—Tengo algo realmente único —dijo—: un faro en el jardín delantero. Hace cuatro o cinco años subastaron una gran finca en Sands Point por impago de impuestos, y mi madre y yo fuimos para ver si había algo que nos gustara. Había un pequeño lago con un faro, puramente ornamental, claro está, y cuando llegó el momento de comprarlo, la puja iba muy lenta. Ofrecí treinta y cinco dólares solo por diversión y ¿a que no sabes lo que pasó? Me lo adjudicaron. Bueno, tengo un amigo en el negocio del transporte por camión, hay que conocer a la gente adecuada, y él fue y sacó el faro del lago. Todavía no sé cómo lo consiguió. Tengo otro amigo que es electricista y él me hizo la instalación, así que ahora el faro está en medio de mi jardín. Queda realmente bonito. Naturalmente, hay vecinos que protestan, en todas partes encuentras gente fastidiosa, y por eso no lo enciendo todas las noches, pero cuando vienen amigos a jugar a las cartas o a ver la tele, lo enciendo, queda precioso.

El cielo tenía ahora el tono azul oscuro de las grandes altitudes, y el ambiente en el avión era tan animado como en un salón. A la azafata se le salía la blusa cada vez que se agachaba a servir una copa. Ella volvía a metérsela dentro de la falda cuando se erguía. Los respaldos de los asientos tenían la altura de un banco de iglesia antiguo, de modo que los pasajeros tenían un grado limitado de intimidad y una vista

limitada de los demás. Entonces se abrió la puerta de la cabina y Coverly vio al piloto avanzar por el pasillo. Tenía mal color y estaba tan ojeroso como la azafata. Quizá era amigo del piloto y la tripulación que se había estrellado unas horas antes en Colorado. ¿Quién podría tener la entereza de aceptar con tranquilidad este desastre? ¿Por qué habrían de importarle menos a él los huesos calcinados de setenta y tres cuerpos que al resto del mundo? El piloto le hizo un gesto con la cabeza a la azafata, y esta le siguió a la despensa. No cambiaron una palabra, pero ella puso un poco de hielo en un vaso de papel y le sirvió un whisky. Él se llevó el vaso a la cabina y cerró la puerta. La anciana estaba adormilada y Joe Burner, al terminar su autobiografía, había empezado a contar su repertorio de chistes. Sin previo aviso, el avión descendió unos seiscientos metros.

La confusión fue horrible. La mayoría de las bebidas dieron contra el techo, hombres y mujeres fueron arrojados al pasillo, los niños gritaban.

—Atención, atención —se oyó por los altavoces—. Escuchen todos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la azafata, y se fue a popa, se sentó y se abrochó el cinturón.

—Atención, atención —dijo la voz amplificada.

Coverly se preguntó si esta sería la última voz que oyera. Una vez, cuando le estaban preparando para una operación crítica, había mirado por la ventana de su habitación en el hospital y había visto en un piso de la casa de enfrente a una mujer gorda limpiándole el polvo a un piano de cola. Ya le habían dado pentotal sódico y estaba perdiendo la conciencia rápidamente, pero se resistió al efecto de la droga lo suficiente para sentir rabia por el hecho de que quizá lo último que viese en este amado mundo fuese una mujer gorda limpiando un piano de cola.

—Atención, atención —dijo la voz. El avión mantenía la altitud en el corazón de una nube oscura—. No les habla su capitán. Él está atado en la cabina. Por favor, no se muevan, por favor, no se muevan de sus asientos, o les cortaré el oxígeno. Volamos a setecientos kilómetros por hora, a una altitud de doce mil seiscientos metros, y cualquier alteración no hará más que aumentar el peligro en que se encuentran. Tengo registrados casi millón y medio de kilómetros de vuelo y me han descalificado como piloto solo por mis opiniones políticas. Esto es un atraco. Dentro de unos minutos, mi cómplice entrará por la puerta de proa y ustedes le entregarán sus carteras, monederos, joyas y cualquier objeto de valor que lleven. No den problemas. Están ustedes indefensos. Repito: están indefensos.

—Hábleme, hábleme —rogó la anciana—. Por favor, diga algo, lo que sea.

Coverly se volvió hacia ella y asintió, pero tenía la lengua tan hinchada por el miedo que no pudo pronunciar ni una sílaba. Movié la lengua desesperadamente dentro de la boca para conseguir un poco de lubricación. Los demás pasajeros permanecían inmóviles, proyectados a través de la oscuridad; sesenta y cinco o setenta desconocidos, con las narices aplastadas contra el torbellino de la muerte. ¿Qué forma tomaría? ¿El fuego? ¿Acaso, como los mártires, inhalarían las llamas

para acortar la agonía? ¿Serían descuartizados, decapitados, mutilados y arrojados sobre las tierras de labor? ¿Serían lanzados a la oscuridad y no perderían la conciencia durante la espantosa caída hacia la tierra? ¿Serían ahogados y, mientras se ahogaban, demostrarían su postrer talento para ser inhumanos pisoteándose unos a otros en las puertas mientras el aparato se inundaba? Era la oscuridad lo que más angustia le daba. La sombra de un puente o de un edificio puede caer sobre nuestro espíritu con todo el peso de una mala noticia, y era la oscuridad lo que parecía amenazar su espíritu. Lo único que deseaba en ese momento era ver algo de luz, un pedazo de cielo azul. Una mujer que estaba sentada delante comenzó a cantar «Más cerca de Ti, Dios mío». Era una voz normal de soprano, femenina, decorosa, que se alzaría una vez a la semana en la iglesia en compañía de las de sus vecinos.

—Aunque sea una cruz lo que me levante —cantó—, mi canto estará más cerca de Ti, Dios mío...

Un hombre al otro lado del pasillo se sumó al himno, y a él se unieron rápidamente varios otros pasajeros, y cuando Coverly recordó la letra, cantó:

*Aunque como a un vagabundo,
cansado y solitario,
la oscuridad me envuelve,
y repose en una piedra...*

Joe Burner y la anciana también cantaban, y aquellos que no conocían la letra del himno entraban con fuerza en el estribillo. Se abrió la puerta de la cabina y apareció el ladrón. Llevaba un sombrero de fieltro y un pañuelo negro sobre la cara con agujeros para los ojos. Salvo por el sombrero de fieltro, era la antigua máscara del verdugo. Llevaba guantes de goma negra y tenía en la mano una papelera de plástico para recoger los objetos de valor. Coverly gritó:

*Haz que vea mi camino,
escaleras hacia el cielo.
Todo lo que Tú me envías,
por misericordia dado...*

Cantaban más por rebeldía que por fe: cantaban por hacer algo. Y simplemente por encontrar algo que hacer, negaban la afirmación de que estaban indefensos. Se habían encontrado a sí mismos, y eso explicaba la extraordinaria fuerza y volumen de sus voces. Coverly se quitó el reloj y lo dejó caer en la papelera junto con su billetero. Entonces el ladrón, con sus manos enguantadas de negro, levantó de su regazo la cartera de mano de Cameron. Coverly lanzó un gemido de desesperación y quizá hubiera aferrado la cartera de no ser porque Burner y la anciana le miraron con tal expresión de horror que se dejó caer en su asiento. Cuando el ladrón hubo robado al último pasajero, se dirigió hacia la cabina, tambaleándose un poco a causa del

movimiento del avión, una desventaja que hacía que su figura pareciese familiar e inofensiva. Todos cantaron:

*Entonces con mis pensamientos,
iluminados por Tus alabanzas,
de mis tormentosas penas
altares levantaré...*

—Gracias por su cooperación —dijo el altavoz—. Haremos un aterrizaje imprevisto en West Franklin dentro de unos diez minutos. Por favor abróchense los cinturones y respeten la señal de no fumar.

Las nubes empezaron a clarear, a pasar del gris al blanco, y luego salieron al cielo azul de media tarde. La anciana se secó las lágrimas y sonrió. Para disminuir el agobio de su preocupación, Coverly llegó de repente a la conclusión de que la cartera de mano contenía un cepillo de dientes eléctrico y un par de pijamas de seda. Joe Burner se persignó. El avión perdía altitud a toda prisa y pronto vieron los tejados de una ciudad que parecía obra de un pueblo maravillosamente humilde entregado a tareas útiles y a criar a sus hijos en la bondad y en la caridad. El momento en que tocaron tierra pasó con un golpe y un rugido de los motores, y por las ventanillas pudieron ver ese desierto internacional que bordea las pistas de los aeropuertos. Maleza y matorrales, un suburbio vegetal, que había arraigado en el terreno arenoso formado por las orillas de un arroyo aceitoso.

—¡Ahí van! —gritó alguien.

Dos pasajeros abrieron la puerta. Se oyeron voces confusas y, cuando alguien pidió información, la complejidad de las relaciones humanas se restableció tan rápidamente que quienes sabían lo que pasaba se negaron con orgullo a hablar con quienes no lo sabían y el primer hombre que entró en el avión se dirigió a ellos en tono condescendiente.

—Si guardan silencio un momento —les dijo—, les contaré lo que sabemos. Hemos liberado a la tripulación y el capitán se ha comunicado por radio con la policía. Los ladrones han escapado. No puedo decirles más por ahora.

Luego, muy débilmente, oyeron sirenas que se acercaban por la pista. Los primeros en llegar fueron los bomberos, los cuales pusieron una escalera contra la puerta y la abrieron. Después llegó la policía y les comunicó que estaban todos arrestados.

—Se les dejará salir de diez en diez —les dijo un policía—. Se les va a interrogar.

Su actitud era brusca, pero ellos se sentían magnánimos. Estaban vivos y ninguna falta de cortesía podía molestarles. La policía empezó a dividirlos en grupos. La escalera del coche de bomberos era la única forma de bajar del avión, y los pasajeros de mayor edad descendían por ella quejumbrosamente, poniendo cara de dolor. Aquellos que esperaban turno parecían inmersos en la pasividad de un proceso

militar, como si sufrieran esa interrupción del discernimiento y la responsabilidad que se apodera siempre de una fila de soldados. Coverly era el número siete del último grupo. Una ráfaga de viento sopló contra su ropa cuando bajaba por la escalera. Un policía le cogió por el brazo, un contacto que le desagradó de un modo intenso e instantáneo, y tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudirse la mano del hombre. Le metieron con su grupo en una furgoneta policial con barrotes en las ventanas.

Cuando salió de la furgoneta, un policía le cogió otra vez por el brazo y de nuevo tuvo que contenerse. ¿A qué se debía esta irritabilidad de su carne?, pensó. ¿Por qué detestaba el contacto de este desconocido? Ante él se alzaba el cuartel general de la policía, un edificio de ladrillo amarillo con unos cuantos adornos arquitectónicos bastante tímidos y unas cuantas declaraciones de amor inocentes escritas con tiza en la fachada. El viento arremolinó papeles y polvo en torno a sus pies. En el interior se encontró en la alarmante y lúgubre atmósfera del delito. Era un pasaje a un mundo que él apenas había vislumbrado; esa zona de la violencia que entreveía cuando extendía papeles de periódico en el suelo del porche antes de pintar las puertas. En Roslyn un hombre mata a su mujer y sus cinco hijos... Niño asesinado encontrado en una caldera... Todos ellos habían estado aquí y habían dejado en el aire el olor palpable de su confusión y su desaliento, de sus protestas de inocencia. Le condujeron a un ascensor, en el cual subieron a la sexta planta. El policía no dijo nada. Respiraba mal. ¿Asma?, pensó Coverly. ¿Excitación? ¿Prisa?

—¿Padece de asma? —le preguntó.

—Es usted el que tiene que contestar preguntas —respondió el policía.

Le llevó a un pasillo como el de una escuela deprimente y le metió en un cuarto que no era mucho mayor que un armario, donde había una mesa, una silla, un vaso de agua y un cuestionario. El policía cerró la puerta, y Coverly se sentó y miró las preguntas.

¿Es usted cabeza de familia? ¿Está usted divorciado? ¿Viudo? ¿Separado? ¿Cuántos televisores posee? ¿Cuántos coches? ¿Tiene usted pasaporte? ¿Con qué frecuencia se baña? ¿Tiene usted título universitario? ¿De enseñanza media? ¿De graduado escolar? ¿Sabe qué significan las palabras «marsupial», «sedicioso», «recóndito» y «materialismo dialéctico»? ¿Tiene en su casa calefacción de gasóleo? ¿De gas? ¿De carbón? ¿Cuántas habitaciones? Si se viera obligado a denigrar la bandera de Estados Unidos o la Santa Biblia, ¿cuál elegiría? ¿Es usted partidario de los impuestos federales? ¿Cree usted que existe la conspiración comunista internacional? ¿Ama usted a su madre? ¿Le dan miedo las tormentas? ¿Es usted partidario de que continúen las pruebas en la atmósfera? ¿Tiene una cartilla de ahorros? ¿Una cuenta corriente? ¿A cuánto ascienden sus deudas? ¿Tiene una hipoteca? Si es usted un hombre, ¿clasificaría sus órganos sexuales como de tamaño 1, 2, 3 o 4? ¿Cuál es su filiación religiosa? ¿Cree usted que John Foster Dulles está en el cielo o en el infierno? ¿En el limbo? ¿Da fiestas con frecuencia? ¿Asiste a fiestas con frecuencia? ¿Considera que cae bien? ¿Muy bien? ¿Estupendamente? ¿Los

siguientes hombres están vivos o muertos: John Maynard Keynes, Norman Vincent Peale, Karl Marx, Oscar Wilde, Jack Dempsey? ¿Reza sus oraciones todas las noches?...

Coverly se puso a responder a estas preguntas —de las cuales había miles— con toda la atención de un pecador arrepentido. Como le había entregado su reloj al ladrón, no tenía ni idea de cuánto tiempo tardó en rellenar el cuestionario. Al terminar, gritó:

—¡Eh! Ya he terminado. Déjenme salir de aquí.

Probó a abrir la puerta y descubrió que no estaba cerrada con llave. El pasillo estaba desierto. Era de noche y por la ventana que había al fondo del vestíbulo se veía el cielo oscuro. Con el cuestionario en la mano, llamó al ascensor. Al salir del ascensor en la planta baja, vio a un policía sentado en una mesa.

—Me han robado algo muy valioso, muy importante —le dijo Coverly.

—Eso dicen todos —le contestó el policía.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó Coverly—. Ya he contestado todo el cuestionario. ¿Ahora qué hago?

—Váyase a casa —dijo el policía—. Supongo que querrá usted algo de dinero.

—Sí —contestó Coverly.

—Todos ustedes recibirán cien dólares de la compañía de seguros. Puede usted presentar una reclamación más adelante si ha perdido más. —Contó diez billetes de diez dólares y miró su reloj—. El tren para Chicago pasa dentro de veinte minutos. Hay una parada de taxis en la esquina. Supongo que no querrá volar por una temporada. Ninguno de los otros ha querido.

—¿Ya han terminado todos? —preguntó Coverly.

—Hemos retenido a unos pocos —respondió el hombre.

—Bueno, gracias —dijo Coverly.

Salió a una calle oscura de la ciudad de West Franklin, y sintió el polvo, el calor, el ruido distante y el anonimato de las luces de colores, la esencia de su soledad. Había un quiosco de periódicos en la esquina, y un taxi aparcado allí. Compró un diario. «Piloto descalificado secuestra un avión en vuelo —leyó—. El secuestro tuvo lugar esta tarde a las 16.16 sobre las Montañas Rocosas...» Se metió en el taxi y le dijo al taxista:

—¿Sabe? Yo iba en el avión secuestrado esta tarde.

—Es usted el sexto cliente que me dice lo mismo —contestó el taxista—. ¿Adónde vamos?

—A la estación —respondió Coverly.

A media tarde del día siguiente, Coverly consiguió finalmente llegar a Talifer procedente de Chicago. Fue enseguida a la oficina de Cameron, pero le hicieron esperar casi una hora. De vez en cuando oía la voz del viejo, a través de la puerta cerrada, alzada e iracunda.

—Nunca pondréis a un maldito hombre en la maldita luna —gritaba.

Cuando al fin hicieron pasar a Coverly, Cameron estaba solo.

—He perdido su cartera de mano —dijo Coverly.

—Ah, sí —replicó el doctor.

Le dedicó su sonrisa de mala suerte. Entonces era un cepillo de dientes y unos pijamas, pensó Coverly. ¡No era nada, después de todo!

—Hubo un robo en el avión en el que venía al oeste —explicó Coverly.

—No entiendo —dijo Cameron, sin que la luz de su sonrisa se alterase.

—Aquí tengo un periódico —dijo Coverly. Le enseñó a Cameron el periódico que había comprado en West Franklin—. Se lo llevaron todo. Nuestros relojes, los billeteros, su cartera.

—¿Quién se la llevó? —preguntó Cameron. Su sonrisa se intensificó.

—Los atracadores. Supongo que se les podría llamar piratas.

—¿Adónde se la llevaron?

—No lo sé, señor.

Cameron se levantó y se acercó a la ventana, dándole la espalda a Coverly. ¿Estaba riéndose? A Coverly le pareció que sí. Había engañado al enemigo. ¡La cartera estaba vacía! Entonces Coverly se dio cuenta de que no se reía. Eran las dolorosas convulsiones del desconcierto y la tristeza; pero ¿por qué lloraba? ¿Por su reputación, su despiste, su puesto; por el mundo que veía fuera de la ventana, la granja en ruinas y la hilera de las torres de los misiles? Coverly no tenía forma de consolarle y permaneció allí, agobiado por su propia angustia, observando a Cameron, que en este momento parecía pequeño y viejo, desgarrado por estos incontrolables espasmos musculares.

—Lo siento, señor —dijo Coverly.

—Váyase al infierno —murmuró Cameron, y Coverly se fue.

Era la hora de cierre y el autobús que Coverly cogió para volver a casa iba abarrotado. Intentó juzgarse de acuerdo con criterios tradicionales. Si se hubiese negado a entregar la cartera, puede que el avión se hubiera estrellado y estuvieran todos muertos, pero ¿no habría sido mejor así? ¿Qué podía esperar de su futuro, o qué podía examinar de su pasado, con cierta calma? Cuando fuese a trabajar el día siguiente, ¿en qué departamento tendría que presentarse? ¿Qué había querido Cameron de él en un principio? ¿Qué significaban los sollozos del viejo ante su ventana? ¿Estaría Betsey viendo la tele cuando él llegase a casa? ¿Estaría el niño llorando? ¿Estaría la cena lista? Se le apareció una visión de Saint Botolphs a la luz

de los atardeceres de verano. Era esa hora en que las amas de casa llamaban a los niños para cenar con esas campanillas que antes solían utilizarse para llamar a los criados a la mesa. Fueran o no de plata, todas tenían una nota argentina y Coverly evocaba ahora este campanilleo argentino en todos los patios traseros de Boat Street y River Street, convocando a los niños que jugaban a la orilla del río.

Su casa estaba muy iluminada. Betsey se echó en sus brazos cuando él entró.

—He estado rezando y confiando en que llegaras a tiempo para la cena, cariño — dijo—, y ahora mis oraciones han recibido respuesta. ¡Estamos invitados a cenar!

Coverly no podía encajar esto con nada de lo que le había sucedido en las últimas veinticuatro horas y tuvo que prepararse para una especie de improvisación emocional e intelectual. Se sentía cansado, pero hubiese sido cruel frustrar la única invitación que Betsey había recibido. Le dio un beso a su hijo, le lanzó al aire unas cuantas veces y se sirvió una bebida fuerte.

—Vino una mujer muy simpática, se llama Winifred Brinkley, bueno, vino a casa recaudando dinero para la Campaña contra las Enfermedades Cardíacas y yo le dije, bueno, solo le dije que pensaba que este era el lugar más solitario en la faz de la tierra. Me daba igual quién lo supiera. Entonces me dijo que a ella también le parecía solitario y que si no nos gustaría ir a su casa esta noche a cenar. Entonces le dije que tú estabas en Atlantic City y que no sabía cuándo regresarías, pero recé y recé para que volvieras a tiempo, ¡y aquí estás!

Coverly se bañó y se cambió mientras Betsey iba a recoger a un estudiante que se iba a quedar con Binxy. Los Brinkley vivían en el mismo barrio y fueron andando, cogidos del brazo. De vez en cuando, Coverly inclinaba su largo cuello y le daba un beso a Betsey. La señora Brinkley era una mujer delgada y vivaz, muy maquillada y cargada de collares. No cesaba de decir «Mierda». El señor Brinkley tenía unas entradas exageradamente profundas, defecto o enfermedad que resultaba acentuado por el hecho de que llevaba el pelo, gris y rizado, dispuesto en ondas sobre la frente como los visillos de una sala. Parecía combatir valientemente un aire de fatiga e inconsecuencia por medio de un alfiler de cuello y un alfiler de corbata de oro, una sortija con una gran piedra granate y unos gemelos de esmalte azul que destellaban como semáforos cuando servía el jerez, que bebían como si fuera agua. Había otros dos invitados, los Cranston, que vivían en la vecina ciudad de Waterford.

—Tenía que invitar a alguien de fuera de aquí —afirmó la señora Brinkley—, para que no tuviésemos que escuchar toda esa mierda acerca de Talifer.

—Una cosa sé, una cosa he aprendido —dijo el señor Cranston—, y es que hay que tener huevos. Eso es lo que cuenta al final. Tener huevos.

Llevaba una camisa roja y tenía el pelo rubio y rizado y una cara querúbrica y amenazadora al mismo tiempo. Su mujer canosa parecía mucho mayor y más inteligente que él y, a pesar de las palabras del hombre, era más fácil imaginarle, no en el gimnástico acto del amor, sino en una actitud de desconcierto y desaliento mientras su esposa le acariciaba los rizos diciendo: «Encontrarás otro trabajo,

querido. No te preocupes. Te saldrá algo mejor». El hijo menor de los Brinkley acababa de volver del hospital del gobierno después de una operación de amigdalotomía y durante el aperitivo todos hablaron de sus amígdalas y vegetaciones. Betsey estaba francamente radiante. A Coverly no le habían extirpado ni las amígdalas ni las vegetaciones y estaba un poco marginado hasta que mencionó su apendicitis. Esto les duró hasta que se sentaron a la mesa, donde hablaron de dentistas. La cena fue la acostumbrada, regada con un alegre borgoña. Después de cenar, el señor Cranston contó un chiste verde y luego se levantó para marcharse.

—Detesto irme tan temprano —dijo—, pero tardamos hora y media en volver a casa y yo tengo que trabajar por la mañana.

—No deberíais tardar hora y media —replicó el señor Brinkley—. ¿Cómo vais?

—Por la autopista —contestó el señor Cranston.

—Pues si salís de Talifer antes de llegar a la autopista —dijo el señor Brinkley—, os ahorraréis quince minutos, quizá veinte. Volvéis al centro comercial y giráis a la derecha en el segundo semáforo.

—Oh, yo no lo haría así —dijo la señora Brinkley—. Yo iría hasta el centro de cálculo, lo pasaría y me metería por el trébol justo antes de llegar a la zona restringida.

—¿Ah, sí? No me digas —dijo el señor Brinkley—. De esa forma se tropezarían con un montón de obras. Haced lo que os digo. Volved al centro comercial y girad a la derecha en el segundo semáforo.

—Si vuelven al centro comercial, se meterán en todo el tráfico de la plaza Fermi —afirmó la señora Brinkley—. Si no quieren ir por el centro de cálculo, podrían ir hasta las torres de los misiles y luego torcer a la derecha en el cruce.

—Por Dios santo, mujer —gritó el señor Brinkley—, ¿quieres callarte de una puta vez?

—Oh, mierda —dijo ella.

—Bueno, muchísimas gracias —se despidieron los Cranston, dirigiéndose a la puerta.

—Creo que cogeremos la autopista, como siempre —dijo él.

Y se marcharon.

—Ahora les has liado —recriminó el señor Brinkley—. No sé qué te hace pensar que puedes indicar direcciones. Ni siquiera eres capaz de orientarte dentro de casa.

—Si hubieran ido por donde yo les dije primero —contestó la señora Brinkley, furiosa—, lo habrían hecho perfectamente. No hay ninguna obra junto a la zona restringida. Eso te lo has inventado.

—No es cierto —dijo él—. Estuve allí el jueves. Todo eso está levantado.

—El jueves estuviste en la cama con un catarro —contestó ella—. Me pasé el día llevándote bandejas.

—Bueno, creo que debemos marcharnos —dijo Coverly—. Ha sido muy agradable, muchas gracias.

—Si aprendieras a callarte —le gritó el señor Brinkley a su mujer—, el mundo entero te lo agradecería. Deberían prohibirte conducir, y no digamos indicar direcciones a la gente.

—Gracias —dijo Betsey tímidamente, ya en la puerta.

—¿Quién tuvo un accidente el año pasado? —chilló la señora Brinkley—. ¿Quién destrozó el coche?

Fueron andando a casa, deteniéndose de cuando en cuando para intercambiar un beso, y ese paseo acabó como cualquier otro.

Coverly no había vuelto a ver a Cameron. Mató algunos días revisando su discurso de presentación sobre las joyas del cielo. Una mañana le ordenaron presentarse en el departamento de seguridad. Supuso que le acusarían de la pérdida de la cartera de mano y se preguntó si le arrestarían. Coverly era uno de esos hombres que viven con un sentimiento de culpa de un tamaño preternatural y que, como un enorme hematoma oculto bajo la ropa, puede llevarse sin dolor hasta que lo tocan; pero una vez que lo tocan amenaza con enloquecerle de dolor. Era un modelo de virtudes provincianas —sincero, puntual, limpio y animoso—, pero si un poderoso brazo de la sociedad le acusaba de haber hecho algo mal, su autoestima se derrumbaba. Sí, sí, era un pecador. Era él quien había asesinado al embajador, robado las joyas y vendido los documentos secretos al enemigo. Se dirigió a las oficinas de seguridad sintiéndose profundamente culpable. Había un pasillo largo pintado de amarillo en el cual esperaban ocho o diez hombres y mujeres. Parecía la antesala de un médico o un dentista, una antesala consular, el pasillo de un tribunal, una oficina de empleo; este escenario para la espera parecía ser una parte asombrosamente grande del mundo. Uno a uno fueron llamando por sus nombres a los demás hombres y mujeres y haciéndolos pasar por una puerta al final del pasillo amarillo. Ninguno de ellos regresó, así que debía de existir otra salida, pero a Coverly su desaparición le resultaba ominosa. Finalmente le llamaron a él y una bonita secretaria, con cara de censura, le hizo pasar a un despacho grande con aspecto de sala de tribunal antiguo. Había una tarima con una mesa, tras la cual estaban sentados un coronel y dos hombres de paisano. Un escribiente estaba sentado junto a la tarima. La bandera era de pesada seda con un borde dorado y jamás abandonaría su mástil, ni siquiera para un desfile con buen tiempo.

—¿Coverly Wapshot? —preguntó el coronel.

—Sí, señor.

—¿Puede enseñarme su tarjeta de seguridad?

—Sí, señor.

Coverly le entregó la tarjeta.

—¿Conoce usted a una tal Honora Wapshot de Boag Street, en Saint Botolphs?

—Es Boat Street, señor.

—¿Conoce a esta señora?

—Sí, señor, la he conocido toda mi vida. Es mi prima.

—¿Por qué no informó usted a este departamento de su procesamiento?

—¿Su qué? —¿Qué podía haber hecho Honora? ¿Incendio provocado? ¿Robar algo en los almacenes de todo a cinco-y-diez centavos? ¿Comprar un coche y atropellar a una multitud?—. Yo no sabía nada de su procesamiento —dijo Coverly—. Lo último que me escribió fue acerca de un acebo que tiene detrás de su casa. El árbol tiene una especie de hongos y ella quería que lo fumigaran. Eso es todo lo que

sé de ella. ¿Puede usted decirme de qué se la acusa?

—No. Puedo decirle que su tarjeta de seguridad ha sido suspendida.

—Pero, coronel, no entiendo nada de esto. Ella es una señora anciana y no se la puede considerar responsable de lo que haga. ¿Hay alguna apelación, alguna forma de que yo pueda impugnar esta decisión?

—Puede usted apelar a través de la oficina de Cameron.

—Pero no puedo ir a ninguna parte sin mi tarjeta de seguridad, señor. No puedo ir ni al lavabo.

El escribiente rellenó un impreso que parecía una licencia de pesca y se lo entregó a Coverly. Era, leyó, un permiso limitado que expiraba a los diez días. Le dio las gracias al escribiente y salió por una puerta lateral cuando ya entraba otro sospechoso.

Coverly fue inmediatamente a la oficina de Cameron, donde la recepcionista le dijo que el viejo estaba fuera de la ciudad y que no volvería hasta dentro de por lo menos dos semanas. Entonces Coverly pidió ver a Brunner, el científico con el que había comido en Atlantic City, y la joven le hizo pasar al despacho de Brunner. Este llevaba el jersey de cachemir de su casta y estaba sentado delante de un encerado de color cubierto de ecuaciones y con una nota que decía: «Comprar zapatillas deportivas». Había una rosa de cera en un jarrón sobre su mesa. Coverly le contó a Brunner sus problemas y él le escuchó con simpatía.

—Tú nunca ves material clasificado, ¿verdad? —le dijo—. Es el tipo de cosa que el viejo quiere combatir. El año pasado echaron a un bedel del centro de cálculo porque, al parecer, su madre trabajó brevemente como prostituta durante la Segunda Guerra Mundial.

Se excusó y salió y luego regresó con otro miembro del equipo. Cameron estaba en Washington y desde allí se iría a Nueva Delhi. Los dos científicos le sugirieron a Coverly que viajara a Washington para coger al viejo allí.

—Parece que le caes bien —dijo Brunner—, y si hablas con él al menos podría prorrogar tu permiso temporal hasta que él vuelva. Ha ido para un juicio oral en el Congreso. Se celebra en la sala 763. —Brunner escribió el número en un papel y se lo dio a Coverly—. Si llegas temprano quizá puedas hablar con él antes de que entre. No creo que haya muchos espectadores. Esta es la séptima vez que le interrogan este año y ya han perdido interés.

Que Cameron le hablase a Coverly después de su última entrevista era sumamente discutible, pero esta parecía ser su única posibilidad, y decidió intentarlo, impulsado fundamentalmente por su indignación ante la arbitrariedad de los funcionarios de seguridad que confundían las excentricidades de su prima con la seguridad nacional. Voló a Washington esa noche y fue a la sala 763 por la mañana. Su permiso temporal sirvió y no tuvo dificultad para entrar. Había muy pocos espectadores. Cameron entró por otra puerta a las diez y cuarto y fue directamente al estrado de los testigos. Llevaba en la mano lo que parecía ser el estuche de un violín. El presidente del tribunal empezó a interrogarle enseguida, y Coverly admiró la calidad de su compostura y la densidad de sus cejas.

—¿Doctor Cameron?

—Sí, señor.

Su voz era, con mucho, la mejor de la sala; la más imponente, la más viril.

—¿Le suena el apellido Bracciani?

—Ya he contestado antes a esa pregunta. Mi respuesta consta en acta.

—Las actas de anteriores juicios orales nada tienen que ver con nosotros. Las he solicitado pero mis colegas me las han denegado. ¿Le suena el apellido Bracciani?

—No veo por qué razón he de venir repetidas veces a Washington para responder siempre a las mismas preguntas.

—¿Le suena el apellido Bracciani?

—Sí.

—¿Relacionado con qué?

—Bracciani era mi apellido. El juez Southerland me concedió el cambio por el de Cameron en Cleveland, Ohio, en 1932.

—¿Bracciani era el apellido de su padre?

—Sí.

—¿Su padre era un inmigrante?

—Todo esto ya lo sabe usted.

—Le he dicho, doctor Cameron, que mis colegas no me han permitido el acceso a las actas de los anteriores juicios orales.

—Mi padre era un inmigrante.

—¿Había algo en su pasado que le impulsara a usted a renegar de su nombre?

—Me cambié el nombre —dijo el doctor— por diversas razones. Era difícil de escribir, difícil de pronunciar y difícil para identificarme de manera eficaz. También, lo cambié porque todavía hay zonas en este país, y algunas personas, que sospechan de todo lo que es extranjero. Tener un apellido foráneo no es eficaz. Cambié de nombre igual que al pasar de un país a otro se cambia de moneda.

Intervino un segundo senador, un hombre más joven.

—¿No es cierto, doctor Cameron, que se opone usted a cualquier investigación

más allá de nuestro sistema solar y que ha negado dinero, cooperación y asistencia técnica a quienes no compartían sus opiniones? —le preguntó.

—No me interesan los viajes interestelares —contestó Cameron tranquilamente—, si es eso lo que desea usted saber. La idea es absurda y mi opinión se basa en propiedades fundamentales, como el tiempo, la aceleración, la potencia, la masa y la energía. No obstante, desearía aclarar que no creo que nuestra civilización sea la única civilización inteligente del universo. —Una fugaz sonrisa pasó por su rostro, una joya de forzada y falsa paciencia, y se inclinó un poco hacia delante en su silla—. Pienso que la vida y la inteligencia se habrán desarrollado más o menos a la misma velocidad que en la tierra en cualquier lugar donde se haya dado el entorno adecuado y el tiempo necesario. Los datos actuales, extremadamente escasos, sugieren que puede haber vida desarrollada en los planetas de aproximadamente el seis por ciento de la totalidad de las estrellas. Personalmente, creo que el espectro de luz que reflejan las zonas oscuras de Marte revela características que prueban la presencia de vida vegetal. Como he dicho, pienso que la posibilidad de viajes interestelares es algo absurdo; pero la comunicación interestelar es otra cosa.

»El número de civilizaciones con las cuales quizá podríamos comunicarnos depende de seis factores —continuó el doctor—. Uno: El ritmo al que se estén formando estrellas como nuestro sol. Dos: la fracción de tales estrellas que tengan planetas. Tres: La fracción de tales planetas que puedan alimentar vida. Cuatro: La fracción de planetas habitables en los que haya surgido vida. Cinco: La fracción de estos que haya producido seres con una tecnología adecuada para la comunicación interestelar. Seis: La longevidad de esta alta tecnología. Aproximadamente en una de cada tres millones de estrellas existe la probabilidad de una civilización en órbita. Sin embargo, esto podría significar millones de estas civilizaciones únicamente dentro de nuestra propia galaxia y, como todos ustedes saben, caballeros, hay billones de galaxias. —La sonrisa hipócrita pasó de nuevo por su cara—. Me parece improbable que la tecnología llegue a desarrollarse en un planeta cubierto de agua. Algunos de mis colegas están entusiasmados con la inteligencia de los delfines, pero a mí no me parece que sea probable que este animal llegue a interesarse por el espacio interestelar. —Esperó a que las indecisas y escasas risas se apagaran—. La banda de veintiún centímetros, es decir, mil cuatrocientos veinte megaciclos, que emiten los átomos de hidrógeno al chocar por todo el espacio, ha producido algunas señales interesantes, en especial procedentes de Tau Ceti, pero soy muy escéptico respecto a su coherencia. Creo, eso sí, que los científicos de cualquier civilización avanzada habrán descubierto que el valor energético de cada unidad y quantum de radiación, sea en forma de luz o de ondas de radio, es igual a su tiempo de frecuencia, un valor que nosotros, y quizá algunos de ustedes, conocemos como la constante de Planck. Los máseres ópticos parecen ser nuestro medio de comunicación interestelar más prometedor. —Ya había adoptado su actitud pedagógica y nada le detendría hasta que les hubiera infligido todo el tedio, la emoción y el dolor de una lección—. La versión

óptica de estos máseres puede producir un rayo de luz tan intenso y estrecho que, transmitido desde la tierra, iluminaría una pequeña porción de la luna. —Allí estaba de nuevo la fugaz y melosa sonrisa—. Las longitudes de onda extrañas se eliminan, de modo que, contrariamente a lo que sucede con la mayoría de los rayos de luz, este es tan puro que puede modularse para la transmisión de la voz. Un sistema máser podría ser detectado con nuestra tecnología actual si transmitiera desde un sistema solar a diez años luz de aquí. Debemos estudiar los espectros de luz de estrellas cercanas en busca de líneas de emisión de especiales fuerza y agudeza. Esto constituiría una prueba inconfundible de transmisiones máser procedentes de un planeta que orbitara dicha estrella. Las señales de luz estarían codificadas de forma muy elaborada. En el caso de un sistema a mil años luz de distancia, se tardaría dos mil años luz en hacer una pregunta y recibir una respuesta. Una civilización superior cargaría su rayo de señales de enorme cantidades de información. Una civilización sumamente avanzada, que hubiese superado el hambre, la enfermedad y la guerra, dedicaría sus energías, como es natural, a la búsqueda de otros mundos. No obstante, una civilización sumamente avanzada también podría tomar otra dirección. —Aquí su voz se alzó con tal tono de censura y reproche que despertó a dos senadores que estaban adormilados—. Una civilización sumamente avanzada podría muy bien autodestruirse con lujos, alcoholismo, permisividad sexual, pereza, codicia y corrupción. Yo creo que nuestra civilización está seriamente amenazada por la degeneración mental y biológica.

»Pero volviendo a su pregunta. —Esta vez utilizó la sonrisa para indicar un cambio de escenario; entraban en otra parte del bosque—. El sistema tierra-luna extiende su influencia hasta una considerable distancia en el espacio. La gravedad de la tierra, su magnetismo y radiación refleja no tienen una influencia apreciable. En el punto culminante del cielo solar, el sol entra en erupción, arrojando nubes de gas al espacio. Generalmente, un día o dos después estallan en la tierra tormentas magnéticas de gran violencia. Pero la naturaleza del espacio interplanetario es absolutamente desconocida. No sabemos nada de la forma, composición y características magnéticas de las nubes del sol. Ni siquiera sabemos si se mueven en espiral o en línea recta. Cartografiar el sistema solar es prácticamente imposible por la incertidumbre respecto a la distancia precisa entre los planetas y el sol.

—¿Doctor Cameron? —intervino otro senador.

—Sí.

—Tenemos aquí declaraciones juradas respecto a lo que algunos de sus colegas han descrito como un temperamento incontrolable. El doctor Pewters declaró que el 14 de agosto, en el curso de una discusión acerca de la viabilidad de los viajes a la luna, usted arrancó las persianas de su despacho y las pisoteó. —Cameron sonrió con indulgencia—. Hugh Tompkins, soldado y conductor, afirma que cuando llegó con retraso a su oficina, sin ninguna culpa por su parte, usted le abofeteó, le arrancó los botones del uniforme y le insultó con palabras obscenas. La señorita Helen Eckert,

azafata de Pan American Airlines, asegura que cuando su vuelo procedente de Europa hubo de aterrizar en Chicago en lugar de en Nueva York, organizó usted tal escándalo que puso seriamente en peligro la seguridad del vuelo. El doctor Winslow Turner afirma que, durante un simposio sobre viajes interestelares, le tiró usted un pesado cenicero de cristal que le hizo un corte profundo en la cara. Hay una declaración del médico que le suturó la herida.

—Me declaro culpable de todos esos cargos —dijo el doctor Cameron, en tono encantador.

—¿Doctor Cameron? —preguntó otro senador.

—Sí.

—Los críticos de su administración en Talifer aseguran que usted no ha terminado, suspendido ni reducido unos experimentos que ya han costado al gobierno seiscientos millones de dólares y que parecen ser infructuosos. Dicen que ha gastado un total de cuatrocientos diecisiete millones en misiles abortados y cincuenta y siete millones en experimentos de rastreo inoperantes. Afirman que su administración se ha caracterizado por el despilfarro, el mal funcionamiento y la falta de coordinación.

—No sé, en este caso, qué entiende usted por infructuoso, abortado e inoperante, senador —dijo Cameron—. Talifer es una estación experimental y nuestro trabajo no puede reducirse a las matemáticas lineales. Creo que todas mis decisiones, vistas a la luz de todos los factores, fueron correctas en su momento y asumo la plena responsabilidad de las mismas.

—¿Doctor Cameron?

El siguiente senador que intervino en el interrogatorio era un hombre robusto que parecía extrañamente tímido para ser un político.

—Sí.

—Quizá mi pregunta no sea oportuna, pero se trata de mis electores; de hecho, se trata de su bienestar, de su salud, ya que, como usted sabe, los microbios que se crían en el combustible de los misiles parecen ser los causantes de un brote de enfermedades respiratorias en las cercanías de Talifer.

—Usted perdone, senador, pero no existe absolutamente ninguna prueba científica que relacione esos microbios con el desafortunado brote de enfermedades respiratorias. Absolutamente ninguna prueba científica. Sabemos que en el combustible se crían microbios, un hongo del género Loremendrum que produce esporas que se transmiten por el aire y mutantes especiales. No son más significativos que los microbios que se crían en la gasolina, en el queroseno y en el combustible de los aviones. En volúmenes tan grandes, una concentración de contaminantes puede convertirse rápidamente en una molesta cantidad de residuos.

—¿Doctor Cameron?

Esta vez era un hombre viejo, delgado y con la extraordinaria palidez de una vida excepcionalmente larga. En realidad parecía más muerto que vivo. A cierta distancia sus manos parecían ser solo hueso. Llevaba chaleco y un traje bien cortado y tenía la

apariencia y el aire de autoestima de un dandi. Su nariz era enorme y amoratada y sobre el puente de la misma llevaba unos quevedos de los cuales colgaba una larga cinta negra. Su voz no era débil, pero hablaba con esa vulnerabilidad a la emoción de las personas muy ancianas y, de vez en cuando, se secaba con un gran pañuelo un hilo de saliva que le corría por la barbilla.

—Sí —contestó Cameron.

—Yo nací en un pueblo, doctor Cameron —dijo el anciano—. Creo que la diferencia entre este mundo ruidoso y público en el que vivimos ahora y el mundo que yo recuerdo es real, muy real. —Hubo una embarazosa pausa mientras él parecía esperar a que su corazón enviase suficiente sangre a su cerebro para poder continuar—. Los hombres de mi edad, lo sé, tienden a recordar el pasado de un modo sentimental, pero, aun descontando ese deplorable sentimentalismo, creo que puedo encontrar muchas cosas en el pasado que son auténticamente dignas de aprecio. Sin embargo... —De nuevo parecía haber olvidado lo que quería decir; de nuevo parecía esperar a que la sangre ascendiera a su cerebro—. Sin embargo, he vivido cinco guerras, todas sangrientas, destructivas, costosas e injustas, creo que inevitables, pero a pesar de esta evidencia de la incapacidad del hombre para vivir en paz con sus semejantes, yo espero que el mundo, con todas sus manifiestas imperfecciones, sea preservado. —Se secó las mejillas con el pañuelo—. Me dicen que es usted famoso, que es usted un gran hombre, estimado y honrado en todas partes, y yo respeto sus honores inequívocamente pero, al mismo tiempo, encuentro en su manera de pensar cierta estrechez, cierta falta de voluntad, diría yo, de reconocer esos sencillos vínculos que nos unen a unos con otros y con los jardines de la tierra. —Volvió a secarse las lágrimas y un sollozo sacudió sus viejos hombros—. Poseemos poderes prometeicos pero ¿no nos faltan el temor y la humildad con que el hombre primitivo manejaba el fuego sagrado? ¿No es este el momento del temor excepcional, de la humildad suprema? Si yo tuviera que hacer una afirmación final, y muy pronto tendré que realizarla porque me estoy acercando al final de mi viaje, tendría la forma de una acción de gracias por los amigos valientes, las mujeres encantadoras, los cielos azules, el pan y el vino de la vida. Por favor, no destruya la tierra, doctor Cameron —sollozó—. Por favor, por favor, no la destruya.

Cortésmente, Cameron dejó pasar este estallido emocional y el interrogatorio continuó.

—¿Es cierto, doctor Cameron, que cree usted que la guerra de hidrógeno es inevitable?

—Sí.

—¿Podría usted darnos un cálculo aproximado del número de supervivientes?

—No podría, lo siento. Sería pura suposición. Creo que habría un número considerable de supervivientes.

—En caso contrario, señor Cameron, ¿sería usted partidario de destruir el planeta?

—Sí —contestó—. Sí, lo sería. Si no podemos sobrevivir, entonces tenemos derecho a destruir el planeta.

—¿Quién decidiría que hemos llegado al último extremo de la supervivencia?

—No lo sé.

El anciano, después de secarse las lágrimas, se levantó de nuevo.

—Doctor Cameron, doctor Cameron —preguntó—, ¿no cree que podría existir algún lazo de cordialidad entre los pueblos de la tierra que haya sido subestimado?

—¿Algún qué? —Cameron no se mostró descortés, pero sí seco.

—Algún lazo de cordialidad humana —dijo el anciano.

—Los hombres y las mujeres —dijo Cameron— son entidades químicas, fácilmente valorables; fácilmente alterables por un aumento o eliminación artificial de las estructuras cromosómicas, mucho más predecibles, mucho más maleables, que algunas plantas, y en muchos casos, mucho menos interesantes.

—¿Es verdad, doctor Cameron —siguió el anciano—, que sus lecturas se limitan a novelitas del Oeste?

—Creo que leo tanto como la mayoría de los hombres de mi generación —respondió el doctor—. A veces voy al cine. Veo la televisión.

—Pero ¿no es verdad, doctor Cameron —insistió el anciano—, que las humanidades no han sido parte de su formación?

—Está usted hablando con un músico —respondió el doctor.

—¿He entendido que es usted músico?

—Sí, senador. Soy violinista. Usted parece sugerir que mi falta de familiaridad con las humanidades explicaría mi frialdad respecto a la demolición del planeta. Eso no es cierto. Amo la música, que es seguramente una de las artes más ensalzadas.

—¿Ha dicho usted que toca el violín?

—Sí, senador, así es.

Abrió el estuche del violín, sacó el instrumento, lo afinó e interpretó un aire de Bach. Era una sencilla pieza de principiante y no la interpretó mejor que cualquier niño pero cuando la terminó hubo aplausos. Guardó el violín.

—Gracias, doctor Cameron, gracias. —Era el anciano, que estaba otra vez de pie—. Su música era encantadora y me ha recordado una fantasía que tengo a menudo en la que un hombre de otro planeta que ha visto nuestra tierra les dice a sus amigos: «Venid, venid, vayamos a la tierra. Tiene forma de huevo, está cubierta de fértiles mares y continentes, caldeada e iluminada por el sol. Tiene iglesias de indescriptible belleza levantadas en honor de dioses que nadie ha visto nunca, ciudades cuyos tejados y chimeneas en la distancia harán brincar vuestros corazones, auditorios en los cuales la gente escucha música de la máxima seriedad y miles de museos donde se conservan las obras nacidas del impulso de los hombres de celebrar la vida. Han inventado instrumentos musicales para despertar las más puras aspiraciones. Han inventado juegos para estimular a los jóvenes. Han inventado ceremonias para exaltar el amor entre los hombres y las mujeres. ¡Oh, corramos a ver ese mundo!».

El anciano se sentó.

—¿Doctor Cameron? —Era la voz de un senador que acababa de entrar—. ¿Tiene usted un hijo?

—Lo tenía —dijo el doctor con un magnífico tono incisivo.

—¿Quiere usted decir que murió?

—Mi hijo está en un hospital. Es un enfermo incurable.

—¿Cuál es la naturaleza de su enfermedad?

—Padece una deficiencia glandular.

—¿Cómo se llama el hospital?

—No recuerdo.

—¿Es el Hospital Psiquiátrico del Estado de Pennsylvania?

El doctor enrojeció, parecía alterado. Por un momento se puso a la defensiva. Luego recobró el ánimo.

—No lo recuerdo.

—Al discutir la enfermedad de su hijo, ¿se ha planteado alguna vez la cuestión de su forma de tratarle?

—Todas las discusiones acerca de la enfermedad de mi hijo —dijo el doctor con decisión— han sido mantenidas por psiquiatras, desgraciadamente. Estas discusiones no me son favorables porque la psiquiatría no es una ciencia. Mi hijo padece una deficiencia glandular y ninguna ociosa investigación de su vida pasada puede alterar ese hecho.

—¿Recuerda usted un incidente cuando su hijo tenía cuatro años y usted le castigó con una vara?

—No me acuerdo de ningún incidente concreto. Es probable que castigase al niño.

—¿Admite usted haber castigado al niño?

—Por supuesto. Mi vida es sumamente disciplinada. No puedo tolerar el menor signo de desobediencia o falta de responsabilidad en mi organización, en mis asociados ni en mí mismo. Mi vida, mi trabajo, que están relacionados con la seguridad del planeta, habrían sido imposibles si hubiese cedido en esta postura.

—¿Es cierto que le azotó tan cruelmente con una vara que fue preciso llevarle al hospital y pasó allí dos semanas?

—Como ya he dicho, mi vida es sumamente disciplinada. Si yo renunciara a mi disciplina, esperarí­a que me castigarán. Trato a los que me rodean del mismo modo.

Replicaba con dignidad, pero el daño estaba hecho.

—¿Doctor Cameron? —preguntó el senador.

—Sí, señor.

—¿Recuerda haber tenido un ama de llaves llamada Mildred Henning?

—Es una pregunta difícil. —Se llevó una mano a los ojos—. Puede que esa mujer haya trabajado en mi casa.

—Que pase la señora Henning.

Entró una anciana de cabellos blancos vestida de luto y, una vez cumplidas las formalidades de su identificación, le pidieron que declarase. Tenía una voz rota y débil.

—Trabajé seis años para él en California —dijo—, y hacia el final me quedé solo para intentar proteger al chico, Philip. Siempre estaba metiéndose con él. A veces parecía como si quisiera matarle.

—Por favor, señora Henning, ¿quiere usted describirnos el incidente que nos mencionó antes?

—Sí. Tengo aquí las fechas. Tuve que llamar al funcionario de salud del condado, así que tengo las fechas. Fue el 19 de mayo. Él, el doctor Cameron, dejó un cambio, unas monedas, en su escritorio, y el chico cogió una de veinticinco centavos. No se le podía culpar, porque nunca le daba nada. Cuando el doctor volvió a casa por la noche contó el dinero, era muy metódico. Cuando vio que faltaba algo le preguntó al niño si lo había cogido. Bueno, el chico era bueno y sincero y lo reconoció enseguida. Entonces el doctor le llevó a su cuarto, el chico tenía una habitación al fondo de la casa y allí había un armario empotrado grande y él le dijo que se metiera en él. Entonces él fue al cuarto de baño y llenó un vaso de agua y se lo dio y cerró la puerta del armario con llave. Esto fue a las siete menos cuarto. Yo no dije nada porque quería ayudar al chico y sabía que si abría la boca iba a ser peor para él. Así que le serví la cena al doctor con la cara seria y luego escuché y esperé, pero él no se acercó al armario donde estaba encerrado el pobre niño en la oscuridad. Entonces fui al armario, descalza, y le hablé muy bajito, pero él lloraba tanto, estaba tan angustiado que no podía hacer otra cosa que sollozar, y le dije que no se preocupara, que me echaría en el suelo junto al armario y me quedaría toda la noche, y eso hice. Estuve tumbada allí hasta el amanecer y luego le dije adiós y bajé a preparar el desayuno. El doctor se marchó al trabajo a las ocho y entonces yo intenté abrir la puerta del armario, pero tenía una buena cerradura y ninguna de las llaves que había en la casa la abría, y el pobre chiquillo seguía llorando y casi no podía hablar y se había bebido el agua y no tenía nada que comer y no había manera de pasarle agua ni comida. Así que, cuando hice las tareas de la casa, cogí una silla y me senté al lado del armario y le hablé hasta las seis y media, cuando llegó el doctor. Yo pensé que dejaría salir al chiquillo, pero él no se acercó a la habitación y cenó como si no pasara nada. Bueno, entonces esperé, esperé hasta que él empezó a prepararse para acostarse y entonces llamé a la policía. Él me dijo que me fuera de la casa, que estaba despedida, y cuando llegó la policía, trató de que me echaran pero yo hice que el agente abriera el armario y el pobre chiquillo, qué malito estaba, salió, pero yo tuve que irme, aunque se me partía el alma de dejarle solo, y nunca más he visto al doctor hasta hoy.

—¿Recuerda este incidente, doctor Cameron?

—¿Supone usted que, con las responsabilidades que tengo, puedo dedicarme a acordarme de estas cosas?

—¿No recuerda haber castigado al chico?

—Si le castigué, lo único que pretendía era enseñarle a distinguir el bien del mal. Su voz conservaba el tono incisivo y aún se alzaba, pero no convenció a nadie.

—¿No recuerda haber encerrado a su hijo en un armario durante dos días sin comida ni agua?

—Le di agua.

—Entonces ¿recuerda el incidente?

—Solo quería enseñarle a distinguir entre el bien y el mal.

—¿Va usted a visitar a su hijo?

—De cuando en cuando.

Algo le impulsaba a continuar, alguna energía. Sonrió.

—¿Recuerda cuándo le visitó por última vez?

—No, no lo recuerdo.

—¿Hará unos diez años?

—No lo recuerdo.

—¿Reconocería usted a su hijo?

—Por supuesto.

—Papá, papá.

El hombre que habló desde la puerta parecía más viejo que su padre. Tenía el pelo blanco y la cara hinchada. Estaba llorando. Cruzó la sala, se arrodilló junto a su padre, trabajosamente porque no era ningún niño, y apoyó la cabeza en las rodillas de Cameron.

—¡Papá! —gritó—. ¡Oh, papá! Está lloviendo.

—Sí, querido.

Era lo más elocuente que había dicho. Ya no veía la sala ni a sus jueces. Parecía inmerso en un equilibrio de amor y recelo, intensamente humano, como si sus sentimientos fuesen un huracán con una circunferencia y un centro y él estuviera en la calma del centro.

—Está lloviendo, papá —dijo el hombre—. Quédate conmigo. No salgas con esta lluvia. Quédate conmigo por una vez. Ellos me dicen que tú me has hecho daño, pero yo no les creo. Te quiero, papá. Te querré siempre, papá. Te escribo muchas cartas, papá, pero tú nunca me contestas. ¿Por qué no contestas a mis cartas, papá? ¿Por qué no contestas nunca a mis cartas?

—No contesto a tus cartas porque me avergüenzo de ellas —dijo el doctor con voz ronca, pero no como si hablara con alguien infantiloides o loco, sino con un igual, su hijo—. Te envío todo lo que necesitas. Te mando buen papel de escribir, pero tú me escribes en papel de envolver, en las listas de la lavandería, o incluso en papel higiénico. —Su voz se alzó iracunda y resonó en las paredes de mármol—. ¿Cómo diablos esperas que conteste a tus cartas si las escribes en papel higiénico? Me avergüenza recibirlas, me avergüenza verlas. Me recuerdan todo lo que detesto en la vida.

—¡Papá, papá! —gritó el hombre.

—Nos vamos ya, Philip. Tenemos que irnos —dijo el enfermero que estaba con él, y cogió a su paciente del brazo.

—No, quiero quedarme con papá. Está lloviendo y yo quiero quedarme con papá.

—Ven, Philip.

—Papá, papá —gritaba mientras se lo llevaban, y cuando la puerta se cerró todavía le oían, como la señora Henning debió de haber escuchado su voz dentro del armario tantos años atrás.

—Propongo —dijo el viejo senador— que solicitemos, si está en nuestras manos, que el certificado de seguridad del doctor Cameron sea suspendido.

Al parecer la propuesta estaba en sus manos. La moción fue aprobada y se levantó la sesión. Cameron permaneció sentado en la silla de los testigos y Coverly salió con los demás.

Emile y Melissa acordaron reunirse en Boston. Ella le dijo a Moses que tenía que ir al norte a ver a su tía. Esta vivía en Florida, pero Moses no discutió esa explicación.

Emile y ella volaron en distintos aviones. Él llegó una hora después que ella y se dirigió a la habitación de Melissa, donde pasaron la tarde. Luego salieron a dar un paseo. Hacía mucho frío y, contemplando las fachadas y las torres de Copley Square, a ella le conmovió pensar que en otro tiempo Boston se consideró a sí misma ciudad hermana de Florencia, ese valle de flores. El viento le azotaba la cara. Él se paró a mirar una sortija en el escaparate de una joyería. Era una sortija de hombre, con un zafiro montado en oro. A ella no le interesó, pero él parecía fascinado. Melissa temblaba de frío mientras él admiraba la piedra.

—Me gustaría saber cuánto cuesta. Voy a preguntarlo.

—No, Emile —dijo ella—. Estoy helada. Además, esas cosas son siempre carísimas.

—Voy a preguntarlo. No tardo nada.

Ella le esperó en la puerta.

—¡Ochocientos dólares! —exclamó él al salir—. Imagínate. Ochocientos dólares.

—Ya te dije que sería muy cara.

—Ochocientos dólares. Pero era bonita, ¿verdad? Y supongo que si uno necesitase dinero siempre podría venderla. Quiero decir que esas cosas siempre conservan su valor, ¿no te parece? Sería algo así como una inversión. ¿Sabes? Si yo tuviera ochocientos dólares a lo mejor me compraba una sortija como esa. Solo a lo mejor. Cuando la gente viera la sortija, siempre sabrían que yo valía ochocientos dólares. Los camareros y gente así. Quiero decir que deben de respetarle a uno si lleva una sortija como esa.

A ella le pareció que él estaba rebajando deliberadamente la relación entre ellos y obligándola a la humillación de comprarle la sortija, pero se equivocaba; la idea no se le había pasado por la cabeza.

—¿Quieres que te compre la sortija, Emile?

—Oh, no. Ni se me había ocurrido. Sencillamente me llamó la atención. Ya sabes, a veces una cosa te llama la atención.

—Te la compraré.

—No, no, olvídalo.

Cenaron en un restaurante y luego fueron al cine. Al volver al hotel él compró un periódico y se puso a leerlo en la habitación de Melissa mientras ella se desnudaba y se cepillaba el pelo.

—Tengo hambre —dijo él de pronto. Su tono era malhumorado—. En casa siempre tomo un plato de cereales o un sándwich o algo antes de acostarme. —Se puso de pie, se llevó las manos al estómago y gritó—: ¡Tengo hambre! No como suficiente en los restaurantes. Todavía estoy creciendo. ¡Tengo que tomar tres

comidas abundantes al día y a veces algo más entre horas!

—Bueno, ¿por qué no bajas a comer algo?

—Bueno.

—¿Necesitas dinero?

—Más o menos.

—Toma. Aquí tienes algo de dinero. Baja a tomarte algo.

Él salió, pero no volvió. A medianoche ella echó la llave y se acostó. Por la mañana se vistió y se fue a la joyería a comprar la sortija.

—Oh, la recuerdo —dijo el dependiente—, la vi anoche. La vi en la puerta cuando su hijo entró a preguntar el precio.

Fue un golpe para ella y supuso que se le habría notado. Pensó que quizá la oscuridad invernal y las luces de la calle la habrían hecho parecer mayor.

—Es usted una madre muy generosa —comentó el dependiente al coger el cheque y entregarle el estuche.

Llamó a la habitación de Emile y, cuando él bajó, le dio la sortija. El placer y la gratitud del muchacho, pensó, no eran mercenarios ni groseros, sino únicamente la respuesta natural a las antiguas pruebas de amor, al poder inmemorial de las piedras preciosas y el oro fino. Por la tarde había niebla, y todos los vuelos estaban cancelados, por lo que regresaron en tren, viajando en diferentes vagones.

Él se sentó junto a la ventanilla, mirando el paisaje. Al sur de Boston, el tren pasó por una zona residencial. Todas las casas eran nuevas y, aunque los arquitectos y los jardineros habían logrado introducir algunos cambios aquí y allí, el efecto era monótono. Lo que le interesó fue que en el centro de la urbanización se alzaba un gran bloque de granito, feo, incoloro, en forma de barra de pan. Las carreteras tenían que circunvalarlo a un alto coste. Los lados eran demasiado escarpados para sostener los cimientos de una casa. Parecía, en su inutilidad, triunfalmente obstinado y perverso. Era la única forma en el paisaje que no había sucumbido al cambio. No podía ser dinamitado. Tampoco podía ser picado y retirado a trozos. Era inútil e invencible. Unos muchachos de su edad estaban trepando por un costado y él adivinó que era su último refugio.

Era ya tarde y hacía frío, y él recordó la sensación de esa época del año y de la hora cuando llegaba el momento de dejar de jugar y volver a casa a estudiar. Cerca de donde él vivía había una roca similar a esta, y él había trepado a ella en las tardes de invierno para fumar cigarrillos y hablar con sus amigos sobre el futuro. Recordaba buscar con las manos puntos de apoyo en la pared vertical, y que la áspera piedra se enganchaba en sus mejores ropas del colegio, pero lo que recordaba con más claridad era que, una vez que sus pies tocaban el suelo, él tenía la sensación de despertar a una vida enteramente nueva, la llegada a un nuevo estado de conciencia, tan claramente distinto de su pasado como el sueño es diferente del despertar. Parado al pie de la roca a esa hora y en esa estación del año —a punto de marcharse a casa a estudiar, pero todavía no en camino—, miraba los patios, los árboles y las casas iluminadas

con una sensación galvánica de descubrimiento. ¡Qué vigoroso e interesante le había parecido el mundo bajo la luz invernal! ¡Qué nuevo parecía todo! Probablemente conocía cada ventana, cada tejado, cada árbol, cada característica del lugar, pero se sentía como si lo viera todo por primera vez.

Cuánto había envejecido él desde entonces.

Se reunieron de nuevo diez o quince días más tarde en un hotel de Nueva York. Ella llegó primero y ordenó que le trajeran whisky y unos sándwiches de carne asada. Cuando él entró, ella se sirvió una copa y le preparó otra a él, y fue él quien se comió los dos sándwiches que ella había pedido. Llevaba una pulsera con campanillas de plata que se había comprado hacía muchos años en Casablanca. Una vieja prima rica le había ofrecido un crucero por el Mediterráneo como regalo de Navidad, y durante el viaje nunca había podido escapar a un sincero y opresivo sentimiento de gratitud hacia la anciana. Cuando vio Lisboa pensó: ¡Oh, prima Martha, ojalá pudieras ver Rodas! De pie en la casba al atardecer pensó: ¡Oh, prima Martha, ojalá pudieras ver el tono púrpura que tienen los cielos sobre África! Recordando esto sacudió las campanillas de plata.

—¿Tienes que llevar esa pulsera? —preguntó él.

—Claro que no —contestó ella.

—Odio esa clase de chatarra —dijo él—. Tienes montones de joyas buenas, esos zafiros, por ejemplo. No entiendo por qué llevas baratijas. Esas campanillas me ponen nervioso. Cada vez que te mueves, suenan. Me ponen nervioso.

—Lo siento, cielo —dijo ella.

Se quitó la pulsera. Él parecía avergonzado o confuso por su brusquedad; nunca antes se había mostrado brusco o duro con ella.

—A veces me pregunto por qué me ha sucedido esto —dijo Emile—. Quiero decir, ya sé que no podía haber tenido nada mejor. Eres guapísima y fascinante, eres la mujer más fascinante que he visto, pero a veces me pregunto por qué tenía que sucederme de esta manera. Quiero decir, hay chicos que desde el principio conocen a una chica bonita que vive cerca, sus padres son simpáticos, van al mismo colegio, a los mismos bailes, van a bailar juntos, se enamoran y se casan. Pero supongo que eso no vale para los pobres. Ninguna chica bonita vive cerca de mí. No las hay en mi calle. Oh, me alegro de que me sucediera así, pero no puedo dejar de pensar cómo habría sido de otra manera. Es como en Nantucket aquel fin de semana. Ese era el fin de semana del gran partido de fútbol americano, y yo pensaba que allí estábamos nosotros, los dos solos en aquella casa vieja y triste, era un sitio muy triste, con lluvia y frío y todo, mientras otros chicos iban al partido en coches descapotables.

—Debo parecerte muy vieja.

—Oh, no. De verdad que no. No es eso... Solo una vez. Fue en Nantucket también. Llovió durante la noche. Empezó a llover y tú te levantaste a cerrar la ventana.

—¿Y te parecí terriblemente vieja?

—Solo por un minuto... En realidad no. Pero, ya sabes, tú estás acostumbrada a las comodidades, eres diferente. Dos coches, mucha ropa. Yo no soy más que un chico pobre.

—¿Y eso importa?

—Oh, ya sé que tú piensas que no, pero sí importa. Cuando tú entras en un restaurante, nunca miras los precios. Tu marido te puede pagar todas esas cosas. Él puede comprarte todo lo que quieras, está forrado, pero yo no soy más que un pobre chico. Supongo que soy una especie de lobo solitario. Supongo que la mayoría de los pobres lo son. Nunca viviré en una casa como la tuya. Nunca seré socio de un club de campo. Nunca tendré un chalet en la playa. Y aún tengo hambre —añadió, mirando el plato de los sándwiches vacíos—. Todavía estoy creciendo, ya lo sabes. Tengo que almorzar bien. No quiero parecer desagradecido ni nada, pero tengo hambre.

—Baja al comedor, cariño, y tómate una buena comida —dijo ella—. Aquí tienes cinco dólares.

Le dio un beso y, en cuanto él salió, ella se marchó del hotel.

Melissa paseó por las calles —no tenía adónde ir— preguntándose cuál había sido el primer eslabón de la cadena de sucesos que la había llevado al punto donde se encontraba. El ladrido de un perro, el sueño de un castillo o su aburrimiento en el baile de la señora Wishing. Entonces regresó a casa, y mirad a esta hermosa mujer que se baja del tren en Proxmire Manor. Ved lo que hace. Ved lo que le ocurre.

Lleva un abrigo de visón y va sin sombrero. Su coche es un descapotable. Lo conduce hasta su casa, cuya blancura parece dar fe de la pureza de ella. ¿Cómo puede ser una pecadora alguien que vive en un ambiente tan decoroso? ¿Cómo puede ser sacudida por incontrolables pasiones alguien que posee tantos muebles Hepplewhite en buen estado? Abraza a su único hijo con lágrimas en los ojos. Este amor por el niño parece ser una cosa más que se acumula en su alma. Sola en su dormitorio, se dobló en dos por la necesidad y gruñó como una perra en celo. Él —su fantasma— cruzó la habitación y, aunque ella conocía la fealdad de su mente, su piel parecía brillar; parecía un Adán de oro. Deseaba olvidarle. Deseaba la absolución. Se había echado un amante, pero ¿acaso era esto tan revolucionario? Puede que se hubiera equivocado en su elección, aunque ¿no era eso, en la historia de las cosas, algo tan corriente como la lluvia? Pensó fugazmente en confesárselo todo a Moses, pero conocía su orgullo demasiado bien y sabía que él la echaría de casa. Se sentía desgarrada. Había confiado en ser una mujer natural, sensual pero nada romántica, capaz de echarse un amante alegremente y de dejarlo alegremente cuando llegase el momento. Lo que se le había revelado era la fuerza que tenían la culpa y la lujuria dentro de su temperamento. Había infringido los cánones de una sociedad decorosa y ahora parecía estar empalada en ese decoro que despreciaba. El dolor era insoportable y bajó y se sirvió una copa. Le hubiese dado vergüenza pedirle hielo a la cocinera tan temprano, así que le echó agua al whisky en el cuarto de baño y se lo bebió allí.

La bebida la hizo sentirse mejor. Se tomó otra copa rápidamente. No era capaz de exorcizar la imagen de Emile pero, poco a poco y con ayuda del whisky, pudo mirarla bajo una luz diferente. Venía hacia ella con los brazos extendidos y la abrazaba pero ahora tenía un aspecto malvado, parecía querer rebajarla y destruirla. Ella había sido inocente, ¡había sido agraviada! Eso era. El alivio de atribuirle maldad fue enorme. ¡Él había abusado de su inocencia! Pero luego, recordando el viaje a Nantucket, en el cual solo había recibido de él la más alentadora y tierna lascivia, ¿podía afirmar que ella fuera inocente, que él se hubiera aprovechado de ella? El alivio de la absolución se desvaneció y bebió más whisky. Cuando Moses llegó a casa, ella estaba completamente borracha.

Moses no dijo nada. Pensó que ella debía de haber recibido una mala noticia. Parecía soñolienta; se le cayó un cigarrillo encendido sobre la alfombra y al entrar en el comedor dio un traspié y estuvo a punto de caerse. Cuando Moses salió para meter los coches en el garaje, ella fue al bar y bebió un trago de whisky directamente de la

botella. Pese a lo borracha que estaba, no podía dormir. Moses no la tocó, pero, tumbada a su lado, ella pensó que una pequeña cicatriz que Emile tenía entre el vello del vientre era más valiosa para ella que toda la enfermedad del amor de Moses. Cuando este se durmió, bajó y se sirvió más whisky. Estuvo bebiendo hasta las tres, pero cuando volvió a la cama la imagen de Emile, su dorado Adán, aún era vívida. Para distraerse planeó la renovación de su cocina. Quitó los viejos fogones, el frigorífico, el lavaplatos y la pila, eligió un nuevo linóleo, un nuevo cubo de la basura, una nueva combinación de colores, una nueva iluminación. ¿Era una estupidez suya, o de su época, el hecho de que, en medio de la angustia de un amor sin esperanza, el único consuelo que pudiera hallar fuese imaginar nuevas cocinas y linóleos?

A la tarde siguiente fue al médico para que la examinara. Se tumbó en la camilla, en bragas. La habitación estaba excesivamente caldeada. Pensó que el médico la tocaba con una suavidad que no era clínica, aunque esto podría ser, y ella lo sabía, la culminación de sus confusos sentimientos, distorsionados por los sueños lujuriosos, la borrachera y una noche casi en blanco. Cuando él le palpó los senos, ella creyó ver en su cara la inconfundible tristeza del deseo. Ella volvió la cabeza hacia el otro lado, pero ahora su respiración era profunda y agitada y sus frustraciones acumuladas, su pena por Moses y su deseo de Emile amenazaban con ahogarla. ¿Qué podía hacer? ¿Hablar del tiempo? ¿Criticar a la Junta de Urbanismo? ¿Evocar lo que entonces le parecía la frágil e hipócrita cadena de circunstancias que les apartaba del desastre? Él parecía prolongar lascivamente el examen y ella sentía que las ataduras de su sentido común cedían una tras otra hasta que sus sensaciones eran desenfrenadas. Levantó una mano y le acarició la nuca y él no hizo ningún movimiento para desalentarla. Cuando ella le oyó desabrocharse torpemente, cerró los ojos. El momento fue explosivo e instantáneo. Ella casi perdió la conciencia. Mientras él se vestía, sonó el teléfono.

—Sí, sí —dijo él—, pero como sabes, Ethel, no creemos que viva hasta mañana.

Melissa se vistió y se puso el abrigo de pieles.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —preguntó el médico.

Ella no respondió. Seis o siete pacientes esperaban en la antesala. Uno de ellos, un viejo, gemía de dolor. Ella también sentía un gran dolor, más agudo que el suyo, pensó, porque el sufrimiento de él era inocente. Salió a la calle, a la tarde. Los parquímetros funcionaban. En una tienda vendían carne picada y beicon. Una fuente salpicaba en el parque público. Ella saludó con una sonrisa y un gesto de la mano a una amiga que pasó en un coche. La consumada habilidad con que aparentaba ser respetable era atroz y ella detestaba a los impostores. Aquí estaba la luz del atardecer —las fachadas de las tiendas parecían iluminadas con fuego— y ella parecía inalcanzable a la luz debido a su desesperación.

¿Estaba enferma? Sabía que ese sería el caritativo juicio que emitiría la calle y la gente y se rebelaba amargamente contra él, porque si ella estaba enferma, también lo

estaba Moses, y Emile, y el médico, y la humanidad. El mundo, el pueblo, le perdonarían sus pecados si ella acudiera al doctor Herzog, a quien había visto por última vez bailando con una mujer gorda vestida de rojo, y se descargara de sus recuerdos y confusiones tres veces por semana durante un año o dos. Pero ¿acaso no era su rechazo a la intolerancia y a la anestesia lo que la había llevado a esta situación, su odio a la higiene mental, sexual y espiritual? No podía creer que sus penas pudieran ser blanqueadas atribuyéndolas a la locura. Este era su cuerpo, esta era su alma, estas eran sus necesidades.

Su hijito vino a recibirla cuando entró en casa y ella le cogió en sus brazos con gran ternura. Cuando él volvió a la cocina, ella se sirvió un whisky en el cuarto de baño para paliar el dolor. Entonces telefoneó a su párroco y preguntó si podía ir a verle enseguida. La señora Bascom, su esposa, que contestó al teléfono, le dijo amablemente que fuera. La señora Bascom, oliendo agradablemente a perfume y a jerez, la hizo pasar a la rectoría. Seguramente había pasado la tarde jugando al bridge. Melissa sabía que era sentimental por su parte anhelar una vida centrada en las partidas de bridge, pero la sencillez y la alegría de otra mujer despertaron en ella un tremendo anhelo. La actitud de la señora Bascom le parecía tan sólida como una casa bien construida, con las ventanas resplandecientes de luz, mientras que Melissa se sentía expuesta a todas las inclemencias. La señora Bascom la llevó a una sala donde el rector estaba arrodillado delante de la chimenea, encendiendo unos papeles y astillas con una cerilla.

—Buenas tardes —dijo él—. Buenas tardes, señora Wapshot. —Era un hombre grueso, con el cabello manchado de un gris desalentador como las últimas nieves del invierno y con un rostro fuerte y feo—. He pensado en encender el fuego. No hay nada como el fuego para estimular la conversación, ¿verdad? Siéntese, siéntese. Tengo que hacerle una confesión. —Ella se estremeció al oír esa palabra—. El club de bridge de la señora Bascom, uno de sus *tres* clubes de bridge, tenía partida esta tarde y yo decidí concederme vacaciones y he pasado toda la tarde viendo la televisión. Ya sé que mucha gente está en contra de la televisión pero durante mis horas de, llamémosle, disipación, he visto algunos telefilmes muy interesantes y algunas interpretaciones espléndidas. No me sorprendería nada descubrir que hoy en día los niveles interpretativos en televisión son muy superiores a los del teatro. He visto una telecomedia muy interesante que trataba de una mujer que se sentía tentada, digo tentada pero no había nada pecaminoso, debido a la monotonía de su vida de clase media, a abandonar a su familia en favor de un negocio. Tenía una suegra muy desagradable. No verdaderamente desagradable, supongo, sino que era una mujer cuyo carácter, podríamos decir, había sido formado por una serie de desafortunadas circunstancias. Era una mujer posesiva. Pensaba que la protagonista descuidaba a su marido. Bueno, la suegra era rica y ellos tenían todos los motivos para esperar una sustanciosa herencia cuando ella falleciera. Hacen una excursión a un lago, oh, estaba muy bien hecho, y durante una tormenta, la suegra se ahoga. La siguiente escena es

en el despacho del abogado donde leen el testamento y descubren asombrados que solamente les ha dejado un dólar. Bueno, la esposa, en lugar de sentirse defraudada, descubre nuevas fuentes de energía en sí misma ante este giro de los acontecimientos y puede dedicarse, redoblar su dedicación, por así decirlo, a su familia una vez más. Era todo muy revelador y creo que si viéramos la televisión más a menudo y viéramos las penas y los problemas de otros, quizá seríamos menos egoístas, y nos dejaríamos abrumar menos por nuestros pequeños problemas.

Melissa había acudido a él en busca de compasión, pero comprendió que más le valdría haberle pedido compasión a la puerta de un granero o a una piedra. Por un momento, la estupidez, la vulgaridad del señor Bascom le parecieron inviolables. Pero si él no sentía compasión por ella, ¿no era entonces responsabilidad suya ofrecérsela a él, intentar comprender, intentar al menos tolerar la imagen de este hombre gordo y simple aplaudiendo las imbecilidades de la televisión? Lo que la conmovió, mientras él se inclinaba hacia el fuego, fue la antigüedad de sus devociones. Ningún mensajero vendría nunca a su puerta con la noticia de que el sacristán había sido martirizado por la policía local, y si ella utilizara el nombre de Jesucristo fuera de su contexto litúrgico, él se sentiría terriblemente azorado. Él no tenía la culpa, no había elegido este momento de la historia, no era el único a quien había desbordado la tarea de dar ardor y realidad a la pasión de Nuestro Señor. Había fracasado, sentado junto a su chimenea parecía ser un fracasado, lo mismo que ella, y merecer, como cualquier fracasado, compasión. Comprendió cuán apasionadamente deseaba él eludir las preocupaciones de ella; hablar de la tómbola de la iglesia, del campeonato mundial, de la cena, del elevado precio del cristal coloreado, de la perfidia del comunismo, de lo cómodas que eran las mantas eléctricas, de cualquier cosa que no fuera su preocupación.

—He pecado —dijo Melissa—. He pecado y el recuerdo es doloroso, el peso es intolerable.

—¿En qué ha pecado?

—He fornicado con un muchacho. Aún no tiene veintiún años.

—¿Ha sucedido con frecuencia?

—Muchas veces.

—¿Y con otros?

—Solo con uno más, pero no puedo fiarme de mí misma.

Él se cubrió los ojos con las manos y ella se dio cuenta de que estaba escandalizado y asqueado.

—En asuntos como este —dijo, con los ojos aún cubiertos— trabajo con el doctor Herzog. Puedo darle su número de teléfono, o le llamaré yo mismo con mucho gusto y concertaré una cita para usted.

—No quiero ir al doctor Herzog —replicó Melissa, llorando—. No puedo.

Salió de la rectoría y al llegar a casa telefoneó a la tienda de Narobi. La cocinera ya había hecho el pedido de los comestibles, y ella pidió una caja de tónicas, berros y

pimienta.

—Su cocinera ya pidió una caja de tónicas esta mañana —dijo el señor Narobi con un tono desagradable.

—Sí, ya lo sé —dijo Melissa—. Es que tenemos invitados.

Poco rato después llegó Emile.

—Lamento haberte dejado en Nueva York —dijo Melissa.

—No importa. —Se rio—. Tenía hambre.

—Quiero verte.

—Bien. ¿Dónde?

—No sé.

—Bueno, está la choza —dijo él—. Algunos amigos y yo tenemos una choza cerca de la cala. Pasaré por la tienda y luego me reuniré contigo allí dentro de media hora.

—De acuerdo.

—Cruzas el puente del ferrocarril —le explicó él— y bajas hacia la cala. Hay un camino de tierra junto al vertedero. Llegaré allí antes que tú y me aseguraré de que no haya nadie.

Ella apenas miró la choza más allá de la pared junto a la cual estaba acostada.

—¿Sabes? —comentó él—. Al mediodía comí sopa de almejas, un sándwich caliente de ternera asada con dos verduras de guarnición y luego tarta y helado, y todavía tengo hambre.

Emile y la señora Cranmer vivían en el segundo piso de una casa de madera para dos familias. La vivienda estaba pintada de verde oscuro con puertas y ventanas en blanco; el verde se había vuelto negro por efecto de la lluvia y la casa pertenecía a una especie gregaria, de esas que rara vez se las ve solas. Aparecen en los alrededores de Montreal, reaparecen al otro lado de la frontera, en los pueblos madereros y textiles del norte, florecen en Boston, Baltimore, Cleveland y Chicago, desaparecen brevemente en los estados del trigo y vuelven a brotar en los barrios pobres de Sioux City, Wichita y Kansas City, formando una cadena irregular y fuerte de domicilios casi nómadas que atraviesa todo el continente.

Cuando volvía a casa andando por las tardes, al acabar el trabajo en Barnum, la señora Cranmer pasaba por delante de la que había sido su casa cuando vivía su marido. Era una casa grande de ladrillo y estuco. ¡Doce habitaciones! Las dimensiones y comodidades de la vivienda retornaban a su mente como un conjuro. El banco había vendido la casa a una familia italiana apellidada Tomasi. Pese a su esfuerzo por aceptar las doctrinas de igualdad que le habían enseñado en la escuela, experimentaba cierta amargura ante la idea de que gente de otro país, gente que aún no había aprendido el idioma y las costumbres de Estados Unidos, pudiese poseer la casa de alguien que, como ella, había nacido aquí. La realidad económica era ineludible y ella lo sabía, pero eso no aliviaba su amargura. La casa le seguía pareciendo suya, aún parecía estar bajo su custodia, aún le recordaba la riqueza de su vida con el señor Cranmer. Los Tomasi pasaban la mayor parte del tiempo en la cocina y las ventanas de la fachada principal solían estar apagadas, pero esa tarde en una de ellas había una lámpara de flecos encendida y detrás, colgadas en la pared, la señora Cranmer vio las fotografías ampliadas de unos extranjeros: los hombres con bigotes y cuellos altos y las mujeres de negro. Experimentó una intensa sensación de otredad al mirar hacia el interior de las ventanas iluminadas de una casa en la que se había centrado su vida. Continuó su camino sobre sus zapatos de historieta cómica.

Encontró el periódico de la tarde en el cajetín de correo. Generalmente lo leía en la cocina. Las historias más sensacionales trataban de la disimulada revolución moral que se estaba produciendo entre los hombres de la edad de Emile. Robaban, saqueaban, se emborrachaban, violaban y, cuando estaban en la cárcel, arrancaban las cañerías. Razonaba que la culpa era de sus padres y elevaba al cielo una plegaria totalmente sincera de agradecimiento por el hecho de que Emile fuera un muchacho tan bueno. En su juventud también había visto alguna violencia, pero entonces el mundo parecía más vasto y compasivo. Nunca había podido determinar quién tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo. Temía que el mundo estuviera cambiando con demasiada rapidez para su inteligencia y su intuición. No tenía a nadie que la ayudase a separar el bien del mal. Cuando terminaba de leer el periódico solía ir a su dormitorio para quitarse las galas que indicaban que había conocido el amor de un

hombre bueno. Nunca iba descuidada ni desaseada. Se ponía unas zapatillas limpias y un vestido limpio de algodón y luego, por regla general, preparaba la cena. Esa noche fue directamente a su dormitorio, se tumbó en la cama a oscuras y se echó a llorar.

Volviendo de la choza en el coche, Emile pensó que estaba descubriendo en sí mismo una vena nueva de seriedad, un aspecto nuevo de madurez. La cocina estaba encendida cuando él entró, pero su madre no estaba allí y luego la oyó llorar en su cuarto. Enseguida supo por qué lo hacía, pero le cogió completamente desprevenido. Su corazón le impulsó a entrar de inmediato en la habitación a oscuras, donde la encontró más desolada, más parecida a una niña que nunca, arrojada sobre la cama por su angustia, totalmente desconcertada y perdida. Se sintió aplastado por el dolor de ella.

—No puedo creerlo —sollozó ella—. No puedo creerlo. Yo pensaba que eras un muchacho tan bueno, le daba gracias a Dios por tu bondad, noche tras noche, y todo el tiempo, ante mis propias narices, estabas haciendo eso. Me lo ha contado el señor Narobi. Vino hoy a la tienda.

—No es verdad, madre. Diga lo que diga el señor Narobi, no es verdad.

Ella apretó la cara contra la almohada húmeda, como un niño, y él tuvo la impresión de que era una niña, su hija, tratada con crueldad por un extraño.

—Eso es lo que rogué que dijeras, eso es lo que esperé que dijeras, pero ya no puedo creer nada. El señor Narobi me lo contó todo, ¿y para qué me lo iba a contar si no fuera verdad? No puede habérselo inventado.

—No es cierto, madre.

—Pero, entonces ¿por qué me ha contado todo eso? ¿Por qué me ha contado todas esas mentiras? Dice que hay una mujer a la que has estado viendo. Dice que ella siempre está llamando a la tienda, aunque no necesite nada, y que él sabe muy bien lo que pasa.

—No es cierto.

—Pero ¿por qué me contó esas mentiras entonces? Quizá está celoso —dijo con una inquieta esperanza—. Ya sabes que hace dos años me pidió que me casara con él. Por supuesto, yo no volveré a casarme nunca, pero él pareció enfadarse cuando se lo dije.

Se sentó en la cama y se secó las lágrimas.

—Puede que sea eso —dijo él.

—Vino una noche cuando yo estaba sola. Me trajo una caja de caramelos y me pidió que me casara con él. Cuando le contesté que no, se enfadó y me dijo que lo lamentaría. ¿Crees que es eso lo que intenta hacer? ¿Que lo lamente?

—Sí, eso debe de ser.

—¿Verdad que es raro? Pensar que alguien quiere hacerme daño a mí. ¿Verdad que es raro? Que cosa más extrañas hace la gente ¿no?

Se lavó la cara y empezó a hacer la cena. Emile se fue a su cuarto, preocupado por la sortija de zafiro, que tenía escondida en un cajón. Se sentiría más seguro

teniéndola en el bolsillo. Abrió el cajón y estaba sacándola del estuche cuando se volvió y vio a su madre de pie en la puerta.

—Dame eso —gritó ella—. Dame eso, demonio. ¿Quién te ha metido el diablo en el cuerpo? ¿Quién? Dame esa sortija. ¿Así es como ella te paga, asquerosa serpiente? No creas que voy a llorar por ti. Derramé mis últimas lágrimas de verdad en la tumba de tu padre. Yo sé lo que es ser amada por un hombre bueno y eso no me lo puede quitar nadie. Quédate en tu cuarto hasta que yo te diga que salgas.

Moses abrió la puerta cuando la señora Cranmer llamó al timbre a la tarde siguiente. Llevaba sombrero, guantes y demás, y él no podía imaginar qué querría. Ella no tenía coche y debía de haber venido a pie desde la parada del autobús. Él pensó al principio que se habría equivocado de dirección. Podía ser una cocinera o una costurera que buscaba trabajo. Hablarle a él directamente, como hizo la señora Cranmer, pareció agotar su valor y su autoestima.

—Dígale a su mujer que deje en paz a mi hijo.

—No la entiendo.

—Dígale a su mujer que deje en paz a mi hijo. No sé a cuántos hombres persigue, pero si la pillo otra vez cerca de mi chico, le arranco los ojos.

—No sé...

Ella se había quedado sin fuerzas y él cerró la puerta.

—Melissa, Melissa —llamó.

¿Por qué no respondía? ¿Por qué no respondía? La oyó subir las escaleras y la siguió. La puerta estaba abierta y ella estaba sentada ante su tocador con la cara entre las manos. Él sintió que la sangre del asesinato corría por sus venas y, lo mismo que por el deseo a veces le parecía tener el cuerpo de ella bajo sus manos antes de haberla tocado, ahora le pareció notar su cuello, los tendones, los músculos, mientras le quitaba la vida. Temblaba. Se acercó a ella por la espalda, le puso las manos alrededor del cuello y cuando ella gritó, él estranguló el grito, pero entonces un temor al infierno surgió en su interior y la tiró al suelo y salió de allí.

¿Qué le había sucedido, qué le había sucedido a Moses Wapshot? Era el más guapo, el más brillante, el más natural de los dos hermanos y, sin embargo, a sus treinta y tantos años estaba envejecido, como si las crisis de su época hubiesen resultado mucho más duras para un temperamento sencillo e impetuoso como el suyo que para Coverly, con ese cuello largo, esa molesta costumbre de hacer crujir sus nudillos y esos ataques de melancolía y petulancia.

Moses llegó repentinamente a Talifer un sábado por la mañana, sin previo aviso. Encontró a su hermano limpiando los cristales de las ventanas. Una mitología que arrojase algo de luz y penetrara la densidad de la relación entre hermanos parece detenerse en Caín y Abel, y puede que sea mejor así. El auténtico placer con que Coverly y Moses se saludaron estaba salpicado de forma inconsciente de impulsos criminales. Moses sonrió con desprecio al ver los trapos de limpiar cristales de su hermano. Coverly notó que Moses tenía la cara enrojecida e hinchada. Este llevaba un bastón con el puño de plata. No bien entró en la casa, desenroscó el puño y se sirvió un dry martini del bastón.

—Contiene medio litro —dijo tranquilamente—. ¿Verdad que a papá le habría gustado tener uno?

Se bebió su ginebra a tan temprana hora del día como si el recuerdo de su padre y tantos otros bebedores empedernidos le eximiera, por ser un Wapshot, de los problemas de la sobriedad y la autodisciplina.

—Voy para San Francisco —explicó—. Y decidí pasarme por aquí. Sale un avión a las cinco. Melissa y el niño están *muy* bien. Están fenomenal.

Lo dijo en tono alto y firme porque como Coverly —como Melissa— había desarrollado la habilidad de creer que lo que había sucedido no había tenido lugar, que lo que estaba sucediendo no estaba ocurriendo y que lo que podría suceder era imposible. El misterio de Honora era la primera preocupación de ambos. Coverly había telefoneado a Saint Botolphs, pero nadie contestaba. Las cartas que le había escrito a Honora se las habían devuelto. Moses había pensado que las cartas de ella hablando del acebo quizá ocultaban el hecho de que estaba enferma pero ¿cómo encajar esto con el hecho de que había infringido alguna ley? Coverly podía haberle enseñado a su hermano el centro de cálculo o haberle mostrado con los prismáticos la hilera de torres de los misiles pero, en vez de eso, le llevó en el coche a la granja en ruinas y pasaron por el bosque. Hacía un hermoso día de invierno en ese lugar del mundo y Coverly trajo a este espacio luminoso una considerable melancolía. En el huerto aún crecían algunas frutas retorcidas y el sonido y la fragancia de las frutas caídas le pareció una parte tan antigua del mundo como sus océanos. El paraíso (pensó) debía de oler a frutas caídas. Unas cuantas hojas muertas revoloteaban en el viento, recordándole las energías que mueven las estaciones. Observando las hojas impulsadas hacia delante, experimentó dentro de sí un despertar de aspiraciones y de

dudas. La principal preocupación de Moses parecía ser su sed. Después de pasear un rato, sugirió que buscaran un establecimiento de bebidas. Cuando regresaban al coche, se produjo un lanzamiento abortado en la torre de un misil. Oyeron una fuerte explosión procedente de esa dirección y luego hubo señales de una alerta aérea. No se veían aviones en el cielo azul pero se oía el rugido de sus motores como el inocente rugido de una caracola marina cuando un viejo la aplica al oído de un niño.

Volvieron al coche y fueron a una tienda de bebidas en las afueras, pero la encontraron cerrada. Había un letrero en el escaparate: ESTE ESTABLECIMIENTO HA CERRADO PARA QUE SUS EMPLEADOS PUEDAN ESTAR CON SUS FAMILIAS. En Talifer cundía a veces un pánico esporádico e insensato. Un puñado de hombres y mujeres perdía la esperanza y se retiraba a sus refugios para rezar y emborracharse; pero esto no le parecía a Coverly más significativo que cuando, en su infancia, los adventistas se cubrían con sábanas de tarde en tarde, subían al monte de Parson y esperaban la resurrección de los muertos y la vida del mundo por venir. El desastre total parecía formar parte de la imaginación universal. Se dirigieron al centro comercial y encontraron una tienda de bebidas abierta. Moses dijo que necesitaba dinero en metálico y el dueño, con el aval de Coverly, le hizo efectivo un cheque por cien dólares. Al llegar a casa, Moses llenó su bastón y se dedicó a beber en serio. A las cuatro de la tarde Coverly llevó a su hermano al aeropuerto y se despidió de él en la puerta principal; una despedida que para ambos constituyó una violenta mezcla de afecto y combatividad.

Tres días después, la tienda de bebidas llamó a Coverly para decirle que les habían devuelto el cheque de Moses. Coverly pasó por allí y pagó la deuda con uno suyo. El jueves le llamaron de un motel cerca del aeropuerto.

—He visto su nombre en la guía telefónica —dijo el desconocido—, y, como es un apellido tan raro, pensé que podían ser parientes. Aquí hay un hombre que se llama Moses Wapshot. Está aquí desde el sábado y, contando las botellas vacías, calculo que se está bebiendo unos dos litros diarios. No ha armado jaleo ni nada, pero, a menos que tire el alcohol por el retrete, a este paso va a acabar mal. He pensado que si era usted pariente suyo debía saberlo.

Coverly dijo que iría inmediatamente y se fue al motel, pero cuando llegó allí, Moses ya se había marchado.

Es dudoso que Emile hubiese querido nunca a Melissa, que hubiese experimentado nunca un auténtico impulso de amor por nadie que no fuera él mismo y el fantasma de su padre. Pensaba en Melissa de cuando en cuando y siempre llegaba a la conclusión de que él era inocente; cualesquiera que fuesen los sufrimientos de ella no eran responsabilidad suya. Después de que le echaran de la tienda de Narobi anduvo una temporada matando el tiempo y luego empezó a trabajar en el nuevo supermercado de la colina, el de la torrecilla. Oficialmente, le contrataron para trabajar en el almacén pero cuando el señor Freeley, el encargado, le cogió, le explicó que tendría otra misión. El supermercado se había abierto dos meses antes, pero el negocio iba mal y las amas de casa, como niños mal criados, eran caprichosas y a veces malhumoradas, debido a la falta de las fuerzas tonificantes del deseo y la necesidad en sus vidas. El señor Freeley las había visto amontonarse en las puertas el día de la inauguración para llevarse el prendido de orquídeas frescas que regalaban a cada cliente, pero cuando se acabaron las flores, las vio regresar con una especie de insensibilidad a sus antiguos proveedores, el Grand Union y el A & P. Acudían como una plaga de langostas, agotaban los artículos en oferta y luego compraban el resto de sus comestibles en otro sitio. Su supermercado, pensaba él, era una maravilla. Las anchas puertas de cristal se abrían a un museo de vituallas; pasillos y más pasillos de productos enlatados, montañas de aves congeladas, y en la pescadería, un pequeño faro sobre un depósito de agua de mar en el que nadaban las langostas. El aire estaba lleno de música y luces suaves. Había diversiones para los niños y exquisiteces para los gourmets, pero nadie —o casi nadie— iba por allí.

El establecimiento formaba parte de una cadena y los caprichos de las mimadas amas de casa ya habían sido calculados por las estadísticas de la oficina central. Las señoras eran incapaces de mostrar fidelidad y, más tarde o más temprano, era seguro que acabarían acudiendo al museo del señor Freeley. Bastaba con esperar y mantener el local resplandeciente. Pero las señoras tardaban más de lo que las estadísticas habían supuesto y finalmente le dieron al señor Freeley un reclamo. La víspera de Pascua esconderían mil huevos de plástico. Todos contenían certificados canjeables por una docena de huevos frescos de granja. Veinte contenían certificados canjeables por un lujoso frasco de perfume francés. Diez contenían certificados canjeables por una motora fueraborda y cinco —dorados— valían por unas vacaciones de tres semanas para dos personas, con todos los gastos pagados, en Madrid, París, Londres, Venecia o Roma. La respuesta fue tremenda y el local se llenó de clientes. Supusieron que los huevos los escondería alguien que trabajara en el establecimiento y se proponían descubrir cuál de los empleados era. «Nuestra experiencia demuestra —leyó el señor Freeley en el folleto explicativo— que entre las amas de casa de cualquier comunidad hay un gran número que no se detiene ante nada con tal de averiguar la identidad de los que esconden los huevos y la ubicación probable de

estos. En algunos casos esto ha conducido a asombrosas muestras de inmoralidad.» El señor Freeley eligió a Emile para esconder los huevos. Si hubiese hablado con Narobi, nunca lo habría contratado, pero pensó que el muchacho tenía un rostro franco y hasta virtuoso. Le explicó los detalles a Emile en su despacho. Le habían dado un mapa explicando dónde tenían que esconder los huevos. Había que esconderlos entre las dos y las tres de la madrugada del Domingo de Pascua. Emile cobraría una gratificación de veinticinco dólares además de su sueldo y, para garantizar el secreto, el señor Freeley no volvería a hablar con Emile hasta la víspera de Pascua. Mientras tanto Emile se dedicaría a pegar etiquetas en las latas.

El supermercado cerraba a las seis la víspera de Pascua. Habían vendido hasta la última maceta de azucenas, pero algunas señoras paseaban aún por las galerías del museo, intentando sonsacar a los dependientes el secreto de los huevos. A las seis y cuarto cerraron las puertas con llave. A las seis y media apagaron las luces y el señor Freeley se quedó solo en su despacho con los huevos. Sacó el mapa de la caja fuerte y lo estudió. Unos minutos después Emile subió las escaleras. Los demás empleados ya se habían ido a casa. El señor Freeley le enseñó el tesoro y le dio el mapa. Su plan era guardar los huevos en la parte de atrás del coche de Emile. Él le esperaría en la acera de delante de la casa de Emile a las dos de la madrugada y empezarían su misión desde allí. Antes de sacar las cajas de huevos del despacho del señor Freeley, examinaron cuidadosamente los cubos de basura y los embalajes vacíos que había detrás del almacén para asegurarse de que ninguna ama de casa se hubiera escondido allí. Las cajas de huevos ocuparon todo el maletero y el asiento trasero del coche de Emile. Atardecía cuando empezaron la tarea y era de noche cuando terminaron. Se estrecharon la mano con un agradable espíritu de conspiración y se separaron. Emile condujo con precaución, como si los huevos que llevaba fuesen frágiles además de valiosos. El poder de la felicidad y la emoción que contenían parecía palpable. Había un viejo garaje detrás de su casa y allí metió el coche y cerró la puerta con candado. Estaba excitado y un poco agobiado por el temor de que algo fuese mal. Sabía que había por lo menos diez personas en el supermercado que, por un proceso de eliminación, habían llegado a sospechar que él era el encargado del tesoro y había tenido que responder a sus preguntas.

La señora Cranmer, después de llegar a la conclusión de que Melissa se había aprovechado de la inocencia de su hijo, había reanudado su plácida vida con Emile. A pesar de su edad y de las penas que había soportado, la señora Cranmer aún era capaz de entregarse a la amistad con el mismo apasionamiento que una colegiala. Se ofendía o se animaba con facilidad por las desatenciones o atenciones de sus vecinas. Recientemente había hecho una nueva amiga en Remsen Park —un barrio de casas baratas— y hablaba con ella por teléfono continuamente. Estaba en medio de una llamada cuando entró Emile. Él leyó el periódico mientras esperaba a que su madre terminara la conversación. Los especialistas en publicidad del señor Freeley habían comprado la última página del periódico y el anuncio era sensacionalista. Había

fotografías de las cinco ciudades europeas y te aseguraban que lo único que tenías que hacer era mirar en tu jardín por la mañana y ya estarías en camino.

Cenaron en la cocina. Después de lavar los platos, la señora Cranmer volvió al teléfono. Ahora hablaba sobre los huevos y Emile supuso que esa noche muchas conversaciones en el pueblo girarían sobre ese tema. A la señora Cranmer no se le había ocurrido que su hijo pudiera ser el elegido y él estaba agradecido por ello. Después de la cena estuvo viendo la televisión. A eso de las nueve oyó ladrar a un perro. Cruzó el recibidor y entró en su cuarto para mirar por la ventana, pero no vio a nadie cerca del garaje. A las diez y media se acostó.

El señor Freeley se sentía feliz esa noche. El supermercado había empezado a prosperar y a él le parecía que los viajes a Madrid, París, Londres, Venecia y Roma que pronto estarían escondidos en la húmeda hierba eran el resultado de su propia generosidad, de su buen carácter. Al besar a su mujer en la cocina pensó que era tan deseable como cuando se casó con ella muchos años atrás; o si no lo era, al menos se había mantenido a la altura de los cambios que el tiempo y la edad habían producido en él. La deseaba con ardor y alegría y miró el reloj para ver cuánto tiempo tendría que esperar hasta que se quedaran solos. Había un asado en el horno y ella se apartó de sus brazos para darle la vuelta y luego otra vez para poner la mesa, llenar el baño del pequeño y recoger los juguetes, y mientras la observaba ir de acá para allá realizando todas estas tareas necesarias, vio que la palidez de la fatiga aparecía en su rostro y comprendió que para cuando terminara de fregar los platos, planchar los pijamas, cantar nanas y escuchar oraciones probablemente no le quedarían fuerzas para responder a sus apasionadas caricias. Este conflicto de energías generativas le hizo sentirse incómodo y se fue a dar un paseo.

El cielo estaba oscuro y bajo, pero el hecho de que lloviera, pensó, sería mejor para sus propósitos que una luna luminosa. Salió de su barrio y entró en Parthenia y pensó, con un sentimiento de culpa, que muy pocos de los huevos serían colocados aquí. Los supermercados y otros cambios habían dejado a las tiendas pequeñas casi desiertas. La porquería cubría las paredes y en uno de los escaparates, detrás del letrero de SE ALQUILA, había varias coronas funerarias hechas de musgo seco y boj artificial. Una de ellas tenía forma de corazón y una cinta que decía PAPÁ Y MAMÁ cruzaba los ventrículos. Estaba en Water Street, el dominio de los gamberros. Vio a tres de ellos de pie en un portal y pensó que le parecían conocidos.

Una semana antes, el señor Freeley había ido a la fiesta de Pascua del instituto para oír cantar a su hija. Llegó tarde y se quedó de pie cerca de la puerta del auditorio, esperando, como cualquier otro padre, la aparición de su hija. Aunque ella no poseía ningunas dotes especiales, que él supiera, la habían elegido para cantar un solo. Era una lástima que él hubiese llegado demasiado tarde para conseguir un asiento. De pie cerca de él había un grupo de gamberros, cuyos murmullos y movimientos le impedían concentrar toda su atención en el canto de los niños. Los gamberros no parecían tener el menor interés en la representación. No paraban de

entrar y salir y él pensó en su falta de interés por todo. No practicaban ningún deporte, ni estudiaban, no patinaban en la pista de hielo ni bailaban en el gimnasio, pero pululaban amenazadoramente en torno a todas estas actividades, siempre en algún vestíbulo o umbral, entrando y saliendo de la zona de luz como hacían esa tarde.

Entonces el pianista comenzó a tocar la música del solo de su hija y él vio a la chica salir tímidamente de las filas del coro y dirigirse al centro del escenario. En ese momento uno de los gamberros abandonó su puesto en la sombra, junto a la puerta, para acercarse a una muchacha que estaba de pie delante del señor Freeley. Le tapaban la visión de su hija. Él se movió hacia la izquierda y luego hacia la derecha, pero el gamberro y su chica estaban siempre en su ángulo de visión y él solo conseguía entrever a su hija. En cambio tenía una buena panorámica del gamberro y sus maniobras con la chica. Le vio pasarle el brazo por los hombros y le oyó susurrarle algo al oído. Luego, a los compases de «Sé que mi Redentor vive» le vio meter la mano por el escote del vestido de la chica. El señor Freeley agarró por los hombros a ambos y los separó violentamente, diciendo en voz tan alta que su hija volvió la cabeza para ver qué pasaba:

—Estaos quietos o salid de aquí. Este no es sitio para eso.

Temblaba de rabia y, para evitar darle un puñetazo en la cara al chico, salió del auditorio y se fue a los escalones de la entrada. Encendió un cigarrillo con dificultad. Estaba tan profundamente alterado que se preguntó si lo que en realidad le trastornaba era que temía por su hija. Estaba seguro de que se había enfurecido, como padre y como ciudadano, por la impropiedad de lo que había presenciado durante un himno de Pascua dentro de un edificio que pertenecía, al menos en espíritu, a los inocentes. Cuando terminó el cigarrillo volvió a entrar en el auditorio. Los gamberros se apartaron para dejarle pasar y él pensó que nunca había percibido una emanación de odio tan absoluto como la que venía de ellos hacia él.

Los gamberros que estaban en el portal de Water Street tenían las mismas actitudes tensas, mostraban la misma preferencia por la media luz, y él experimentó una repulsiva extrañeza hacia ellos, como si no procedieran de otra clase o de otro barrio, sino que hubiesen sido lanzados desde un planeta perverso. Al acercarse a ellos vio que se estaban pasando una botella de whisky. No podía acusarles de ilegalidad y depravación, pues estas eran sus aspiraciones. Olió a whisky al pasar ante el portal y luego le golpearon en la nuca y perdió la conciencia instantáneamente.

El despertador de Emile sonó a la una y media. Mientras se estaba afeitando, una ráfaga de viento cerró de golpe la puerta de su cuarto y despertó a su madre. Al despertar tan bruscamente, su voz sonaba débil, como la de una mujer mucho más vieja.

—¿Emile? ¿Estás enfermo?

—No, mamá —dijo él—. Estoy bien.

—¿Estás enfermo? ¿Te pasa algo, cariño? Esos pastelillos de cangrejo congelados, ¿te han sentado mal?

—No, mamá. No pasa nada.

—¿Estás enfermo? —preguntó ella, aún con voz pastosa. Luego se aclaró la garganta y al mismo tiempo pareció aclarar su mente—. ¡Emile! —exclamó—. Son los huevos.

—Tengo que irme, mamá —dijo él—. No es nada. Volveré antes del desayuno.

—Oh, es lo de los huevos, ¿verdad?

Oyó que la cama crujía cuando ella se sentó y bajó los pies al suelo, pero él pasó ante su cuarto antes de que ella llegase a la puerta y bajó las escaleras.

—Volveré antes del desayuno —gritó—. Ya te lo contaré entonces.

Comprobó que llevaba el plano en el bolsillo y salió de la casa.

Brillaban las estrellas. Era demasiado pronto para que hubiera florecido nada excepto las campanillas blancas y algunas flores silvestres en la hondonada, pero en el aire había una suave fragancia a tierra, tan delicada como la de las rosas, y él se detuvo para llenar sus pulmones y su cabeza con ella. El mundo parecía hermoso a la luz de los faroles y las estrellas, y joven también, a pesar de su pobreza, como si el destino del lugar no hubiese hecho más que empezar. La tierra, ligeramente cubierta de hojas, musgo, hierba y trébol temprano, esperaba el tesoro que él tenía.

Cuando a las dos y cuarto el señor Freeley no había aparecido, él empezó a preocuparse. Todo estaba tan silencioso que hubiese podido oír un coche desde muy lejos y no escuchaba nada. Necesitaba ayuda en su misión, no quería realizarla solo, pero a las dos y veinte decidió que tendría que hacerlo. Abrió las puertas del garaje, que, mal ajustadas, se arrastraron ruidosamente sobre la gravilla. Miró en el asiento trasero. Su carga estaba a salvo. Cuando su viejo coche salió a la calzada marcha atrás, la única luz encendida en la calle era la de la sala de su madre. Estaba demasiado nerviosa para imaginar qué lío estaría armando, y estaba armando uno bueno. Había llamado a su nueva amiga de Remsen Park.

—Emile acaba de salir para esconder los huevos —le dijo—. Ahora mismo. No lo sé, pero tengo la impresión de que los va a esconder en el barrio de Delos Circle. Quiero decir, ¿no te parece típico del señor Freeley dárselo todo a esos ricos finolis y olvidarse de sus amigos de Remsen Park? ¿A que sería típico de él?

Dentro de dos horas, pensó Emile, cambiando a primera, su misión estaría cumplida y, tan cerca ya del éxito, se dio cuenta de cuánto le había pesado la responsabilidad. Había una luz encendida en una casa de la esquina pero era en una ventana pequeña y estrecha, con las cortinas echadas, y supuso que era un cuarto de baño. Mientras la miraba, la luz se apagó. Desde lo alto de Turner Street, cerca del campo de golf, se observaba todo el pueblo, y vio lo perfecta y tranquilizadora que era la oscuridad y lo profundamente que dormía el lugar, y la idea de tantos hombres, mujeres, niños y perros vagando por entre sus laberínticos sueños le hizo sonreír. Se

puso ante los faros de su coche para leer las instrucciones. Ocho huevos en la esquina de Belwood Avenue y Alberta Street, tres en Alberta Street, diez en el cruce de Delos Circle y Chestnut Lane.

Los Hazzard vivían en la esquina de Delwood con Alberta. La señora Hazzard estaba despierta. Se había despertado a eso de las dos después de una pesadilla y estaba sentada ante la ventana abierta, fumando. Estaba pensando en los huevos —en los que contenían vales de viajes— y preguntándose si esconderían alguno en Alberta. Ella quería ver Europa. Había más envidia que deseo en ese sentimiento. No era tanto que deseara ver el mundo como que deseaba ver lo que otros habían visto. Cuando leyó en el periódico que Venecia se estaba hundiendo en el mar y que la torre inclinada de Pisa acabaría derrumbándose, lo que sintió no fue tristeza por la desaparición de tales maravillas, sino una intensa amargura ante la imagen de Venecia sucumbiendo bajo las aguas antes de que ella, Laura Hazzard, la hubiese visto. También pensaba que ella estaba particularmente bien dotada para disfrutar los placeres de viajar. Era lo que le gustaba. Cuando los parientes y amigos volvían de Europa con sus fotos y recuerdos, ella escuchaba sus relatos con la sensación de que sus impresiones hubieran sido más vívidas y sus recuerdos y fotografías más bellos y de que ella iría con más elegancia en una góndola. Pero había también sentimientos más tiernos mezclados con la envidia. Los viajes se asociaban en su mente con la magnificencia y la intensidad del amor; sería como una revelación de los afectos. Ella había intuido, en el amor, un cielo mucho más profundo que el cielo azul del hemisferio norte: salas, escaleras, arcos y cúpulas más espaciosos, toda la parafernalia del enorme pasado. Estaba pensando en esto cuando vio que un coche daba la vuelta a la esquina y se paraba. Reconoció a Emile y le vio empezar a esconder los huevos en el césped. Toda esta secuencia de sucesos —la pesadilla que la había despertado, sus pensamientos sentada ante la ventana abierta y la repentina llegada del joven a la luz de las estrellas— le pareció maravillosa e, impulsada por la excitación, le llamó desde la ventana.

La desesperación se apoderó de Emile cuando oyó su voz. ¿Cómo podía, excepto retorciéndole el cuello, anular el hecho de que ella le había visto realizando su tarea secreta?

—Shh —dijo, mirando hacia arriba, pero ella había desaparecido y al cabo de un minuto abrió la puerta y se acercó corriendo descalza y en camisón.

—Oh, Emile, yo sabía que tenía que encontrar uno —dijo—. No podía dormir y estaba sentada en la ventana cuando tú has llegado. ¡Tienes que darme uno de los dorados, Emile! Dame uno de los dorados.

—Se supone que es un secreto, señora Hazzard —susurró Emile—. Nadie debe saberlo. Usted no debe buscarlos hasta mañana. Tiene usted que volver a su casa. Váyase a la cama.

—¿Qué te has creído que soy, Emile? —preguntó ella—. ¿Crees que soy una niña o algo así? Si me das un huevo dorado, me iré a la cama, pero no pienso moverme de

aquí hasta que me entregues uno.

—Va usted a estropearlo todo, señora Hazzard. No esconderé ningún huevo más hasta que usted se meta en su casa.

—Dame un huevo dorado. Si no me das uno, lo cogeré yo misma.

Las voces de la señora Hazzard despertaron a la anciana señora Kramer, que vivía en la casa contigua. Instantáneamente alertada, se colocó la dentadura, se puso unas zapatillas y se asomó a la ventana. Comprendió enseguida el sentido de la escena. Fue al teléfono y llamó a su hija, Helen Pincher, que vivía a tres manzanas de allí, en Millwood Street. Helen despertó de un profundo sueño y confundió el timbre del teléfono con el del despertador. Intentó pararlo, sacudió el reloj y finalmente encendió la luz antes de caer en la cuenta de que era el teléfono.

—Helen, soy mamá —dijo la anciana—. Están escondiendo los huevos de Pascua. Justo delante de mi casa. Los veo desde mi ventana. ¡Ven corriendo!

El timbre no había despertado al señor Pincher, pero la luz y la conversación sí. Vio a su mujer colgar el teléfono y salir corriendo de la habitación. Desde hacía un mes o cosa así, el señor Pincher estaba alarmado por la conducta de su esposa. Por tres veces había dejado la cuenta corriente en números rojos, se había quedado sin gasolina tres veces en la misma semana, se había olvidado de ponerse las medias para ir a la boda de los Gripser, había perdido la pulsera en forma de serpiente y le había destrozado la cazadora de cuero metiéndola en la lavadora. En cada una de esas ocasiones había dicho: «Creo que me estoy volviendo loca». Cuando él oyó pasos en la calle, miró por la ventana y la vio corriendo por la acera en camión, quedó convencido de que efectivamente se había vuelto loca. Se puso la bata, pero no encontró las zapatillas, así que salió corriendo tras ella, descalzo. Ella le llevaba una ventaja de una manzana o más y la llamó a gritos:

—Helen, Helen, vuelve, cariño. Vuelve a casa, cariño.

Despertó a los Barnstable, los Melcher, los Fitzroy y los DeHoven.

Emile se metió en su coche. La señora Hazzard trató de abrir la puerta del otro lado pero tenía el seguro echado. Él intentó poner el coche en marcha, pero estaba nervioso y el motor se le caló. Entonces en el rayo de luz de sus faros apareció Helen Pincher corriendo. Su camión era transparente y los rulos que llevaba en la cabeza parecían una corona. Su madre tenía medio cuerpo fuera de la ventana y la animaba:

—¡Son ellos, Helen! ¡Ahí están!

Tras ella, venía su marido gritando:

—Vuelve, cariño, vuelve, cielo.

Emile consiguió poner el coche en marcha justo cuando Helen llegó hasta él y metió la cabeza por la ventanilla.

—Yo quiero el de París, Emile —dijo.

Él puso la primera y cuando empezaba a soltar despacio el embrague, les alcanzó el señor Pincher gritando:

—¡Para el coche, imbécil! Ella está enferma.

Ahora, a la luz de sus faros, Emile vio aproximarse a una docena o más de mujeres en camión. Todas parecían llevar coronas. Continuó avanzando poco a poco, pero algunas de ellas se ponían directamente en su camino y tuvo que parar dos veces para evitar atropellarlas. En una de estas paradas, la señora DeHoven le desinfló uno de los neumáticos traseros.

Emile notó que el coche bajaba. Sabía lo que había pasado pero siguió avanzando despacio. El neumático desinflado golpeaba contra la rueda y el coche no podía coger mucha velocidad, pero pensó que quizá lograra deshacerse de sus perseguidoras. En ese punto, Alberta Street descendía en una pronunciada pendiente de casi un kilómetro. A la izquierda había un gran trecho de tierra baldía. La propietaria (la anciana señora Kramer) pedía veinte mil dólares por hectárea y el terreno no se vendía. Estaba cubierto de rastrojo y matorrales y en cada cerezo silvestre y zumaque habían clavado un letrero con el nombre de un agente inmobiliario. Emile pensó que si llegaba a Delos Circle quizá estaría a salvo. Aceleró en la cuesta abajo, pero justo cuando sus faros iluminaban Delos Circle, vio a las amas de casa de Remsen Park, treinta o cuarenta, la mayoría con batas largas y lo que parecían enormes coronas. Giró bruscamente a la izquierda, saltó el bordillo de la acera, se metió en las parcelas en venta y siguió hasta el límite de la propiedad. Estaba atrapado pero aún disponía de un poco de tiempo. Apagó el motor y las luces, corrió a la parte de atrás del coche, abrió el maletero y empezó a arrojar los huevos entre la alta hierba. Tenía un buen saque y lanzándolos lejos de sí pudo desviar a la multitud que avanzaba. El brazo se le cansó pronto y entonces comenzó a sacar las cajas y vaciar el contenido en la hierba. Se deshizo de todos los huevos menos de uno antes de que las mujeres llegaran hasta él, y se irguió para verlas, tan parecidas a ángeles con sus ropas de cama, y oír sus suaves gritos de ansia y excitación. Entonces con un solo huevo en el bolsillo —uno dorado— regresó por el bosque.

El dolor del golpe que había dejado inconsciente al señor Freeley le hizo volver en sí. Sentía como si tuviera la cabeza rota. Se encontró atado con cables a un poste, dentro de un sótano. Temblaba de frío y vio que no llevaba puesto más que el calzoncillo. Al principio pensó que había perdido la razón pero la fuerza centralizadora del dolor en su cabeza confería una terrible claridad y realidad a sus circunstancias. Era un hombre robusto, con el cuerpo alfombrado por el vello entrecano de la madurez. Los cables que le sujetaban se clavaban profundamente en sus brazos carnosos y tenía las manos dormidas. De repente gritó pidiendo socorro, pero no obtuvo respuesta. Le habían robado y golpeado y ahora estaba atrapado e indefenso en un lugar que parecía subterráneo. La indignación —y el pánico— provocados por su situación le hizo sentir que se le partía el cráneo y, al temblar, el cable le hería la piel. Entonces oyó pasos y voces arriba, las voces de los matones. Bajaron al sótano de uno en uno. Eran los mismos. Estaba el jefe, luego uno de cara gorda y otro delgado y pálido de

pelo largo.

—Gallina —dijo el jefe, mirándole.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el señor Freeley—. Ya tenéis mi dinero. ¿Es por lo de la chica del instituto?

—No sé nada de ninguna chica de ningún instituto —dijo el jefe—. Pero no me gusta tu jeta, gallina, nada más. ¿Qué te pasa, gallina? ¿Por qué tiemblas? ¿Tienes miedo de que te torturemos con cerillas y todo eso? —Encendió una cerilla y la acercó a la piel del señor Freeley, pero no le quemó—. Mirad al gallina. El gallina tiene miedo de morir. Por eso no me gusta tu jeta, gallina. Joder, escuchad cómo ruge el gallina.

El señor Freeley gritaba con todas sus fuerzas. El suelo pareció inclinarse primero a un lado y luego al otro y se desmayó de nuevo. Más tarde notó que le tocaban. Le estaban soltando. Notó que los cables se aflojaban y la sangre corría por sus brazos. Estuvo a punto de caerse, pero alguien le cogió y le sostuvo. Era el muchacho pálido del pelo largo y grasiento. Llevó al señor Freeley a un rincón donde había un viejo asiento de coche y él se derrumbó allí.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Se han ido —dijo el muchacho—. Se acojonaron cuando te desmayaste.

—¿Y tú?

—Yo siempre estoy acojonado.

—¿Qué quieres?

—Nada. Es lo que él dijo. No le gusta tu jeta. ¿Quiere agua?

—Sí.

El chico le trajo agua y le sostuvo el vaso para que bebiera.

—¿Cuándo puedo marcharme?

—Vete —dijo el chico—. Tu traje está arriba. No nos sirve a nadie. Harry cogió tu reloj. Yo no cogí nada. Adiós.

Salió rápidamente y el señor Freeley le oyó subir corriendo unas escaleras. La cabeza le daba vueltas y luego se palpó los brazos y las piernas. Al parecer no tenía nada roto y subió las escaleras con paso inseguro. Su traje estaba junto a la puerta y al salir vio que estaba en una casa abandonada a las afueras del pueblo.

El señor Freeley se fue a casa andando. Lo mismo hizo Emile, pero fueron por distintos caminos. Emile acertó atravesando algunos patios traseros de Turner Street y luego empezó a subir la colina. El escenario era apocalíptico. Se oía llorar a niños desamparados en las casas vacías y la mayoría de las puertas estaban abiertas al amanecer como si hubiese sonado la larga trompeta de Gabriel. Al llegar a lo alto de la cuesta, se metió por el campo de golf, caminó hasta la calle más alta y se sentó a esperar el día. Se sentía cansado, feliz, divertido y aliviado de su responsabilidad y de una carga mucho más pesada. Algo había sucedido. Algo había cambiado. Como cualquiera que lea el periódico, había llegado a albergar en su mente el temor a que un cabo borracho incinerase el planeta y en otra parte de su mente albergaba el más

apasionado anhelo de una vida pacífica para su generación. A pesar de su juventud, había absorbido este concepto de enfermedad generalizada. A veces parecía escuchar los latidos del planeta como si la tierra fuese un hipocondríaco melancólico en posesión de gran fuerza y belleza y, junto con ellas, un presentimiento incurable de muerte súbita y sin sentido. Ahora le parecía que el momento de peligro había pasado y tenía la gozosa sensación de que las obras ilustres y pacíficas del hombre continuarían para siempre. No podía describir sus sentimientos, no podía describir la aurora, ni siquiera podía describir el pitido de un tren que oyó a lo lejos ni la forma del árbol bajo el cual estaba sentado. Solo podía contemplar y admirar el vasto barril de la noche llenándose hasta los bordes con la hermosa luz del día y escuchar a todos los pájaros cantando en los árboles como una banda de ángeles que silbaran a su jauría.

Camino de su casa, se detuvo en el jardín de Melissa y dejó en su césped el huevo dorado con el viaje a Roma.

TERCERA PARTE

Para una persona tan vieja, nacida y criada en un mundo lejano, la familiaridad de Honora con las fotografías de los monumentos de Roma hicieron que su entrada en la ciudad fuera, en cierto sentido, una especie de vuelta al hogar. Una gran fotografía marrón de la Tumba de Adriano colgaba en la pared de su dormitorio cuando era niña. Esperando el sueño, sufriendo enfermedades y convalecencias, esa forma y ese ángel rampante habían ocupado un lugar sólido en sus fantasías. En el vestíbulo de atrás había una fotografía del Puente de los Ángeles y dos grandes fotografías del Foro Imperial habían ido pasando de habitación en habitación hasta que acabaron en el cuarto de la cocinera. Por lo tanto, algunos lugares de Roma le resultaban muy conocidos. Pero ¿qué hacía uno en Roma? Ver al Papa. Honora preguntó en las oficinas de American Express cómo podía concertar esta visita. Fueron muy amables, en consideración a su edad, y la pusieron en contacto con un sacerdote del colegio americano. Este se mostró cortés e interesado. Le podía conseguir una audiencia. Recibiría la invitación dentro de las veinticuatro horas anteriores a la cita. Tenía que llevar ropa oscura y sombrero, y si deseaba que le bendijera algunas medallas, él podía recomendarle una tienda —le dio la dirección— donde había un buen surtido de medallas con un veinte por ciento de descuento.

Le explicó con tacto que si bien el Santo Padre conocía el inglés, lo hablaba con más soltura que lo entendía y que en el caso de que él olvidara bendecir sus medallas, debía considerarlas bendecidas por su presencia. Honora, naturalmente, estaba en contra del uso de medallas pero tenía muchos amigos que apreciarían una medalla bendecida y compró una buena cantidad. Al regresar una tarde a su pensión le entregaron una tarjeta del Vaticano anunciando que su audiencia era a las diez de la mañana siguiente. Se levantó temprano y se vistió. Cogió un taxi para ir al Vaticano, donde un hombre con impecable traje de gala le preguntó su nombre y le pidió la invitación. Pronunció el apellido de Honora como «Whamshang». Le rogó que se quitara los guantes. Hablaba el inglés con un fuerte acento y ella no le entendió. Fueron necesarias algunas explicaciones para aclararle que no se podían llevar guantes en presencia del Santo Padre. Luego la condujo por unas escaleras. Ella tuvo que detenerse dos veces para dar descanso a sus piernas y recobrar el aliento. Esperaron en una antesala durante media hora. Eran más de las once cuando un segundo ujier abrió unas puertas dobles y la hizo pasar a un enorme *salone*, donde vio al Santo Padre de pie junto a su trono. Ella le besó el anillo y se sentó en una silla que le ofreció otro ujier. Observó que este tenía en las manos una bandeja en la cual había varios cheques. No se le había pasado por la cabeza que se esperase de ella una contribución a la Iglesia durante su audiencia, pero puso unas cuantas liras en la bandeja. No estaba azorada pero se sentía en presencia de la santidad, la esencia de un poder espléndidamente organizado, y contempló al Papa con auténtica reverencia.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señora? —preguntó él.

—Oh, no tengo hijos —contestó ella en voz bastante alta.

—¿Dónde está su hogar?

—Soy de Saint Botolphs —dijo ella—. Es un pueblecito. No creo que haya oído hablar de él.

—¿San Bartolomeo? —preguntó el Santo Padre con interés.

—No —dijo ella—. Botolphs.

—San Bartolomeo di Farno —dijo el Papa—, di Savigliano, Bartolomeo il Apostolo, il Lepero, Bartolomeo Capitano, Bartolomeo degli Amidei.

—Botolphs —repitió ella, con poca convicción. Luego, de pronto, preguntó—: ¿Ha visto Su Santidad alguna vez el este de Estados Unidos en otoño? —Él sonrió y pareció interesado pero no contestó—. ¡Oh, es algo magnífico! —exclamó ella—. No creo que haya nada igual en el mundo. Es como una cosecha de amarillo y oro. Naturalmente las hojas no valen nada y yo me he vuelto tan vieja e inútil que tengo que pagar a alguien para que las barra y las queme, pero son tan hermosas y dan tal impresión de riqueza, oh, no me refiero a nada material, pero allá donde uno mire ve árboles dorados, oro por todas partes.

—Me gustaría bendecir a su familia —dijo el Papa.

—Gracias.

Honora inclinó la cabeza. Él pronunció la bendición en latín y cuando ella estuvo segura de que había terminado, dijo «Amén» en voz alta. La entrevista había concluido; un ujier la acompañó abajo y ella pasó ante la Guardia Suiza y volvió a la columnata.

Melissa y Honora no se encontraron. La primera vivía en el Aventino con su hijo y una *donna di servizio* y trabajaba en un estudio de doblaje cerca de Piazza del Popolo, doblando películas italianas al inglés. Le prestó su voz a María Magdalena, fue Dalila y la favorita de Hércules; pero padecía la melancolía romana. Esta no es más virulenta que la melancolía neoyorquina o parisina pero tiene sus propias características y, como cualquier otra forma de náusea emocional, puede, cuando está presente, hacer que algo tan corriente como un ratón muerto en una ratonera parezca apocalíptico. Si había en ello una parte de nostalgia de la patria, a Melissa no se le presentaba como una clara serie de imágenes evocadoras del patetismo, la dulzura y la fuerza de la vida norteamericana. No anhelaba ir una vez más en canoa por el Delaware o escuchar, una vez más, música de armónica en las orillas del Susquehanna al atardecer. Caminando por el Corso, su melancolía era la de no entender el comentario más simple y la tristeza de ser víctima de un timo. Era el Campidoglio en un día lluvioso, con un guía siguiendo sus pasos en torno a la estatua de Marco Aurelio, quejándose de la temporada y del negocio. Era una lluvia invernal tan fría que ella sentía pena por la pléyade de dioses y héroes desnudos en los tejados sin siquiera una hoja de parra para protegerles de la humedad. Eran las humedades del Foro, el frío en las escaleras del siglo XVII y las tristes cocinas de Roma, con su mármol de carnicero, sus paredes manchadas por las moscas y sus pringosas

estampas de la Santísima Virgen colgadas sobre el hornillo de gas. Era el otoño en una ciudad europea con la guerra para siempre en el ambiente; era el marchitarse de esas matas de flores que crecen en los orificios más altos del Muro de Aurelio, esos matojos de heno y hierba que aparecen entre los dedos de los pies de los santos y los ángeles que se alzan en torno a las cúpulas de las iglesias romanas. Era esa sala del Capitolino donde se hacían los bustos de los antiguos romanos que, en lugar de ofrecerle la esencia o una sombra del poder imperial, le recordaban a la rama de su familia que se fue al norte de Wisconsin para cultivar el trigo. Allí estaban la tía Barbara y el tío Spencer y los primos Alice, Homer, Randall y James. Tenían las mismas facciones marcadas, el mismo cabello abundante, la misma expresión pensativa, estoica y preocupada. Sus reales esposas eran abnegadas, y estaban sentadas en sus tronos de mármol como si las empanadas estuvieran en el horno y ellas esperaran a que sus hombres regresaran del campo. Melissa trataba de andar por las calles con ese aire alerta y apresurado —envuelta en la tragedia de la historia europea moderna— que parecían tener la mayoría de las personas que iban por la calle, pero la dulzura de su sonrisa dejaba claro que ella no era romana. Paseaba por los jardines de Villa Borghese sintiendo el peso de la costumbre que una mujer de su edad, o de cualquier edad, lleva consigo de un país a otro: costumbres de comida, de bebida, de vestimenta, de descanso, de ansiedad, de esperanza y, en su caso, de temor a la muerte. La luz de los jardines parecía iluminar el volumen de su equipaje, como si todo el escenario y las lejanas colinas hubiesen sido dispuestos para alguien que viajara más ligero. Paseaba junto a las fuentes asfixiadas por el musgo, y las hojas caían entre los héroes de mármol: héroes con gorros de aviador, héroes con barbas, héroes con laureles y peplos y héroes cuyos rostros marmóreos el tiempo y las inclemencias habían seleccionado caprichosamente para desfigurarlos. Preocupada e inquieta, paseaba y paseaba, hallando cierto placer en la tranquilidad que cae con la sombra de los grandes árboles sobre los hombros del hombre. Vio a un búho salir volando de unas ruinas. En una vuelta del sendero notó el olor de las caléndulas. El jardín estaba lleno de enamorados, muy tiernos el uno con el otro y cándidos en sus placeres, y vio a una pareja besarse al lado de una fuente. Luego, de repente, el hombre se sentó en un banco y se sacó una piedrecilla del zapato. Cualquiera que fuese el significado de este gesto, Melissa se dio cuenta de que quería marcharse de Roma y esa noche cogió un tren para las islas.

Emile estuvo sin trabajo la mayor parte del verano y, en el otoño, el hermano de su madre, Harry, vino a visitarles aprovechando que asistía a un congreso en Nueva York. Era un hombre gordo y simpático que tenía un negocio de aprovisionamiento de buques en Toledo. Gracias a su influencia como proveedor, podía conseguirle a Emile un puesto como marinero sin licencia en alguno de los barcos que navegaban la ruta de Rotterdam o Nápoles, y este aceptó la oferta enseguida. Cuando el tío Harry volvió a Toledo escribió diciendo que Emile podía embarcar como marinero de cubierta en el *Janet Runckle* a final de esa semana.

Emile sacó su billete de autobús para Toledo en una agencia de viajes de Parthenia, se despidió de su madre y se fue a Nueva York. El autobús tenía su hora de salida a las nueve de esa noche pero a las ocho ya había más de una docena de pasajeros esperando en la estación. Eran viajeros y se les notaba por su elegancia, su aire tímido y sus maletas nuevas. Cada pueblo parece tener un lugar, un campo de batalla, tumba o catedral donde la esencia y el objetivo nacionales quedan más de manifiesto, y las estaciones de ferrocarril, los aeropuertos, las estaciones de autobuses y los muelles del país de Emile parecían ser el escenario donde sus compatriotas encontraban su grandeza. Iban vestidos, en su mayoría, como si su destino fuese un suntuoso tribunal. Los zapatos les apretaban, sus guantes estaban tiesos, sus tocados eran recargados, pero este cuidado en el vestir sugería que aún recordaban, por muy vagamente que fuese, las antiguas leyendas de viajes: Teseo y el Minotauro. Sus miradas estaban totalmente indefensas, como si un intercambio de miradas entre dos sinvergüenzas pudiera arrojar a ambos a un abismo erótico, y mantenían la vista fija en sus regazos, sus maletas, el sueño o el letrero apagado que había sobre el andén. A las nueve menos veinte se encendió el letrero —ponía TOLEDO— y todos se removieron, se levantaron, avanzaron, con los rostros iluminados como si se hubiera alzado el telón a una vida nueva, un paraíso de urgencia y belleza, aunque en realidad se alzaba a las marismas de Jersey, los restaurantes abiertos toda la noche, las llanuras de Ohio y algunos sueños inquietos. Las ventanillas del autobús tenían el cristal verde y, al salir de la ciudad, todas las luces de las calles parecían del mismo color como si el mundo entero fuese un parque.

Emile durmió bien y se despertó al amanecer. Pasaron el día cruzando Ohio. El cristal verde daba al paisaje un aspecto funesto, como si el sol se hubiera enfriado y estas fueran las últimas horas de la vida en el planeta, y en esta extraña luz la gente continuaba haciendo autostop, segando los campos y vendiendo coches usados. A última hora de la tarde llegaron a las afueras de Toledo, pero a él le pareció como si volviera a Parthenia. Había puestos de hamburguesas y otros de verduras frescas y solares de coches usados con hileras de bombillas y un hospital para perros y gatos y una mujer en bañador empujando un cortacésped de gasolina y una mujer

embarazada tendiendo la colada y los olmos y los arces eran iguales, observó, y no se podía saber, hasta que llegaron al centro de la ciudad, si estabas en Parthenia o en Toledo.

Los demás pasajeros se desperdigaron y Emile se quedó parado con su maleta en una esquina. El aire, pensó, olía a hierba. Quizá de las granjas próximas o del lago. Los faroles y los escaparates ya estaban encendidos pero todavía se veía la luz rosada del sol poniente y él sintió esa emoción que siempre experimentaba en el estadio cuando, durante la cuarta o quinta entrada, encendían las luces mientras el cielo aún estaba azul. No hacía nada de frío, pero se estremeció como si a esta hora y en esta tierra llana hubiera una sutil crudeza en el aire. Le preguntó a un policía cómo llegar al sindicato. Era una caminata. La luz del día se había retirado de los edificios y luego del cielo y caminó a la luz de las tiendas, los restaurantes y los bares. Cuando llegó allí, el edificio, un lugar con paredes verdes, suelos encerados y bancos para esperar, parecía estar vacío. Un hombre detrás de una ventanilla le cobró treinta dólares de cuota y le dijo que su tío lo había arreglado todo. Embarcarían esa noche y zarparían en cuanto terminaran de cargar. Emile se sentó en uno de los bancos y esperó a que llegara la tripulación.

El primero en llegar fue el cocinero, un hombre bajo con un traje marrón, que saludó al hombre de la ventanilla como a un amigo, y se presentó a Emile. Tenía la piel cetrina y la nariz partida. Eso era lo primero en que uno se fijaba, eso y el brillo simiesco de sus ojos. La nariz rota dominaba su cara, esas aletas extendidas que hacían que el astuto brillo de su mirada pareciese simiesco, unas veces travieso y otras reflexivo como los ojos de cualquier mono del zoo en una tarde de domingo.

—Eres igualito a un tipo que navegó con nosotros el año pasado —le dijo a Emile—. Se llamaba Paff. Consiguió una beca para una universidad y dejó de navegar. Eres igualito a él.

Emile se alegró de parecerse a un tipo que había conseguido una beca, era como si se le hubiera transmitido algo de la inteligencia del desconocido. El resto de la tripulación empezó a llegar poco a poco y uno por uno le fueron diciendo cuánto se parecía a Paff. El primer oficial era un joven que se echó la gorra hacia atrás como un jugador de béisbol, y parecía alegre y agresivo, pero en absoluto belicoso. El segundo oficial era un hombre de edad con un bigote fino que sacó de la cartera una foto de su hija para enseñársela a Emile. En la foto se veía a una chica en traje de ballet, posando en un tejado. Luego el camarero se reunió con Emile y el cocinero. Era un joven con esa reconocible finura que se da en las chozas de Nebraska; una forma de elegancia que nace de una desesperación absoluta. Eran treinta y cinco en total. El último en llegar fue un hombre de piel oscura que llevaba unos extensores.

Salieron de la ciudad en varios taxis. Emile se sentó delante con el taxista y el cocinero, intentando ver algo de Toledo. Había luces, edificios, un río a lo lejos, y debía de haber una playa cerca porque muchas de las personas que iban en los coches en dirección contraria llevaban bañador. Emile sintió, con intensa inquietud, que su

presencia en Toledo no había sido una realidad; se había dejado lo mejor de sí mismo en Parthenia. Cruzaron unas vías de ferrocarril y entraron en una zona oscura iluminada por fábricas de gas, con un bar en una esquina aquí y allí. Se detuvieron ante una verja en la que un hombre uniformado les dejó pasar al ver al cocinero y luego se encontraron en un terreno desierto hasta que, después de una curva, entraron en un amplio círculo de luz y un estruendo de motores, donde estaban cargando el *Janet Runckle* en un mundo nocturno independiente del hecho de que el sol se hubiera puesto en las orillas del lago Erie dos o tres horas antes y donde, como la música de una agonía romántica, el ruido de las grúas, los tornos, las cargadoras de mineral, las elevadoras transportadoras, las tolvas y las sirenas de los barcos inundaban el aire.

Los pasajeros subieron a bordo a medianoche. El primero fue un anciano con su esposa o su hija. Él subió directamente la larga pasarela, pero la mujer parecía temerosa. Finalmente le sugirieron que se quitara los zapatos de tacón alto y con un marinero delante y otro detrás recorrió la pasarela. Después vino un hombre con su mujer y tres niños. Uno de los chiquillos iba llorando. El último fue un joven que llevaba una guitarra. Emile entró de guardia a las cuatro y baldeó las cubiertas con los demás marineros del turno. Llevaba las botas de agua de Paff. El capitán había ordenado un remolcador para las cinco de la madrugada pero como se retrasaba, puso a dos hombres a los costados del buque y sacó el barco al canal con ayuda de cabos y tornos. Tocaron la sirena al amanecer y Emile le pidió a la estrella matutina que les concediera una buena travesía.

El turno de la mañana baldeaba las cubiertas y lavaba con agua y jabón la superestructura y la camareta alta. El turno de tarde desconchaba la pintura vieja. El trabajo era fácil y la compañía alegre, pero la comida era terrible. Era la peor que Emile había tomado nunca. Había huevos para desayunar, carne grasienta con patatas para almorzar y queso y fiambres todas las noches. Emile estaba hambriento todo el día y su hambre adquiría las dimensiones de un profundo malentendido entre él y el mundo. El plato de queso y fiambre al que se enfrentaba cada noche parecía representar, como en un sacramento, la estupidez y la indiferencia. Sus necesidades, sus aspiraciones y su época habían sido mal entendidas y el queso y los fiambres exacerbaban ese hecho. Una noche salió furioso de la cocina y se fue a popa. Simon se reunió con él; Simon era el de los extensores.

—Este *Runckle* —dijo Simon— es famoso en todo el mundo por su mala comida.

—Tengo hambre —replicó Emile.

—Yo abandono el barco en Nápoles —dijo Simon—. Tengo cuatrocientos dólares en cheques de viaje. Vente conmigo.

—Tengo hambre —repitió Emile.

—Hay un restaurante americano en Nápoles —dijo Simon—. Tienen carne asada

con puré de patatas. Puedes tomarte hasta un sándwich club. Vente conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Emile—. ¿Adónde iremos?

—A Ladros —dijo Simon—. Hay un concurso de belleza en el que voy a participar. Tal y como yo lo veo, uno tiene solo ciertas posibilidades, y sé una cosa, yo soy guapo. Soy muy guapo. Es la única cosa que tengo y más me vale aprovecharla antes de que sea tarde. En Ladros se pueden conseguir dos o tres mil dólares en este concurso.

—Tú estás loco —dijo Emile.

—Bueno, no hay duda de que soy vanidoso —dijo Simon—, soy muy vanidoso. Nunca paso delante de un espejo sin mirarme y pensar: Ahí va un tío guapísimo. Nunca. Pero vente conmigo. Iremos a ese restaurante. Tarta de manzana. Hamburguesas.

—Mi favorita es la tarta de moras —dijo Emile—. Después la de limón con merengue. Luego la de albaricoque.

Emile vio las Azores delante de un plato de queso y fiambres. Gibraltar fue para él un rollo de carne. Comió espaguetis a lo largo de la costa española y cuando atracaron en Nápoles una mañana temprano comprendió, pese a su indiferencia a las ambiciones de Simon, que no tenía elección. Dejaron el *Runckle* a media mañana y fueron a un restaurante norteamericano donde Emile se tomó dos platos de jamón y huevos y un sándwich club y por primera vez desde que salió de Toledo se sintió bien. Por la tarde cogieron un barco que les llevó a Ladros a través de un mar picado. Simon se mareó. Las oficinas del concurso estaban en un café de la *piazza* principal y, aunque Simon tenía la cara verde, lo primero que hizo fue inscribirse y pagar su cuota. Consiguieron camas en un dormitorio cerca del puerto donde se alojaban veinticinco o treinta concursantes. Simon trabajó concienzudamente sus músculos. Se embadurnó de aceite y tomó baños de sol y se puso, como los otros, algo llamado «eslip», que era una especie de taparrabos. Alquiló un bote y hacía ejercicios en él por las mañanas. Después de la siesta practicaba con los extensores. Emile, que llevaba un enorme bañador americano, remaba con él por las mañanas y luego pasaba un rato agradable nadando cerca de las rocas.

Hacía mucho calor y Ladros estaba lleno de gente, pero el mar tenía un color que él nunca había visto antes, y había algo en el aire, una suspensión de conciencia, que hacía que las playas blancas y los mares oscuros de su país le pareciesen intolerantes y remotos. Al cruzar la bahía de Nápoles parecía haber perdido sus escrúpulos. El concurso se celebraba el sábado y el viernes Simon cayó enfermo con una grave intoxicación alimenticia. Emile le compró una medicina en la farmacia, pero Simon se pasó la mayor parte de la noche de aquí para allá y por la mañana estaba demasiado débil para levantarse. A Emile le dio verdadera lástima y deseó poder ayudarle. Simon había desperdiciado sus ahorros y, aunque su única ambición fuese ridícula, ¿se le podía reprochar? Simon le pidió que le sustituyera y al final Emile accedió. Fue la fuerza bruta del aburrimiento lo que determinó su decisión. No tenía

otra cosa que hacer. Se puso su bañador y el número de Simon y se fue a la *piazza* un poco después de las cuatro. Al principio de la calle se veía la fuerte luz del sol pero la plaza estaba en sombra. La espera fue larga. Luego llegó un cargamento de turistas ingleses que llenaron las mesas que había en el borde de la plaza y entonces, por orden numérico, comenzó el desfile.

No quería parecer malhumorado, después de todo eso hubiera sido injusto con Simon, pero sí quería parecer distante, dejar claro que esto no era idea suya, que no era lo que él deseaba. No miró las caras que estaban abajo, sino que fijó la vista en un anuncio de agua mineral San Pellegrini que había en una pared más allá del café. ¿Qué pensarían su madre, su tío, el fantasma de su padre? ¿Dónde estaba la casa oscura de Parthenia en la que él había vivido? Después de cruzar *la piazza*, esperó con los otros y luego el propietario le llevó al café y hasta ese momento no se dio cuenta de que solo quedaban diez y él era uno de los ganadores.

Ya estaba oscureciendo, el cielo adquiría ese color de uva que, más que ninguna otra cosa, le hacía sentirse lejos de casa de un modo que no era desagradable. Ahora la *piazza* estaba abarrotada de gente. Los diez hombres permanecieron en la barra bebiendo café y vino, unidos por el lazo de una experiencia común y una discutible victoria, y distanciados por las barreras del idioma. Emile estaba entre un francés y un egipcio y lo más que podía hacer era chapurrear un poco de italiano y sonreír, de manera animada pero fatua, para demostrar que era simpático y seguro de sí mismo. A medida que oscurecía en la *piazza*, a medida que la luz del día se desvanecía y ellos permanecían bajo las desnudas luces del café, instaladas con sensatez y economía para iluminar el trabajo de los camareros y no para favorecer a nadie, podían haber pasado, de no ser por la falta de ropa, por un grupo de trabajadores, oficinistas o jurados que se habían detenido a tomar una copa antes de volver allí donde transcurrían sus vidas, al lugar donde se les esperaba y quería. Emile no entendía qué iba a suceder ahora y le pidió por señas al propietario que se lo explicara. La explicación fue larga y Emile tardó mucho en comprender que los diez ganadores iban a ser subastados a la multitud de la *piazza*.

—Pero yo soy americano —afirmó Emile—. ¡Nosotros no creemos en esas cosas!

—*Niente, niente* —dijo el juez amablemente, y le explicó a Emile que si no quería que le vendieran era libre de marcharse ahora.

En su país, Emile se hubiera marchado a casa indignado, pero no estaba allí y la curiosidad o algo más profundo le retuvo allí. Le horrorizó pensar que un entorno, unas luces y unas circunstancias inhabituales pudieran influir en su moralidad. Para reforzar su personalidad intentó evocar las calles de Parthenia pero estaban a mundos de distancia. ¿Sería cierto que su personalidad estaba formada en parte por habitaciones, calles, sillas y mesas? ¿Su moralidad estaba influida por los paisajes y los tipos de comida? ¿No había podido traer su personalidad, su sentido del bien y del mal, al otro lado de la bahía de Nápoles?

En la *piazza* comenzó a tocar una banda y detrás del café dispararon unas salvas.

Entonces el *padrone* llamó a un hombre de nombre Iván, el cual sonrió a sus compañeros y salió a la terraza, donde había un podio al que subió. Parecía acceder gustosamente a este giro en los acontecimientos. Emile salió a la terraza y se quedó de pie al amparo de una acacia. La puja empezó de forma despreocupada, parecía una broma, pero, a medida que las ofertas subían, él se dio cuenta de que la piel del joven estaba en venta. Las pujas subieron rápidamente a ciento cincuenta mil liras; pero luego se hicieron más lentas y la agitación en la multitud era erótica. Iván parecía impassible, pero los latidos de su corazón eran visibles. ¿Era pecado?, se preguntó Emile. Y si lo era, ¿por qué parecía tan profundamente expresivo en todos los que estaban allí? Esta era la venta de las supremas delicias de la carne, de su atormentador olvido. Aquí estaban las cuevas y los hermosos cielos del erotismo, los palacios y las escalinatas, el trueno y el rayo, el gran rey y el marinero ahogado, y por las voces de quienes pujaban se diría que nunca habían deseado otra cosa. La puja se detuvo en doscientas cincuenta mil liras e Iván se bajó del podio y se perdió en la oscuridad, donde alguien, Emile no pudo ver quién, le esperaba en un coche. Oyó que el motor arrancaba y vio que los faros iluminaban los muros ruinosos cuando se alejaron.

El siguiente fue un egipcio llamado Ahab, pero algo no funcionó. Sonreía de una forma demasiado cómplice, parecía demasiado dispuesto a ser vendido y a realizar lo que se esperara de él, y en pocos minutos lo adjudicaron en cincuenta mil liras. Un hombre llamado Paolo restableció la atmósfera de sexualidad, y las ofertas, como había sucedido con Iván, llegaban despacio y con voces roncas. Luego subió al podio un hombre que se llamaba Pierre y hubo cierto retraso antes de que comenzaran a pujar.

Algo iba mal. Le faltaba lozanía. Había bebido demasiado vino o estaba demasiado cansado y permanecía en el podio como un palo. Su eslip era tan pequeño que revelaba el vello púbico y su pose era vagamente clásica —las caderas ladeadas y una mano curvada sobre el muslo—, clásica e inmemorial como si hubiera aparecido repetidas veces en las pesadillas de los hombres. He aquí el rostro del amor carente de rostro, de voz, de aroma, de memoria, he aquí un roce y un revolcón sin la chispa de una personalidad, he aquí un recordatorio de toda la estupidez, la venganza y la lujuria que hay en el amor, y parecía provocar en la depravada multitud un obstinado amor a la decencia. Preferían mirar los precios de la carta que a él. La mirada de Pierre era taimada y perversa, era más descaradamente lascivo que los otros pero a nadie parecía importarle. Se produjo un sutil cambio en el ambiente. Diez mil. Doce mil. Luego la puja se detuvo. Para Emile esto era lo peor de todo. Iván se había vendido a Dios sabe quién, un rostro en la oscuridad, pero parecía más vergonzoso y más pecaminoso que a Pierre, que estaba deseoso de realizar los misteriosos y sagrados ritos por la menos sagrada de las recompensas, no le quisiera nadie y que, a pesar de su voluntad de pecar, pudiese acabar pasando una noche tranquila en el dormitorio contando ovejas. Algo estaba mal, una promesa, por obscena que fuese,

había sido rota, y Emile sudaba de vergüenza por su compañero, porque desear y no ser deseado era la más grosera indecencia. Al final Pierre fue rematado por veinte mil liras. El *padrone* se volvió a Emile para preguntarle si quería reconsiderar su decisión y, por una intoxicación de orgullo, una determinación de demostrar que lo que le había sucedido a Pierre no podía pasarle a él, Emile se adelantó y subió al podio mirando desafiante a las luces de la *piazza*, como si de este modo hubiera logrado enfrentarse al mundo.

La puja fue bastante animada y lo adjudicaron por cien mil liras. Se bajó del podio y se dirigió por entre las mesas al lugar donde le esperaba una mujer. Era Melissa.

Le llevó en coche a las colinas y cruzaron las puertas del jardín de una villa, donde oyó el ruido de una fuente y el canto de los ruiseñores en los árboles y donde descubrió que no había traído su sentido del bien y del mal al otro lado de la bahía. Esta erupción de sus sentidos, esta liberación de las cargas de su vida, fue tan completa que él parecía volar, nadar, vivir y morir independientemente de todos los hechos conocidos, parecía destruirse y renovarse con violencia, demoler y reconstruir su espíritu en un plano elevado y sensual que estaba al margen de la tierra y su calendario.

En el jardín había una piscina en la que nadaban, y tomaban las comidas en una terraza. Con ella, esta vez, no parecía alcanzar nunca la conciencia; o quizá había descubierto un nuevo nivel de esta. Había seis perros negros que les observaban, y los criados iban y venían con bandejas de alimentos y licores. Él no tenía idea del paso del tiempo pero calculó que llevaría una semana o diez días allí cuando una mañana ella dijo que tenía que ir a Ladros pero que volvería antes del almuerzo.

A las dos, ella aún no había vuelto y él comió solo en la terraza. Después de recoger la mesa, las criadas se fueron a dormir la siesta. Todo el valle estaba en silencio. Se tumbó en la hierba junto a la piscina, esperando su regreso. Se sentía drogado por una aguda sensación sexual y, como con la ausencia de la droga, su retraso le provocaba dolor. Los perros negros estaban echados en la hierba cerca de él. Dos de ellos se empeñaban en traerle palos para que se los arrojara. Sus demandas eran insistentes y tediosas. Cada pocos minutos dejaban caer un palo a sus pies y si él no se lo tiraba enseguida, aullaban para llamar su atención. Oyó un coche en la carretera y pensó que al cabo de cinco minutos ella estaría a su lado, pero el coche siguió a una villa que había más arriba. Se tiró a la piscina y nadó un largo, pero cuando salió del agua fría al cálido sol, este contacto solo sirvió para agudizar su necesidad de ella. Las flores del jardín le parecían afrodisíacas y hasta el azul del cielo era como parte del amor. Nadó de nuevo un largo y se echó en el césped en una parte umbría del jardín, donde los perros se reunieron con él y los sabuesos aullaron para que les lanzara los palos.

Se preguntó qué estaría haciendo ella en Ladros. La cocinera traía el vino y la comida, así que ella no necesitaba nada, pensó. La incapacidad de Melissa para

resistir a su contacto y a su físico le hizo pensar si podría suceder lo mismo con cualquier otro hombre y si no estaría ahora subiendo unas escaleras en compañía de un desconocido de brazos velludos. El grado de su placer en la inmersión de Melissa en la sensualidad era el grado exacto de sus celos. No podía fiarse de su constancia; y continuó arrojando palos a los perros.

Continuó arrojando palos a los perros como si esto constituyera una clara obligación, como si el bienestar y el entretenimiento de los animales fueran responsabilidad suya. Pero ¿por qué? Ni le gustaban ni le disgustaban. Su sensación era lo bastante definida como para ser analizada. Al parecer, sentía un deber hacia los perros. Existía una reciprocidad en ello, como si en el pasado él hubiera sido un perro, dependiente de los caprichos de un extraño en un jardín, o como si en el futuro pudiera ser transformado en un perro pidiendo que le dejaran entrar para que escapara de la lluvia. Había obligaciones y recompensas, aparentemente, por la paciencia con que lanzaba los palos. Pero ¿dónde estaba ella? ¿Por qué no estaba con él? Intentó imaginarla ocupada en alguna inocente tarea, pero no pudo. Entonces se incorporó bruscamente, enfurecido y dolido, y los perros se sentaron para vigilar. Sus ojos dorados y el gemido de los sabuesos le enfureció más y subió los escalones para ir al *salone* y servirse una copa, pero dejó la puerta abierta y los perros le siguieron y se sentaron a su alrededor sobre los cuartos traseros, mientras él estaba de pie en el bar, como si esperaran que les hablara. La casa estaba en silencio; las criadas dormían. Entonces tembló de ira por la promiscuidad, inutilidad y corrupción de ella, y la mirada de los animales le pareció más interrogante, como si esta hora les precipitase a una culminación que conocía bien; como si viajasen hacia un instante crítico en el que todos estaban implicados; como si la mudez de ellos y la lujuria, los celos y la ira de él convergieran. Corrió escaleras arriba y se vistió. Era una caminata de una hora al pueblo, pero no esperaba cruzarse con su coche porque estaba convencido de que cuando ella regresara sería con otro amante y él quedaría transformado en un perro. Pero cuando ella le adelantó y se detuvo y él vio que había bolsas de comestibles en el asiento de atrás, su indignación moral se vino abajo. Volvió con ella a la villa y regresó con ella a Roma al final de la semana.

Al regresar a su *pensione* una mañana, Honora se encontró a Norman Johnson esperándola en el vestíbulo.

—Oh, señorita Wapshot —dijo—, me alegro tanto de verla. Es estupendo ver a alguien que hable inglés. Me habían dicho que aquí todo el mundo aprendía inglés en el colegio, pero la mayoría de los que yo he conocido no hablan nada más que italiano. ¿Podemos sentarnos aquí?

Abrió su cartera y le mostró una orden para la extradición de Honora, una copia del procesamiento dictado por el tribunal de Travertine y una orden de confiscación de todos sus bienes; pero a pesar de tener tanto poder legal en sus manos parecía avergonzado y fue ella la que sintió pena de él.

—No se preocupe —le dijo, tocándole ligeramente una rodilla—. No se preocupe por mí. Es todo culpa mía. Fue por el miedo que me daba el asilo de los pobres. Toda la vida me ha dado miedo la granja-asilo. Incluso cuando era pequeña. Cuando la señora Bretagne me llevaba en coche al campo para ver el follaje otoñal, yo cerraba los ojos cuando pasábamos por la granja-asilo, del miedo que me daba. Pero ahora siento nostalgia y quiero volver. Iré al banco a retirar mi dinero y volveremos a casa en una de esas máquinas voladoras.

Fueron andando a las oficinas de la American Express, no como carcelero y culpable, sino como grandes amigos. Él esperó abajo mientras ella cerraba su cuenta y luego Honora se reunió con él, llevando un gran fajo de billetes de veinte mil liras.

—Iré a buscar un taxi —dijo él—. No puede usted ir por la calle con todo ese dinero. Le robarían.

Salieron a la Piazza di Spagna. Era un luminoso día de invierno. En Fregene los catamaranes estarían en la orilla sobre rodillos, las casetas de baño estarían cerradas, la luz en los olivos sería una luz triste, los letreros de *zuppa di pesce* estarían caídos o colgando de un solo clavo. Las golondrinas se habrían ido. En Roma hacía calor al sol y frío a la sombra, la luz suave y brillante resaltaba el curioso aspecto de marea baja de esa vieja y atestada ciudad como si, en alguna época del pasado, el Tíber hubiese desbordado sus orillas —una inundación de agua oscura— y manchado los edificios y las iglesias hasta el frontón, dejando la piedra caliza de la parte superior aún clara y aún, a pesar de ser invierno, con espesos matojos de hierba y alcaparras en cada grieta, tan parecidas al vello púbico que le daban a la celebrada plaza un aspecto cómico. Los norteamericanos se alejaban de la oficina leyendo las noticias del hogar, dulce hogar. La mayor parte de ellas parecían ser divertidas ya que la mayoría de ellos sonreía de vez en cuando. Caminaban, al revés de los italianos, como si acomodaran su paso a algún terreno recordado y explícito —una pista de tenis, una playa, un campo arado— y parecían situados aparte a causa de un aire de total falta de preparación para el cambio, la muerte o el propio paso del tiempo. Había, quizá, unas ciento cincuenta personas en la plaza cuando Honora entró en ella

y miró al cielo. Un turista danés fotografiaba a su esposa en la escalinata. Un marinero norteamericano metía la cabeza en la fuente. Había flores frescas en los monumentos a la Virgen. El aire olía a café y a caléndulas. Dieciséis turistas alemanes tomaban café en una cafetería al otro lado de la calle. Eran las 11.18.

Una mendiga descalza que llevaba un vestido verde rasgado y tenía un niño en los brazos se acercó a Honora. Ella le dio un billete de mil liras. Luego le dio uno a un hombre con un delantal de rayas, a un niño con chaquetilla blanca que llevaba una bandeja con tazas de café, a una prostituta guapa con un abrigo cerrado en el cuello, a una mujer encorvada que llevaba un sombrero en forma de papelera, a tres sacerdotes alemanes de sotanas rojas, a tres jesuitas de sotana negra con ribetes malva, a cinco franciscanos descalzos, a seis monjas, a tres chicas vestidas con los uniformes negros de las criadas romanas, al dependiente de una tienda de souvenirs, a una peluquera, a un barbero, a un chulo, a tres oficinistas con los dedos manchados con la tinta morada que usaban las oficinas gubernamentales; a una marquesa arruinada, con un bolso viejo abarrotado de fotografías de las cosas, los caballos y los perros perdidos; a un violinista, a un clarinetista y un violonchelista que iban a un ensayo en la Via Athenee; a un ratero, a un seminarista, a un anticuario, a un ladrón, a un idiota, a un vago, a un siciliano que buscaba trabajo, a un carabiniere que no estaba de servicio, a una cocinera, a una niñera, a un novelista norteamericano, a un camarero del Inglese, a un batería negro, a un representante médico y a tres floristas. No había el menor asomo de caridad en sus dádivas. El bien que su dinero pudiera hacer no se le había pasado por la cabeza. El impulso de repartirlo era tan profundo como su amor por el fuego y buscaba, egoístamente, una intoxicante sensación de limpieza, ligereza y utilidad. El dinero era suciedad y esto era su ablución.

Ahora los tejados de la plaza estaban negros de gente. Un empleado de la oficina de correos salió por la ventana, se deslizó por el toldo y se dejó caer en la acera a los pies de Honora. Los transeúntes se metían en el agua de la fuente hasta las rodillas. Entonces unos carabinieri montados aparecieron por Via Condotti y Honora dio media vuelta y subió la escalinata mientras miles de voces la bendecían en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, mundo sin fin.

El certificado de seguridad de Coverly fue renovado hasta que Cameron regresara de Nueva Delhi, pero Brunner se había ido a Inglaterra y Coverly no tenía medio de saber cuándo volvería el viejo. Luego, debido a algún confuso e irreversible proceso burocrático, recibió un aviso de desahucio en un plazo de diez días enviado por el departamento de la vivienda. Los sentimientos de Coverly eran contradictorios. Su vida en Talifer había concluido, si es que se podía decir que hubiese comenzado alguna vez. Podría encontrar trabajo fácilmente como subprogramador en algún otro sitio y a Betsey la idea de dejar Talifer le parecía como una promesa de una nueva vida. Más o menos por entonces recibió un telegrama de Saint Botolphs. VEN ENSEGUIDA. Esta franqueza sin precedentes por parte de su anciana prima le alarmó, así que hizo la maleta y se fue para allá. Llegó a última hora de la tarde siguiente. El día era lluvioso, pero a medida que se acercaban al mar, la lluvia se convirtió en nieve. La nevada cubrió de blanco los árboles desnudos y los suburbios próximos al ferrocarril, dándoles, pensó Coverly, un patetismo y una belleza que no tendrían en ningún otro momento de su historia. Toda esta blancura le alegró. Cuando se apeó, el señor Jowett no estaba allí y la estación parecía abandonada. No vio a nadie a quien saludar en las ventanas de la Casa del Viaducto, ni en la tienda de comestibles. Al cruzar el parque le detuvo una procesión de hombres y mujeres que salían de la casa parroquial de la iglesia de Cristo. Eran ocho y caminaban de dos en dos. Todos los hombres, menos uno que iba con la cabeza descubierta, llevaban gorras de punto. Supuso que había habido una merienda, una conferencia o algún acto de caridad, y que estos eran los internos del asilo de los pobres. Uno de ellos, un hombre anguloso que parecía loco o tonto, iba mascullando:

—Arrepentíos, arrepentíos, vuestro día está cerca. Voces angelicales me han dicho cómo hacerme agradable al Señor...

—Cállate, cállate, Henry Saunders —le dijo una negra corpulenta que caminaba a su lado—. Cállate hasta que lleguemos al autobús.

Junto al bordillo estaba aparcado un autobús en cuyo costado se leía INSTITUTO HUTCHENS PARA INVIDENTES. Coverly vio que el chófer les ayudaba a subir y luego él siguió su camino por Boat Street.

Una enfermera le abrió la puerta en casa de Honora. Le sonrió a Coverly como si hubiera oído hablar mucho de él y ya se hubiese formado una opinión desfavorable.

—Ha estado esperándole —murmuró—. La pobre lleva todo el día esperándole.

No había motivo para el reproche. Coverly le había enviado un telegrama a su prima y ella sabía exactamente cuándo llegaba.

—Estaré en la cocina —dijo la enfermera, y se fue por el pasillo.

La casa estaba sucia y fría. Las paredes, que él recordaba en tono liso, estaban ahora cubiertas con un papel estampado con una celosía negra y rosas rojo oscuro.

Abrió las puertas dobles del cuarto de estar y al principio pensó que ella estaba muerta.

Estaba dormida en una sobada butaca de orejas. Durante los meses transcurridos desde la última vez que la había visto, había perdido su corpulencia. Estaba terriblemente consumida. Había sido robusta —fuerte, habría dicho ella— y ahora resultaba frágil. Su rostro leonino y la postura infantil de sus pies era lo único que no había cambiado. Ella siguió durmiendo y él miró la habitación, que, como el vestíbulo, parecía descuidada. Había polvo, telarañas y papel floreado. Las cortinas habían desaparecido y él vio caer la nieve a través de las altas ventanas. Entonces Honora se despertó.

—Oh, Coverly.

—Prima Honora.

Él le dio un beso y luego se sentó en un taburete cerca de ella.

—Me alegro tanto de que estés aquí, querido, me alegro tanto de que hayas venido.

—Yo también me alegro de estar aquí.

—¿Sabes lo que hice, Coverly? Me fui a Europa. No pagué mis impuestos y el juez Beasely, ese viejo bobo, me dijo que me meterían en la cárcel, así que me fui a Europa.

—¿Lo pasaste bien?

—¿Recuerdas las peleas con tomates? —preguntó Honora, y él se preguntó si había perdido el juicio.

—Sí.

—Después de las heladas yo os dejaba entrar a ti y a los otros en mi huerta de tomates para pelearos con ellos. Cuando os habíais tirado todos los tomates, cogíais las tarjetas de visita que dejaban las vacas y os la tirabais. —Que esta formidable anciana le llamara «tarjeta de visita» a un humeante montón de estiércol de vaca era un recordatorio de las excéntricas finuras del pueblo—. Bueno, después de tiraros todas las tarjetas de visita y todos los tomates, solíais estar hechos un asco, pero si alguien os hubiera preguntado si lo habíais pasado bien, supongo que habríais dicho que sí. Así es como me siento después de mi viaje a Europa.

—Entiendo —contestó Coverly.

—He cambiado —dijo Honora—. Se me nota que he cambiado, ¿verdad?

Había cierta ligereza, cierta esperanza, incluso un ruego, en su voz, como si él fuera a decir persuasivamente que no había cambiado nada y entonces ella saldría al jardín y recogería unas cuantas hojas con el rastrillo antes de que la nieve las cubriese.

—Sí.

—Sí, supongo que sí. He adelgazado mucho. Pero me *siento* mucho mejor. —Esto lo dijo en tono belicoso—. Sin embargo, ahora no salgo porque he notado que a la gente no le gusta verme. Les entristece. Lo veo en sus ojos. Soy como el ángel de

la muerte.

—Oh, no, Honora —dijo él.

—Oh, sí, lo soy. ¿Por qué no iba a serlo? Me estoy muriendo.

—Oh, no —dijo él.

—Me estoy muriendo, Coverly, y lo sé y quiero morirme.

—No deberías decir eso, Honora.

—¿Y por qué no?

—Porque la vida es un don, un don misterioso —dijo Coverly débilmente, a pesar del peso que las palabras tenían para él.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Debes de ir mucho a la iglesia últimamente.

—Voy algunas veces.

—¿A la alta o a la baja? —preguntó ella.

—La baja.

—Tu familia siempre perteneció a la alta^[1].

Era una afirmación áspera, categórica, ese viejo espíritu de la contradicción que siempre había utilizado para expresarse, pero ahora parecía estar demasiado débil para mantenerlo. Siguió la mirada de Coverly al feo papel de las paredes y dijo:

—Veo que te has fijado en mis rosas.

—Sí.

—Bueno, me temo que fue una equivocación, pero cuando volví a casa llamé al señor Tanner y le pedí que me trajera un papel con rosas para que me recordara el verano. —Encorvada y echada hacia delante en su butaca, levantó la cabeza y la vista y le lanzó una mirada muy cansada a las rosas de la pared—. Me hartó de mirarlas, pero ya es demasiado tarde para cambiarlas.

Coverly miró la pared, la equivocación de Honora, y observó que las flores no tenían en absoluto los verdaderos colores y formas de las rosas. Los capullos eran fállicos y las rosas en sí parecían plantas carnívoras, una especie de papamoscas con pétalos y la boca abierta. Si se pretendía que le recordaran las rosas que florecen en verano habían fallado. Sugerían oscuridad y corrupción, y él se preguntó si no las habría elegido porque correspondían a su propia sensación de esta etapa de la vida.

—¿Quieres traerme un whisky, Coverly? —le dijo Honora—. Está en la despensa. No me atrevo a pedírselo a *ella*.

Honora hizo un gesto con la cabeza indicando el fondo de la casa, donde debía de estar la enfermera. Luego se llevó la mano izquierda a un lado de la boca en forma de pantalla, probablemente para desviar su voz de la puerta, pero cuando habló lo hizo en un tono tan silbante y condenatorio que debió de llegar al otro lado del vestíbulo.

—Ella *bebe* —silbó Honora, girando los ojos en dirección a la cocina por si acaso Coverly no había entendido.

Le sorprendió que su anciana prima le pidiese un whisky. Ella solía tomar una copa en las fiestas familiares, pero siempre con grandes dudas y reservas verbales, como si un solo trago largo pudiese dejarla inconsciente en el suelo, o todavía peor,

inducirla a bailar una jiga sobre la mesa. Coverly cruzó el comedor y entró en la despensa. Los dos cambios que había advertido, deterioro y una obsesión por las rosas, continuaban aquí. Las paredes estaban empapeladas con rosas de oscuros cuellos y en la mesa se veían cercos sobre una espesa capa de polvo. En el asiento de una de las butacas había una pata y un brazo rotos. La casa estaba descuidada, pero si, como ella había dicho, se estaba muriendo, al igual que un caracol o un nautilo, se aproximaba a la tumba en el caparazón de su propio hogar, proyectando su falta de visión y su pérdida de memoria en telarañas y cenizas.

—¿Puedo ayudarle, señor Wapshot? —preguntó la enfermera, sentada en una silla junto al fregadero con las manos vacías.

—Estoy buscando una botella de whisky.

—Está en el armario de las jaleas. No hay hielo, pero a ella no le gustan las bebidas con hielo.

Había whisky en abundancia, media caja de bourbon y por lo menos una caja de botellas vacías tiradas por el suelo de cualquier manera. Esto constituía un completo misterio. ¿Había encargado la enfermera estas cajas de whisky y se las había bebido a solas en la cocina?

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted para la señorita Wapshot? —le preguntó Coverly.

—No trabajo para ella —dijo la enfermera—. Solo he venido hoy para causar buena impresión. Ella ha pensado que usted se preocuparía si la encontraba sola, por eso me ha pedido que viniera para causarle un buen efecto.

—¿Está sola todo el tiempo?

—Lo está cuando quiere. Hay mucha gente que vendría a prepararle una taza de té, pero ella no les abre. Quiere estar sola. Ya no come nada. Solo bebe.

Coverly miró con más atención a la enfermera para ver si, como afirmaba Honora, estaba borracha y le atribuía sus vicios a la anciana.

—¿Lo sabe el médico? —preguntó Coverly.

—¿El médico? Ja. Ella no le deja entrar en la casa. Se está matando. Eso es lo que está haciendo. Está intentando matarse. Sabe que el médico quiere operarla y a ella le da miedo el bisturí.

Hablaba con absoluta falta de compasión, como si fuera la abogada del bisturí, su sacerdotisa, y Honora la apóstata. Así que esa era la situación, ¿y qué podía hacer él? Su tiempo en la cocina se estaba agotando. Si se quedaba más, Honora sospecharía. Era impensable volver al cuarto de estar y acusarla del fraude de la enfermera y de las botellas vacías. Lo negaría todo con rotundidad y, lo que es más, se sentiría profundamente dolida porque él hubiera roto las reglas de ese absurdo juego dentro del cual se desarrollaba su relación.

Volvió a pasar por la despensa y el comedor y su deterioro le recordó la muerte, como una realidad evidente con la que ella parecía estar luchando con valentía. Recordó ir andando por la playa de Cascada con una bolsa de almejas a la espalda. ¿A

qué suena el mar? A leones fundamentalmente, a destino manifiesto, al reparto de una última mano de cartas, con los ases del tamaño de lápidas mortuorias. Buum, dice el mar. ¿Y de qué servía toda su piadosa introspección sobre la metamorfosis? Creyó ver en la playa el cambio de una forma de vida a otra. Las hierbas de la playa mueren, se secan, vuelan como una gaviota en el viento y ese turista de expresión enfadada se hará un pie de lámpara con el pedazo de madera de deriva que lleva en la mano. La línea de la marea alta de anoche está señalada con malaquita y amatista, la playa está marcada con las mismas líneas que el cielo; parecía que uno estuviera parado en un fulcro de cambio, aquí estaba la barrera, aquí, donde rompía la ola, estaba la línea entre una vida y otra, pero ¿acaso algo de esto le evitaría pedir clemencia a gritos cuando llegara su hora?

—Gracias, querido. —Bebió ávidamente y le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Está borracha?

—Creo que no —contestó Coverly.

—Lo disimula. Quiero que me prometas tres cosas, Coverly.

—Sí.

—Quiero que me prometas que si pierdo la conciencia no harás que me trasladen al hospital. Quiero morir en esta casa.

—Te lo prometo.

—Quiero que me prometas que cuando yo me vaya no te preocuparás por mí. Mi vida ha terminado y yo lo sé. He hecho todo lo que tenía que hacer y muchas cosas que no tenía que haber hecho. Lo confiscarán todo, por supuesto, pero el señor Johnson no lo hará hasta enero. He invitado a algunas personas agradables para la comida de Navidad y quiero que estés aquí y les hagas los honores. Maggie cocinará. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Y además quiero que me prometas, que me prometas que... Oh, había algo más, pero no recuerdo qué era. Creo que ahora me voy a echar un rato.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. Puedes ayudarme a llegar al sofá y luego puedes leerme. Ahora me gusta que me lean. ¿Recuerdas que yo lo hacía para ti cuando estabas enfermo? Te leía *David Copperfield* y los dos llorábamos tanto que yo no podía seguir. ¿Te acuerdas de aquello, Coverly?

La plenitud de los sentimientos contenidos en este recuerdo reanimó su voz y la hizo retroceder en el tiempo hasta que sonó como si fuera una joven. Él la ayudó a levantarse y la acompañó al viejo sofá, donde ella se tumbó y dejó que la tapara con una manta.

—Mi libro está en la mesa —dijo ella—. Estoy leyendo *El conde de Montecristo* otra vez. Capítulo veintidós.

Cuando ella estuvo instalada, él cogió el libro y empezó a leer. Su recuerdo de cuando ella le leía no era una imagen, sino una sensación. No recordaba sus lágrimas

mientras estaba sentada junto a su cama, pero sí las confusas y violentas emociones que dejaba tras ella cuando se iba. Ahora, mientras leía, se sentía incómodo y se preguntó por qué. Ella le había leído cuando él estaba enfermo siendo niño; ahora él le leía mientras ella se moría. El ciclo era bastante evidente, pero ¿por qué sentía que ella, tumbada en el sofá, totalmente indefensa y frágil, tenía el poder de lanzar un hechizo que le atrapara? Nunca había recibido de ella más que generosidad y amabilidad, entonces ¿por qué realizaba este sencillo servicio con desasosiego? Admiraba el libro, quería a la anciana y ningún lugar de la tierra le era tan familiar como esta habitación, entonces ¿por qué le parecía que se había metido inocentemente en una trampa formada por una enfermera fraudulenta, una caja de whisky y un viejo libro? A mitad del capítulo, Honora se durmió y él dejó de leer. Un poco después la enfermera apareció en la puerta con un sombrero negro y un abrigo del mismo color sobre su uniforme.

—Debo marcharme —murmuró—. Tengo que hacerle la cena a mi familia.

Coverly asintió con la cabeza y luego escuchó los pasos de la mujer dirigirse a la parte de atrás de la casa y el ruido de la puerta al cerrarse.

Se acercó al sucio ventanal para ver la nieve. Había una luz amarilla en el horizonte, no color limón, ni limitada a su color; la luz de un farolillo, el brillo de la luz en el papel, algo que le recordaba su infancia y las fiestas en el jardín, aislada ahora por lo tardío de la hora y de la estación.

—¿Coverly? —preguntó Honora, pero hablaba en sueños.

Él volvió a su silla. Observó lo terriblemente demacrada que estaba, pero le agradaba pensar que esto no había alterado la fuerza de su espíritu. No solo había vivido de modo independiente, sino que a veces parecía haber desarrollado su propia cultura. No había ningún paliativo en su forma de enfocar la muerte. Sus ritos eran audaces, singulares y arcanos. La tristeza y el abandono de su amada casa, la falsa enfermera, las rosas carnívoras, parecían haberlos distribuido de forma satisfactoria a su alrededor como los pueblos más primitivos se habían rodeado confiadamente, a la hora de morir, de suficientes alimentos y vino para un largo viaje.

—¡Coverly!

Honora se despertó de repente, levantando la cabeza de la almohada.

—Sí.

—Coverly. ¡Acabo de ver las puertas del cielo!

—¿Cómo eran, Honora, cómo eran?

—Oh, no puedo explicártelo, no podría describir algo así, eran tan bellas, pero las he visto, Coverly, las he visto. —Se sentó, radiante, y se secó las lágrimas—. Oh, eran tan hermosas. Vi las puertas y multitud de ángeles con las alas de colores. ¿A qué es bonito?

—Sí, Honora.

—Ahora sírveme otro whisky.

Él cruzó alegremente las habitaciones oscuras, tan contento como si hubiera

compartido la visión de ella, y preparó las bebidas, con el consuelo de pensar que, después de todo, ella no moriría nunca. Dejaría de respirar y la enterrarían en la tumba de la familia, pero en el recuerdo de Coverly la frescura de su imagen no se alteraría y estaría siempre entre ellos a la hora de las decisiones. Mucho después de que fuese polvo, se movería libremente en los sueños de él, castigaría su maldad y la de su hermano, premiaría sus buenas obras con un corazón alegre, juzgaría a sus amigos y amantes aunque en su lápida floreciera el musgo y su ataúd estuviera ladeado por las heladas invernales. La bondad y la maldad de la anciana eran imperecederas. Le llevó la bebida en la oscuridad y luego puso otro tronco en la chimenea. Ella no dijo nada más pero él le llenó el vaso dos veces.

Llamó al doctor Greenough a las seis y media. El médico estaba cenando pero vino aproximadamente una hora más tarde y certificó que había muerto de inanición.

Como los demás no deseaban regresar a un lugar que había cambiado y se había vuelto extraño, Coverly fue el único miembro de la familia presente en el entierro. No tenía forma de encontrar a Moses, y Betsey estaba muy atareada cerrando la casa de Talifer. Melissa había desaparecido y la última vez que la vemos va en un autobús, volviendo de uno de los barrios residenciales de los alrededores al centro de Roma. Casi es Navidad pero no hay muchos signos de ello. Emile —o el barbero— ha dejado crecer un mechón de pelo que le cae sobre la frente y le da un aire pícaro, juvenil y un poco estúpido. Parece algo bebido y, por supuesto, tiene hambre. Melissa se ha teñido el pelo de rojo. Como consecuencia de vivir con alguien mucho más joven —y ahora viven juntos— ha adoptado una actitud aniñada. Ha adquirido la costumbre de encogerse de hombros y de inclinar la cabeza a un lado o al otro. No es uno de esos expatriados que se avergüenza de hablar en inglés. Su voz es musical, educada, y se oye por todo el autobús.

—Ya sé que tienes hambre, cielo —dice—. Lo sé, pero no es culpa mía en realidad. Yo entendí que nos habían invitado a almorzar. Recuerdo *perfectamente* que ella dijo que fuéramos a comer. Supongo que lo que pasó es que después de que ellos nos invitaran a comer, los Parlapiano les invitaron a *ellos* a comer y decidieron librarse de nosotros, deshacerse de nosotros con un aperitivo. Cuando llegamos me fijé en que la mesa no estaba puesta. Entonces *comprendí* que algo no marchaba. Habría sido mucho mejor que nos hubiera llamado para cancelar la cita. Eso ya habría sido una grosería, pero hacernos ir hasta allí, creyendo que vamos a almorzar, y luego decirnos que tienen otro compromiso es la mayor grosería que he visto en mi vida. Lo mejor que podemos hacer es olvidarlo, olvidarlo, es una cosa más que hay que olvidar. En cuanto lleguemos a Roma haré la compra y te prepararé la comida.

Y eso hace. Va al Supra-Marketto Americano de la Via delle Sagitarius. Aquí desengancha, con un repique metálico, un carrito de una cadena de cientos y va empujándolo por entre las paredes de comestibles americanos. Apenada, desconcertada por los golpes que le ha dado la vida, esto le proporciona algo de solaz, es la senda que toma. Está pálida. Un rizo despeinado le cuelga contra la mejilla. Las

lágrimas hacen que el brillo de sus ojos sea vidrioso, pero el mercado está lleno de gente y ella no será la primera ni la última mujer en la historia del lugar que haga sus compras con las mejillas húmedas. Se mueve con indiferencia entre la masa extranjera como si estos fueran los arroyos y canales de su día. Ningún sauce crece inclinado sobre este río de hombres y mujeres y, sin embargo, es a Ofelia a quien más se parece, haciendo su fantástica guirnalda no con ranúnculos, ortigas y purpúreas, sino con sal, pimienta, pañuelos de papel, albóndigas de bacalao congeladas, chuletas de cordero, hamburguesas, pan, mantequilla, mayonesa, un tebeo americano para su hijo y un ramo de claveles para ella. Canturrea, como Ofelia, trozos de viejas canciones. «Winston sabe *bien*, como debe saber un cigarrillo. Señor Limpio, señor *Limpio*», y cuando su corona o guirnalda fantástica parece terminada, paga la factura y se lleva sus trofeos, una imagen del sufrimiento no menos digna que cualquier otra.

Betsey y Binxy llegaron la víspera de Navidad y Coverly fue a recibirlos a la estación.

—Estoy tan cansada —dijo Betsey— que podría *morirme*.

—¿Ha sido malo el viaje, cielo? —preguntó Coverly.

—Malísimo —dijo ella—, malísimo. No me hables de ello. Además no veo por qué teníamos que venir hasta aquí para pasar las Navidades. Podíamos haber ido a Florida. Yo no he estado en Florida en toda mi vida.

—Le prometí a Honora que pasaríamos la Navidad aquí.

—Pero me has dicho que estaba muerta, muerta y enterrada.

—Se lo prometí.

Por un momento se sintió inerte ante esta incompatibilidad; sintió como si la ira o la desesperación hubiera convertido su sangre en un líquido dulzón y efervescente, como la Coca-Cola. Para él era inconcebible romper su promesa a la anciana, esto formaba parte de su dignidad, pero veía claramente que para Betsey era inconcebible que se tomase la molestia. Coverly caminó al lado de su esposa con el ligero encorvamiento del combatiente sexual que está perdiendo la batalla, mientras Betsey iba más erguida, con la cabeza más alta, recogiendo cada migaja de autoestima que él dejaba caer. Coverly había hecho todo lo que había podido por arreglar la casa. Encendió las chimeneas, decoró un árbol y puso bajo el mismo regalos para su mujer y su hijo.

—Tengo que acostar a Binxy —dijo Betsey con tono de indignación—. Me imagino que no habrá agua caliente para darse un baño, ¿verdad? Ven, Binxy, sube con mamá. Estoy tan cansada que podría *morirme*.

Después de cenar, Coverly esperó a los cantores de villancicos pero o habían suprimido esa ceremonia o Boat Street ya no estaba en su recorrido. A las diez y media comenzaron a tocar las campanas de la iglesia de Cristo y él se puso el abrigo y se dirigió al parque. El repique de las campanas se detuvo cuando él se acercaba a la puerta. Le precedían tres mujeres, a ninguna de las cuales conocía. No parecían ir juntas y las tres habían pasado de la madurez. La primera llevaba un sombrero en forma de tambor, cubierto con discos metálicos en los que reflejaban las luces de la calle con un brillo de anuncio. ¿Compre Ginger-Fluff? ¿Texadrol? ¿Neumáticos Fulpruff? La miró a la cara buscando el texto, pero no encontró más que el texto del matrimonio, los partos, cierta alegría y cierto desaliento. Las otras dos llevaban sombreros parecidos. Esperó a que entraran y luego entró él y descubrió que ellos cuatro eran los únicos feligreses de la Nochebuena.

Se dirigió a uno de los primeros bancos, hizo una genuflexión con un fuerte crujido de sus rodillas y rezó sus oraciones, inmerso en el olor inmemorial y episcopaliano de antiguas lluvias. El señor Applegate entró sin sotana y encendió las velas. Volvió al altar un momento después, llevando la Sagrada Forma.

—Dios Todopoderoso —entonó—, para Quien todos los corazones están abiertos, todos los deseos son conocidos y a Quien no se le oculta ningún secreto, limpia nuestros pensamientos con la inspiración de Tu Santo Espíritu...

La resonancia de la misa de Nochebuena se extendió por la sombría iglesia con la magnificencia de una procesión isabelina. Las oraciones de la perorata se desarrollaban con amplitud y esplendor tras la súplica o confesión principal y las respuestas susurradas parecían bordadas en oro y carmesí. Continuarían, pensó Coverly, con el Cordero de Dios, el Gloria y la Bendición hasta que el último amén se cerrase como una puerta sobre esta pompa verbal. Pero entonces percibió algo extraño e inadecuado. El tono del señor Applegate era teatral, pero lo más notable era una actitud de cortesía, un tratamiento aburrido y altanero de las palabras sagradas por las que el señor Cranmer había ardido. Cuando se volvió hacia el altar para orar, Coverly le vio tambalearse y agarrarse al encaje en busca de apoyo. ¿Estaría enfermo? ¿Estaría débil? La mujer del sombrero con discos brillantes se volvió a Coverly y murmuró:

—Ya está borracho otra vez.

Así era. Dijo la misa con desprecio y afrenta, como si su embrutecimiento fuera una forma de sabiduría. Sus movimientos eran vacilantes, confundió la confesión general con la oración de maitines y no cesaba de repetir: «Cristo, ten piedad de nosotros. Oremos», hasta que pareció que se había quedado con la mente en blanco. Las formalidades de la Sagrada Comunión no tienen sentido cuando, en caso de semejante desastre, los comulgantes pueden intervenir y no se podía hacer nada más que verle tropezar hasta el final. De repente abrió los brazos, cayó de rodillas y exclamó:

—Oremos por todos aquellos que han muerto o han quedado gravemente heridos en las autopistas, las autovías y las carreteras. Oremos por quienes han muerto abrasados en aterrizajes defectuosos, colisiones en el aire o estrellados en las montañas. Oremos por los que se han herido usando cortacéspedes, sierras, podaderas y otras herramientas eléctricas. Oremos por todos los alcohólicos que miden los días que hizo el Señor en litros, medios y quintos. —Aquí sollozó audiblemente—. Oremos por los lascivos y los impuros...

Encabezadas por la mujer del sombrero resplandeciente, las otras feligresas se marcharon antes de que acabara esta oración y Coverly se quedó solo para apoyar al señor Applegate con su amén. Llegó hasta el final, se desvistió, apagó las velas y corrió a su botella de ginebra oculta entre las vestiduras. Coverly regresó a Boat Street. El teléfono estaba sonando cuando llegó.

—Coverly, soy Hank Moore, de la Casa del Viaducto. Ya sé que no es asunto mío, pero pensé que a lo mejor te estabas preguntando dónde andaba tu hermano y está aquí. La viuda Wilston está con él. No quiero meterme donde nadie me llama, pero se me ocurrió que quizá te gustaría saber dónde estaba.

Era Nochebuena en la Casa del Viaducto, pero la escena en el piso de arriba era

flagrantemente pagana. Aquí no había ninguna arboleda sagrada y el único sonido de agua corriente provenía de un grifo que goteaba, pero Moses, el sátiro, miraba de forma impúdica a su bacante a través del aire cargado. Los rizos de la señora Wilston estaban despeinados, tenía la cara enrojecida, y su sonrisa era la extática y lasciva propia del olvido mientras sostenía en la mano izquierda un precioso vaso de preciado whisky. Sus mandíbulas —la primera nota de flacidez que se repetía masivamente en sus senos— eran muy carnosas.

—Ahora escúchame, Moses Wapshot —dijo ella—, escúchame tú a mí. Vosotros los Wapshot siempre os habéis creído que estabais por encima de los demás, pero quiero decirte, quiero decirte... No me acuerdo de lo que quiero decirte.

Se echó a reír. Había perdido la capacidad de pensar de forma coherente y con ella los aguijones y las penas del vivir. Estaba despierta pero todavía soñaba.

Moses, desnudo como buen sátiro, hizo un ruido con los labios y se levantó de la silla. Su andar era pesado, belicoso y un poco huidizo; por una parte era agresivo y por otra tenía la ligereza, la rapidez, el matiz de sigilo de los pasos de un hombre que sale de una tienda después de pagar una botella de ginebra con un cheque sin fondos. Se acercó a ella, le dio unos besos húmedos y sonoros en varios sitios y la cogió en brazos. Ella suspiró y se meció en su abrazo. Él se dirigió a la cama con su alegre carga. Se escoró a la derecha, recobró el equilibrio y se escoró de nuevo a la derecha. Se iba, se iba, se vino abajo. Zas. Toda la Casa del Viaducto se estremeció por el golpe y luego hubo un espantoso silencio. Quedó atravesado encima de ella, con la mejilla contra la alfombra, que tenía un agradable olor a polvo, como los bosques en otoño. ¡Oh! ¿Dónde estaban su perro, su escopeta, su sencilla alegría de vivir? Ella, tirada aún en el suelo, fue la primera en hablar. Lo hizo sin rabia ni impaciencia.

—Vamos a tomar otro trago —dijo, sonriendo.

Entonces Coverly abrió la puerta.

—Vente a casa, Moses —dijo—. Ven a casa, hermano. Es Nochebuena.

La mañana de Navidad, cuando Coverly se despertó y se puso cariñoso con Betsey, era deslumbrante. El hielo en el cristal de la ventana, en forma de metralla, destilaba y amplificaba la luz. Maggie llegó temprano y encendió la caldera de carbón y al poco rato el aire caliente empezó a salir por los respiraderos. Binxy vació su calcetín y abrió los regalos que Coverly le había comprado y todos desayunaron en la cálida cocina sobre una mesa de madera tan pulida y gastada como una pastilla de jabón. La cocina no era una habitación oscura pero la fuerza de la luz sobre la nieve reciente en el exterior hacía que pareciese tenebrosa.

Moses se despertó en un angustioso paroxismo de ansiedad, de agudísima melancolía. La luz radiante, el nacimiento de Cristo, todo le parecía un juego fatuo inventado para engañar a un idiota como su hermano, mientras que él veía el vacío que se ocultaba tras las cosas. El daño que le había hecho a sus nervios y a su

memoria era menos doloroso que la sensación que tenía de aproximarse al desastre, de una implacable fatalidad que le destrozaría sin darse a conocer. Habían comenzado a temblarle las manos y dentro de unos quince minutos rompería a sudar. Era la agonía de la muerte, con la diferencia de que conocía el camino de la vida eterna. Estaba en las botellas de bourbon que Honora había dejado en el armario de la jalea. Pensó en el bourbon mientras se afeitaba y se vestía, pero cuando bajó a la cocina y se los encontró sentados a la mesa, no los vio como miembros de su familia, sino como crueles obstáculos que se interponían entre él y los paisajes alpinos contenidos en una botella de whisky. El café y el zumo de naranja que le dio Maggie le parecieron inocuos y nauseabundos. ¿Cómo podría echarlos de la cocina? Si se le hubiera ocurrido comprar unos regalos y dejarlos debajo del árbol, quizá habría podido quedarse solo un minuto.

—¡Jalea! —exclamó—. Quiero un poco de jalea para las tostadas.

Se metió en la despensa y cerró la puerta.

Al pasar por el comedor después de desayunar, Coverly vio que Maggie había puesto la mesa para doce invitados y se preguntó quiénes serían. Honora siempre había tenido muchos invitados en la comida de Navidad. A partir del día de Acción de Gracias empezaba a buscar en los lugares públicos —trenes, autobuses y salas de espera— los rostros que llevaban la imborrable huella de la soledad y les invitaba a comer en su casa el día de Navidad. La intuición y la práctica la habían hecho discernir y seleccionaba a su presa infaliblemente y, sin embargo, sabiendo como sabía que la pasión de la soledad cruza las vidas de todos los hombres, más a menudo rechazaban que aceptaban su invitación esos desconocidos que, lo comprendía cuando le daban la espalda, preferían pasar la fiesta solos en una habitación desnuda antes que reconocer ante ella e incluso ante sí mismos que no tenían multitud de amigos y parientes y una mesa cargada de viandas. Un orgullo equivocado había sido su adversario, un adversario poderoso, pero el deseo de Honora de llenar su mesa parecía ser, como su amor por el fuego y su desinterés por el dinero, algo innato, y en una ocasión se había ido a la sala de espera de la estación la mañana de Navidad y había recogido a los vagabundos que se calentaban junto a la estufa de carbón.

Coverly limpió la acera y el sendero después del desayuno. El ruido metálico de la pala contra el pavimento tenía un singular y absurdo encanto, como si esta música ruda, esta tarea sencilla, evocaran el espíritu de Leander en un papel más feliz del que había parecido condenado a interpretar en el naufragio de la vieja casa de River Street. La luz cegadora sobre la nieve parecía resonar una y otra vez alrededor de los límites del pueblo como la vibración de una copa cuando se frota el borde, pero ya desde tan temprano se veía cambiar el resplandor de la luz, se veía que era la luz de uno de los días más cortos del año.

Los Bretainne y los Dummer vinieron a las once. Maggie les sirvió jerez y pastel de frambuesa. A esta hora había ya un brillo tan duro y peligroso en los ojos de Moses que no se quedaron mucho rato. Poco después del mediodía, Coverly estaba

junto a la ventana cuando vio el autobús amarillo que había visto la noche que volvió al pueblo. Allí estaba el mismo chófer, los mismos pasajeros y el letrero INSTITUTO HUTCHENS PARA INVIDENTES. El autobús se detuvo delante de la casa y Coverly bajó corriendo los escalones y dejó la puerta abierta.

—¿Wapshot? —preguntó el chófer.

—Sí —contestó Coverly.

—Pues aquí tiene a sus invitados a la comida de Navidad —dijo el chófer—. Me han dicho que les recogiera a las tres.

—¿No quiere usted entrar? —preguntó Coverly.

—Oh, no, gracias, no —contestó el chófer—. Estoy mal del estómago y lo único que quiero es un plato de sopa. Me darán algo en el pueblo. Pavo y todo eso, que me sienta fatal. Tendrá usted que ayudarles a subir los escalones. Le echo una mano.

Coverly abrió la puerta del autobús y le dijo a la negra que había visto en el parque:

—Feliz Navidad. Soy Coverly Wapshot. Estamos encantados de tenerles aquí.

—Feliz Navidad, feliz Navidad —contestó ella mientras en una radio portátil que llevaba un coro de cientos de voces cantaba el «Adeste Fideles».

—Hay siete escalones y luego uno más para entrar en la casa —dijo Coverly.

La mujer le cogió del brazo con la confianza de la costumbre y de la indefensión y levantó el rostro hacia la luminosidad del cielo.

—Veo un poco de luz —dijo ella—. Solo un poco. Debe de hacer un día espléndido.

—Sí, sí —confirmó Coverly—. Cinco, seis, siete.

—*Joyeux Noël* —dijo Moses, haciendo una reverencia—. ¿Quiere darme su abrigo?

—No, gracias, no, gracias —respondió la mujer—. He cogido algo de frío en el autobús y me lo voy a dejar puesto hasta que entre en calor.

Moses la condujo a la sala mientras el chófer traía al profeta anguloso, que iba diciendo:

—Ten piedad de nosotros, ten piedad de nosotros, Padre misericordioso, concédenos Tú paz.

—Cállate, cállate, Henry Saunders —dijo la negra—. Le vas a aguar la fiesta a todo el mundo.

En su radio sonaba «Noche de paz».

Eran ocho en total. Los hombres llevaban gorros de punto calados hasta las orejas con impaciencia y severidad por las manos de algún empleado que estaba deseoso de marcharse a disfrutar de su propia comida de Navidad. Cuando Coverly y Betsey los hubieron sentado a todos en la sala, él miró a su alrededor buscando la sabiduría de la elección de Honora y pensó que estos ocho invitados ciegos sabrían mucho sobre la materia prima de la bondad humana. Esperando a que invisibles desconocidos les ayudasen a cruzar la calle, distinguiendo a los humildes de los orgullosos por el toque

de una mano, soportando la indiferencia de quienes temen tanto llamar la atención que no quieren ayudar a los indefensos, dependiendo de la amabilidad de los demás a cada paso, parecían traer consigo un paisaje cuya oscuridad superaba en intensidad la luminosidad del día. Habían asestado un golpe a su vista, pero esto no parecía ser una enfermedad, sino que parecía darles una visión más penetrante y aguda, como si el hombre primitivo hubiese sido ciego y esto formase parte de una antigua condición humana; trajeron consigo a la sala los misterios de la noche. Parecían ser los abogados de quienes sufrían; del sabor de la desgracia cuando es tan excesiva como el éxtasis, de los perdedores, de los muertos, de los fracasados, de quienes sueñan en términos de cosas perdidas —aviones, trenes, barcos y oportunidades— y al despertar ven la pista vacía, la sala de espera vacía, el agua del muelle vacío, maloliente como el Túnel del Amor cuando el barco ha zarpado; de todos aquellos que temen a la muerte. Estuvieron sentados allí, silenciosos, pacientes, tímidos, hasta que Maggie se acercó a la puerta y dijo:

—La comida está servida y si no vienen a comer enseguida, se enfriará.

Guiaron a los ciegos, uno a uno, por el luminoso vestíbulo hasta el comedor.

Pues esto es todo y ya es hora de marcharse. Es otoño aquí, en Saint Botolphs, donde he estado viviendo, ¡y con qué rapidez cambian las estaciones! Al amanecer oigo el graznido de los gansos, ese sonido estremecedor y enloquecido, ronco como la sirena de los viejos cargueros B & M. Guardo el bote de goma en el cobertizo y retiro la red de la pista de tenis. La luz ha perdido sus componentes estivales y es penetrante y clara; el cielo parece haber retrocedido sin perder luminosidad. El tráfico es intenso en los aeropuertos y mi pueblo nómada se ha puesto unos pantalones y unos rulos y está en marcha una vez más. El sentido de la vida como movimiento migratorio parece haber llegado incluso a este atrasado lugar provinciano. La señora Bretaine ha colgado una piscina de plástico azul a secar en el tendedero. Una señora de Travertine ha encontrado un cadáver en su macizo de hierbabuena. En la tumba donde están enterrados Honora y Leander hay una alfombra de césped, que se extiende como una sonrisa sobre la tumultuosa conversión en polvo. Hago el equipaje y voy a darme un último baño en el río. Amo esta corriente y sus orillas; las amo absurdamente como si pudiera casarme con esta vista y llevármela a casa y acostarme con ella. La sirena de la fábrica de plata de mesa toca las cuatro y las gaviotas que cruzan el cielo azul chillan como gallinas ponedoras que se hubieran vuelto locas. En esta época del año los Williams todavía van en coche a Travertine para nadar en ese mar, oscuro y nutricional, y, después de cenar, la señora Williams coge el teléfono y le dice a la telefonista: «Buenas tardes, Althea. ¿Quieres ponerme con la heladería de Wagner?». El señor Wagner le recomienda el helado de café y unos minutos después le lleva un cuarto litro en una bicicleta que hace tanto ruido en el anochecer otoñal que parece que llevara campanillas. El señor Williams, atormentado por la

estremecedora, atroz y agobiante necesidad de amor, sueña que tiene entre sus brazos a la camarera china que trabaja en el restaurante La Pégola de Travertine. La señora Williams, insomne, envía al cielo una serie de encantadoras oraciones como nubecillas de humo coloreado. La señora Bretainne sueña que está en un pueblo desconocido llamando al timbre de una casa de madera a las tres de la madrugada. Está buscando su colada, al parecer, pero la desconocida que abre la puerta grita de repente: «¡Oh, pensé que era Francis, creí que Francis había vuelto!». El señor Bretainne sueña que está pescando truchas en un arroyo cuyas piedras tienen una distribución tan coherente como las de cualquier ruina y un sentido del pasado tan profundo como las calles y basílicas de cualquier ciudad antigua. La señora Dummer sueña que navega por uno de los explícitos canales del sueño, mientras el señor Dummer, a su lado, escala el Matterhorn. Jack Brattle sueña con un césped sin malas hierbas, un jardín sin maleza ni gusanos ni pulgón y un huerto sin orugas. Su madre, en la habitación contigua, sueña que el gobernador de Massachusetts y el director de tráfico del estado la coronaban por su escrupulosidad sin precedentes al respetar los límites de velocidad, los semáforos y las señales de stop. Lleva un vestido largo blanco y miles de personas aplauden su virtud. La corona es sorprendentemente pesada.

Poco después de medianoche hay una tormenta y veo el pueblo por última vez a la luz de los relámpagos, sabiendo cuán duramente tratará el tiempo a este ingenuo lugar. Los relámpagos iluminan la torre de la iglesia de Cristo, el símbolo de nuestra absorbente lucha con el bien y el mal, y repito las palabras que se encontraron en la cartera de Leander cuando se ahogó: «Consideremos que el alma del hombre es inmortal, capaz de soportar cualquier clase de bien y cualquier clase de mal». Una cavernosa estructura de sonido, una especie de abismo en la quietud de la noche provinciana, se abre a lo largo de todo el cielo, y el tejado de madera bajo el cual estoy amplifica el ruido de la lluvia. No volveré nunca, y si lo hago, no quedará nada, no quedará nada salvo las lápidas mortuorias para recordar lo que ha sucedido, realmente no quedará nada en absoluto.

Notas

[1] Se refiere a dos ramas de la Iglesia anglicana. (*N. de la T.*) <<